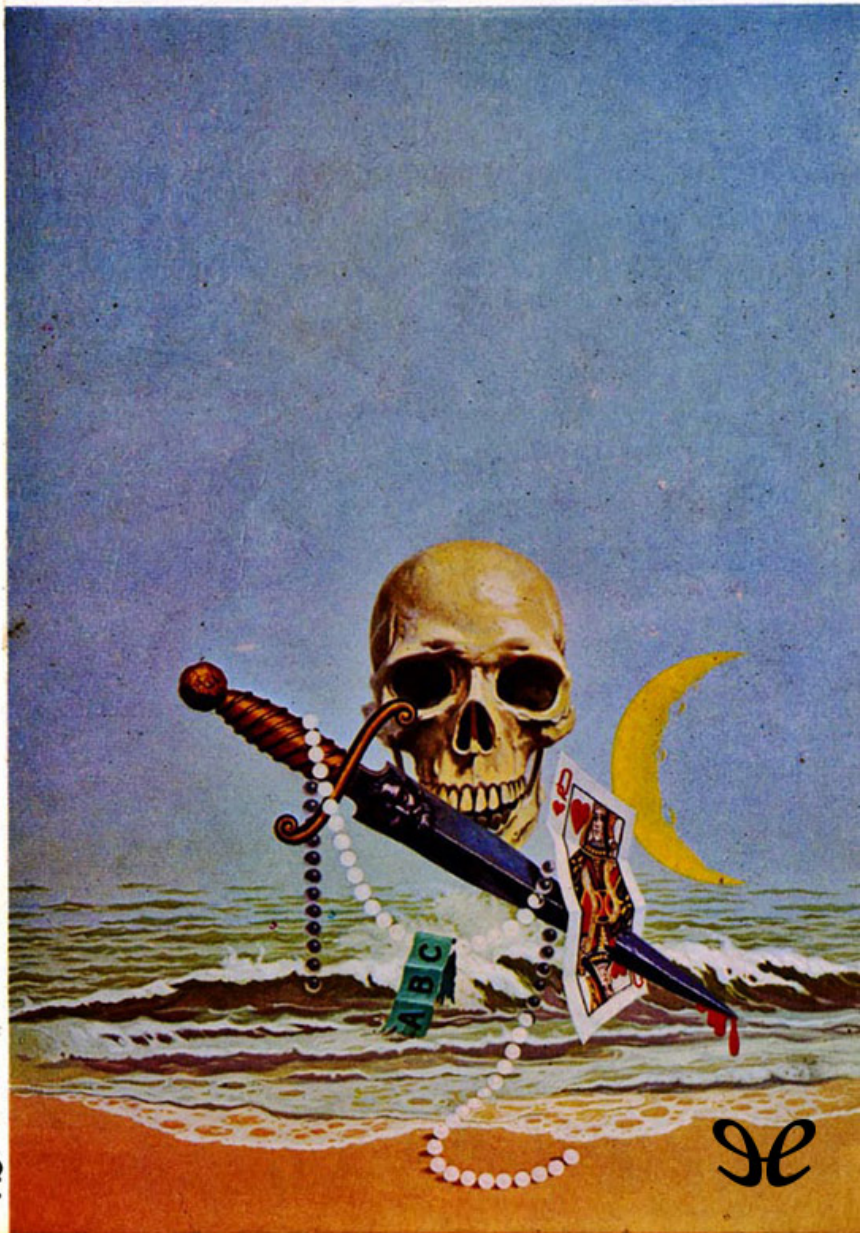
AGATHA CHRISTIE

PLEAMARES DE LA VIDA



Selecciones de Biblioteca Oro

Tras morir Gordon Cloade sin testar, su viuda Rosaleen resultaba heredera universal del difunto, en perjuicio de los parientes del mismo. Un problema, sin embargo, surge frente a la muchacha: Rosaleen había enviudado antes de un primer esposo, oficialmente muerto pero que de pronto aparece vivo. Esta inesperada «resurrección» llena de esperanza a algunos parientes sumidos en la pobreza, pero también despierta la codicia de otras personas, que acaba por provocar un torbellino de mentiras, suplantaciones de personalidad, chantaje, perjurio, insultos, amenazas, accidentes y muertes violentas. Una conmoción cuya secuela en forma de criminal embrollo obligará a Hércules Poirot a exprimirse frenéticamente las células grises.

Agatha Christie

Pleamares de la vida

Hércules Poirot - 27

ePub r1.0
Titivillus 23.05.15

Título original: *Taken At The Flood*
Agatha Christie, 1948
Traducción: Manuel Amechazurra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Hay una marea en la vida de los hombres
Cuya pleamar puede conducirlos a la fortuna,
Mas si se descuida, el viaje entero
Abocado está a perderse entre bajíos y arrecifes
Que en pleno océano flotando hallamos.
Precisa aprovechar la corriente mientras fluye
O conformarse a ver nuestra empresa fracasada.
W. SHAKESPEARE *Julius Caesar*, acto IV; *Brutus*

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:
AITKINS (Gladys) Camarera de la hostería «El Ciervo».
ARDEN (Enoch) De El Cabo, por otro nombre Charles Trenton.
CLOADE (Gordon) Millonario, que fue agente de compras del Gobierno.
CLOADE (Jeremy) Abogado, hermano de Gordon.
CLOADE (Lionel) Médico, hermano menor de Gordon.
CLOADE (Rowley) Agricultor, primo de la repetida familia y prometido de Lynn.
FRANCES Esposa de Jeremy.
GEYTHORNE Abogado de Rosaleen.
GEORGE Fiel criado de Poirot.
GRAVES Sargento de policía.
HUNTER (David) Hermano de Rosaleen.
KATHIE Esposa de Lionel y convencida espiritista.
LIPPINCOTT (Beatrice) Dueña de la hostería «El Ciervo».
LYNN Agraciada hija de Adela y sobrina de los Cloade.
MARCHMONT (Adela) Hermana de los Cloade.
PEBMARS Juez instructor.
POIROT (Hércules) Sagaz detective belga.
PORTER (George Douglas) Comandante encargado de la Defensa Pasiva y gran amigo de Robert Underhay.
SPENCE Superintendente de policía.
SEÑORA LEADBETTER Irascible anciana, huésped de «El Ciervo».
UNDERHAY (Robert) Primer esposo que fue de Rosaleen.
UNDERHAY (Rosaleen) Viuda del anterior y casada en segundas nupcias con Gordon Cloade.

VAVASOUR (Johnny) Socio de Rowley Cloade.

Prólogo

1

No hay club sin su correspondiente plomo, y el *Coronation* no podía ser una excepción a la regla. El hecho de que un ataque aéreo se hallase en curso, no hacía variar en lo más mínimo esta circunstancia. El comandante Porter, antiguo oficial del ejército de la India, hizo crujir entre sus dedos las hojas de un periódico y carraspeó para aclarar su garganta. Todos los allí presentes hicieron ademán de esquivar sus miradas, sin conseguirlo.

—Veo que se anuncia en *The Times* —dijo— la muerte de Gordon Cloade. Discretamente, por supuesto. «El 5 de octubre, como resultado de una acción del enemigo». No se menciona el lugar en que ocurrió. A decir verdad, fue a cuatro pasos de donde yo vivo. Uno de esos caserones que se alzan en la cúspide de Camden Hill. Les aseguro que me conmovió un tanto. Soy, como ustedes saben, uno de los encargados de la Defensa Pasiva. Cloade acababa de regresar de los Estados Unidos. Había ido allí como agente de compras del Gobierno y se casó durante su estancia en aquel país con una joven viudita que muy bien podría haber pasado por su hija. La señora Underhay. Tuve el gusto de conocer a su primer marido en Nigeria.

El comandante Porter se detuvo. Nadie mostró interés en lo que decía ni le animó a que prosiguiera. Los periódicos se alzaron diligentemente hasta cubrir del todo las caras de sus lectores, acción que hubiese bastado para desanimar a otro que no hubiese sido nuestro intrépido narrador. El comandante Porter tenía siempre largas historias que contar, la mayoría de ellas acerca de gentes a las que nadie parecía conocer.

—Es interesante —dijo el comandante Porter, con firmeza, clavando distraídamente los ojos en un extremadamente puntiagudo par de zapatos que había enfrente, tipo de calzado que merecía su más absoluta desaprobación.

—Como ya he dicho, soy uno de los encargados de la Defensa Pasiva —prosiguió—. ¡Qué cosas más raras ocurren en las explosiones! Nunca se puede predecir la magnitud del efecto. Ésta derrumbó el sótano y partió en dos el tejado. El piso primero, sin embargo, quedó intacto. Había seis personas en la casa. Tres criados (un matrimonio y una doncella), Gordon Cloade, su esposa y un hermano de ésta. Todos se refugiaron en el sótano con excepción del hermano de la esposa, un «ex comando», que prefirió permanecer en su cómoda alcoba del primer piso y que se libró de la catástrofe con sólo unas cuantas magulladuras. Los tres criados perecieron en la explosión. Gordon Cloade fue extraído con vida aún de entre los escombros, pero murió camino del hospital. Su esposa fue hallada inconsciente, sin una sola prenda de vestir que la cubriera, pero ilesa al parecer. Se espera que no tardará en reponerse del todo y convertirse en una acaudalada viuda. A Cloade se le calculaba bien pasado el millón.

De nuevo se detuvo el comandante Porter. Su mirada ascendió de aquellos puntiagudos zapatos a un pantalón de rayas, después a una negra americana y finalmente a una cabeza de forma de huevo y unos descomunales mostachos. «¡Algún extranjero!», pensó. Eso explicaría lo de los zapatos.

—¡A lo que ha llegado el club! —se dijo para sí—. No hay modo de librarse de estos extranjeros, ni aun en tu propia casa.

Este pensamiento no dejó de aguijonearle durante el curso del resto de su narración. El hecho de que aquel extranjero estuviese prestándole toda su atención, no parecía hacer disminuir un ápice su prejuicio.

—No debe de tener más de veintiocho años —prosiguió—; y viuda por segunda vez. O por lo menos…; así lo cree ella.

Hizo otra pausa dejando así libre acceso a la curiosidad o el comentario.

Al no conseguir ni la una ni el otro, continuó, impertérrito:

—Casi diré que tengo mis propias ideas acerca del caso. Muy raro todo. Como ya he dicho, conocí a su primer marido. Se llamaba

Underhay. Excelente muchacho y fue un tiempo comisionado de distrito en Nigeria. Muy sagaz en el desempeño de su cargo. Se casó con la muchacha en la ciudad de El Cabo en ocasión de hallarse ésta en dicho punto formando parte de una compañía teatral que hacía una jira por África del Sur. Aunque bonita, la suerte no parecía acompañarle. Se sentía desamparada, y al escuchar al pobre Underhay hablar de sus grandes proyectos en aquel vasto territorio, pensó que una vida así sería el único modo de alejarla de todo aquello que hasta entonces le rodeara. Se casaron. Él estaba enamorado como un tonto, pero el matrimonio no dio los resultados apetecidos. Ella odiaba la selva, le aterrorizaban los nativos, se sentía constantemente invadida por una profunda tristeza. Su idea de la vida era la de estar en perpetuo contacto con los grandes poblados y tener oportunidad de charlar allí con los que fueron sus compañeros de antaño. «La soledad de dos en compañía» no había entrado jamás en sus cálculos. Tengan presente que yo nunca llegué a conocerla y que cuanto digo, lo supe por boca del propio Underhay. Fue un golpe rudo para él y optó por obrar como un cumplido caballero. La envió de vuelta a su casa, ofreciendo concederle el divorcio si así lo deseaba. Fue poco después cuando yo conocí a Underhay. Su estado era el de un hombre al borde de la desesperación y que necesitaba la presencia de alguien en quien poder confiar sus penas. Era un muchacho de costumbres un tanto anticuadas y no le seducía la idea del divorcio. Un día me dijo: «Hay otros modos de dar a una mujer su libertad». «Escuche, amigo mío —le dije—, nada de locuras. No hay mujer en el mundo que merezca que un hombre cometa la torpeza de alojarse una bala en el cerebro». Me contestó que no era ésta su idea. «Pero soy solo en el mundo —me dijo—, no tengo parientes ni amigos que hayan de preocuparse por mí. Si la noticia de mi muerte llega a Rosaleen, esto la convertirá automáticamente en una viuda, que es quizá lo que ella desea». «Pero ¿y usted?», pregunté. «Probablemente un tal Enoch Arden —contestó—, surgirá a unas mil millas de distancia e intentará rehacer de nuevo su vida». «Eso podría ponerla a ella en un serio compromiso», le advertí. «¡Oh, no! —dijo—. Seguiré el juego hasta el fin. Roberto Underhay no dejará nunca de hacer su papel de muerto».

"No volví a pensar en ello, pero seis meses más tarde oí que

Underhay había muerto de fiebre en no sé qué punto de la selva. Los nativos a su servicio eran todos de su absoluta confianza y volvieron con un relato minucioso del hecho y unas cuantas líneas escritas de puño y letra de Underhay, en las que decía que sus hombres habían hecho por él cuanto humanamente estaba a su alcance; que temía que su fin estaba ya cercano, y que no vacilaba en encomiar calurosamente los servicios de su capataz. Este hombre, como todos los demás, le era en extremo adicto y sus peones estaban dispuestos a jurar cuanto saliese de sus labios. Ésta es la historia, señores. Quizás Underhay yace enterrado en un desconocido rincón de África ecuatorial, o quizá no, y si es esto último, como muy bien pudiera suceder, la señora de Gordon Cloade recibirá el susto mayor de su vida cuando menos se lo espere. Y bien merecido, a mi entender. Jamás llegué a tratarla, pero conozco a un vampiro sólo en el batir de sus alas. Arruinó la vida del pobre Underhay. ¡Una interesante historia, señores!

El comandante Porter dirigió una ávida mirada a su alrededor como buscando una confirmación a su aserto.

Sólo se encontró con la medio esquiva y alarmante mirada del joven Mellon y la correcta atención de Poirot.

A continuación crujió un periódico, y un hombre de pelo entrecano y una cara singularmente impasible, se levantó bruscamente de su asiento y abandonó la habitación.

El comandante Porter quedó boquiabierto y el joven Mellon dejó escapar un agudo silbido.

—¡Ahora sí que la ha hecho usted buena! —exclamó este último —. ¿Sabe usted quién era ese señor?

—¡Dios me ampare! —dijo el comandante Porter, presa de una viva agitación—. ¡Claro que lo sé! No le he tratado íntimamente pero nos conocemos… ¿No es acaso Jeremy Cloade, hermano de Gordon Cloade? ¡Es verdaderamente poco agradable! De haberlo sospechado siquiera…

—Es un abogado —añadió el joven señor Mellon—, y apuesto a que se querellará por calumnia, difamación, o algo por el estilo.

El joven Mellon gozaba creando la alarma y el terror sobre todos los lugares que no cayesen bajo la jurisdicción de las Leyes de Defensa Nacional.

El comandante Porter seguía repitiendo agriadamente:

—De haberlo sospechado siquiera…

—Esta noche lo sabrá todo el mundo en Warmsley Heath —remachó el señor Mellon—. Es el punto de reunión de los Cloade y no se retirarán hasta haber decidido qué determinación tomar.

En aquel momento sonó la señal de «cesó el peligro», y el joven Mellon dejó de ser malicioso y se decidió a acompañar galantemente a su amigo Hércules Poirot.

—Es temible la atmósfera de estos clubs —dijo—. Aquí se congrega la colección más desesperante de aguafiestas que se pueda usted imaginar, y Porter, sin discusión, es quien se lleva el premio. Su descripción del truco de la cuerda india, dura al menos tres cuartos de hora y se precia de conocer a todos los ingleses cuyas madres hayan residido en Poona[1].

Esto ocurrió en el otoño del año 1944. Hacia el final de la primavera de 1946, Hércules Poirot recibió una visita.

2

Hércules Poirot estaba sentado frente a su ordenada mesa en una apacible mañana del mes de mayo cuando su criado George se le acercó y murmuró con pausa respetuosamente:

—Una señora desea ver al señor.

—¿Qué clase de señora? —preguntó un tanto extrañado Poirot.

Éste disfrutaba siempre con la meticulosa precisión de las descripciones de George.

—Su edad, diría yo que se encuentra entre los cuarenta y los cincuenta años, señor. Desaliñada, pero un tanto artística en su apariencia. Buen calzado; sandalias. Chaqueta y falda de mezclilla y blusa de encaje. Unos collares de abalorios egipcios de dudoso buen gusto y chal de seda azul.

Poirot al final del relato de George, se estremeció ligeramente.

—Creo que no me interesará recibirla.

—¿Le diré, señor, que se encuentra usted algo indispuesto?

Poirot miró pensativamente a su criado.

—Supongo que le habrá usted dicho que estoy muy ocupado y que no me gusta que cuando estoy trabajando se me moleste.

George mantúvose erguido mirando a Poirot y tosió de un modo significativo.

—Me dijo, señor, que había venido del campo expresamente para hacer esta visita y que no le importaba esperar.

Poirot suspiró:

—No es bueno luchar contra lo inevitable —dijo—. Cuando una señora ya entrada en años y luciendo abalorios egipcios, ha decidido entrevistarse con el famoso Hércules Poirot y se ha molestado en venir desde el campo, nada la detendrá. Permanecerá sentada horas y horas hasta lograr su propósito. Hágala pasar, George.

George se retiró, volviendo a los pocos momentos para anunciar gravemente:

—La señora Cloade.

La figura ataviada con el traje de mezclilla y el chal, entró con cara resplandeciente de satisfacción. Se adelantó en dirección a

Poirot con una mano extendida y columpiando los collares de abalorios que, al chocar unos con otros, lanzaban un alegre tintineo.

—Señor Poirot —dijo—. He venido a usted guiada por los espíritus.

Poirot entornó ligeramente los ojos.

—Claro, señora. ¿Sería usted tan amable de tomar asiento y decirme…?

No llegó a terminar la frase.

—De dos maneras, señor Poirot. Por medio de la escritura automática y del tablero. Fue anteanoche. La señora Elvary (admirable mujer) y yo empleamos el tablero y obtuvimos repetidamente las mismas iniciales. H. P. H. P. H. P. Naturalmente no comprendimos de momento su significación. Como usted sabe, esto requiere algún tiempo. En nuestro plano terrenal no acertamos a ver las cosas con claridad. Me estrujé el cerebro tratando de recordar a alguien que tuviese esas iniciales. Sabía que tendría alguna relación con las «comunicaciones» de la sesión anterior, una de las más malévolas que hemos tenido y que tardé algún tiempo en descifrar. En esto se me ocurrió comprar un número del *Picture Post* (otra vez la guía espiritista, pues yo acostumbro a comprar el *New Statemans*) y, ¿sabe usted lo que me encontré en él? Pues un retrato de usted con un breve relato de sus proezas. ¿No es admirable, señor Poirot, ver cómo todo parece tener su finalidad en la vida? No cabe duda que es a usted a quien los *Guías* han designado para aclarar este misterio.

Poirot la observó con detenimiento, y por extraño que parezca, lo que más llamó su atención fue la astucia que revelaba la mirada de aquellos inquietantes ojos azules. Eran ellos los que más poderosamente contribuían a encauzar su extraño modo de representar los temas…

—¿Y bien, señora… Cloade…?

De pronto frunció el entrecejo.

—Creo recordar haber oído su nombre hace algún tiempo… —añadió.

Ella asintió con un vehemente movimiento de cabeza.

—El de mi pobre cuñado…, Gordon. Inmensamente rico y a menudo mencionado en la Prensa. Fue muerto en un *blitz* hará poco más de un año. Un rudo golpe para todos nosotros. Mi marido es su

hermano menor. Es médico. El doctor Lionel Cloade… Claro que —añadió bajando la voz— él nada sabe de esta consulta que yo le estoy haciendo. No lo aprobaría. Los doctores, por lo que he podido comprobar, tienen unos puntos de vista completamente materialistas. Lo espiritual parece estarles vedado. Todo lo achacan a la ciencia. Pero yo pregunto…, ¿y qué es la ciencia en sí? ¿Qué puede hacer por sí sola?

Para Hércules Poirot no parecía existir otra contestación a la pregunta que la de hacer una penosa y detallada descripción de Pasteur, de Lister, de la lámpara de seguridad de Humphrey Davy, de la conveniencia del empleo de la electricidad en los hogares y de otra infinidad de nombres y materias por el estilo. Pero esto, naturalmente, no era la respuesta que la señora de Lionel Cloade deseaba. En realidad su pregunta, como otras muchas que se hacen, no son tales preguntas en sí, sino una mera retórica de expresión.

Hércules Poirot se contentó con inquirir de un modo práctico:

—¿Y cómo cree usted que puedo ayudarla, señora Cloade?

—¿Cree usted en la existencia real del mundo de los espíritus, señor Poirot?

—Soy un buen católico, señora —contestó éste, cautelosamente.

La señora Cloade rechazó la cuestión de la fe católica con una sonrisa de desdén.

—¡Ciega! La Iglesia es ciega, absurda y llena de prejuicios y no admite la realidad y la belleza del Más Allá.

—A las doce en punto —cortó Hércules Poirot—, tengo una cita muy importante.

Fue una oportuna observación. La señora Cloade inclinó el cuerpo hacia delante.

—Vamos directamente al punto. ¿Le sería posible, señor Poirot, encontrar a una persona desaparecida?

Poirot enarcó las cejas.

—Claro que me sería posible —respondió con reservas—. Pero la Policía, mi querida señora Cloade, podría hacerlo con mucha más facilidad que yo, puesto que dispone de todos los elementos necesarios.

La señora Cloade rechazó la idea de la Policía como antes lo hiciera con la Iglesia Católica.

—No, señor Poirot, es a usted a quien he sido guiada por los

mensajeros celestes. Ahora, escúcheme. Mi cuñado Gordon se casó, pocas semanas antes de su muerte, con una joven viuda, una tal señora Underhay. Su primer marido, un pobre muchacho cuyo fallecimiento le produjo gran desconsuelo, fue dado por muerto en la selva africana. Un país extraordinario y misterioso.

—Un misterioso continente —corrigió Poirot—. ¿Y en qué parte dice usted…?

—En el África Central. La cuna del *vodoo*[2] y de los *zhombies*[3] …

—El zhombie pertenece a las Indias Occidentales.

La señora de Cloade ignoró la corrección y prosiguió:

—… de magia negra, de ritos secretos y extraños, un país donde un hombre puede desaparecer y nunca más volver a saberse de él.

—Es posible, es posible —dijo Poirot—, pero cosas parecidas se hacen también en el circo de Piccadilly.

La señora Cloade rechazó también la idea del circo de Piccadilly.

—Dos veces consecutivas, y en un breve espacio de tiempo, señor Poirot, hemos tenido una comunicación con un espíritu que dice llamarse Robert. El mensaje era el mismo cada vez. No hay tal muerte… Estábamos extrañados, puesto que no conocíamos a ningún Robert; le pedimos que ampliara los detalles y nos. contestó: «R. U. R. U. R. U.», y después: «Digan a R. Digan a R.» «¿Decir a Robert?», preguntamos. «No, éste es un mensaje de Robert. R. U.» «Y qué quiere decir U.?» —volvimos a preguntar—. Después, señor Poirot, ocurrió algo extraordinario. El nombre de Underhay nos fue revelado, entresacando sus sílabas al igual que se hacen con las iniciales, un acróstico, de entre los versos de una conocida balada.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza, pero sin molestarse en preguntar cómo habiendo deletreado el nombre de Robert, no hubiesen podido hacer lo propio con el de Underhay y en vez de recurrir a aquella especie de logogrifos más bien propios de un departamento del servicio secreto.

—Y el nombre de mi cuñada es precisamente Rosaleen —terminó de decir la señora Cloade, con aire de triunfo—. ¿Comprende usted ahora? La confusión estribaba meramente en las «erres», pero la significación era de una claridad meridiana: «*Digan a Rosaleen que Robert Underhay no ha muerto*».

Ésta fue la categórica contestación.

—¡Ajá! ¿Y se lo ha dicho usted?

La señora Cloade quedó desconcertada unos instantes.

—Pues…, la verdad…, no. La gente es tan escéptica a veces… Temí que Rosaleen fuese una de tantas. Por otra parte, la noticia podía haber trastornado a esta pobre criatura haciendo que se devanase los sesos tratando de averiguar el lugar, y, si me apura, hasta lo que pudiese estar haciendo su marido.

—¡Además de proyectar su voz a través del éter! Es muy posible. Un método curioso de anunciar su salvamento.

—¡Ah, señor Poirot! Usted no está iniciado en esta clase de materias. ¿Qué sabemos de las circunstancias que concurrieron en su desaparición? El pobre capitán Underhay (no recuerdo ahora exactamente si era capitán o comandante) puede estar en estos momentos prisionero en algún remoto rincón de África Central. ¡Piense usted en la alegría de encontrarlo y devolverle a los brazos amorosos de su joven esposa! ¡Piense en la felicidad de ambos! ¡Oh, señor Poirot, piense en que he sido enviada a usted y tengo la seguridad, la absoluta seguridad, de que no rehusará usted obedecer el mandato del mundo espiritual!

Poirot la contempló meditabundo.

—Mis honorarios —dijo con dulzura— son elevados, extraordinariamente elevados, y el trabajo que usted sugiere no es tan fácil como a primera vista parece.

—¡Es una verdadera pena! Mi marido y yo estamos, desgraciadamente, a la cuarta pregunta. ¡Qué a la cuarta! ¡A la octava! Y lo peor es que él no está enterado de ciertos detalles. Por consejos de los espíritus, compré ciertas acciones de Bolsa y el resultado no ha podido ser más desastroso. Sus precios han bajado de tal forma que ni siquiera se cotizan hoy en el mercado.

Una mirada de desconsuelo brotó de sus inquietos ojos azules.

—No me he atrevido a confesárselo a mi marido —prosiguió—. Se lo digo a usted, sólo con objeto de que se haga cargo de mi situación. ¡Pero reunir a una enamorada pareja es una misión tan noble, señor Poirot…!

—La nobleza, *chére madame*, no serviría para pagar los gastos de transporte por tierra, aire y mar, que yo tendría que hacer, ni tampoco el de telegramas y cables y el de interrogatorio a los testigos.

—Pero si se le encuentra…, sí, como se espera, el capitán Underhay está vivo aún, entonces…, digo yo…, no habría ninguna dificultad en…, vamos, en resarcirle de todos sus desembolsos.

—¡Ah! ¿Quiere eso decir que el capitán Underhay es rico…?

—No; no es eso precisamente, pero…, puedo asegurarle, darle mi palabra de honor, si es preciso, de que la cuestión monetaria no presentará ninguna dificultad.

Poirot movió lentamente la cabeza en señal de desaprobación.

—Lo siento, señora. Mi respuesta es: «no».

Le costó cierto trabajo conseguir que aceptara su negativa.

Cuando al fin decidió marcharse, Poirot se levantó y permaneció unos instantes en pie, perdido en un mar de confusos pensamientos, y con el ceño fruncido. Ahora recordaba por qué el nombre de Cloade le era tan familiar. La conversación sostenida en el club el día del ataque aéreo, volvió súbitamente a su memoria. La estentórea y pesada voz del comandante Porter relatando una interminable historia a la que nadie ponía atención.

Recordó el crujir de un periódico y la cara de consternación que a renglón seguido puso Porter.

Pero lo que más le preocupaba era el tratar de reconcentrar las ideas que la mujer que acababa de salir había hecho agolpar en su cerebro. Aquella locuacidad de factura eminentemente espiritista; aquella vaguedad de su charla; aquel vaporoso chal; aquel tintinear de amuletos y cadenas que rodeaban su cuello, y finalmente, y como variante de todo lo antedicho, el fulgor que despedían aquel par de inquietantes ojos azules.

—¿Qué es lo que en realidad había venido buscando esta mujer aquí? —se preguntó—. ¿Y qué habrá tras toda esa sarta de incongruencias?

Después miró a la tarjeta que yacía sobre su mesa escritorio.

—«Warmsley Vale» —leyó.

Fue exactamente cinco días después cuando en uno de los periódicos de la noche, apareció un pequeño párrafo que hacía referencia a la muerte, en Warmsley Vale, viejo villorrio distante unas tres millas de las populares pistas de golf de Warmsley Heath, de un hombre llamado Enoch. Hércules Poirot volvió a repetir:

—Quisiera saber qué es lo que ha sucedido en Warmsley Vale…

Y quedó sumido en hondas meditaciones.

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

Warmsley Heath consiste en un espacioso campo de golf, dos hoteles, unas cuantas villas elegantes y modernas, circundando a aquél, una fila de lo que antes de la guerra fueron lujosas tiendas, y una estación de ferrocarril.

A la izquierda de ésta, y partiendo de la misma, una hermosa carretera surca los campos en dirección a Londres. A la derecha hay un camino vecinal con un letrero que dice: *Sendero a Warmsley Vale*.

Warmsley Vale, medio oculto entre la espesa arboleda que crece en las colinas del distrito, es el reverso de Warmsley Heath. Es en esencia, un microscópico centro de abastecimiento de los pueblos colindantes, relegado hoy a la categoría de villorrio. Tiene una calle principal compuesta por casas de estilo georgiano, varios «bares», dos o tres anticuados almacenes y un ambiente general como de estar a ciento cincuenta en vez de a veintiocho millas de Londres.

Sus ocupantes, individual y colectivamente, desprecian aquellos edificios que, como hongos, van apareciendo en los alrededores de Warmsley Heath.

En las afueras hay casitas verdaderamente encantadoras, provistas de primorosos jardines. Fue a una de éstas (la llamada Casa Blanca) adonde Lynn Marchmont volvió a principios de la primavera, después de haber sido desmovilizada del Cuerpo de la WRENS[4].

La mañana del tercer día de su estancia, contempló desde la abierta ventana de su cuarto, el panorama que ofrecían los olmos que se erguían en su vecino prado y aspiró con fuerza el aire embalsamado por esa peculiar emanación de la tierra húmeda por el rocío. Un olor que había echado mucho de menos durante aquellos últimos años.

¡Qué alegría la de estar de nuevo en su hogar! ¡En aquella alcoba en la que tan a menudo y tan nostálgicamente había pensado desde que se fue allende el mar! ¡Qué alegría la de poder desprenderse de aquel uniforme, de volver a ponerse su falda de mezclilla y su blusón, aún después de que la polilla hubiera dejado en ellas su huella destructora durante aquel largo período de actividad bélica!

Estaba contenta de haber abandonado la «Wrens» y de ser de nuevo una mujer libre, sin que esto significara que no se hubiese divertido de lo lindo en el servicio de ultramar. El trabajo había sido relativamente interesante, con frecuentes intercambios de fiestas en las que reinaba el espíritu de camaradería y buen humor, pero en el que no había faltado tampoco el fastidio y la rutina y la sensación de ir siempre en manada con compañeras que en más de una ocasión le habían hecho pensar seriamente en la deserción.

Fue entonces, en aquel largo y achicharrante verano que pasó en el Oriente Medio, cuando pensó con fuerza irresistible en Warmsley Vale, en su fresca y vetusta casita y en su querida *mamy*.

Lynn amaba a su madre tanto como ésta parecía complacerse en irritarla. Lejos de su casa había conseguido olvidar los motivos de la irritación, y si éstos volvían por cualquier causa a su memoria, lo hacían siempre acompañados por esa indefinible sensación de melancolía que trae al alma el recuerdo de nuestro lejano hogar. ¡Oh, querida *mamy*, tan tierna y tan enloquecida a la vez! ¡Cuánto no hubiese dado por escuchar de nuevo el timbre de su quejumbrosa voz, y por estar ahora a su lado para nunca más volverse a separar!

Sus sueños se habían convertido en realidad y allí estaba, fuera de servicio, libre, y en su adorada Casa Blanca.

Sólo tres días habían transcurrido desde su llegada, pero ya una extraña sensación de desencanto y de inquietud iba apoderándose poco a poco de toda su persona. Todo estaba igual, quizá demasiado igual, la casa, *mamy*, Rowley, la granja y la familia. Lo único que al parecer había cambiado había sido ella…

—¡Encanto…! —sonó la voz de la señora Marchmont desde el descansillo inferior de la escalera—, ¿quiere que se le lleve a la niña el desayuno a la cama?

—¡Claro que no! Bajo en seguida —contestó Lynn, con voz

estridente.

—¿Por qué —se dijo para sí— habrá *mamy* de llamarme siempre «la niña»? ¡Es ridículo!

Bajó precipitadamente y penetró en el comedor. El desayuno no era de los que podían calificarse de buenos. Ya Lynn se había dado cuenta de la indebida proporción de tiempo e interés que era necesario para la obtención de alimentos. Con excepción de una mujer, poco recomendable, por cierto, que acudía cuatro días a la semana a ayudar unas horas en las labores, la señora Marchmont permanecía sola en la casa para atender a la cocina y a los menesteres de limpieza. Frisaba ya en los cuarenta cuando Lynn vino al mundo, y su salud se hallaba un tanto quebrantada. También comprendió Lynn con desmayo el gran cambio experimentado en la situación pecuniaria. La modesta, pero adecuada renta fija que en los días que precedieron a la guerra les permitió vivir con cierta holgura, había quedado prácticamente reducida a la mitad a consecuencia de lo exorbitante de las contribuciones. Impuestos, coste de la vida y salarios habían subido a velocidades casi meteóricas.

—¡Bonito mundo! —pensó Lynn, con amargura. Sus ojos se posaron sobre las columnas de un diario que había a su alcance:

> *«Ex W.A.A.F*[5]*. busca empleo donde se requiera iniciativa y dinamismo». «Anterior miembro de la W.A.A.F. se ofrece para puesto en que necesite habilidad y espíritu de organización y mando».*

Iniciativa, espíritu emprendedor, mando, éstas eran las cualidades ofrecidas. Pero ¿qué era lo que se solicitaba? Gente que pudiese cocinar, barrer y limpiar, o con conocimientos de mecanografía y taquigrafía. Gente que supiese de trabajos rutinarios y capaz de rendir útiles servicios.

Nada de esto, sin embargo, debía preocuparla. Su suerte estaba echada. Se casaría con su primo Rowley Cloade, con quien ya poco antes de estallar la guerra se comprometiera, y por el que, desde donde alcanzaban sus recuerdos, había sentido una profunda simpatía. La elección de la vida rural había sido aceptada sin vacilación. Una vida plácida, avara en cambios y pródiga en

ocupaciones, pero ambos gustaban de respirar el aire puro del campo y dedicarse al cuidado de los animales.

Sus esperanzas no eran ya lo que un día fueron. Su tío Gordon había prometido siempre…

La voz de la señora Marchmont se hizo oír en su acostumbrado tono plañidero:

—Como te escribí, fue el más rudo golpe que hubiésemos podido recibir, querida Lynn. Llevaba Gordon escasamente un par de días en Londres. Ni siquiera le habíamos visto. ¡Si en vez de detenerse allí se hubiese venido…!

La fatal noticia de la muerte de su tío había llegado a Lynn en su lejano destierro, pero sólo ahora empezaba a percatarse de su verdadera significación. La vida de Gordon había ido íntimamente asociada con la de todos sus familiares, a quienes había tomado bajo su protección y amparo.

Hasta Rowley… Rowley y su amigo Johnny Vavasour habían acometido en sociedad un vasto programa agrícola. Su capital no era grande, pero estaban llenos de optimismo y de decisión. Y Gordon Cloade había aprobado el proyecto.

En más de una ocasión le oyó decir:

—Sin capital, la agricultura no es negocio. Pero lo primero que precisaba saber es si estos muchachos tienen en realidad la voluntad y la energía necesaria para una empresa de esta índole. Si yo les ayudase ahora, quizá tardara años en saberlo, pero si, como espero, la tienen y si estoy satisfecho del concepto que del negocio han formado, entonces, Lynn… no tienes por qué preocuparte. Les capitalizaré a medida de sus necesidades. No desesperes, muchacha. Eres precisamente la esposa que Rowley necesita. Y ahora espero que no dirás una palabra de cuanto hayas oído.

Y así lo hizo, pero Rowley tenía también por su parte un vago presentimiento del benévolo interés que por él manifestaba su tío. A él le correspondía, pues, probar que el dinero que se empleaba en ayudar a los hombres como Rowley y Johnny no sería nunca una mala inversión, sino todo lo contrario.

Todos, en realidad, dependían de Gordon Cloade, sin querer con esto decir que en la familia hubiese vago ni parásito alguno. Jeremy Cloade era socio comanditario en una reconocida firma de procuradores y Lionel Cloade practicaba con éxito su carrera de

doctor en Medicina.

Pero tras estas vidas de constante labor, existía siempre la alentadora esperanza de que en caso de un apuro, el dinero no habría de faltar. Jamás hubo necesidad de apelar a la limitación o al ahorro. El porvenir estaba asegurado. Gordon Cloade, viudo y sin hijos, se encargaría de ello, y así se lo habla hecho saber a todos.

Su hermana, Adela Marchmont, también viuda, pudo, gracias a esta tutela providencial, continuar viviendo en la Casa Blanca. Lynn se educó en los mejores colegios, y de no haber estallado la guerra, habría podido recibir la educación complementaria que más en consonancia hubiese podido estar con sus ideales o aspiraciones. Los cheques del tío Gordon afluían con matemática regularidad para proveer a toda clase de pequeños gastos y caprichos.

Nada podía hacer augurar cambio alguno en la situación, cuando de pronto, y como una bomba, llegó la inesperada nueva del casamiento de Gordon Cloade.

—Claro, hijita —prosiguió Adela—, que nos sorprendió la noticia. ¿Quién hubiese podido, ni remotamente, sospechar que Gordon cometiese una barbaridad semejante? Supongo que no habría sido por falta de lazos familiares.

«Quizá por todo lo contrario», pensó Lynn, para sí.

—¡Fue siempre tan amable para nosotros! —continuó la señora Marchmont—. Un poco tirano, a veces. Jamás se acostumbró a la idea de comer sobre una mesa reluciente. Insistía en que no se dejasen de poner los anticuados manteles y, en ocasión de una visita que hizo a Italia, me mandó desde Venecia un juego de encaje que era un verdadero primor.

—Verdaderamente no merecía este pago nuestra sumisión a sus deseos —profirió secamente Lynn. Después, añadió, mostrando cierto interés—. ¿Cómo fue el conocer a su segunda esposa? Nada me había dicho de ella en sus cartas.

—No sé si en un barco o en un avión, o en qué. Creo que en un viaje de Sudamérica a Nueva York. ¡Después de tantos años y de tantas secretarias y mecanógrafas y mayordomas… y… qué sé yo!

Lynn sonrió. Hasta donde alcanzaba su memoria, recordaba que las secretarias, mayordomas y personal de oficina del tío Gordon habían sido siempre sujetas, antes de su admisión, a un previo y meticuloso reconocimiento.

—¿Será guapa, por supuesto?

—Te diré —contestó Adela—. A mi juicio tiene la cara de tonta.

—¡Tú no eres hombre, *mamy*!

—Claro que —añadió la señora Marchmont— la pobre muchacha sufrió un fuerte choque con la explosión de la bomba y, en mi opinión, no ha conseguido reponerse del todo. Hoy es un manojo de nervios. No creo que llegase nunca a ser una buena compañera para el pobre Gordon.

Lynn sonrió. Dudaba que su tío hubiese decidido casarse con una mujer a quien doblaba la edad por el solo prurito de disfrutar de una camaradería intelectual.

—Y además, querida —la señora Marchmont bajó el tono de voz —, he de confesarte que no es una señora.

—¡Qué expresión, *mamy*! Eso nada importa en los tiempos que corremos.

—Pero sí en el campo —interpuso Adela—. Y lo que he querido decir, simplemente, es que no es una de las nuestras.

—¡Pobre diablillo!

—Realmente, Lynn, no sé lo que quieres dar a entender con esas palabras. Todos hemos tenido sumo cuidado en guardarle toda clase de deferencias, aunque sólo sea en recuerdo del pobre Gordon.

—¿Y está en Furrowbanks? —preguntó Lynn.

—Naturalmente. ¿Dónde querías que fuera después de salir del hospital? Los doctores recomendaron que se alejara de Londres y se vino a Furrowbanks en compañía de su hermano.

—¿Qué tal es él? —inquirió Lynn.

—¡*Horrible*!

La señora Marchmont se detuvo, y luego añadió, dando gran intensidad a la frase:

—*Muy rudo*.

Un destello momentáneo de simpatía cruzó por la mente de Lynn y pensó:

«También yo lo sería si estuviese en su lugar».

Luego preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Hunter. David Hunter. Irlandés, según creo. Claro que son gentes de las que nadie ha oído hablar en la vida. Ella es una viuda, una tal, señora Underhay. Aun a riesgo de parecer un tanto falta de

caridad, me gustaría saber qué clase de viuda era la que se atrevía a pasearse sola por todo Sudamérica en tiempo de guerra. Lo menos que puede suponerse es que anduviese a la caza de un marido acaudalado.

—Y por lo visto, consiguió su objeto —observó Lynn.

La señora Marchmont exhaló un suspiro.

—¡Es tan extraordinario todo lo ocurrido! No acabo de comprenderlo, y menos en un hombre tan ladino como Gordon. Y no es que las mujeres no hayan intentado pescarle. La penúltima secretaria, por ejemplo. No había duda que era la melosidad en persona; y muy eficiente, según creo. Sin embargo, Gordon no titubeó en prescindir de sus servicios.

—Hasta que llegó su Waterloo —insinuó Lynn.

—Sesenta y dos años —comentó la señora Marchmont—. Edad peligrosa, por lo visto. Y como remate, una guerra que, a mi juicio, desequilibra un tanto. No puedes imaginarte el choque que fue para mí la lectura de la carta.

—¿Qué decía exactamente?

—Escribió a Frances, no acabo de alcanzar el porqué. Quizá se imaginara que, debido a su educación superior, conseguiría de ella una mayor comprensión y simpatía. Decía que era posible que nos sorprendiera la noticia de su casamiento. Admitía que todo había sido un tanto precipitado, pero que confiaba en acabar por querer profundamente a Rosaleen, un nombre completamente teatral, ¿no te parece? Y le llamo teatral por no decir algo peor. Añadía que su vida, la de ella, había sido triste por demás; que, no obstante sus pocos años, sus experiencias habían sido abundantes y dolorosas, y era realmente admirable la forma estoica con que supo arrastrar sus situaciones.

—El conocido gambito —murmuró Lynn.

—Así es. ¡Lo hemos oído nombrar con tanta frecuencia…!, ¡pero, ca…!, como todos. Ella tiene un par de hermosos ojos azules y profundos, y encajados con dedos llenos de tizne, como vulgarmente se dice.

—¿Es atractiva?

—Es bonita, por demás, aunque no la clase de lindeza que yo admiro.

—Lo supongo.

—No, querida. No me has entendido. Me refiero a hombres que…, pero ¿a qué seguir hablando de ellos? Aun los más equilibrados acaban por cometer las más absurdas locuras. La carta de Gordon seguía diciendo que ni por un momento creyésemos que su boda serviría para debilitar los estrechos lazos que con todos les unían, y que seguiríamos siendo objeto de su particular atención.

—¿No hizo, acaso —dijo Lynn—, algún testamento después de su boda?

La señora Marchmont movió la cabeza negativamente.

—No. El último que hizo fue en 1940. No conozco sus detalles, pero nos dio a entender en aquella fecha que se había cuidado de todos y que nada habríamos de temer en caso de su fallecimiento. Su boda, como es natural, hizo nulo ese testamento. Estoy segura que no habría tardado en hacer otro nuevo, pero no le dio tiempo. Murió, puede decirse, al día siguiente mismo de su llegada.

—¿Y así ella, Rosaleen, lo hereda todo?

—Sí.

Lynn quedó silenciosa. No era ni más ni menos mercenaria que la mayoría de las gentes y era humano que la afectara el nuevo curso que habían tomado los acontecimientos. No iban a suceder tal cual Gordon Cloade los proyectara. El grueso de la fortuna habría pasado, sin duda, a poder de su joven esposa, pero no habría dejado de tomar ciertas precauciones en favor de una familia a la que continuamente había animado a depender de él. Vez tras vez había incitado a no hacer economías ni previsión para el futuro. En cierta ocasión oyó cómo le decía a Jeremy: «Serás rico cuando yo muera». Y a su madre, y repetidamente: «No te preocupes, Adela. Yo me encargo de Lynn, y no debes moverte de esta casa, que puedes considerar como tuya. Repárala y modifícala a tu gusto, y no dejes de enviarme la nota de gastos». Fue él quien más empeño mostró en que Rowley se dedicara a la agricultura; él quien insistió en la entrada de Anthony, hijo de Jeremy, en el Cuerpo de Guardias, y él quien animó a Lionel Cloade a seguir cierto ramo de investigaciones médicas que le obligaron a abandonar de momento la práctica directa de su profesión.

Este cúmulo de recuerdos que se agolpaban en su memoria, fueron cortados de súbito. Dramáticamente, y con manos temblorosas, la señora Marchmont mostraba un puñado de facturas.

—Y fíjate en todo esto —siguió—. ¿Qué podemos hacer ahora, Lynn? El gerente del Banco me escribió esta mañana notificándome que mi cuenta está sobregirada. No lo comprendo. Tú sabes lo escrupulosa que he sido siempre en mis cuentas. Parece, sin embargo, que mis inversiones no son ya lo que fueron debido al aumento de los impuestos. Ésas son al menos las noticias. Y todos estos papeles amarillos que ves aquí, seguros contra daños de guerra y que has de pagarlos.

Lynn tomó las facturas y las examinó cuidadosamente. Nada había en ellas que pudiese hacer creer en extravagancias de ninguna clase. Empizarrado de los techos, arreglo de vallas, reposición de una vieja caldera en la cocina y la instalación de una nueva cañería del agua. Sumado todo, alcanzaba una cantidad considerable.

—Creo que tendré que marcharme de aquí —exclamó la señora Marchmont, en tono lastimero—. Pero ¿dónde? No se encuentra una casa pequeña ni por equivocación. Ni siquiera creo que existan. ¡Oh, Lynn! No quisiera amargarte la vida con mis lamentos y menos haciendo sólo tres días que estás entre nosotros, pero no sé lo que voy a hacer. ¡No lo sé, hija mía…!

Lynn miró a su madre. Había cumplido ya los sesenta y su constitución no era ciertamente de las que hubiesen podido clasificarse entre la categoría de las fuertes. Durante la guerra había aceptado evacuados de Londres y cocinado y trajinado para ellos. También había colaborado con la W.V.S., confeccionando compotas y ayudando a preparar la comida para las escuelas. Un trabajo de catorce horas diarias en contraste con la vida tranquila y fácil de los tiempos de anteguerra. Ahora estaba, como bien podía verlo Lynn, al borde de dar un estallido. Sin fuerzas y dominada por el terror de un futuro sin horizontes.

Una sorda cólera empezó a desbordarse en Lynn, que dijo como tratando de masticar las palabras:

—¿Y no podría Rosaleen ayudar?

Un vivo carmín se extendió por las mejillas de la señora Marchmont.

—No tenemos derecho a nada, a nada en absoluto.

—Creo que tienes un derecho moral —objetó Lynn—. El tío Gordon nunca dejó de ayudarnos.

La señora Marchmont hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No sería correcto —dijo— solicitar favores de gentes por las que no sentimos aprecio alguno. De todos modos, su hermano no le permitiría que se desprendiese de un solo chelín.

Y añadió, abandonando el heroísmo y cediendo el paso a su mal contenida felinidad:

—¡Admitiendo que en realidad fuese su hermano!

Capítulo II

Frances Cloade miraba pensativamente a su esposo, sentado frente a ella a la mesa. Frances frisaba en los cuarenta. Era de líneas finas y elegantes que hacían recordar la airosa delgadez de un galgo. Había un sello de arrogancia en la belleza que aún conservaban sus ya un tanto marchitas facciones, desprovistas de todo afeite, con excepción de unos ligeros toques de carmín en los labios. Jeremy Cloade era un enjuto sesentón de cara adusta e inexpresiva.

En la noche a que hacemos referencia, su reserva y seriedad parecían haber llegado a su límite.

Así lo observó la esposa al primer golpe de vista.

Un joven de unos quince años revoloteaba alrededor de la mesa, sirviendo los platos, pendiente siempre de cualquier gesto que pudiera hacer Frances. Un ligero fruncimiento de cejas de ésta, bastaba para que algo se le cayese de entre las manos y cualquier señal de aprobación le hacía resplandecer de gozo.

Se comentaba envidiosamente en Warmsley Vale que si alguien habría de tener criados, ésta sería, indudablemente, Frances Cloade. Y no es que los retuviese con falsas promesas de tentadores sueldos ni porque dejase de exigirles un estricto cumplimiento de sus deberes. No. Se debía a un trato afectuoso y correcto que tenía siempre una frase alentadora de aprobación para cuanto a su juicio estuviese bien hecho y aquella contagiosa energía y dinamismo que hacía que su servicio doméstico tuviese siempre un sello creativo y personal. Estaba acostumbrada desde niña a ser servida y esto lo hacía con entera naturalidad, mostrando el mismo aprecio por un buen cocinero o por una buena camarera que el que hubiese podido sentir por un excelente pianista.

Frances Cloade había sido la hija única de lord Edward Trenton,

que adiestraba sus caballos en las inmediaciones de Warmsley Heath. La bancarrota final de lord Edward fue considerada por quienes se preciaban de estar al tanto de ciertos detalles, como algo providencial que vino a librarle de males peores que la ruina material. Habían circulado rumores de caballos que no respondían al freno en determinados momentos y de otras anomalías que habían motivado una investigación por parte de los soltadores y jueces del «Jockey Club». Pero lord Edward había conseguido salir del apuro con sólo unas cuantas salpicaduras y llegar a un convenio holgadamente. en una de las playas de moda del sur de Francia. Todo ello lo debió a la astucia y a los esfuerzos realizados por su abogado Jeremy Cloade. Cloade había hecho algo que pocos en su profesión acostumbraban a hacer. Poner una garantía personal en favor de su cliente. Tampoco había hecho un secreto de la admiración que sentía por Frances, y a su debido tiempo, y cuando ya los asuntos de su padre habían acabado de resolverse satisfactoriamente, ésta se convirtió en la señora de Jeremy Cloade.

Lo que ella pensase acerca de su decisión, nadie logró saberlo jamás. Todo cuanto pudo decirse fue que supo aceptar valerosamente la parte que el Destino le reservó en la catástrofe. Fue una hacendosa y leal esposa para Jeremy, una buena madre para su hijo; había manejado con acierto los intereses de su marido y todo hizo suponer que en su enlace no había intervenido más factor que el libre impulso de su voluntad.

En justa correspondencia, la familia Cloade sentía por Frances profunda consideración y respeto; Estaban orgullosos de ella y su opinión era una ley, pero no podía decirse, con todo ello, que entre Frances y ellos existiera una verdadera intimidad.

Lo que Jeremy pensase de su matrimonio tampoco lo llegó nadie nunca a saber. Su reserva y sequedad eran notorias en la comarca, pero su reputación, tanto de hombre como de abogado, podía calificarse de inmaculada. «Cloade Brusquill & Cloade» no acostumbraban a hacerse cargo de asuntos de dudosa trascendencia. No se les consideraba como lumbreras, pero sí como personas de reconocida moralidad. La firma debió prosperar, pues el matrimonio Cloade vivía en una magnífica casa de estilo georgiano, situada no lejos de Market Place. Tenía un extenso jardín rodeado de altos muros y en su interior crecían numerosos perales que en la

primavera alegraban el recinto con sus blancas floraciones.

Fue a una salita que daba al jardín por la parte posterior de la casa donde el matrimonio se dirigió después de levantarse de la mesa. Edna, una juvenil doncella de respiración espasmódica, sirvió el café.

Frances vertió una pequeña cantidad en su taza. Era fuerte y caliente. Tomó un sorbo y sonrió con satisfacción.

—¡Excelente, Edna! —exclamó.

Esta muestra de aprobación hizo sonrojar a la doncella, que, de todos modos, no acertaba a comprender el gusto de ciertas personas. El café, en opinión de Edna, debiera ser de un color crema pálido, muy dulce y mezclado, como es natural, con una gran cantidad de leche.

Pero en la salita que daba al jardín, los Cloade tomaban el café puro y sin aditamento de ninguna clase. Durante la comida habían hablado frívolamente de sus nuevas amistades, del retorno de Lynn y de las perspectivas que ofrecía la agricultura para el próximo futuro. Pero ahora, al encontrarse solos, se sumieron en un profundo mutismo.

Frances se dejó caer contra el respaldo de la silla y observó atentamente a su esposo, que con los dedos, y absorto en sus pensamientos, se golpeaba suavemente el labio superior. Era éste un automatismo característico en él que coincidía siempre con algún estado de perturbación interna. Frances no había tenido ocasión de vérselo con frecuencia. Una vez, cuando la grave enfermedad de su hijo Anthony; otra, cuando se reunió el Jurado para deliberar en el veredicto de su padre; otra, al oír por la radio siniestras palabras de la ruptura de las hostilidades, y en la víspera de la partida de Anthony y después de su licencia.

Frances meditó unos momentos antes de decidirse a hablar. Su vida conyugal había sido feliz, pero falta de intimidad y parca en palabras. Ella había respetado siempre la reserva de Jeremy, así como él la suya. Ni aun el día que se recibió el telegrama anunciando la muerte de Anthony, había habido cambio apreciable en la actitud de ambos.

Jeremy fue quien lo abrió. Después miró a su esposa, que se limitó a preguntar con angustia:

—¿Es acaso…?

Él inclinó la cabeza, cruzó la distancia que le separaba de su mujer y depositó el mensaje en la mano que aquélla le tendía.

Permanecieron unos instantes en silencio. Después habló Jeremy: «¡Cuánto daría por poder aliviar tu dolor!», dijo. «También lo es tuyo», contestó ella, con voz firme, y sin verter una lágrima, consciente sólo del inmenso vacío que acababa de abrirse en su alma. Él le dio unos cariñosos golpes en la espalda. «Sí, lo es; ¡y grande…!». Después se dirigió a la puerta con un ligero tambaleo como el hombre que de súbito se sintiera envejecer y diciendo con voz entrecortada por mal comprimidos sollozos: «No añadamos palabras inútiles, por favor…».

La pérdida del muchacho había endurecido algo en su corazón, parte de su habitual amabilidad parecía haberse marchitado. Era más activa, más enérgica que nunca; hay personas que se asustan de su propio y despoblado sentido común…

Un dedo de Jeremy Cloade volvió a moverse a lo largo de su labio superior, como tratando de ayudarle a buscar solución a algo que bullía en su cerebro.

La voz de Frances sonó seca y sin inflexión.

—¿Te pasa algo, Jeremy?

Él se sobresaltó ligeramente y la taza de café estuvo a punto de escurrírsele de entre los dedos. Decidió depositarla en la bandeja y miró a su esposa.

—¿Qué decías, Frances?

—Te preguntaba si te pasa algo.

—¿Qué quieres que me pase?

Ella hablaba sin imprimir emoción alguna a sus palabras. Ésa era siempre su costumbre.

—Pues nada, en realidad —contestó él, levantando la vista y clavándola en Frances que, dado lo trivial de la negativa, continuaba interrogándole con la mirada.

Por un momento la máscara de indiferencia con que Jeremy pretendía cubrir sus facciones, pareció desprenderse de súbito. Duró sólo una fracción infinitesimal de segundo, pero el tiempo suficiente para que Frances captara la mueca de agonía que se reflejó en su semblante y que estuvo a punto de dar al traste con su imperturbabilidad habitual.

Se repuso y volvió a decir quedamente, sin mostrar la más

mínima alteración en el tono de su voz:

—Creo que harías bien en confiarte a mí…

Él exhaló un profundo y doloroso suspiro.

—De todos modos, tendrán que enterarse de ello tarde o temprano.

Y añadió una frase que logró producir cierta confusión.

—Creo que has hecho un mal negocio casándote conmigo. Frances.

Ella pasó por alto aquella circunstancia, cuyo alcance no acertaba de momento a comprender, y se encaminó en derechura al bulto.

—¿De qué se trata? —dijo—. ¿De «dinero», acaso?

No supo por qué se le ocurrió dar preferencia a esta consideración. No había habido en realidad señal de trastorno económico, salvo, como es natural, el impuesto por las circunstancias. El servicio en la oficina, reducido como en todas partes a causa de los alistamientos, había vuelto a normalizarse con la llegada de los desmovilizados. También cabía la suposición de alguna dolencia oculta; estaba exhausto por el excesivo trabajo y su palidez se había acentuado en los últimos meses. Sin embargo, el instinto de Frances le hizo insistir en la cuestión monetaria.

Él movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Ah, vamos! —exclamó ella, quedándose pensativa unos instantes.

No era Frances de esas mujeres que sienten devoción por el becerro de oro, pero sí Jeremy, para quien la posesión del dinero suponía la conquista del mundo, la estabilidad económica. Recordaba épocas de abundancia en su vida cuando los caballos de su padre galopaban victoriosos por todos los hipódromos de la nación, como también tiempos de escasez y dificultades en que los mercaderes se negaban a conceder créditos y en que lord Edward se había visto obligado a apelar a ignominiosas estrecheces para evitar la presencia de los esbirros de la ley. Hubo semana en que el pan fue su único alimento. Ninguno de estos azares, sin embargo, había conseguido acibarar los recuerdos de su niñez.

Cuando no había dinero todo se reducía a cultivar la privación, a marcharse al extranjero o a pasar una temporada en casa de amigos o familiares. Esto en el caso, tampoco muy frecuente, en que

no apareciera quien espontáneamente se brindase a efectuar un préstamo…

Pero mirando a su marido comprendía Frances que no era aquél la clase de mundo que los Cloade se habían forjado para sí. En éste no se podía vivir del préstamo ni del favor de los demás. (Y en justa correspondencia tampoco podían esperar ellos reciprocidad alguna en este sentido).

Frances sintió por Jeremy una profunda lástima mezclada con cierta sensación de remordimiento por la imperturbabilidad mostrada hacia los negocios de su marido. En ella se amparó prácticamente al hacer esta pregunta:

—¿Tendremos que venderlo todo? ¿Habrá que cerrar el despacho?

El estremecimiento que recorrió el cuerpo de Jeremy Cloade dio a entender a Frances que había dado en el blanco.

—Querido Jeremy —le dijo con dulzura—, dime lo que sea. Sabes que no me gustan las adivinanzas.

—Hace dos años hubimos de afrontar una situación un tanto crítica, como sabes, y pasamos grandes apuros para subsanar el efecto de sus irregularidades. Después se presentaron otras complicaciones derivadas de nuestra posición en Extremo Oriente, pues…

Ella le interrumpió:

—Dejemos esos detalles que nada importan en estos momentos. Te encuentras en un apuro y no sabes cómo salir de él, ¿no es eso?

—Confié en Gordon —contestó—. Él hubiera podido arreglarlo con facilidad.

Frances suspiró con impaciencia.

—Lo comprendo, y no puedo censurar al pobre Gordon. Después de todo, es humano el perder la cabeza por una mujer hermosa. ¿Y por qué no había de casarse si así le vino en gana? Pero fue una desgracia que él muriese en aquel ataque aéreo sin haber hecho el testamento que todos esperábamos. ¡Qué le vamos a hacer! Lo cierto es que nadie se supone, por inminente que sea un peligro, que sea él precisamente quien haya de morir. ¡Cree siempre que la bomba ha de herir por fuerza a los demás!

—Aparte el dolor que me produjo lo sucedido —prosiguió el hermano mayor de Gordon—, pues quise a mi hermano y me sentía

orgulloso de él, su muerte ha sido una verdadera catástrofe para mí. Llegó en el momento preciso en que…

Se detuvo.

—¿Estamos arruinados? —preguntó Frances con comedido interés.

Jeremy Cloade miró a su esposa con desesperación. Esperaba una reacción violenta de lágrimas y reproches; y la forma fría e impersonal con que ésta interpretaba sus palabras acabó por anonadarle.

—Es algo peor que todo eso… —dijo con aspereza.

Al ver a Frances quedarse inmóvil y en actitud de profunda meditación, pensó: «Ha llegado el momento de decírselo. Es preciso que sepa quién soy… Le costará trabajo creerlo, pero no debo seguir ocultándoselo por más tiempo».

Frances Cloade suspiró penosamente y se irguió en su sillón.

—Ahora lo comprendo —dijo—. Desfalco. O si crees que la palabra es inapropiada, algo parecido a lo que le ocurrió a Williams.

—Sí, pero esta vez, quizá no lo comprendas, soy yo el responsable. He hecho uso indebido de fondos encomendados a mi custodia, y aun cuando hasta ahora he logrado disimular la falta…

—No ha de tardar en saberse… —intercaló Frances completando su pensamiento.

—A menos que, y sin pérdida de tiempo, consiga reponer lo sustraído.

No recordó haber experimentado en su vida vergüenza como la que sintió al pronunciar estas palabras. ¿Qué juicio le merecería a Frances?

Ésta, sin embargo, pareció tomárselo con calma. No hubo escenas ni reproches. Se limitó a fruncir el entrecejo y a frotarse con los dedos una de sus mejillas.

—¡Es un escarnio! —dijo—, no poder disponer de dinero propio en una ocasión así.

—Tienes el que aportaste como dote, pero…

Quedóse rígido sin terminar la frase.

—¡No sigas! Me lo figuro. Corrió la misma suerte que el tuyo —contestó ella distraídamente.

Hubo un corto silencio que rompió Jeremy hablando con

dificultad.

—Lo siento, Frances. Lo siento como no puedes llegar a imaginarte. Mal negocio hiciste casándote conmigo.

Ella le miró con dureza.

—Explícate —dijo Frances enérgicamente.

—Que cuando tuviste la condescendencia de casarte conmigo, tenías derecho a esperar… ¡qué sé yo!, al menos integridad por mi parte y una vida libre de sórdidas ansiedades.

Ella le miró con asombro.

—¡Pues claro, Jeremy! ¿Por qué crees entonces que me casé contigo!

Él intentó dibujar una sonrisa.

—Has sido siempre una esposa devota y leal; querida mía, pero difícilmente puedo jactarme de creer que me hubieses elegido de haber sido otras las circunstancias.

Ella le miró con fijeza y de pronto rompió en una sonora carcajada.

—¡Qué tonto eres! ¡Y qué mente más folletinesca guardas tras esa aparente severidad! ¿Crees en realidad que me casé contigo porque salvaste a mi padre de las garras de sus acreedores o de los intendentes del hipódromo?

—Tú querías mucho a tu padre, Frances.

—¡Con delirio! Era de lo más atractivo y agradable que te puedas imaginar. Pero también un inconsciente y un trapisondista. Lo sabía. Y si crees que me vendí al consejero y gestor administrativo de la familia para que éste salvase a mi padre, de lo que tarde o temprano y forzosamente habría de ocurrirle, entonces es que nunca supiste nada del corazón de la mujer y mucho menos del mío. ¡Nunca!

Frances continuó mirándole sin pestañear. Era extraordinario, pensó, cómo veinte años de matrimonio no habían bastado para conocerse mutuamente y saber lo que bullía en sus mentes. ¿Pero cómo lograrlo siendo tan diferentes el uno del otro? En el fondo, él era indudablemente un espíritu romántico. «No hay sino mirar —pensó— los retratos de algunos de sus antepasados que cuelgan de las paredes de su alcoba. ¡Pobre encanto mío!».

Y añadió en alta voz:

—Me casé contigo porque te quería.

—¿Quererme? ¿Y qué es lo que pudiste ver en mí?

—Si he de hablarte con sinceridad, te diré que no lo sé. ¡Eras tan diferente a todos cuantos rodeaban a papá! Al menos tú nunca me hablaste de caballos. Estaba harta de ellos y de oír discutir constantemente sobre copas y «handicaps». Viniste a cenar una noche, ¿te acuerdas? Yo estaba sentada junto a ti. Te pregunté lo que era «bimetalismo» y tú me diste una explicación clara y precisa que duró los seis platos de que por aquel entonces se componía nuestra comida.

—Debí ser horriblemente pesado —dijo Jeremy.

—Al contrario. Estuviste sencillamente fascinador. Nadie hasta entonces me había tomado en serio, y tú me trataste con toda deferencia debida a mi sexo, aunque sin mostrar un gran interés en mirarme ni halagar en un ápice mi natural vanidad. Esto, como comprenderás, picó mi amor propio y juré que no pararía hasta hacer que te fijaras en mí.

—No tuviste necesidad de esforzarte —interpuso Jeremy—. Aquella noche no logré pegar los ojos pensando en ti. Llevabas un vestido azul, adornado con amapolas…

Quedaron silenciosos unos instantes. Hubo un leve carraspeo de Jeremy, que intentó prolongar el tema, diciendo:

—¡Hace ya tanto tiempo de esto…!

Ella acudió en su auxilio para sacarle del apuro.

—Y hoy ya no somos —añadió— más que un pobre matrimonio que, en el ocaso de la vida, busca el modo de salir adelante de sus malas andanzas.

—Lo que acabo de oír de tus labios, Frances, centuplica en mí el dolor de mi deshonra…

Ella le interrumpió:

—¡Por favor, Jeremy! Tú tratas de excusarte por haber hecho algo que cae dentro de la jurisdicción de la ley; que quizá te acarree un proceso y hasta la posibilidad de ser condenado a prisión.

»No permitiré que eso suceda y para evitarlo lucharé si es preciso con uñas y dientes, pero no exijas que tu acto provoque en mí la menor indignación. No olvides que la mía no es tampoco familia que pueda calificársela de moral. Mi padre, no obstante su atractivo, tenía sus ribetes de fullero y de bribón. Mi primo Carlos, ¡no digamos! Se trató de ocultar sus fechorías, y para evitar el

escándalo hubo de enviársele precipitadamente a las colonias. Mi primo Gerald falsificó un cheque en Oxford, si bien más tarde logró rehabilitar su nombre alistándose en el ejército y logrando la póstuma y más alta condecoración de la Cruz de la Reina Victoria por su bravura frente al enemigo, devoción a sus hombres y resistencia casi sobrehumana. Lo que quiero decirte con todo esto, Jeremy, es que todos estamos hechos del mismo frágil barro y que no hay nadie que sea completamente bueno, ni completamente malo. Yo misma no puedo considerarme como una excepción, pero si soy como soy, es sin duda porque no he encontrado en la vida tentaciones suficientemente fuertes para hacerme vacilar. Lo que sí tengo, y de eso puedo vanagloriarme, es coraje y sobre todo una lealtad inquebrantable para los míos.

Sonrió al pronunciar estas últimas palabras.

Jeremy se levantó emocionado. Se dirigió a su esposa y besó reverentemente sus cabellos.

—Ya es hora —dijo la hija de lord Edward Trenton, con jovialidad—, hay que hacer algo para conseguir ese dinero.

Las facciones de Jeremy volvieron a endurecerse.

—Una hipoteca sobre esta casa. ¡Pero qué tonta soy! —se apresuró a añadir—. No me acordaba de que tiene ya una sobre sus espaldas. No habrá más remedio que recurrir al sablazo. ¿Pero a quién? Sólo existe una posibilidad. La viuda de Gordon. ¡Nuestra simpática Rosaleen!

Jeremy movió la cabeza en señal de duda.

—Tendría que ser una cantidad considerable…, y ésa no puede esperarse que venga del capital. El dinero le ha sido asignado sólo en calidad de usufructo y de por vida.

—No había pensado en ello. Creí que era de su absoluta pertenencia. ¿Y qué se hará de él cuando ella muera?

—Irá a parar al pariente o parientes más cercanos de Gordon. Es decir, que se dividirá por igual entre Lionel, Adela, Rowley, el hijo de Maurice y yo.

—¿Volvería a nosotros?

Algo pareció cruzar por la habitación, una ráfaga de hielo, la materialización de un pensamiento…

Y dijo Frances:

—Nunca te oí hablar de esto… Creí que el dinero era de ella y

que podía hacer de él lo que le viniese en gana.

—No. Pero la situación legal que se derivaría de un *ab intestato*, como sucedía el año 1925…

Era dudoso que Frances prestase atención alguna a estas explicaciones. Cuando aquél hubo terminado de hablar, ésta dijo:

—Personalmente, nada de eso podría afectarnos. Estaríamos todos requetemuertos antes que ella hubiese alcanzado nuestra edad actual. ¿Qué edad tiene ahora? ¿Veinticinco, veintiséis? Con toda seguridad llegará a cumplir los sesenta.

Jeremy Cloade añadió, sin poner gran convencimiento en sus palabras:

—Podríamos solicitar un préstamo, basándolo en razones de carácter familiar. Quizá sea más generosa de lo que suponemos… ¡Sabemos tan poco de ella en realidad…!

—Y no creo que tenga queja de nuestro comportamiento. ¡Quién sabe…!

Su marido creyó prudente advertir:

—Es preciso no dar la sensación de…, vamos, de exagerado apremio.

—¡Claro que no! —contestó ella con impaciencia—. Lo malo es que no será con ella con quien tengamos que batallar, sino con ese hermano que parece tenerla completamente fascinada.

—Un joven bien repelente, por cierto —añadió Jeremy Cloade.

La sonrisa de Frances surgió de nuevo.

—¡Al contrario! —dijo—. Es simpático. ¡De lo más simpático que te puedas imaginar! Y un tanto falto de escrúpulos, por lo que he podido deducir. Pero no temas; también yo sé prescindir de ellos cuando llega la ocasión.

Su sonrisa se hizo dura y clavó una mirada en su marido.

—No te acobardes, Jeremy —le dijo—. Encontraré el modo de salir del apuro, aunque para lograr ese dinero me viese obligada a asaltar un Banco.

Capítulo III

—¡Dinero! —dijo Lynn.

Rowley Cloade asintió con la cabeza. Era un mocetón de anchas espaldas, piel tostada por el sol, profundos ojos azules y un cabello rubio como el oro. Todo en él respiraba una calma que no parecía ser congénita, sino más bien una resultante de su experiencia. Usaba de la reflexión donde otros se complacían con la rapidez en la réplica.

—Sí, sí —dijo—. Todo parece reducirse a eso en estos tiempos.

—Creí que los agricultores habían salido bien librados con la guerra.

—No digo lo contrario, aunque no tanto como vosotros os figuráis. Dentro de un año volveremos a estar donde estábamos, con la diferencia de que los jornales son más altos, los peones poco dispuestos y todo el mundo descontento, sin que nadie sepa dónde está su verdadero lugar. A menos, como es natural, que pudiese uno trabajar en gran escala. El tío Gordon lo sabía muy bien y estaba decidido a que así se hiciera.

—¿Y ahora…? —preguntó Lynn.

Rowley se sonrió sarcásticamente.

—Ahora —contestó— la viuda de Gordon irá a Londres a gastarse dos mil libras en un abrigo de pieles.

—¡Eso es criminal!

—¡Oh, no!

Calló unos instantes y después prosiguió:

—También a mí me gustaría regalarte un abrigo de pieles, Lynn.

—¿Qué tal es ella, Rowley?

Trataba, por lo visto, de obtener un juicio lo más reciente posible.

—La verás esta noche en la fiesta que dan el tío Lionel y la tía Kathie.

—Ya lo sé, pero me gustarla oír tu opinión. *Mamy* dice que es medio tonta.

Rowley meditó la respuesta.

—No diré que la intelectualidad sea su fuerte, pero creo que su aparente imbecilidad se debe más bien al espantoso cuidado que parece poner en todo.

—¿Qué clase de cuidado?

—Por lo que yo me imagino, unas veces por el de su acento, que es de un desesperante sabor irlandés; otras por el de los cubiertos apropiados que deben usarse y, otras, en fin, por el de cualquier alusión literaria que pudiese hacerse en su presencia.

—¿Quieres decir que es una ignorante?

—Al menos no es una señora, si eso es lo que has querido dar a entender. Tiene unos ojos preciosos y un cutis como la seda (supongo que sería esto lo que deslumbraría al tío Gordon), sin contar ese extraordinario candor que caracteriza todos sus actos y que a mi juicio no es fingido…, aunque muy bien pudiera serlo. Se limita siempre a permanecer como hipnotizada y dejar que David haga en todo sus veces.

—¿David?

—Sí, su hermano. Hombre por lo visto muy ducho en cierta clase de manipulaciones y no creo que sienta gran simpatía por ninguno de nosotros.

—¿Y por qué habría de sentirla? —replicó Lynn con acritud; y añadió al ver la expresión de sorpresa que Rowley puso en su mirada—: Quiero decir que me figuro que eres tú quien no parece simpatizar con él.

—No lo niego. Y espero que te sucederá a ti lo mismo cuando le conozcas. No es de nuestra clase.

—Tú no puedes prejuzgar mis reacciones, Rowley. He visto mucho mundo en estos últimos tres años y el concepto que hoy tengo de hombres y cosas ha variado considerablemente.

—Ya me figuro que habrás corrido más mundo que yo.

Estas palabras, pronunciadas con toda la sencillez, tuvieron la virtud de descomponer a Lynn, que le miró con cólera.

Un algo, semejante a un velado reproche, había vibrado en ellas.

Él devolvió la mirada sin mostrar la más insignificante señal de emoción. No había sido nunca fácil, recordaba bien Lynn, intentar bucear en el pensamiento de Rowley.

¡Qué mundo más inconsecuente!, debió pensar Lynn. Hubo un tiempo en que eran los hombres quienes iban a la guerra y las mujeres las que permanecían en sus hogares. Pero aquí los papeles parecían haberse trocado.

De los dos jóvenes, Rowley y Johnny, uno había de quedarse forzosamente en la granja. Lo echaron a suertes, y fue a Johnny Vavasour a quien tocó partir. Pero después de su llegada a Noruega, se recibió la noticia de su muerte; Rowley apenas si había conseguido alejarse una o dos millas de lugar de sus desvelos durante aquellos largos años de guerra.

Y en cambio, ella, Lynn, había estado en Egipto, en el Norte de África, en Sicilia…, y bajo el fuego del enemigo en más de una ocasión.

Se preguntó de pronto si todo aquello no habría podido influir de un modo u otro en la suerte de Rowley, y…

Emitió entre dientes una risita nerviosa.

—Todo parece estar un tanto revuelto, ¿no te parece?

—No lo sé —contestó Rowley—. Depende de…

—Rowley —titubeó un instante—, ¿te importó acaso que… quiero decir…, Johnny?

Una mirada de él que tenía la frialdad y dureza del acero puso fin a sus divagaciones.

—¡Dejemos en paz a Johnny! La guerra ya ha terminado y puedo decir que he sido un hombre de suerte.

—¿Le llamas suerte… a haberte librado de ir al frente?

—Y no poca, ¿no te parece a ti?

No sabía qué interpretación dar a estas palabras. La voz de Rowley, aunque suave, tenía inflexiones de filo de navaja.

—Pero, naturalmente —añadió con una sonrisa—, para las que como tú vienen del teatro de la guerra, les ha de ser difícil acomodarse a la vida tranquila del hogar.

—¡Eres un estúpido, Rowley! —replicó con violencia.

Ni ella misma comprendió la razón de su súbita irritabilidad. ¿Sería acaso —se preguntó— porque reconocía un fondo de verdad en las palabras de Rowley?

—¿Por qué no dejamos esta discusión y hablamos de nuestro matrimonio? —dijo éste—, a menos…, digo yo…, que no hayas cambiado de modo de pensar.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé.

—¿Crees, acaso…, que yo no soy la misma de siempre?

—No, exactamente.

—¿O eres tú, quizá, quien lo ha pensado mejor?

—No, Lynn. La vida del campo no deja tiempo libre para pensar en los cambios.

—Entonces dices bien. ¿A qué pensarlo más? ¿Cuándo quieres que nos casemos?

—¿Te parece bien en junio?

—Conformes.

Volvieron a quedarse silenciosos. A despecho de todo, Lynn se sintió profundamente deprimida. Y, sin embargo, Rowley seguía siendo el que siempre fue: afectuoso, sin empalagos emotivos y, como siempre, parco.

Ambos se amaban. Se habían amado siempre, pero pocas veces había sido el amor el tema de sus charlas. ¿A qué, pues, pretender introducir ahora cambios en su idiosincrasia?

Se casarían en junio, vivirían en Long Willows (un bonito nombre a juicio de Lynn) y nunca más volvería ella a intentar levantar el vuelo. Esto en el sentido que para Lynn tenían estas palabras. La excitación del tendido e izado de planchas; el rugir de quillas surcando mares y olor de polvo de parafina y de ajos; el tumulto y algarabía de gentes de los más remotos rincones del globo; la presencia de flores exóticas, de rojas ponsetias que se yerguen altivas en polvorientos jardines…; el interminable hacer y deshacer de maletas y baúles y aquel eterno sobresalto ante la incertidumbre del mañana.

Todo esto parecía haber terminado. Lynn Marchmont había vuelto al hogar. «Ha vuelto, el marinero, ha vuelto de la mar…». «Pero ya no soy la misma Lynn», pensó.

Capítulo IV

Las fiestas de la tía Kathie parecían cortadas todas por el mismo patrón. Adolecían siempre de un desmañamiento peculiar en la organización. El doctor Cloade pasaba mil apuros para poner freno constante a la irritabilidad que su estado de penuria había despertado en él. Era invariablemente cortés con sus huéspedes, que se daban perfecta cuenta del esfuerzo que tenía que realizar para conseguirlo.

En apariencia, Lionel Cloade no se diferenciaba grandemente de su hermano Jeremy. Era, como él, enjuto, de cabello gris, pero no tenía la imperturbabilidad del jurisconsulto. Sus modales eran bruscos e impacientes y su nerviosa irritabilidad había ofendido no pocas veces a muchos de sus pacientes y hecho concebir en ellos dudas acerca de su afabilidad y pericia. Su verdadero interés se centraba en la investigación y su manía en recetar hierbas medicinales. Tenía un criterio fijo y le era difícil acomodarse a soportar las extravagancias de su esposa.

Aunque Lynn y Rowley llamaban siempre «Frances» a la señora Jeremy Cloade, la de Lionel Cloade era mencionada invariablemente con el nombre de «tía Kathie». La querían por igual, eso sí, pero no podían por menos de reconocer su tendencia a la excentricidad.

Esta «fiesta», dispuesta ostensiblemente para celebrar la vuelta de Lynn, no era en el fondo sino un simple manejo familiar.

La tía Kathie saludó afectuosamente a su sobrina.

—¡Qué guapa y qué morena estás! El clima de Egipto, sin duda. ¿Leíste el libro que te envié acerca de las profecías de la Gran Pirámide? ¡Es tan interesante! Lo explica todo con una claridad que espanta, ¿no te parece?

La entrada de la señora de Gordon Cloade y de su hermano David salvó a Lynn de tener que contestar a la pregunta.

—Ésta es mi sobrina Lynn Marchmont, Rosaleen.

Lynn miró a la viuda de su tío con velada curiosidad.

Sí; no había duda acerca de la belleza de la mujer que se había casado con el viejo Gordon por su dinero, como tampoco lo había en su aspecto candoroso, como había dicho Rowley. Pelo negro primorosamente ondulado, ojos de un azul irlandés y labios constantemente entreabiertos.

En el resto de su persona predominaba el lujo. Traje vistoso, alhajas, manos bien cuidadas y capa de pieles. Una arrogante figura, aunque poco familiarizada al parecer con la desenvoltura que Lynn hubiese desplegado de habérsele concedido esa oportunidad. «Nunca la tendrás», pareció repetir una voz en su oído.

—¿Cómo está usted? —dijo Rosaleen.

Se volvió indecisa al hombre estaba tras ella.

—Éste…, éste es mi hermano —añadió.

—¿Cómo está usted? —repitió David Hunter.

Era un joven esbelto de pelo negro y ojos del mismo color. Su cara reflejaba el infortunio y era retadora y casi insolente.

Lynn comprendió al instante el motivo de la aversión de los Cloade. Había encontrado hombres como aquél en sus correrías. Hombres temerarios y, si cabe, peligrosos. Hombres de quienes no se podía uno fiar. Que hacían sus propias leyes y se mofaban del mundo. Hombres que valían su peso en oro en el ataque, pero que se entregaban a los más deplorables excesos al abandonar la línea de fuego.

Lynn se dirigió confidencialmente a Rosaleen.

—¿Le gusta vivir en Furrowbanks? —preguntó.

—Es una casa preciosa —contestó la interpelada.

David Hunter dejó oír una sarcástica risita.

—Se ve que el viejo Gordon sabía vivir —dijo—. No se privaba de nada.

Y era verdad. Cuando Gordon decidió establecerse en Warmsley Vale, o más bien a pasar allí una pequeña parte de su atareada existencia, optó por la construcción. Era demasiado individualista para interesarse por casa alguna que estuviese impregnada de historietas ajenas.

Había solicitado los servicios de un joven y moderno arquitecto dándole carta blanca en su cometido. La mitad de los habitantes de Warmsley Vale opinaban que Furrowbanks era un lugar detestable y aborrecían su blancura, sus muebles empotrados, sus puertas corredizas y sus mesas y sillas de cristal. Lo único que en realidad admiraban, y esto sin reservas, eran sus suntuosos cuartos de baño.

Hubo un algo parecido al miedo, en la forma como Rosaleen pronunció aquellas palabras de: «Es una casa preciosa». La risita de David le había hecho asimismo sonrojar.

—Usted es la «Wren» que acaba de llegar, ¿verdad? —preguntó David.

—Sí —contesto Lynn.

Los ojos del joven recorrieron detenidamente su cuerpo y por la razón que fuese, un vivo carmín coloreó sus mejillas.

La tía Katherine volvió a presentarse de pronto. Traía el ardid de saber hacer una materialización en el espacio. Debió aprenderlo sin duda alguna de las sesiones espiritistas a la que era muy aficionada.

—La cena está preparada —dijo casi sin aliento, y añadió como tratando de hacer un paréntesis—: Creo que es preferible llamarla así y no comida. En general se espera menos de ellas. Los tiempos están difíciles. Mary Lewis me dice que ella ha de dar una propina de diez chelines cada quince días al repartidor de pescado para conseguir que le traiga lo que ella pide. Eso es una inmoralidad.

El doctor Lionel Cloade dejaba oír su risa nerviosa mientras hablaba con Frances.

—¡Vamos, vamos, Frances…! —decía—, no pretenderás convencerme, en absoluto, de que en realidad piensas una cosa así.

Entraron en el vetusto y no muy artístico comedor, Jeremy y Frances, Lionel y Katherine, Adela, Lynn y Rowley. Una asamblea de Cloade con sólo dos excepciones. Rosaleen Cloade, aun ostentando el nombre de su marido, no había logrado, como Frances y Katherine, que se la considerase como un nuevo miembro de la familia. Quizá por nueva.

Seguía siendo la intrusa, la descentrada, y David… ¿cómo lo diríamos…? David representaba algo así como el papel de bandolero. En parte por conveniencia, y en parte quizá porque así lo exigían las circunstancias. Era esto precisamente lo que Lynn rumiaba al dirigirse a ocupar su puesto en la mesa.

El aire era tenso. Como impregnado de… ¿De qué? ¿De odio? ¿Podría ser odio en realidad?

Lo que fuese, tenía algo de destructor.

Lynn pensó de pronto:

«Pero esto no es ni más ni menos que lo que ocurre en todas partes. Lo he observado desde que llegué. Malevolencia. Rencor. En los trenes, en los autobuses, en las tiendas, entre trabajadores y escribientes, y aun entre los mismos labradores. Y no hablemos de lo que sucede en las minas y en las grandes fábricas. En todas partes lo mismo: psicosis morbosa. Pero lo que ocurre en esta casa es algo peor. Aquí el odio parece querer tomar forma, cristalizarse».

Y volvió a pensar, aterrada:

«¿Será posible que les odiemos hasta ese extremo? ¿A estos advenedizos que se han apropiado indebidamente de lo que sólo a nosotros nos pertenece?».

Y después:

«¡No, no! ¡Todavía no! Quizá sean ellos quienes en este momento nos odian a nosotros…».

Era tal la depresión que le produjo su descubrimiento que se olvidó por completo de David, que con toda intención había escogido un asiento a su lado.

—¿Haciendo proyectos? —preguntó éste al cabo de unos momentos.

Su tono de voz era placentero y jovial, pero las palabras parecían envolver una alusión que, indudablemente, encontró su blanco.

—¡Ah, perdón! —contestó Lynn—. No. Pensaba sólo en el estado en que ha quedado el mundo.

—No me negará que el tema carece de originalidad —replicó con sorna David.

—Quizá tenga usted razón. ¡Nos sentimos todos tan ansiosos de hacer algo bueno en estos tiempos…! Y a fin de cuentas…, ¿para qué?

—Creo que es más práctico pensar en lo contrario: en hacer el mal. En los últimos años se han encontrado una o dos formas ideales de llevarlo a cabo…, incluyendo esa famosa «pieza de resistencia» llamada la bomba atómica.

—Era en eso, en realidad, en lo que estaba pensando. No

precisamente en la bomba atómica, sino en la mala intención. Es una malevolencia definida y práctica.

—Nada mejor, pero permítame que discrepe de ese practicismo a que usted alude. Eran más prácticos los de la Edad Media.

—¿A qué se refiere usted?

—A la magia negra. Al mal de ojo. Figuras de cera. Sortilegios, en los cambios de luna. Muertes en el ganado del vecino, y aun del propio vecino si venía a cuento…

—¿Cree usted que ha existido alguna vez algo parecido a eso que se ha dado en llamar magia negra? —preguntó con duda Lynn.

—No lo sé, pero sí que ha habido gentes que se han dedicado a ella con verdadero frenesí. Hoy, sin embargo…

Se detuvo un instante y prosiguió acompañando sus palabras con un desdeñoso encogimiento de hombros:

—Con toda la malevolencia del mundo, ni usted ni toda su familia, podrían hacer ya nada contra mí o contra Rosaleen, ¿no le parece a usted?

La cabeza de Lynn se irguió de súbito como movida por un resorte.

Pero supo dominar su impulso. Prefirió echarlo todo a broma y contestó con afabilidad:

—Creo que ya es un poco tarde para intentarlo.

David Hunter se echó a reír.

—Así es —dijo—. Hemos logrado escapar limpiamente con el botín.

—¡Y poco que se reirán ustedes!

—¿Con el dinero?

—De nosotros.

—¿Por haberles ganado la partida? ¡Quién sabe! Hace tiempo que venían ustedes disfrutando de él y lo considerarían ya poco menos que como cosa propia, ¿no es así?

—No olvide usted que eso fue lo que durante años y años se nos dio a entender, impidiendo que hiciéramos previsión alguna para el futuro y animándonos a llevar a la práctica nuestros planes y proyectos.

(Pensaba en Rowley. En Rowley y en su granja).

—Por lo visto, sólo una cosa dejaron ustedes de tener en cuenta.

—¿Cuál?

—Que nada es seguro en el mundo.

—Lynn —gritó Katherine desde la cabecera de la mesa y adelantando exageradamente el busto—. Uno de los *guías* de Lester es precisamente un sacerdote de la cuarta dinastía, y nos comunicó cosas maravillosas. Tú y yo tenemos que hablar largo y tendido. Creo que Egipto te ha afectado mucho, físicamente.

El doctor Cloade intervino con aspereza:

—Deja a Lynn —dijo—, que tiene otras cosas en qué pensar y no en toda esta sarta de majaderías y supersticiones.

—Eres un obtuso, Lionel —replicó agriamente su esposa.

Lynn sonrió a su tía y quedó en silencio con las palabras de David flotando en su cerebro.

—*Nada es seguro en el mundo*…

Había personas que vivían en un mundo así, personas para quienes la vida era un constante peligro, y David Hunter era sin duda uno de ellos. No era el mundo en que Lynn había aprendido a dar sus primeros pasos, pero, no obstante, tenía para ella sus atractivos.

David dijo al cabo de unos momentos, sin abandonar el tono jocoso:

—¿Seguimos amigos?

—¡Claro!

—Bien ¿Y nos perdona a Rosaleen y a mí el habernos incautado de su fortuna?

—No.

—¡Magnífico! ¿Puede saberse entonces qué es lo que piensa usted hacer?

—Comprar un pan de cera y dedicarme a la magia negra.

David se echó a reír.

—No. Es usted una mujer muy inteligente para dedicarse a esas prácticas medievales. Sus métodos serán modernos y eficaces, con toda seguridad. Pero no logrará usted nada.

—¿Qué le hace creer que haya de haber lucha? ¿No hemos aceptado, acaso, lo inevitable?

—Sí, sí. Todos parecen comportarse admirablemente. ¡Muy divertido!

—¿Por qué? —preguntó Lynn, en voz baja—. ¿Nos odia usted tanto? Algo pareció fulgurar en la inescrutable mirada de David.

—No sabría cómo hacérselo comprender.

Quedó en silencio unos momentos, pasados los cuales volvió a hablar, dando a sus palabras un matiz de frivolidad:

—¿Por qué quiere usted contraer matrimonio con Rowley Cloade?

—Nada sabe usted de él —contestó con acritud—, ni creo que le importen mis motivos.

Sin aire de querer cambiar el tema de la conversación, preguntó David:

—¿Qué opina usted de Rosaleen?

—Que es muy hermosa.

—¿Nada más?

Se levantó de la mesa al hacerlo los demás y, al dirigirse a la sala, se le incorporó Rowley, que la saludó diciendo:

—Parece que has pasado un rato agradable con David Hunter. ¿De qué hablabais?

—De nada de particular —contestó Lynn.

Capítulo V

—David, ¿cuándo volveremos a Londres? ¿O por qué no vamos a América?

Mesa de por medio. David Hunter miró sorprendido a Rosaleen.

—Creo que no hay prisa todavía. ¿Tiene, acaso, algo malo esta casa?

Dirigió una inquisitiva mirada alrededor de la salita donde tomaban el desayuno. Furrowbanks fue construida sobre la ladera de una colina y desde sus ventanas podía contemplarse el panorama sin límites de la mística campiña inglesa. El verde declive del jardín estaba cubierto por millares de narcisos silvestres y un dorado manto cubría completamente la hierba.

Desmenuzando el pan que tenía sobre el plato. Rosaleen murmuró:

—Me dijiste que iríamos a América… pronto. Tan pronto como lo permitiesen las circunstancias.

—Y te lo vuelvo a repetir. Pero eso es más complicado de lo que puedas imaginar. Existe eso que llaman «prioridad» y no tenemos razones comerciales que aducir en nuestro abono. Todo es extremadamente difícil después de una guerra.

Se sentía irritado sin saber por qué. Las razones expuestas, aunque fundadas, tenían un marcado sabor a excusa y se preguntaba si la mujer sentada frente a él lo interpretaría del mismo modo. ¿Y por qué ese súbito afán de ir a América?

—Me dijiste que nos detendríamos aquí sólo unos días —volvió a insistir Rosaleen—. No que íbamos a residir en Warmsley Vale.

—¿Pero qué es lo que pasa en Warmsley Vale o en Furrowbanks?

—Nada. Me refiero a ellos…, ¡a todos ellos!

—¿Los Cloade?

—Sí

—¡Pero si son los que más me divierten! Me gusta ver sus relamidas caras comidas por la envidia y la malicia. No me guardes rencor por eso, Rosaleen.

—No me gusta oír expresarte de ese modo —dijo ella con voz alterada—. No me gusta.

—Ten ánimo, mujer. Bastante hemos sufrido tú y yo en el mundo. Los Cloade han llevado siempre una vida regalada, a costa del viejo Gordon, por supuesto, y les ha llegado la hora de saber lo que son las amarguras. Mentiría si dijera que no les odio.

—No es bueno odiar a nadie —replicó ella, vivamente.

—¿No te odian acaso ellos? ¿Han sido alguna vez cariñosos para contigo?

—Tampoco me han hecho mal.

—Pero te lo harán en cuanto puedan, criatura. Sólo esperan la ocasión.

Se rió atolondradamente y prosiguió:

—Si no estuviesen tan encariñados con su propia piel, no sería extraño que un día amanecieses con un puñal clavado en la espalda.

Un violento estremecimiento recorrió el cuerpo de Rosaleen.

—No digas esas barbaridades.

—Y si no un cuchillo, una buena dosis de estricnina en la sopa.

Ella le miró con labios trémulos por el terror.

—Estás de broma…

David volvió a ponerse serio.

—No te atormentes, Rosaleen. Velaré por ti, y si intentan algo, tendrán que vérselas conmigo.

Ella contestó como tropezando con sus propias palabras:

—Si es verdad lo que dices… acerca de su odio…, del odio que me tienen…, ¿por qué no nos marchamos a Londres? Allí estaríamos más seguros… y más lejos de ellos, como es natural.

—El campo es bueno para ti, querida. Sabes lo mal que te sienta Londres.

—Esto era cuando había peligro de las bombas…, ¡las bombas!

Se puso a temblar como una azogada y cerró los ojos.

—No lo olvidaré nunca —prosiguió—. Nunca.

—Sí, lo olvidarás —dijo David, cogiéndola por los hombros y

sacudiéndola cariñosamente—. Desecha esos pensamientos. Fue un fuerte choque para ti, pero ya pasó. Ya no hay bombas. No vuelvas a pensar en ellas. No te esfuerces en recordar. El doctor dijo que necesitabas pasar una larga temporada en el campo, y ésa es la razón de que me muestre refractario a volver a Londres.

—¿Es ésa en realidad la causa, David? Creí por un momento que…

—¿Qué creíste?

Rosaleen contestó con voz casi imperceptible:

—Creí que era ella quien te impulsaba a quedarte aquí.

—¿Ella?

—Ya sabes a quién me refiero. La muchacha de la otra noche. La que hace un tiempo prestaba servicio en las «Wrens».

—¿Lynn? ¿Lynn Marchmont?

—¿Significa ella algo para ti, David?

—¿Lynn Marchmont? Es la novia de Rowley. Del casero Rowley. De esa especie de Don Juan campestre.

—Te observé con qué animación hablabas con ella la otra noche.

—¡Por el amor de Dios, Rosaleen…!

—Y has vuelto a verla, ¿verdad?

—Me encontré con ella en la granja cuando salí el otro día a dar un paseo a caballo.

—Y volverás a encontrarla otra vez.

—¡Claro que volveré a encontrarla! Tú sabes lo pequeño que es esto. Difícilmente das dos pasos sin dar de bruces con un Cloade. Pero si te figuras que estoy enamorado de Lynn Marchmont, te equivocas. Es una mujer orgullosa, desagradable y sin pizca de educación. Que le haga buen provecho a Rowley. No, Rosaleen, no; no es ése, ni con mucho, mi tipo.

—¿Estás seguro, David? —volvió a preguntar con gesto de duda.

—¡Claro que lo estoy!

Y añadió, esta vez con timidez:

—Sé que no te gusta que me eche las cartas, pero he de reconocer que no dicen sino la verdad. Me anunciaron que una mujer vendría a traerme llanto y dolor, una mujer venida de lejanas tierras. También me dijeron que un hombre moreno se inmiscuiría en nuestras vidas con grave riesgo para los dos. Salió después la carta de la muerte y…

—Manda al diablo tus hombres morenos y tus cartas —dijo riendo David—. Eres un manojo de supersticiones. No andes con ningún moreno, ése es mi único consejo. Síguelo y, en adelante, no seas tan crédula.

Abandonó la casa riendo, pero al encontrarse lejos de ella, se nublaron de pronto sus facciones y murmuró para sí, frunciendo el entrecejo:

—¡Que mala suerte caiga sobre ti, Lynn! ¿Conque venir de tan lejos para traer nuestra desdicha, eh?

Deliberadamente buscaba el modo de encontrarse con la mujer a quien tan duramente acababa de apostrofar.

Rosaleen le siguió con la mirada mientras atravesaba el jardín y salía por una pequeña puerta a un sendero público que se perdía entre las huertas. Después subió a su alcoba y se entretuvo en revisar su bien surtido guardarropa. Le gustaba sentir el tacto de su lujoso abrigo de pieles. Se estremecía sólo en pensar que ella pudiese poseer un abrigo así. Estaba todavía en su alcoba cuando una doncella subió a anunciarle que la señora Marchmont acababa de llegar.

Adela Marchmont esperaba sentada en la sala con los labios fuertemente apretados y el corazón latiéndole a un ritmo muy superior al habitual. Durante varios días había tratado de serenarse y de cobrar el valor suficiente para decidirse a acudir a Rosaleen en solicitud de ayuda, pero su natural orgullo hacía que su propósito fuese demorándose vez tras vez. Había contribuido poderosamente a ello el incomprensible cambio efectuado en Lynn, que ahora se oponía tenazmente a que su madre hubiese de recurrir a la viuda de Gordon para que le resolviese su situación.

Sin embargo, otra carta del gerente del Banco recibida aquella misma mañana la decidió a ponerse inmediatamente en acción. Cualquier espera podía ser ya fatal. No había, además, moros en la costa. Lynn había salido a primeras horas de la mañana y la señora Marchmont había visto a David Hunter alejarse unos momentos antes por uno de los senderos. Tenía gran empeño en encontrarse a solas con Rosaleen; juzgaba, y no sin fundamento, que la ausencia del hermano facilitaría grandemente sus planes.

La espera en aquella soleada sala hizo despertar de nuevo su desasosiego, que desapareció en gran parte al ver aparecer a

Rosaleen con aquella expresión de bobalicona que, a juicio de la señora Marchmont, le era peculiar y que en aquella ocasión parecía haberse acentuado notoriamente.

—Me gustaría saber —se dijo Adela para sus adentros— si fue la explosión la causante de ello, o es que en realidad nació así.

Rosaleen balbució al hablar:

—¡Oh, bu-bu-buenos días! ¿Hay algo en que pueda…? Siéntese, por favor.

—¡Qué hermosa mañana!, ¿verdad? —principió diciendo la señora Marchmont—. Todos mis tulipanes tempranos han florecido ya. ¿Y los suyos?

Rosaleen le miró vacuamente.

—No lo sé —contestó.

«¿Qué va uno a hacer —pensó Adela— con una persona que no sabe hablar de flores o de perros, que es un tema casi obligado en una conversación rural?».

Y añadió en voz alta, incapaz de reprimir el tono de acidez que puso en sus palabras:

—Claro que, teniendo tantos jardineros, son ellos los que se ocupan de estos menesteres.

—No lo crea usted. No tenemos tantos como usted se figura. El viejo Mullard me pide que contrate dos hombres más. Parece que se nota todavía una gran demanda de braceros.

Las palabras brotaban de su boca con un automatismo de loro bien amaestrado o de un niño que repite lo que ha oído decir a una persona mayor.

Sí, naturalmente, era una niña. ¿Sería acaso esto su verdadero encanto? ¿Lo que había logrado atraer la atención de un viejo cuco y obstinado como Gordon, cegándole al extremo de no ver su estupidez y falta de buena crianza? La suposición de que sólo sus prendas físicas habrían contribuido al logro de su victoria, carecía de base. Eran muchas las mujeres hermosas que habían tratado vanamente de atraparle.

Pero el infantilismo, para un hombre de sesenta y dos años, podía muy bien ser un motivo de atracción. ¿Sería en realidad real, o sólo una «pose» cuyo cultivo había llegado a constituir en ella una segunda naturaleza?

—David ha salido y me temo que… —estaba diciendo Rosaleen.

El sonido de su voz hizo volver a la señora Marchmont de su ensimismamiento. Hunter podría volver inesperadamente. Ésta era su oportunidad y no debía desperdiciarla. Las palabras parecían negarse a su garganta, pero haciendo un esfuerzo, consiguió desprenderlas y propuso:

—No sé si usted querría ayudarme…

—¿Ayudarla?

Rosaleen le miró sorprendida sin acertar a comprender.

—Sí. La vida se ha hecho tan difícil que, ¡no sé cómo decírselo…! La muerte de Gordon ha sido una gran desgracia para todos nosotros.

—¡Imbécil! —añadió para sus adentros—. ¡Parece que te complaces en martirizarme! ¡Sabes perfectamente lo que quiero decir! Debes saberlo. Después de todo, la pobreza no es nada nuevo para ti…

En aquel momento odiaba a Rosaleen. La odiaba porque ella, Adela Marchmont, se veía obligada a solicitar una limosna de una advenediza.

«¡No puedo! ¡No puedo hacerlo!», pensó.

En un instante todas las largas horas de meditación, de tormento y de un vago planear cruzaron por su cerebro con la viveza y celeridad de un relámpago.

Vender la casa. E irse, ¿dónde? No había casas pequeñas en venta…, y mucho menos, baratas. ¿Aceptar huéspedes? (Pero ¿cómo encontrar el servicio? ¿Atender ella sola a la cocina y al trajín que un negocio así supondría? ¡Imposible! Lynn iba a casarse con Rowley). ¿Resignarse a vivir al amparo de su hija y de su yerno? (¡Jamás haría una cosa semejante!). Trabajar. ¿En qué? ¿Quién aceptaría los servicios de una vieja, inútil por añadidura?

Y casi sin darse cuenta, oyó el sonido de su propia voz que con una beligerancia hija sólo del profundo desprecio que por sí misma sentía, dijo:

—Necesito dinero.

—¿Dinero? —contestó Rosaleen, ingenuamente sorprendida como si fuese «dinero» la última palabra que hubiese esperado oír mencionar de aquellos labios.

Adela prosiguió atropelladamente:

—Estoy en descubierto con el Banco y debo cuentas de

reparaciones de la casa en su totalidad, cuyos intereses no han sido todavía pagados. Todo ha quedado reducido a la mitad, me refiero a mis ingresos. Supongo que debido a los impuestos. Gordon solía ayudarnos, me refiero a lo de la casa. Él se encargaba de todas las reparaciones y mejoras. Nos pasaba, además, una pensión que depositaba en el Banco a nuestro nombre cada tres meses. Decía siempre que no debíamos preocuparnos, y seguí su consejo. Todo fue bien mientras vivía, pero ahora…

Se detuvo. Estaba avergonzada, pero contenta de haber descargado su pecho. Lo peor había pasado. Si la muchacha rehusaba ahora, no sería ya por su culpa.

Rosaleen parecía preocupada.

—¡Dios mío! —dijo—. No me pude nunca imaginar… Hablaré con David tan pronto vuelva y…

Adela sujetó con fuerza los brazos de su butaca y añadió casi con desesperación:

—¿No podría usted darme un cheque… ahora?

—Sí, sí… ¡Claro que puedo!

Se levantó y se dirigió a su escritorio. Rebuscó en varios de los casilleros y encontró al fin uno de sus talonarios.

—¿Cuánto…?

—¿Consideraría usted exagerado… quinientas libras?

—Quinientas libras —repitió Rosaleen, escribiendo.

Un gran peso pareció desprenderse de las espaldas de Adela. ¡Ha sido fácil en medio de todo! Más que gratitud era descontento de sí misma lo que sentía por la facilidad con que había sido lograda la victoria. No cabía ya duda de la simpleza de Rosaleen.

La muchacha se levantó de la mesa, se acercó a Adela y le ofreció el talón que torpemente agitaba en su mano. Todo el engorro que aquélla había manifestado al iniciar la conversación, parecía haber sido transportado súbitamente a su persona.

—Creo que está bien, ¿verdad? ¡Cuánto lo siento…!

Adela cogió el cheque. Una mano infantil había escrito a lo largo del rosado papel: «Señora Marchmont. Quinientas libras. Rosaleen Cloade».

—¡Qué amable ha sido usted, Rosaleen! Gracias.

—¡Por Dios, señora! Debió haber partido de mí el…

—Repito mis gracias, Rosaleen.

Con el talón en el bolso, Adela Marchmont se sintió otra mujer. La muchacha no podía haber sido más complaciente, y consideraba por completo innecesaria la prolongación de la visita. Pronunció unas cuantas palabras de despedida y salió. En el jardín se cruzó con David. Le saludó afablemente y siguió su camino.

Capítulo VI

—¿Qué vino a hacer esa Marchmont en esta casa? —preguntó David al entrar.

—A pedirme un dinero que necesitaba con toda urgencia. No pude nunca imaginar que…

—Y se lo diste, por supuesto.

Acompañó estas palabras con un gesto de cómica desesperación.

—No se te puede dejar sola, Rosaleen.

—¡Oh, David, no podía negarme! Después de todo…

—Después de todo, ¿qué? ¿Cuánto?

En voz baja murmuró Rosaleen:

—Quinientas libras.

Con gran sorpresa de ella, David lanzó una sonora carcajada.

—Menos mal —soltó éste—. Ha sido una picada de mosquito.

—¿Como una picada de mosquito? Eso es una fortuna, David.

—No para nosotros, Rosaleen. ¿Cuándo acabarás de convencerte de que eres una mujer rica? Pero, de todas maneras, si en vez de quinientas, le hubieses dado doscientas cincuenta, se habría marchado tan satisfecha. Has de aprender el lenguaje de los pedigüeños.

—Lo siento, David —murmuró.

—Al fin de cuentas, el dinero es tuyo.

—No. Sabemos muy bien que no lo es.

—No empecemos otra vez con esa cantinela. La vida es un constante juego de azar en el que unos pierden y otros ganan. El viejo Gordon murió sin testar, y ganamos nosotros. Eso es todo.

—Pero no es justo…

—Vamos, vamos, Rosaleen. ¿Te das cuenta acaso de lo que todo esto significa para ti? Una hermosa casa, criados, joyas. ¿No te

parece un sueño? Pues pídele a Dios que nunca tengamos que despertarnos de él.

David sabía pulsar las cuerdas sensibles del corazón humano y apagar los gritos de la conciencia.

—Tienes razón, David —asintió con alborozo—. Esto me parece un sueño y prefiero no despertar. Quiero disfrutar de la vida.

—Pero para lograrlo, es preciso saber conservar lo que se tiene —le advirtió—. Basta de regalos a los Cloade, Rosaleen. Cualesquiera de ellos tiene hoy más dinero de lo que tú y yo llegamos a tener.

—Creo que tienes razón.

—¿Dónde se metió Lynn esta mañana? —preguntó él.

—Creo que se marchó a Long Willows.

A Long Willows. A ver a Rowley, sin duda, al idiota, ¡al patán! Todo su buen humor pareció esfumarse de pronto.

Abandonó de mal talante la casa, cruzó un macizo de rosadelfas y remontó la cúspide de la colina. Desde allí dominaba el sendero que conducía a la granja de Rowley.

Después de una corta espera vio a Lynn Marchmont salir de la casa de aquél y encaminarse monte arriba, en dirección al sitio en que él estaba. Titubeó un instante y al fin, con cara fosca, decidió salir a su encuentro. Dio con ella junto a un portillo situado cerca.

—Buenos días —dijo David—. ¿Cuándo es la boda?

—Me hizo usted ya esa pregunta, y le contesté que en junio.

—¿Decididamente?

—No sé lo que quiere usted decir.

—Sí lo sabe —insistió David, riendo despectivamente—. ¡Rowley! ¿Quién es Rowley?

—Un hombre mejor que usted —contestó Lynn.

Y añadió a continuación y sin venir a cuento:

—Métase usted con él, si se atreve.

—De que sea mejor que yo, nada he dicho, pero atreverme… No hay nada en el mundo a que no me atreviese por usted.

—Pero lo que no parece usted acabar de comprender es que quiero a Rowley.

—Permítame que lo dude.

—Y usted permítame a mí que le repita que le quiero.

David la miró como tratando de bucear en sus pensamientos.

—Todos tratamos de ver en nosotros, no lo que somos en realidad, sino lo que quisiéramos ser. Usted se ve enamorada de Rowley, casada con Rowley, contenta de vivir con Rowley, y sin más ambición que pasar aquí el resto de su vida. Pero ésa no es su verdadera personalidad. ¿Me equivoco, Lynn?

—¿Cuál es, entonces? ¿Y cuál la suya, si vamos a eso? ¿Qué es lo que usted querría?

—¿Yo? Tranquilidad, paz después de la lucha, calma después de la tempestad. Pero no sé. A veces sospecho, Lynn, que tanto a usted como a mí, nos gusta la agitación, la aventura.

Y añadió sombríamente:

—¿Por qué se le ocurrió volver? Yo era feliz antes de conocerla.

Lynn vio cómo los ojos de David se clavaban intensamente en los suyos y un torrente de lava pareció desbordarse por sus venas. Sintió acelerarse el ritmo de su respiración. Dos manos la apresaron con fuerza…

El cerco de acero de los fornidos brazos de David se aflojó de pronto y su mirada se posó con fijeza en la cúspide de la colina, Lynn volvió la cabeza intentando conocer la causa de esta súbita distracción.

En aquel preciso instante, una mujer cruzaba la pequeña puerta que había sobre Furrowbanks.

David dijo en tono mordaz:

—¿Quién es ésa?

—Parece Frances —contestó Lynn.

—¿Frances? —repitió David frunciendo el ceño.

—Sí. ¿Qué querrá?

—¡Querida Lynn! Sólo aquellos que necesitan algo, acostumbran a visitar a Rosaleen. Tu madre estuvo también esta mañana.

—¿Mi madre?

Se desprendió bruscamente de sus brazos.

—¿Qué quería?

—¿No te lo figuras? ¡Dinero!

Lynn se quedó rígida.

—Sí, sí; dinero. Y se salió con la suya —añadió David, dibujando una sonrisa cruel que tan bien sentaba a su semblante.

Un momento antes habían estado uno en brazos del otro. Ahora, un inmenso abismo volvía de nuevo a separarlos.

—¡Oh, no, no, no!

—Sí, sí, sí —replicó David, imitando el tono de su voz.

—¡No lo creo! ¿Cuánto?

—Quinientas libras.

El estupor la hizo abrir la boca y aspirar el aire con fuerza.

—Me gustaría saber lo que va a pedir Frances —dijo reflexivamente David—. Está visto que es peligroso dejar sola a Rosaleen. Nunca tiene un «no» para nadie.

—¿Hay alguien más?

David sonrió burlonamente.

—La tía Kathie había contraído algunas deudas, ¡no, nada de particular!, cosa de unas doscientas cincuenta libras, que, según tengo entendido, eran pago de sus «médiums» y tenía miedo que la noticia llegase a oídos del doctor sin saber que éste se había ya adelantado para solicitar otro préstamo.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué pensará usted de todos nosotros!

Ante la sorpresa de David, Lynn salió disparada monte abajo, en dirección a la granja.

Él la siguió con la vista, frunciendo el entrecejo. Volvía a casa de Rowley como paloma a su palomar y este hecho le llenó de profunda consternación.

Miró de nuevo hacia lo alto de la colina y contrajo las facciones.

—No, Frances —exclamó para sí—. Creo que has escogido un mal día.

Con paso rápido se encaminó resueltamente en dirección a la casa de Rosaleen.

Atravesó la puerta, cruzó el florido jardín y penetró sigilosamente por la puerta vidriera de la sala, al tiempo que Frances Cloade pronunciaba estas palabras:

—… no sé si me explico con bastante claridad. Hay cosas que cuesta verdadero trabajo decirlas…

Una voz a su espalda exclamó:

—¿Ah, sí…?

Frances Cloade se volvió con rapidez. A diferencia de Adela Marchmont, no había entrado en sus cálculos la idea de verse a solas con Rosaleen. La suma en cuestión era considerable y comprendía que ésta no tomaría ninguna determinación sin consultar antes con su hermano. En realidad hubiese preferido

discutir el asunto entre los tres antes de dar a David la impresión de que se trataba de obtener dinero de Rosaleen en su ausencia.

No le había oído entrar, absorta como estaba en la exposición del caso. Su súbita interrupción le sobresaltó, comprendiendo que, por la razón que fuese, el talante que se presentaba David no era el más propicio para favorecer sus planes.

—¡Oh, David! —dijo rápidamente—. Me alegro que haya venido. Acabo de hacer una confidencia a Rosaleen. La muerte de Gordon ha dejado a Jeremy en una situación verdaderamente crítica y quería saber si estaría dispuesta a ayudarle. Se trata de lo siguiente…

Las palabras se sucedieron rápidas unas tras otras. El apoyo de Gordon, sus promesas verbales, las restricciones gubernamentales, las hipotecas.

Una cierta admiración se agitaba en el tortuoso cerebro de David. ¡Qué maravillosa embustera!, pensó. Todo perfectamente plausible, pero falso. ¡Ni una sola verdad en sus palabras! ¿Dónde —se preguntaba— estaría la verdad? ¿Jeremy caminando por la Calle de la Amargura?

Algo desesperado debía ser cuando permitía que una mujer orgullosa como Frances se aventurase a dar un paso así.

—¿Diez mil? —dijo.

—¡Es una cantidad excesiva! —añadió espantada Rosaleen.

—Lo sé —interpuso rápidamente Frances—. No vendría, si no comprendiera la dificultad que representa intentar levantar una suma tan crecida. Pero no pierdan de vista que Jeremy jamás se hubiese atrevido a contraer una deuda semejante a no haber sido por las promesas de Gordon. Fue una desgracia que muriese tan repentinamente.

—¿Y les dejase a todos en la calle…?

El tono de voz de David era un tanto desagradable y añadió:

—Era cómodo vivir como polluelos bajo el ala de la gallina.

Un extraño fulgor brilló en las pupilas de Frances, que contestó con irónica sonrisa:

—¡Es usted muy pintoresco en el modo de decir las cosas!

—Usted sabe que Rosaleen no puede disponer del capital, sino sólo de sus rentas, y que de cada libra el Estado se lleva diecinueve chelines y medio en concepto de impuesto sobre la herencia.

—Lo sé. Sé que el impuesto es algo terrible en estos días. Pero podría arreglarse si quisieran. Yo les prometo… devolvérselas…

—Es inútil que continúe. No se arreglará —interrumpió David.

Frances se volvió presurosa a Rosaleen:

—Rosaleen —le dijo—, usted que es tan generosa…

David cortó en seco la peroración.

—¿Pero qué es lo que se han creído ustedes de Rosaleen? ¿Que es una cuba sin fondo? Cuando ella está delante todo son lisonjas, insinuaciones y súplicas. Pero no hace sino volver las espaldas, y a todos les falta tiempo para verte, el odio que les consume y desear su muerte.

—Eso es falso —aulló Frances.

—No lo es. Estoy ya harto de todos ustedes. Y ella también lo está. De aquí no ha de sacar usted ni un solo céntimo. Así es que puede ahorrarse el visiteo y el amargarnos con el relato de sus tribulaciones.

Su rostro estaba congestionado por la ira.

Frances se levantó. El gesto de ésta tenía la imperturbabilidad de una esfinge.

En la parsimonia y meticulosidad que empleó para ponerse uno de sus guantes, podía leerse el esfuerzo que hacía para contener la tempestad que estaba a punto de desencadenarse en su interior.

—Ha extremado usted la nota de claridad, David —susurró.

Rosaleen murmuró:

—Créame que lamento lo ocurrido.

Sin prestar atención alguna a estas palabras dio unos pasos, en dirección a la puerta vidriera y se detuvo frente a David.

—Ha dicho usted —dijo con calma y dignidad— que yo odio a Rosaleen y eso no es cierto. Jamás la he odiado. En cambio, no puedo decir lo mismo con respecto a usted.

—¿Y por qué?, si puede saberse —respondió con tono de mofa.

Porque una mujer ha de vivir. Rosaleen se casó con un hombre que le triplicaba la edad. ¿Y qué? ¿Qué hay en ello de particular? En cambio, usted…, ¿qué es lo que hace? Vivir cómoda y tranquilamente a sus expensas.

—Y defenderla contra la demanda de arpías que la acosan constantemente.

Quedáronse unos instantes mirándose fijamente el uno al otro.

David se dio cuenta de la cólera que dominaba a Frances y de pronto adquirió el convencimiento de haberte creado una enemiga implacable y peligrosa, de quien no podría esperar clemencia en lo sucesivo, si por cualquier circunstancia la vida le colocara frente a ella en situación desventajosa.

Cuando ella volvió a abrir la boca, no pudo reprimir la aprensión que sus palabras le produjeron.

—No olvidaré nada de lo que acabo de oír de sus labios, David —dijo fríamente Frances.

A continuación salió sin dignarse dirigir siquiera una mirada a Rosaleen.

—¡Oh, David, David! ¿Por qué has dicho eso? Ha sido la única que me ha tratado siempre con verdadera afabilidad.

Él contestó, furioso:

—¡Cállate, tonta! ¿No comprendes que son una sarta de vampiros que sólo buscan el modo de poderte chupar hasta la última gota de tu sangre?

—Pero este dinero…, no me pertenece en justicia…

Se detuvo acobardada ante la furibunda mirada que le lanzó David.

—No, no…, no quise decir eso… —exclamó tímidamente.

—Espero que no.

¡La conciencia, pensó él, es aquí, al parecer, el demonio!

No había contado con que Rosaleen pudiese tener la suya y que esto podría tener hechos fatales en el futuro.

¿El futuro? La miró frunciendo el ceño y dejó galopar sus pensamientos. El futuro de Rosaleen… El suyo propio… Él supo siempre lo que quería…, lo sabía ahora… ¿Pero y Rosaleen? ¿Qué perspectivas inmediatas había para Rosaleen…?

Al ver ensombrecerse sus facciones, ella dio un grito presa de viva agitación.

—¡Siento como si alguien caminase sobre mi tumba! —gimió.

Él contestó, mirándola con curiosidad:

—¿Comprendes, entonces, que las cosas pueden llegar hasta ese extremo?

—¿Qué quieres decir, David?

—¡Que hay cinco, seis o siete personas que por lo visto tienen la idea de que bajes al sepulcro antes de que te llegue la hora!

—¿No querrás decir que intentan… asesinarme?

Las palabras salían difícilmente de su garganta, paralizada por el terror.

—¿Tú crees que personas educadas como los Cloade serian capaces de cometer un asesinato? ¡No…!

—No estoy yo tan seguro como tú de que los Cloade no sean capaces de hacerlo. Pero, aunque así fuese, no tengas miedo estando yo a tu lado. Tendrían que eliminarme a mí primero. Pero si llegasen a conseguirlo, Rosaleen, tendrías que aprender a defenderte tú sola.

—David, no digas eso.

—Escúchame —atajó él cogiéndola fuertemente por un brazo—. La vida nos ofrece aquí grandes garantías, y si algún día llego a faltarte, Rosaleen, mide bien los pasos que des. Tu vida estaría en grave peligro.

Capítulo VII

—Rowley, ¿puedes prestarme quinientas libras?

Rowley miró sorprendido a Lynn. Allí estaba ella en pie, temblorosa, sin aliento por la carrera que acababa de dar, la cara pálida como la cera y los labios fuertemente apretados.

Él contestó con dulzura y en el mismo tono de voz que empleaba al acariciar a sus caballos:

—Calma, calma, muchacha. Vamos a ver. ¿Qué es lo que te pasa?

—Necesito quinientas libras.

—Lo mismo podría decir yo, si vamos al caso.

—Te hablo en serio, Rowley. ¿Puedes o no prestarme quinientas libras?

—Lo veo un poco difícil. Mi cuenta en el Banco está sobrepasada. Esa nueva tractora…

—Sí, sí, ya lo sé… —le interrumpió, tratando de suprimir los detalles de carácter agrícola—. ¿Pero podrías encontrar ese dinero si te encontraras en un apuro? ¿Sí?

—¿Para qué lo quieres?

—Para dárselos a aquél —dijo, señalando con un brusco movimiento de cabeza en dirección a la cumbre de la colina.

—¿Para Hunter? ¿Y qué demonios te traes tú…?

—Es por *mamy*. Es ella quien se lo ha pedido prestado. Andaba un poco apretada de dinero.

—¿Y quién no lo está en estos tiempos?

Parecía haber cierta conmiseración en el tono de su voz.

Pero añadió:

—Mala suerte. Me gustaría ayudarle en algo, pero no puedo.

—Me irrita sólo el pensar que haya tenido que recurrir a David.

—Un momento, muchacha. Es Rosaleen, quien en realidad adelanta el dinero. Y después de todo, ¿por qué no ha de hacerlo?

—¿Qué por qué no? ¿Y eres tú quién me lo pregunta, Rowley?.

—No veo por qué Rosaleen no haya de venir en nuestro auxilio de vez en cuando. El viejo Gordon nos prestó un flaco servicio al largarse del mundo sin testar. Yo creo que si se le explican las cosas con claridad, Rosaleen será la primera en comprender que es obligación suya el ayudarnos.

—¿Has pedido tú algo prestado, acaso?

—No, yo no. Pero mi caso es diferente. Yo soy un hombre y no puedo andar pidiendo dinero a las mujeres. No estaría ni medianamente bien.

—¿Pero es que no comprendes que lo que no quiero es verme en situación de tener que agradecer nada a David Hunter?

—¿Y por qué has de estarlo? No es su dinero.

—Como si lo fuera. Rosaleen no hace nada sin contar primero con su aprobación.

—Pero no es suyo legalmente hablando.

—En resumidas cuentas, que no puedes dejarme ese dinero, ¿verdad?

—Óyeme, Lynn. Si estuvieses en un verdadero apuro, con deudas o ante un caso de extorsión, quizá me decidiese a vender una parte de mis tierras o del ganado aun a riesgo del perjuicio que esto me habría de ocasionar. Sabes que estoy con el agua al cuello; y si a todo esto añades el estado de incertidumbre en que nos ha colocado el gobierno con sus gravámenes e impuestos ya me dirás lo que puedo hacer.

Lynn dijo con amargura:

—Nada, ya lo sé. Si Johnny hubiese vivido…

—¡Te he dicho que dejes a Johnny en paz! —restalló él con violencia—. ¡No vuelvas a mencionar ese nombre!

Ella se le quedó mirando con estupor. Estaba fuera de sí, congestionado y con la cara como una amapola.

Lynn se volvió y se alejó lentamente en dirección a la Casa Blanca.

—¿No puedes devolver ese dinero, *mamy*?

—Imposible. Me fui derecha al Banco, cobré y me faltó tiempo para pagar a Arthurs, a Bodgham y a Kanebworth. Este último se

estaba poniendo ya muy impertinente. ¡Qué alivio, querida! Hacía días que no lograba pegar los ojos. He de reconocer que Rosaleen se portó conmigo como nunca me lo hubiese esperado.

—Y supongo que continuarás visitándola ahora —añadió Lynn, con amargura.

—No creo que sea ya necesario, hija mía. Sabes muy bien que trataré de economizar cuanto pueda. Claro que todo está muy carísimo y va de mal en peor.

—Como forzosamente ha de ocurrimos a nosotros, que no tendremos otro remedio que continuar mendigando.

Un vivo rubor cubrió las mejillas de Adela Cloade.

—No creo que sea la forma más apropiada de describir nuestra situación, Lynn. Le expliqué a Rosaleen que siempre habíamos dependido de Gordon.

—Cosa que nunca debiéramos haber hecho, y mucho menos decirlo. Tiene derecho a despreciarnos.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Ese odioso David Hunter.

—¿De veras? —dijo la señora Marchmont con dignidad—. ¿Y qué puede importarnos a nosotros su opinión? Afortunadamente no estaba en Furrowbanks esta mañana, porque de otro modo no cabe duda que hubiese tratado de sugestionar a esa muchacha. La tiene completamente dominada.

Lynn desvió el curso del tema.

—¿Qué quisiste dar a entender, *mamy*, cuando en la primera mañana de mi llegada a esa casa me dijiste, hablando de él: «Eso, admitiendo que fuese su hermano»?

—¿Eso? —la señora Marchmont parecía un tanto desconcertada —. Pues…, nada, rumores que corrieron por la localidad.

Lynn seguía escuchando en silencio. La señora Marchmont carraspeó unos instantes y prosiguió:

—Este tipo de mujeres, de aventureras, acostumbran siempre ir acompañadas de un hombre de dudosos antecedentes. Supongamos que ella dijera a Gordon que tenía un hermano en Canadá, o donde fuera, y que quería telegrafiarle comunicándole su casamiento. Este hombre se presenta. ¿Cómo podía saber Gordon, infatuado como estaba, si era en realidad su hermano? Así las cosas, no vacila en aceptarle en su compañía y juntos viajan y juntos hacen su

aparición en Londres.

—No lo creo. ¡No lo creo! —atajó Lynn con firmeza.

La señora Marchmont levantó la mirada.

—¿Ah, no…? —interrogó irónicamente.

—No —contestó Lynn, levantando aún más el tono de su voz—. Ninguno de ellos es como dices. Y aun suponiendo que ella fuese una de tantas hembras frívolas como hay por el mundo, habrás de admitir que tiene un corazón bondadoso por demás.

La señora Marchmont se limitó a replicar con dignidad:

—No es preciso que chilles tanto para defenderla.

Capítulo VIII

Una semana después de los acontecimientos que acabamos de relatar, el tren de las 5'20 se detenía en la estación Warmsley Heath y de él se apeaba un hombre alto y bronceado con una mochila sobre sus espaldas.

En la plataforma opuesta, un grupo de jugadores de golf esperaban el tren ascendente. El alto y barbudo forastero entregó su billete y salió de la estación. Permaneció indeciso unos instantes, miró después a uno de los postes indicadores en el que se leía: «*Sendero para Warmsley Vale*», y se encaminó resuelto en aquella dirección.

En Long Willows, Rowley Cloade acababa de servirse una taza de té cuando una sombra que se dibujó precisa sobre la mesa en que tenía el servicio, le hizo levantar la vista.

Si por un momento creyó que la figura que tenía ante sí era la de Lynn, al contemplarla se disipó su duda. Era la de Rosaleen Cloade.

Vestía una blusa de estilo campestre con anchas y vivas franjas de color naranja y verde, estudiada simplicidad que le había servido para conquistar más dinero que el que Rowley hubiese podido nunca imaginarse.

Hasta este momento la había visto siempre ataviada con lujosas indumentarias que llevaba con esa artificial desenvoltura que muestran las modelos al exhibir los últimos figurines de la moda.

En la tarde a que hacemos referencia, y bajo aquellas brillantes tonalidades, creyó ver a una nueva Rosaleen Cloade. El contraste entre sus oscuros y ensortijados cabellos y el claro azul de sus pupilas hacía resaltar su indudable origen céltico. Su misma voz tenía una suave inflexión irlandesa en vez de la estudiada y pulcra

que de ordinario empleaba.

—Hacía una tarde tan estupenda —dijo— que me decidí a dar un pequeño paseo. David ha marchado a Londres.

El tono delictivo con que dijo estas palabras le hizo sonrojar.

Sacó después una pitillera de su bolso y ofreció un cigarrillo a Rowley, que hizo un gesto negativo con la cabeza y se volvió como buscando algo con qué encender el que Rosaleen acababa de ponerse en los labios. Ésta hacía esfuerzos inútiles por hacer funcionar un bonito encendedor de oro que tenía en una de sus manos. Rowley lo tomó y con un brusco movimiento consiguió que se encendiera. Al inclinarse ella hacia la llama pudo observar sus largas y curvadas pestañas, que al parpadear se asemejaban a un abanico de finas plumas que acariciase suavemente sus mejillas.

Y pensó para sí:

—El viejo Gordon sabía lo que se hacía.

Rosaleen retrocedió un paso y exclamó casi con admiración:

—Es bonita la vaquilla que tiene usted paciendo en el prado.

Animado por este inesperado interés, Rowley empezó a hablarle de la granja, y su asombro subió de punto al ver el caudal de conocimientos que Rosaleen poseía en materias agrícolas y en el arte de elaborar quesos y mantecas.

—Sería usted una gran esposa para un granjero —dijo Rowley, sonriendo.

La animación que había en las facciones de Rosaleen desapareció de pronto. Y dijo:

—También nosotros teníamos una granja en Irlanda antes de venir aquí, antes de…

—¿De dedicarse al teatro…?

—No hace tanto tiempo de esto… Lo recuerdo como si fuese ayer.

Señaló con un arranque de genialidad:

—Estoy segura de que podría todavía ordeñar sus vacas, Rowley.

—Esto era algo nuevo en Rosaleen. ¿Habría aprobado David Hunter estas fortuitas referencias a un pasado humilde y relacionado con la agricultura? Con seguridad que no, pensó Rowley. Su impresión era de que pertenecían a una modesta familia de labriegos irlandeses. La versión de Rosaleen debía aproximarse bastante a la realidad. Primero las faenas del campo, duras y

primitivas. Después la fascinación de la escena, la marcha a África del Sur con una Compañía teatral, la boda, su aislamiento en el África Central, su escapatoria, una laguna en el curso de su vida, y finalmente su casamiento con un millonario de Nueva York.

Sí, Rosaleen Hunter debía haber corrido mucho mundo desde la última vez que ordeñaba una de sus famosas vacas de Kerry. Y, sin embargo, al mirarla, nadie la hubiese creído capaz de tanta aventura. Su cara tenía el aspecto inocente y bobalicón de una mujer sin historia y no representaba, ni con mucho, los veintiséis años que al decir de su hermano tenía.

Había en ella algo atrayente parecido a esa patética cualidad que tenían las ternerillas que aquella misma mañana había conducido a casa del carnicero. «¡Pobrecitas! —había pensado—. ¡Qué pena que vuestro final haya de ser siempre el matadero!».

Un gesto de alarma pareció reflejarse en la mirada de Rosaleen, que preguntó con desasosiego:

—¿En qué piensa usted, Rowley?

—¿Le gustaría que le enseñara la granja y las dependencias?

—¡Claro que me gustaría!

Así lo hizo, y cuando al final le suplicó que se quedara para tomar con él una taza de té, la misma expresión anterior de alarma volvió a aparecer en su semblante.

—No, no, gracias, Rowley. Será mejor que me vaya ya.

Y añadió, espantada al consultar su reloj:

—¡No sabía que fuese tan tarde! David llegará en el tren de las 5'20 y se sorprenderá si no me encuentra en casa. ¡Me voy!

Y añadió tímidamente antes de salir:

—Le aseguro que he pasado un buen rato, Rowley.

Y debió de ser verdad, pensó. Quizá, después de largo tiempo, había conseguido, aunque sólo fuese unos instantes, encontrarse de nuevo a sí misma. Tenía miedo a David, eso era evidente. David era el cerebro de la familia. Pero al fin había conseguido tener una tarde de asueto, ¡ésta era la expresión!, ¡de asueto!, como la hubiese podido tener una criada cualquiera. ¡Ella! ¡La acaudalada viuda de Gordon Cloade!

Una especie de mueca, que nuevamente intentaba revestir los caracteres de una sonrisa, se dibujó en la cara de Rowley al contemplar desde la puerta cómo Rosaleen se alejaba

apresuradamente colina arriba, en dirección a Furrowbanks. Un momento antes de que ella llegara a remontar el portillo que había en el camino, un hombre apareció en él, más alto y corpulento, que David, y a quien Rosaleen cedió el paso, acelerando después su marcha hasta convertirse casi en una carrera frenética.

Sí; ella había conseguido al fin tener una tarde libre, pero él, Rowley, había perdido lamentablemente más de una hora de su valioso tiempo. «Bien —pensó—, puede que, después de todo, no haya sido tan perdida como en principio pudiera parecer». Rosaleen le había mostrado cierta simpatía y quién sabe si más tarde esta simpatía habría de serle de alguna utilidad. ¡Era muy linda, qué duda cabía!, como también lo eran las ternerillas que había llevado aquella mañana… ¡pobres diablillos!

Recostado en la entrada y absorto en sus pensamientos le sorprendió el sonido de una voz que le hizo levantar la cabeza con prontitud.

Un hombretón, tocado con un sombrero de fieltro de anchas alas y una pesada mochila colgada de sus espaldas, estaba en pie, junto a la puerta del jardín.

—¿Es éste el camino para Warmsley Vale?

Ante el aparente desconcierto de Rowley, hubo de repetir la pregunta. Hizo éste un esfuerzo, como tratando de recordar, y contestó:

—Sí, siga usted vereda adelante hasta llegar a los próximos campos. Tome usted después hacia la izquierda hasta llegar al camino vecinal; éste le conducirá en menos de tres minutos a la aldea.

Con aquellas mismas palabras había contestado a esa pregunta centenares de veces. La gente acostumbraba a tomar el sendero al salir de la estación, lo seguía colina arriba, pero perdía la fe en él cuando al traspasar la cumbre no veían rastro alguno de su lugar de destino, ya que Warmsley Vale estaba en una hondonada y totalmente oculto por la arboleda de Blackwell Copse, que sólo dejaba ver la aguja del campanario de la iglesia.

—¿Hay algún lugar donde alojarse en el pueblo?

Esta última pregunta le hizo mirar con más detenimiento al hombre que tenía ante sí. En estos días los viajeros acostumbraban a encargar sus habitaciones con anticipación.

El hombre era alto, barbudo, de tez bronceada y ojos muy azules. Tendría unos cuarenta años y no mal parecido, aunque con aire de aventurero y bravucón. No era su cara lo que pudiera llamarse agradable en su totalidad.

—Sí, una hostería.

Seguramente llegado de allende el mar, pensó Rowley. Quizá fuese ilusión, pero en sus palabras parecía haber un ligero acento colonial. Y cosa curiosa: aquella cara no le era del todo desconocida.

¿Dónde había visto antes una cara así?

Mientras trataba de recordar, el forastero le sorprendió al hacer la pregunta siguiente:

—¿Podría usted decirme si hay una casa llamada Furrowbanks por esos alrededores?

Rowley respondió lentamente:

—Sí, sí. Allí, en la cima de la colina. Ha debido usted pasar muy cerca de ella, quiero decir, si ha seguido usted esta vereda desde la estación.

—Es precisamente lo que he hecho.

Se volvió mirando en la dirección citada por Rowley.

—Ah, ¿conque era ésa? ¿Ese caserón blanco y nuevo?

—Exactamente.

—Hermosa residencia. Ha de costar una buena suma de dinero el sostenerla.

—«Enorme» —dijo.

Un arrebato de cólera le hizo perder por un momento la noción de dónde estaba…

Al volver en sí vio al forastero que miraba en dirección a la cúspide del monte con especulativa curiosidad.

—¿Quién vive allí? —dijo—. ¿No es una tal señora Cloade?

—La misma —respondió Rowley—. La viuda de Gordon Cloade.

Al forastero la noticia pareció regocijarle.

—¡Ah! —exclamó—. ¿La viuda de Gordon Cloade? ¡Qué suerte!

Después movió la cabeza de arriba abajo en señal de apreciación y dijo:

—Gracias, amigo.

Afianzó bien el paquete que llevaba a las espaldas y se puso en marcha en dirección a Warmsley Vale.

Rowley se encaminó lentamente hacia la corraliza. Una sola idea parecía bullir en su cerebro. ¿Dónde diablos había visto aquella cara con anterioridad?

A eso de las nueve y media de aquella misma noche, Rowley limpió la mesa de la cocina de los cachivaches que la cubrían y se puso en pie. Miró abstraídamente el retrato de Lynn que había sobre la repisa de la chimenea y, frunciendo el ceño, abandonó la casa.

Diez minutos más tarde empujaba la puerta que daba acceso al bar de la hostelería del «Ciervo». Beatrice Lippincott, tras el mostrador, le acogió con la más encantadora de sus sonrisas. El señor Rowley Cloade, a su juicio, era una gallarda figura de varón. Frente a un gran vaso de licor de raíces amargas, Rowley intercambió sus impresiones con todos los presentes. Se hicieron comentarios bastantes desfavorables acerca del Gobierno, del tiempo y de las perspectivas que ofrecía la nueva cosecha.

Después, incorporándose ligeramente, consiguió articular en voz baja en el oído de Beatrice:

—¿Ha recibido usted por casualidad a un forastero? ¿Un hombre alto y fornido con sombrero de alas anchas?

—Sí, señor Rowley. Uno que llegó a eso de las seis. ¿Se refiere a ése?

Rowley asintió con un movimiento de cabeza.

—Se paró junto a mi casa pidiendo que le enseñase el camino.

—Debe ser el mismo.

—Me gustaría saber quién es —dijo Rowley Cloade.

Miró a Beatrice y sonrió. Ésta devolvió la sonrisa.

—Nada más fácil, señor Rowley. Espere unos momentos.

Desapareció bajo el mostrador, reapareciendo a los pocos instantes con un enorme libro con cubiertas de cuero, donde anotaba todos sus registros. Lo abrió en la página en que estaban hechos sus más recientes inscripciones. En la última línea decía así:

Enoch Arden. Ciudad de El Cabo. Británico

Capítulo IX

Hacía una hermosa mañana. Los pájaros cantaban en lo alto de las ramas y Rosaleen, bajando a tomar su desayuno, ataviada con un sencillo traje campestre, se sentía feliz.

Las dudas y temores que en los últimos días le asaltaran parecían haberse desvanecido. David estaba de buen humor, riendo y bromeando constantemente. Su visita a Londres el día precedente debió haber dado resultado satisfactorio. Al terminar el suculento refrigerio llegó el correo.

Traía siete u ocho cartas para Rosaleen. Facturas, peticiones para obras pías, alguna que otra invitación local… nada digno de especial mención.

David apartó dos cartas que hacían referencias a pequeñas cuentas y abrió una tercera.

Tanto el texto de la carta como la dirección del sobre estaban a máquina. Decía así:

«Mi querido señor Hunter:

Ante el temor de que el contenido de esta carta pudiese afectar profundamente a "la señora Cloade", he juzgado prudente comunicárselo primero a usted. Quiero decirle, en pocas palabras, que he tenido noticias del capitán Robert Underhay, cosa que, como espero, ha de ser motivo de regocijo para su hermana. Estoy hospedado en el mesón "El Ciervo", y si usted se digna venir aquí esta noche, tendré sumo gusto en hablar con usted sobre el particular.

Suyo,

Enoch Arden».

Un grito ahogado salió de la garganta de David. Rosaleen levantó la cabeza, sonriendo, pero su gesto trocóse en expresión de alarma.

—¿Qué te pasa, David? —preguntó con sobresalto.

Tomó la carta que aquél le alargaba en silencio y la leyó detenidamente.

—Pero David…, no comprendo…, ¿qué es lo que quiere dar a entender?

—¿No sabes leer acaso?

Ella miró tímidamente.

—David…, ¿quiere esto decir que?… ¿Y qué es lo que vamos a hacer ahora?

Él pensaba intensamente, barajando cuantas soluciones plausibles podía exigir el caso.

—No tienes por qué preocuparte, Rosaleen —dijo al fin—. Yo me encargo de esto.

—¿Pero puede acaso significar que?…

—Te he dicho que no te preocupes, tonta. Déjamelo a mí. Lo que tienes que hacer es sólo lo siguiente. Prepara una de tus maletas y sal sin perder tiempo para Londres. Vete directamente al pisito que tenemos allí preparado y no te muevas de él hasta recibir noticias mías. ¿Has comprendido?

—Sí, sí; claro que he comprendido, pero…

—Haz lo que te he dicho.

Sonrió tratando de despertar su confianza.

—Sube a prepararlo todo. Te acompañaré a la estación. Puedes tomar el tren de las diez y treinta y dos. Dile al encargado de los pisos que no deseas ver a nadie. Que si alguien llama preguntando por ti, le diga que has salido de la ciudad. Dale una linda propina. ¿Entendido? No debe dejar subir a nadie, excepto a mí.

—¡Oh! —exclamó Rosaleen, cubriéndose la cara con las manos.

Después levantó la vista y miró a David con ojos embellecidos por el temor.

—Vamos, vamos, muchacha; ¿no ves que se trata sólo de un ardid? Por lo visto estás poco familiarizada con esta clase de juegos. Éste es mi fuerte, querida. Montar las guardias. Quiero quitarte del

paso para obrar con más libertad, eso es todo.

—¿No puedo quedarme aquí contigo, David?

—Claro que no, Rosaleen. Piensa un poco y verás que necesito estar solo para verme con ese hombre, sea quien sea…

—¿No crees que pudiera ser… que pudiera ser…?

—Yo no creo nada en este momento. Lo primero que has de hacer es alejarte de aquí. Vamos, sé una buena niña y no sigas insistiendo.

Ella dio la vuelta y abandonó la habitación.

David volvió a mirar la carta que tenía en la mano y frunció el entrecejo.

Su discreción, cortesía y cuidadoso fraseo podían significar cualquier cosa. Una ingenua petición de alguien que se encontrase en un apuro. También una velada amenaza. Releyó de nuevo las frases con gran atención. «He tenido noticias del capitán Underhay…». «He juzgado conveniente comunicárselo primero a usted…». «Tendré sumo gusto en hablar con usted sobre el particular…». «La señora Cloade». ¿A qué aquellas intrigantes comillas que aparecían sobre el nombre?… «La señora Cloade».

Miró la firma. Enoch Arden. Algo se agitaba en su mente… Quizás un recuerdo poético… el versículo de algún poema.

Cuando David penetró aquella noche en el vestíbulo de la hostería de «El Ciervo» estaba vacío, como de ordinario. Sobre la puerta que aparecía a su izquierda había un rótulo que decía: «Salón de café». Sobre la de la derecha otro, con la siguiente inscripción: «Salón de descanso», y más al fondo una tercera puerta en la que se leía la represiva advertencia de: «Sólo para huéspedes». Un pasillo a la derecha conducía al bar, desde donde llegaba el sofocante murmullo de voces y carcajadas. Una especie de garita de cristal ostentaba el pomposo nombre de «Oficina» y en ella había un timbre de mano convenientemente colocado junto a la ventanilla.

Algunas veces, como bien lo sabía David por experiencia, había que tocarlo cuatro o cinco veces antes de conseguir que alguien se dignase contestar a la llamada, el vestíbulo de «El Ciervo» estaba tan desierto como seguramente lo estaría la isla en que naufragó Robinson.

David tuvo más suerte, pues a la tercera llamada apareció por el pasillo que conducía al bar la corpulenta figura de la señorita

Beatrice Lippincott, dándose unos golpecitos en los rebeldes rizos de su peinado a la pompadour. Se introdujo en la garita y saludó a David con una almibarada sonrisa.

—Buenas noches, señor Hunter. Parece que hace un poco de frío esta noche, ¿verdad?

—Sí, así parece. Dígame. ¿Tiene usted por casualidad entre sus huéspedes alguno que se llame Arden?

—Déjeme que recuerde —dijo la señorita Lippincott haciendo como si pensase, gesto que siempre adoptaba, convencida de que así lograba aumentar la importancia de su mesón—. ¡Ah, sí! El señor Enoch Arden, número 5. Primer piso. No puede equivocarse, señor Hunter. Suba usted y no se adentre por la galería, sino que debe usted torcer a la izquierda y bajar tres escalones. Allí es.

Siguiendo esta complicada dirección, David llamó a la puerta señalada con el número 5 y una voz contestó desde el interior: «Adelante».

Penetró y cerró la puerta tras de sí.

Saliendo de la oficina, Beatrice llamó:

—¡Lily!

Una muchacha glanduliforme, con risita convulsiva y una tez de color pálido de grosella cocida, respondió a la llamada.

—¿Quiere usted tomar mi puesto unos momentos, Lily? Tengo que subir a preparar unas ropas de cama.

—Sí, señorita Lippincott.

Lanzó una de sus escalofriantes risitas y añadió suspirando con arrobamiento:

—¡Qué «tipazo» el señor Hunter! ¿Verdad, señorita?

—He visto en la guerra muchos como él —contestó con gesto displicente Beatrice Lippincott—. Sobre todo entre los aviadores, pero no podía una fiarse mucho de los cheques que extendían. Muchas veces había que apelar a procedimientos drásticos para poderlos cobrar. Sin embargo, sigo siendo muy particular en cuanto a ese punto. Lo que quiero es clase. No importa lo demás. Un caballero es siempre un caballero, aunque se vea precisado a guiar un par de mulas.

Con esta enigmática peroración, Beatrice dejó a Lily y se dirigió escaleras arriba.

Dentro del cuarto número 5, David Hunter se detuvo frente a la

puerta y se quedó mirando al hombre que había firmado la carta con el nombre de Enoch Arden.

Cuarentón, algo derrotado, aunque conservaba huellas de pasado esplendor y, al parecer, hombre difícil de manejar. Esto fue a grandes rasgos lo que David pudo colegir.

Arden fue el primero en hablar.

—¡Hola, Hunter! —dijo—. Siéntese. ¿Qué le apetece? ¿*Whisky*?

Por la discreta variedad de botellas que desplegó y el fuego que ardía en el hogar en esta fría noche de primavera, dedujo David que Arden gustaba de vivir lo menos incómodamente posible. Sus ropas, si bien de corte un tanto continental, las llevaba con clásica desenvoltura inglesa. Hasta su misma edad parecía estar en perfecta armonía con el conjunto…

—Gracias —contestó David—. Tomaré *whisky*.

—Usted dirá: «cuánto» —dijo, sirviéndole.

—Basta. Poco seltz, por favor.

Esta maniobra preliminar semejaba a la que emplean dos perros que sé encuentran y que giran en busca de posición ventajosa, dispuestos a ser amigos o a lanzarse el uno contra el otro para despedazarse sin piedad.

—¡Salud! —dijo Arden.

—¡Salud! —contestó David.

Bebieron un sorbo y dejaron después sus vasos sobre la mesa; había terminado el primer «*round*».

El hombre que se llamaba a sí mismo Enoch Arden insinuó:

—¿Se sorprendió usted al recibir mi carta…?

—Si he de hablarle con franqueza —contestó David—, le diré que no he acabado de entenderla.

—¿No…? Es posible.

—Según parece, conoció usted al primer marido de mi hermana, a Robert Underhay.

—Sí, mucho.

Arden sonreía mirando al techo y lanzando densas bocanadas de humo.

—Tanto —prosiguió— como humanamente pueda conocerse a un hombre. Usted no lo conoció, ¿verdad, Hunter?

—No.

—Es mejor, que sea así.

—¿Qué quiere usted decir?

—Querido amigo —dijo Arden, con melosidad—, quiero decir que eso simplifica notablemente la cuestión. Le pido perdón por haberle ocasionado la molestia de tener que venir a esta casa, pero…

Se detuvo un breve instante.

—Me pareció el único modo —continuó— de evitar que llegara a conocimiento de Rosaleen. Hubiera sido una crueldad innecesaria.

—Al grano.

—A él voy. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar alguna vez…, cómo lo diremos…, que había algo sospechoso en la muerte de Underhay?

—¿Quiere usted acabar de una vez con sus circunloquios?

—Lo haré así. Underhay, como supongo no ignora, tenía una idea muy particular de las cosas. Por razones de caballerosidad, o por otras quizá de índole muy diferente, le convino hace algunos años que el mundo le tuviera por muerto. Era muy hábil en el manejo de las gentes que trabajaban a sus órdenes y nada le hubiese costado hacer circular una historia que corroborase la veracidad de este detalle. Todo lo que Underhay tuvo que hacer es aparecer a unas mil millas de distancia, bajo un nombre diferente, por supuesto.

—Todo eso me parece algo fantástico —replicó David.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

Arden se inclinó hacia delante y le dio unas ligeras palmadas en las rodillas.

—Supóngase por un momento, Hunter, que fuese verdad lo que digo. ¿Me entiende? Que fuese verdad.

—Exigiría primero una prueba convincente de ello.

—¿Qué tal le parecería la de que Underhay en persona se presentase en Warmsley Vale?

—Al menos, sería concluyente —contestó David, con sequedad.

—Sí, sí, concluyente, ¡qué duda cabe!, pero un poco desagradable para la viuda de Gordon Cloade, que automáticamente dejaría de serlo, ¿no le parece?

—Mi hermana —atajó David— se volvió a casar con perfecta buena fe.

—No digo lo contrario ni lo he puesto en duda un solo instante.

De nada podría culparse a su hermana, y estoy seguro de que el juez compartiría esa misma opinión.

—¿El juez? —contestó David, con aspereza—. ¿Qué tiene aquí que ver el juez?

—No, no, nada —contestó Arden, como tratando de excusarse—. Lo decía por lo de la bigamia.

—¿Quiere usted decir de una vez lo que pretende? —estalló David, con violencia.

—No se excite, por favor. Lo que quiero es que arrimemos todos un poco el hombro y veamos la forma de sacar el mayor provecho de la situación. En especial por lo que concierne a su hermana. A nadie le gusta cierta clase de publicidad, y Underhay ha sido siempre un perfecto caballero.

Y añadió después de una pausa:

—Y sigue siéndolo.

—¿Que sigue siéndolo?

—Eso he dicho.

—¿Dice que Robert Underhay vive? ¿Dónde está?

Arden se incorporó ligeramente y habló con tono confidencial.

—¿Tiene usted verdadero empeño en saberlo? ¿No sería mejor, acaso, que lo ignorase, de momento? Tratemos de razonar. Para usted y para Rosaleen, Underhay ha muerto en África. Demos esto como sentado. Pero si vive, nada debe saber del nuevo matrimonio de su esposa, pues de otro modo se habría presentado inmediatamente, máxime sabiendo, como quizá ya sepa, que ésta había heredado una cuantiosa fortuna. Underhay es hombre con un rígido concepto del honor y es probable que no le guste la idea de que su esposa herede un dinero que en justicia no le corresponde.

Se detuvo.

—Es posible también —añadió— que Underhay nada sepa acerca del segundo matrimonio de su esposa. El pobre, por lo que supongo, debe estar en las últimas.

—¿A qué llama usted «las últimas»?

Arden movió la cabeza con pesimismo.

—Mal de dinero y de salud. Necesita atención médica, tratamientos especiales. Todo, como es natural, costosísimo.

Esta última palabra, pronunciada con toda sencillez, parecía encerrar la clave de aquel aparente misterio. Era la palabra por la

que había estado esperando ansiosamente David.

—¿Costosísimo?

—Sí. Desgraciadamente, todo cuesta dinero en estos tiempos. Underhay, ¡pobre diablo!, está prácticamente en la miseria.

Y añadió después de una pequeña pausa:

—Nada tiene, con excepción de lo que pudiera esperar de…

No terminó la frase. David echó una inquisitiva mirada a su alrededor y no vio más bagajes que la pesada mochila que colgaba de una de las sillas.

—No sé por qué se me figura —dijo con voz un tanto desagradable— que Robert Underhay no es el caballero que ha pretendido usted pintarme.

—Lo fue al menos —aseguró el otro—. Es la vida la que muchas veces nos convierte en cínicos.

Volvió a detenerse.

—Gordon Cloade —prosiguió con repugnante melosidad— era lo que podía llamarse en realidad un hombre acaudalado, y el espectáculo de la exagerada riqueza suele despertar los instintos más bajos del hombre.

David Hunter se levantó.

—He encontrado ya la respuesta que debo darle —dijo—. Que no me interesan sus lamentos y que puede usted repetírselos, si quiere, a su amigo.

Sin el más ligero asomo de contrariedad, contestó Arden, sonriente:

—Me figuré que diría usted algo por el estilo.

—No es usted sino un vulgar chantajista y no me asustan sus baladronadas.

—Muy bien. Quiere decir que no teme a las consecuencias que la divulgación de la noticia podría acarrearle, ¿verdad? Quizá tenga que arrepentirse de su precipitada determinación. Pero no tema, no pienso divulgarlo. Me limitaré a dirigirme a quienes me recibirán con los brazos abiertos. A los Cloade. Suponga por un momento que vaya a ellos y les diga: «¿Les gustaría saber que el *difunto* Robert Underhay se encuentra vivo y gozando de excelente salud?». ¿No cree usted que saltarían de gozo al oírlo?

David le respondió desdeñosamente:

—Si espera usted sacar dinero de ellos, está aviado. Ni aun

exprimiéndoles lograría usted un solo chelín.

—Pero podría conseguir de ellos una especie de pacto compromisario. Una cantidad en metálico el día que se probara que Robert Underhay estaba vivo, que la viuda de Gordon Cloade seguía siendo la señora Underhay y que, en consecuencia, el testamento de Gordon Cloade, hecho antes de su muerte, seguía siendo válido ante los ojos de la Ley…

—¿Cuánto?

La contestación vino con la misma precisión y claridad.

—Veinte mil.

—Ni pensarlo. Rosaleen sólo dispone de una renta vitalicia y no puede tocar el capital.

—Entonces, diez mil. Eso lo puede encontrar con facilidad. Tendrá infinidad de alhajas, como es natural.

David se sentó, pensativo.

—Está bien —dijo de pronto.

Su interlocutor pareció desconcertarse un instante. Su victoria había sido en extremo fácil.

—¡Nada de cheques…! —atajó— todo en billetes de Banco.

—Tendrá usted que darnos tiempo para conseguir el dinero.

—Le daré cuarenta y ocho horas.

—Hágalo usted hasta el próximo martes.

—Es usted bastante precavido por lo que veo.

—Depende de la persona con quien me juego los cuartos.

David abandonó la habitación y se dirigió escaleras abajo con la cara congestionada por la cólera.

Beatrice Lippincott salió del cuarto señalado con el número 4. Había una puerta de comunicación entre éste y el 5, hecho que difícilmente podía ser notado por el ocupante del 5, debido al guardarropa colocado precisamente frente a ella.

La señorita Lippincott tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas. Con mano trémula se dio unos toques en su complicado peinado.

Capítulo X

Shepherd's Mayfair era un gran bloque de lujosos departamentos. Salvado milagrosamente de la devastación causada por los ataques aéreos del enemigo, no había logrado, sin embargo, mantener la reputación de lujo y confort de que gozara en los tiempos de la preguerra. El servicio dejaba algo que desear. Donde hubo dos porteros uniformados sólo quedaba uno. El restaurante seguía sirviendo comidas, pero con excepción del desayuno, éstas no eran enviadas a los departamentos.

El alquilado por la viuda de Gordon Cloade estaba en el tercer piso. Consistía en un gabinete provisto de sus correspondientes aparadores y un soberbio cuarto de baño de brillantes azulejos y guarniciones de hierro cromado. En el gabinete, David se paseaba de un lado a otro de la habitación. Rosaleen, sentada en un cuadrado sofá, le contemplaba en silencio. Parecía pálida y aterrorizada.

—¡Chantaje…! —murmuró él entre dientes—. ¡Chantaje! ¿Será posible que un hombre como yo se deje amilanar por estas patrañas?

Ella movió la cabeza con visible gesto de aguda preocupación.

—¡Si pudiese saber…! —decía David con desesperación—. ¡Si sólo consiguiese *saber*…!

De la garganta de Rosaleen brotó un mal contenido sollozo.

Él prosiguió:

—¡Es esta incertidumbre lo que me vuelve loco!

De pronto se volvió y, mirando fijamente a Rosaleen, preguntó:

—¿Llevaste aquellas esmeraldas a casa del viejo Greatorex?

—Si.

—¿Cuánto te dieron?

—Cuatro mil. Cuatro mil libras. Me dijo que si no las vendía, había que asegurarlas de nuevo.

—Sí, las joyas han doblado hoy su valor. ¡Bien! Creo que podremos levantar ese dinero. Lo malo es que esto no será sino el principio de una serie interminable de peticiones. Acabará por chuparnos hasta la última gota de sangre.

—¿Por qué no nos marchamos de Inglaterra? —suplicó llorando Rosaleen—. ¿No podemos ir acaso a Irlanda, a América o a donde sea?

—Veo que no tienes espíritu de lucha, Rosaleen —le dijo—. Tirar la piedra y correr, ese parece tu lema.

—No tenemos razón alguna, David —exclamó gimoteando—. Hemos sido malos, muy malos…

—No me vengas ahora con sentimentalismos. No los puedo soportar. Por primera vez en la vida nos ha sonreído la fortuna y no voy a permitir que al primer contratiempo la dejemos escapar como unos tontos de entre las manos. ¿No comprendes que todo ello pudiera ser un mero desplante? Lo más probable es que Robert Underhay siga enterrado en África como siempre hemos creído.

Ella se estremeció.

—No sigas, David —gimió—. Te lo suplico.

Al ver éste la expresión que el terror había impreso en las facciones de Rosaleen, intentó serenarse.

—No temas —le dijo—. Yo me encargo de todo, pero tú haz siempre lo que yo te diga. ¿Me obedecerás?

—Siempre te he obedecido, David. Tú lo sabes.

Él se echó a reír.

—Pues levanta ese espíritu. Ya encontraré el modo de parar el golpe de ese granuja de Enoch Arden.

—¿Te acuerdas de la predicción de las cartas en que hablaban de la aparición de un hombre…?

Él cortó en seco su divagación.

—Sí, sí, me acuerdo, pero no temas. Yo llegaré al fondo de todo este misterio.

—No te olvides de que hoy es martes. ¿Vas a llevarle el dinero?

David asintió con un gesto.

—Cinco mil. Le diré que no me ha sido posible conseguir el resto. Lo primero que debo impedir es que se entreviste con los

Cloade. Probablemente se trata sólo de una amenaza, pero no está de más asegurarse.

Se detuvo y entornó los ojos como tratando de escudriñar en el infinito. Tras ellos, su mente trabajaba febrilmente, barajando posibilidades.

Después lanzó una sonora carcajada. Era una risa a la vez alegre y feroz. Una risa que a hombres enterrados hoy bajo una losa no les hubiera sido difícil reconocer…

La risa que más de una vez empleara al entrar en acción en los campos de batalla.

—Rosaleen —le dijo—, ¡gracias a Dios que tengo en ti a una persona en quien poder confiar!

—Confiar…, ¿en qué?

—En que harás exactamente cuanto te diga. Ése es el secreto de cualquier operación.

Y añadió riendo:

—Esta vez, operación al estilo Enoch Arden.

Capítulo XI

No sin cierta sorpresa, Rowley se decidió a abrir el sobre malva que sostenía entre las manos. «¿Quién demonios, se preguntaba, podía escribirle empleando aquella clase de papel que desde los comienzos de la guerra había desaparecido por completo?».

«Querido señor Rowley», leyó.

«Espero me perdonará la libertad que me tomo al dirigirle estas líneas, pero he creído conveniente hacerlo, pues me ocurren cosas que no dudo le ha de gustar conocerlas».

Observó lo subrayado con curiosidad.

«Recuerde que la otra noche estuvo usted en mi casa preguntando por cierta persona. Si se sirve usted darse un salto por "El Ciervo", tendré sumo gusto en darle a usted recientes informaciones acerca de ella. Todos los de por aquí hemos comentado con disgusto la suerte que al fallecimiento de su pobre tío Gordon corrió su fortuna.

«Vuelvo a repetirle que perdone mi atrevimiento, en la seguridad de que no ha de pesarle lo que le indico.

»Suya siempre,

Beatrice Lippincott».

Rowley se quedó mirando la misiva, su mente ardiendo en un

mar de especulaciones. ¿De qué demonios querría hablar la buena Bea? Conocía a Beatrice Lippincott desde su niñez. Había comprado siempre el tabaco en la tienda de su padre y sostenido largas conversaciones con ella tras el mostrador. Aún recordaba ciertos rumores que habían corrido acerca de ella con motivo de una larga ausencia suya de Warmsley Vale. Había estado fuera cosa de un año, y a la gente le dio por decir que fue a ocultar el estado en que quedó a consecuencia de unos ilegítimos amores. Verdad o no, lo cierto es que su conducta fue siempre irreprochable y que gozaba en el pueblo de respetuosa popularidad.

Rowley consultó su reloj. Habla decidido acudir a la cita de «El Ciervo» y saber qué era lo que Beatrice estaba tan animosa de comunicarle.

Eran sólo minutos después de las ocho cuando Rowley penetraba en el mesón por la puerta que comunicaba con el salón de bebidas. Después de los consabidos saludos e inclinaciones de cabeza, se dirigió resueltamente al mostrador y pidió una cerveza. La señorita Beatrice no tardó en acercársele radiante de satisfacción.

—Me alegro de verle por aquí, señor Rowley Cloade.

—Buenas noches, Beatrice. Gracias por su mensaje.

Ella le dirigió una mirada significativa.

—Estaré con usted dentro de unos momentos, señor Rowley.

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza, y se entretuvo en beber a cortos sorbos el contenido de su vaso mientras Beatrice acababa de servir a sus parroquianos. Luego ésta dio una señal de llamada y acudió Lily a reemplazarla en sus funciones.

Beatrice murmuró en voz baja:

—¿Quiere usted seguirme, señor Rowley?

Le condujo a lo largo de un corredor y penetraron en una pequeña habitación en cuya puerta había un rótulo que decía: «Privado». Su interior estaba exageradamente recargado con sillones de felpa, una radio, que funcionaba a toda voz, una multitud de objetos de porcelana y un pierrot, bastante desvencijado, por cierto, que parecía columpiarse sobre una de las butacas.

Beatrice Lippincott cerró la radio y ofreció a Rowley uno de sus felpudos asientos.

—Me alegro de que haya venido, señor Rowley —principió diciendo—, pues tengo que comunicarte algo que espero ha de ser

para usted de sumo interés conocerlo.

Pronunciaba las palabras con una satisfacción que a las claras indicaba la gran trascendencia de cuanto habría de seguir a este significativo preámbulo.

Rowley le preguntó con discreta curiosidad:

—Bien. ¿Qué ocurre?

—Usted conoce al caballero que se hospeda en casa, ¿verdad? Me refiero al señor Arden…, aquél por quien me preguntó usted el otro día…

—Sí.

—A la noche siguiente de venir usted, apareció el señor Hunter pidiendo verle.

—¿El señor Hunter?

Esto parece interesante, debió de pensar Rowley, que se incorporó en su asiento.

—Sí, señor Rowley. Número 5, dije yo, y el señor Hunter se encaminó escaleras arriba. Como usted comprenderá, esto me sorprendió, pues creía que el señor Arden era forastero y que no conocía a nadie en Warmsley Vale. El señor Hunter venía con cara de pocos amigos, detalle al que, de momento, no presté atención.

Se detuvo para tomar aliento, mientras Rowley se limitaba a seguir escuchando sin pronunciar palabra. No era hombre que gustara de dar prisas a nadie. Quien quisiese tomar su asiento, podría hacerlo sin la menor objeción por parte de él.

Beatrice continuó con aire digno:

—Poco más tarde tuve ocasión de subir al cuarto número 4 para inspeccionar las toallas y la ropa de cama. Éste está precisamente al lado del número 5 y da la circunstancia que entre ambos existe una puerta de comunicación que no se ve desde el cuarto número 5 por estar oculta por un guardarropa que la cubre por completo. De ordinario esta puerta permanece cerrada, pero no sé por qué circunstancias aquella noche la encontré entreabierta.

Rowley seguía escuchando impasible, haciendo sólo pequeños gestos de asentimiento.

«Fue Beatrice, sin duda, quien debió abrirla —pensó—, como fue la curiosidad y no las toallas y las sábanas lo que la impulsó a subir y enterarse de lo que ocurría en el cuarto número 5.»

—Y así fue, señor Rowley, como, sin querer, hube de enterarme

de toda la conversación que medió entre los dos. Créame que me hubiesen podido ahogar con un cabello…

«Un respetable cabello», pensó Rowley para sí.

Beatrice hizo una sucinta relación de cuanto había oído y Rowley escuchó con la expresión bovina que le era peculiar. Al terminar, quedóse aquélla mirándole.

Pasaron sus buenos dos minutos antes que Rowley volviera del ensimismamiento en que había quedado sumido. Después se levantó para marcharse.

—Gracias, Beatrice —dijo—. Un millón de gracias.

Y sin añadir comentario alguno, abandonó la habitación, dejando a Beatrice como un globo que de pronto empezara a desinflarse.

Capítulo XII

Al salir de «El Ciervo», la fuerza de la costumbre llevaba automáticamente a Rowley en dirección a su casa cuando, de pronto, se detuvo y, cambiando de opinión, desanduvo lo andado.

Las ideas tardaban en cuajar en su cerebro, pero al asombro primero que las palabras de Beatrice le causaron, debió suceder una visión clara y precisa de su verdadero significado. Si la versión de lo oído era correcta, y no había razón alguna para suponer que en esencia no lo fuera, un nuevo estado de cosas, que concernían a todos los miembros de la familia Cloade, acababa de suscitarse. La persona más indicada para ventilarlo era, sin ningún género de duda, tío Jeremy. Como abogado, Jeremy Cloade sabría qué trámites seguir y el modo de sacar el mejor partido posible a tan valiosa información.

Aunque Rowley hubiese preferido iniciar una acción expedita y personal, comprendía, no sin cierta repugnancia, que lo mejor era dejar el asunto en manos de un experto jurisconsulto. Cambió, pues, de rumbo y encaminó sus pasos a casa de tío Jeremy, situada en High Street.

La diminuta sirvienta que salió a abrir la puerta, le informó que el señor y la señora Cloade estaban sentados a la mesa. Se ofreció a acompañarle hasta el comedor, pero Rowley prefirió esperar en el despacho. No le gustaba la idea de incluir a Frances en este coloquio. Hasta que no se hubiese fijado un curso determinado de acción, cuantas menos personas lo supiesen, mejor.

Se paseaba inquieto mirando repetidamente cuanto encontraba en la habitación. Sobre la mesa escritorio había una caja de metal con un rótulo que decía: «William Jessamy, fallecido». Los anaqueles estaban atestados de gruesos volúmenes y de las paredes

colgaba un antiguo retrato de Frances en traje de noche y otro del padre de ésta, lord Edward Trenton. Sobre la mesa había también la fotografía de un joven con el uniforme del ejército inglés. Era la de Anthony, hijo de Jeremy, muerto en el frente.

Rowley acabó por sentarse y se quedó mirando distraídamente el cuadro que representaba al elegante lord Edward Trenton.

En el comedor, Frances decía a su marido:

—¿Qué es lo que le pasará a Rowley?

—Nada —contestó con voz perezosa Jeremy—. Seguramente habrá contravenido alguna de las disposiciones gubernamentales. Es raro encontrar hoy un agricultor que conozca todos los requisitos que la Ley exige. Rowley es un hombre consciente y estará preocupado; eso es todo.

—Es un gran muchacho —añadió Frances—, pero terriblemente calmoso. Tengo una sospecha de que sus relaciones con Lynn no van todo lo bien que podría suponer.

Jeremy murmuró distraídamente:

—¿Lynn has dicho…? Sí, sí…, ¡claro! Perdóname, Frances. Se me hace difícil serenarme. Estoy como atontado, lleno de preocupaciones.

—No pienses más en eso, Jeremy —dijo rápidamente Frances—. Te he dicho que todo se resolverá a medida de nuestros deseos.

—Es que hay veces que me asustas, Frances. ¡Eres tan impetuosa! ¿No comprendes que…?

—Sí, hombre, sí; lo comprendo todo. Y no me asusta. Al contrario. Me divierte.

—Esto es precisamente el motivo de mi ansiedad.

—Vamos —le dijo con acento casi maternal—. No hagas esperar a ese joven bucólico. Enséñale cómo debe rellenarse el formulario mil ciento noventa y nueve…, o el que sea…

Al salir del comedor llegó a sus oídos el ruido que produjo la puerta de entrada al cerrarse y la doncella vino a anunciarles que el señor Rowley no podía esperar y que el asunto que le traía, tampoco era de gran importancia.

Capítulo XIII

En aquel preciso martes, Lynn había decidido salir a dar un largo paseo. Consciente de sus inquietudes y descontenta consigo misma, sentía la necesidad imperiosa de caminar y de tratar de poner en orden sus pensamientos.

Hacía días que no veía a Rowley. Después de la borrascosa separación del día en que fuera a pedirle prestadas las quinientas libras, habían continuado viéndose con regularidad. Lynn comprendía que su demanda había sido irrazonable y que Rowley había obrado con sensatez al negárselas. La sensatez, no obstante, era palabra que, a su juicio, no debería ocupar ningún lugar preeminente en el diccionario de los enamorados. Aparentemente, sus relaciones con Rowley seguían siendo cual siempre fueron. En realidad… ya no estaba tan segura. Los últimos días habían sido para ella de una monotonía insoportable, si bien no quería reconocer que la repentina partida de David Hunter y de su hermana a Londres tuviera algo que ver con su presente estado de perturbación. David —se veía obligada a reconocerlo— era un hombre que ejercía una diabólica fascinación.

En cuanto a sus parientes, los encontraba a todos pesados por demás. Su madre disfrutaba de un excelente buen humor y en su comida de aquel día había estado mortificándola con el anuncio de que se veía en la precisión de contratar los servicios de un nuevo jardinero. «El viejo Tom no puede ya en realidad atender a todo el trabajo que tiene en casa».

—Pero ¿no ves que no estamos en condiciones de hacerlo? —había exclamado Lynn.

—No digas tonterías. De lo que sí estoy convencida es de que Gordon no hubiese visto con buenos ojos el estado de abandono en

que hoy está nuestro jardín. Sabes lo meticuloso que era en este respecto. Le gustaban los bordes bien delineados, la hierba bien cortada y los caminos limpios y bien conservados. Lo haré así, aun cuando para conseguirlo me vea precisada a recurrir de nuevo a esa viuda. Te he dicho además que ésta no ha podido ser más amable para conmigo, y casi puedo decirte que desde el primer instante se hizo cargo de todos mis puntos de vista. Me queda también, por si te conviene saberlo, una bonita suma en el Banco después de haber pagado todas mis deudas, y creo que la adquisición de un segundo jardinero habría de reportarnos una gran utilidad. Piensa sólo en la cantidad de hortalizas que resultarán por las tres libras semanales que representarían su sueldo. Eso sin contar que dado el número de ex combatientes que hoy están sin trabajo, no nos sería difícil encontrar alguno que se ofreciera a trabajar por menos de la cantidad que te he mencionado.

—Dudo que encuentres uno solo en Warmsley Heath o en Warmsley Vale —había añadido secamente Lynn.

Y aunque el asunto quedó sin decidir, la tendencia de su madre a seguir contando con la ayuda de Rosaleen había acabado por exasperarla. Revivía en su memoria las sarcásticas palabras que David tuviera para con su familia.

Así, pues, decidió que un buen paseo la ayudaría a aligerar el peso de sus múltiples preocupaciones.

Su humor no mejoró con el encuentro de su tía Kathie junto a la oficina de Correos. La tía Kathie parecía radiante de satisfacción.

—Creo, querida Lynn, que no he de tardar en poder darte buenas noticias.

—¿Qué quieres decir con eso, tía Kathie?

La señora Cloade sonrió con aire de suficiencia.

—He tenido comunicaciones verdaderamente sorprendentes que nos anuncian un pronto fin a todas nuestras tribulaciones. Tuve también un pequeño contratiempo, pero desde entonces no han cesado de repetirme: «No pierdas la fe…, sigue probando…». En fin, querida Lynn, no quiero darte esperanzas prematuras, pero tengo casi la absoluta seguridad de que todo se ha de resolver satisfactoriamente… y en plazo muy breve. Estoy verdaderamente preocupada por la salud de tu tío. Trabajó mucho durante la guerra y necesitaría un buen reposo y dedicarse luego a sus estudios

especiales. Claro que esto no lo puede hacer a menos de tener una renta que le permitiese disponer de su tiempo. A veces sufre una especie de ataques que me tienen con el alma en un hilo.

Lynn asentía a todo pensativamente. El cambio experimentado en Lionel Cloade no se había escapado a su perspicacia, así como tampoco la curiosa alteración en su modo de proceder. Sospechaba que si no tenía un hábito, no dejaría de recurrir de vez en cuando al uso de los estupefacientes. Esto explicaría la razón de sus períodos de irritabilidad. La tía Kathie no era, ni con mucho, lo tonta que aparentaba ser, y quizá se había dado cuenta también de esta posible contingencia.

Caminando a lo largo de High Street acertó a ver a su tío Jeremy en el momento en que éste entraba en su domicilio. Había envejecido visiblemente en aquellas tres últimas semanas, pensó Lynn.

Aceleró el paso. Quería salir de Warmsley Vale y respirar el aire puro de las colinas y campos. Daría un paseo de seis o siete millas que le proporcionaría el tiempo suficiente para entregarse a su meditación. Recordó que había sido siempre una mujer resuelta y con una clara percepción de las cosas. Que sabía exactamente su posición y lo que quería o dejaba de querer. Sólo ahora había empezado a experimentar en su alma vacía, el navegar a la deriva en el mar de su vida…

¡Esto era, sí! ¡Navegar al garete! Una forma de vivir sin estímulo ni finalidad que era la que transcurría monótona desde que abandonó el servicio para regresar a su hogar. Sentía levantarse en su interior una especie de ola nostálgica que le traía el recuerdo de aquellos cruentos, pero vibrantes días de las campañas de Italia y el Norte de África. Días en que los deberes estaban claramente definidos; en que la vida había de sujetarse a un previo y bien ordenado plan; en que el peso de la opinión individual carecía en absoluto de valor. Y, al propio tiempo, un invencible horror de sí misma. ¿Serían éstos, en realidad, los sentimientos que se ocultarían en el fondo de todos los corazones, la secuela acaso que inevitablemente habría de traer la guerra? No se trataba precisamente del peligro material, de las minas en el mar, de las bombas que caían del aire, de las balas de los rifles que silaban amenazadoras al menor intento de abandonar los escondrijos. No.

Se trataba del peligro espiritual de creer que la vida se convertía en algo fácil y llevadero, con sólo dejar de pensar… Ella, Lynn Marchmont, no era ya la muchacha inteligente y resuelta que un día se decidiera a abandonar su terruño en busca de aventuras y de emoción. Su inteligencia había sido especializada y encauzada por bien definidos canales, y al verse de nuevo dueña y señora de su vida y de su persona, se asombraba de su incapacidad de poder resolver acertadamente sus propios asuntos.

Con una amarga sonrisa en los labios, Lynn pensó para sí: «Quizá tengan razón los que dicen que ha sido la guerra lo que más poderosamente ha contribuido a descubrir nuestra tan cacareada "mujer hogar"». La que había hecho mujeres acostumbradas a pensar, a planear, a decidir, a improvisar y a desarrollar verdaderos caudales de ingenuidad y de espíritu de sacrificio. Mujeres que, en último término, serían las únicas capaces de andar solas por el mundo y de tener bien desarrollado el sentido de responsabilidad.

Y, sin embargo, ella, Lynn Marchmont, de educación esmerada e inteligencia poco común, y habiendo desempeñado satisfactoriamente cargos en los que se exigía gran pericia y espíritu de disciplina y orden, se encontraba como barco sin timón y sometido al furioso embate de las olas, navegando al garete.

¿Y qué decir de aquellos que habían preferido quedarse cómodamente en sus casas, como Rowley, por ejemplo?

Al llegar a este punto su mente, cesó de vagar por entre generalidades y descendió al terreno personal. Ella y Rowley. Éste era el problema, el verdadero problema, el único problema. ¿Deseaba ella en realidad casarse con Rowley?

La oscuridad iba haciéndose cada vez más densa en su cerebro.

Se sentó junto a unos matorrales y permaneció largo tiempo inmóvil con los codos apoyados sobre las rodillas y la barbilla hundida en el cuenco de las manos. Parecía haber perdido la noción del tiempo y aun el deseo de volver a su casa. A lo lejos, un poco a la izquierda, y a sus pies, estaba Long Willows. Su nuevo hogar, en el caso de que se decidiese a contraer matrimonio con Rowley.

¡Siempre lo mismo! En el caso de que…

Un pájaro salió de un vecino bosquecillo, lanzando un estridente chillido. Un chorro de humo que se escapaba de la chimenea de una locomotora, se elevaba en el aire formando un gigantesco signo de

interrogación.

—¿Me casaré con Rowley? ¿Quiero en realidad, casarme con Rowley? ¿Lo he deseado alguna vez? ¿Sería para mí un rudo golpe si dejara de hacerlo?

El tren detenido en la estación se puso en marcha en dirección al valle y el humo, impulsado por el violento resoplido de la caldera, se disipó rápidamente en la atmósfera.

Pero el signo de interrogación que antes viera, seguía impreso en su memoria.

Había amado a Rowley antes de su partida. «Pero yo he cambiado —pensó—. No soy la misma Lynn».

Un versículo de una poesía flotó unos instantes en su mente.

«Vida y mundo, y aun yo mismo, hemos cambiado…».

¿Rowley? ¿No sería acaso Rowley quien hubiese cambiado?

No. Rowley seguía siendo el mismo que ella dejara unos pocos años antes.

¿Sentía deseos de casarse con Rowley? Si no, ¿qué era lo que ella deseaba en realidad?

Oyó el crujir de unas ramas y la voz de un hombre que, lanzando imprecaciones, trataba de abrirse paso a través de la maleza.

—¡David! —gritó.

—¡Lynn! —contestó sorprendido, pues era él en realidad—. ¿Qué demonios hace aquí?

La alteración de su voz daba a entender que había venido corriendo.

—No lo sé. Pensaba tal vez…

Rió indecisa.

—Creo que ya es tarde —añadió sonriente.

—¿No sabes siquiera la hora que es?

Ella miró su reloj de pulsera.

—Se ha vuelto a parar. Por lo visto, tengo la virtud de trastornar a los relojes.

—¡Y a los que no son relojes! —gritó David—. Es el magnetismo que hay en ti. La vitalidad.

Se adelantó hasta llegar junto a Lynn, que, visiblemente perturbada, se puso rápidamente en pie.

—Empieza a oscurecer —contestó por decir algo— y me marcho.

¿Qué hora es, David?

—Las nueve y cuarto: Yo también tengo que apresurarme. He de coger el tren para Londres de las nueve y veinte.

—No sabía que hubieses vuelto.

—Sí. Vine a sacar unas cosas de Furrowbanks, pero he de volverme inmediatamente. Rosaleen ha quedado sola en el piso y no es conveniente que pase la noche sin alguien a su lado.

—¿Es una casa de vecindad? —preguntó Lynn en son de burla.

David replicó con acritud:

—El miedo es perfectamente lógico en su caso. El que ha sufrido una vez los efectos de una explosión…

Lynn se sintió profundamente avergonzada, contrita.

—Perdóname —dijo—. Lo había olvidado.

—¡Claro! —exclamó David, poseído de súbito acceso de cólera —. ¡Son cosas que pronto se olvidan cuando, como tú, se vuelve gustosa a la sumisión y tranquilidad de un hogar! ¿Para qué seguir hablando? Eres como todos, Lynn.

—¡Eso no es verdad, David! Precisamente en este momento pensaba en…

—¿En mí?

Con un rápido movimiento entrelazó la cintura de Lynn y la atrajo hacia sí, besando sus labios con un frenesí rayano en la locura.

—¿Rowley Cloade? —murmuró a su oído con mofa—. ¿Ese imbécil? No, Lynn. ¡Tú eres mía y de nadie más!

Y con la misma rapidez con que la cogiera entre sus brazos, volvió a soltarla, en forma tan brusca que a punto estuvo de dar con ella en tierra.

—Voy a perder el tren —dijo, y salió disparado colina abajo.

—David…

Éste volvió la cabeza sin detenerse y gritó:

—Te telefonearé en cuanto llegue a Londres…

Lynn permaneció inmóvil hasta verle desaparecer por entre una de las estribaciones del terreno.

Después, perturbada, el corazón todavía latiéndole con violencia y la mente hecha un tremendo caos, se encaminó lentamente en dirección a su casa.

Titubeó unos instantes antes de decidirse a entrar en ella. Temía

las afectuosas manifestaciones de su madre, sus preguntas…, sus consejos.

Esa madre que había cometido la imprudencia de solicitar quinientas libras de gentes a quienes tanto despreciaba.

—Pero ¿tenemos acaso el derecho de despreciar a David y Rosaleen? —iba preguntándose a medida que remontaba suavemente las escaleras que conducían a sus habitaciones—. Si al fin de cuentas no somos sino un remedo de lo que son ellos. Seríamos capaces de todo, ¡de todo!, con tal de lograr dinero.

Al llegar a su cuarto, se dirigió al espejo y quedóse contemplando fijamente su rostro. Le parecía el de una desconocida…

De pronto un recuerdo la encolerizó.

«Si Rowley me hubiese en realidad querido —pensó—, habría encontrado el medio de obtener esas quinientas libras y evitarme el bochorno de haber tenido que oír las impertinencias de David…, David».

Se acordó de pronto que éste le había prometido telefonearle tan pronto como llegase a Londres.

Y volvió a descender, caminando abstraída como en alas de un sueño…

«Pero estos sueños —iba pensando— no dejan tampoco de tener sus peligros».

Capítulo XIV

—¡Gracias a Dios, Lynn!

Esta exclamación de alivio había partido de los labios de Adela.

—No te he oído entrar, mi vida. ¿Hace mucho tiempo que has llegado?

—¡Jesús! —contestó Lynn—. ¡Y no poco! Estaba en mi cuarto.

—¿Por qué no me lo has dicho? Sabes lo nerviosa que me pongo cuando creo que estás fuera a estas horas.

—¿No crees, mamita, que ya tengo años suficientes para saber andar sola por el mundo?

—Sí, pero estoy espantada con las noticias que todos los días traen los periódicos sobre muchachas atacadas por esos desmovilizados.

—Quizá sea de ellas gran parte de la culpa.

Al decirlo, sonrió torciendo el gesto.

Eran sin duda las muchachas, las que gustaban de jugar con el peligro. ¿Quién, después de todo, prefería la tranquilidad en estos días…?

—¿Me escuchas, Lynn?

Ésta sacudió bruscamente la cabeza como tratando de volver en sí. Su madre había estado hablando y ni siquiera se dio cuenta de ello.

—¿Qué decías, mamita?

—Estaba hablando de tus madrinas de boda, mi cielo. Has tenido la suerte de poder contar con varias de tus ex compañeras de Cuerpo y supongo que todas dispondrán de los cupones necesarios. ¡No sé cómo hay quien se atreve a casarse en estos tiempos sin tener en cuenta ese detalle! Quiero decir que nada nuevo podrían comprar por mucho que se lo propusiesen. Te repito que has tenido

suerte, Lynn.

—Tienes razón; mucha razón.

Se paseaba alrededor de la habitación cogiendo cosas y volviéndolas a colocar; sin mirarlas, en su sitio.

—¿Quieres parar de dar vueltas? Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento, mamita, no lo puedo remediar.

—¿Te pasa algo, acaso?

—¿Qué me va a pasar? —contestó Lynn con acritud.

—¡Bueno, no me muerdas por eso, mi vida! Volvamos a lo de las madrinas. Creo que deberías llamar a la chica de Macrae. Recuerda que su madre ha sido una de mis mejores amigas y que se sentirá desairada si…

—¿Eres tú o yo la que se casa?

—Ya sé, Lynn, que eres tú, pero…

—Eso suponiendo que verdaderamente llegue a casarme.

No había sido su intención decir esas palabras. Salieron de su boca sin detenerse a reflexionar ni a meditar su alcance. Hubiera dado cualquier cosa por poder retirarlas, pero ya era tarde. La señora Marchmont quedóse mirando a su hija con alarma.

—Lynn, hija mía, ¿qué has querido dar a entender?

—¡Oh, nada, mamita! No me hagas caso.

—¿Has tenido algún disgusto con Rowley?

—Ninguno. No te pongas a cavilar, mamita, que todo se arreglará.

Pero Adela seguía mirando a su hija con inquietud, consciente de la batalla que sin duda se estaba librando en su interior.

—¡Yo creí que te sentirías tan segura al lado de Rowley…! —dijo con tono lastimero.

—¿Quién piensa hoy en la seguridad? —interrogó Lynn, desdeñosa. Se volvió de pronto con viveza y preguntó:

—¿Era el teléfono?

—No. ¿Por qué? ¿Esperas alguna llamada?

Lynn movió la cabeza negativamente. Era depresivo tener que estar pendiente de una llamada telefónica. Pero él había prometido que la haría aquella misma noche y estaba segura de que cumpliría su palabra. «Estás loca —se dijo a sí misma—, ¡loca!».

¿Por qué le atraía aquel hombre de este modo? El recuerdo de su triste y bronceada cara acudía siempre a su memoria. Hacía lo

posible para desecharla y sustituirla por la arrogante y simpática figura de Rowley. Por su plácida sonrisa y su afectuosa mirada. Pero en vano. ¿Acaso Rowley se interesaba por ella? De hacerlo, lo hubiese demostrado el día en que acudió a él en demanda de aquellas quinientas libras. Se habría mostrado más comprensivo y menos razonador. Casarse con Rowley significaba vivir en la granja, renunciar a viajes, a ver otro sol y otros cielos, a oler los perfumes exóticos de otras flores, a perder en fin, la libertad…

De pronto se oyó el estridente repiqueteo del timbre del teléfono, y Lynn, tomando un corto aliento, cruzó la habitación y descolgó el receptor.

Con gran desencanto para ésta, se oyó la aguda voz de la tía Kathie que decía:

—¿Lynn? ¿Eres tú? ¡Cuánto me alegro! Quería decirte que me temo que me he hecho un taco con lo de nuestra cita en el Instituto.

La agitada voz continuó sonando unos minutos. Lynn escuchaba distraída, interpolaba algún que otro comentario y murmuraba frases de consuelo que eran contestadas con otras de sincero agradecimiento.

—No sabes el descanso que me proporcionan tus palabras. ¡Qué buena eres, Lynn! No comprendo cómo haya podido armarme todo este lío.

Tampoco podía imaginárselo Lynn. La capacidad de la tía Kathie para embrollar las cosas se había elevado casi a la categoría de lo genial.

—Pero muchas veces creo —prosiguió la voz— que son las cosas las que se complican por sí solas. Juzga por ti misma si quieres. Nuestro aparato está estropeado y he tenido que hacer uso de este teléfono público. Pues bien, al llegar aquí me encuentro con que sólo tengo monedas de medio penique en vez de las de uno, que son las que se utilizan para las llamadas. ¡Otro viajecito, como comprenderás!

Al fin terminó la conferencia y colgando el auricular se volvió de nuevo a la sala.

Adela Marchmont, alerta, preguntó:

—¿Era acaso…?

Lynn respondió con prontitud:

—Era tía Kathie.

—¿Qué quería?

—Nada. Me contaba uno de sus tantos atolladeros.

Cogió un libro, y después de echar una furtiva mirada al reloj, se sentó en uno de los sillones. En realidad calculó, era todavía temprano para lo que ella esperaba. A las once y cinco se repitió la llamada. Se levantó con calma creyendo que a la tía Kathie le habría quedado aún algo en el tintero…

Pero no fue así.

—¿Warmsley Vale, 34? ¿Podría la señorita Lynn Marchmont ponerse al aparato? Es una llamada desde Londres.

Su corazón se detuvo por una fracción de segundo.

—La señorita Lynn Marchmont al habla.

—Un momento, por favor.

Esperó. Oyó voces confusas. Luego un silencio. Por lo visto el servicio de teléfonos iba de mal en peor. Siguió esperando. Agitó el soporte del auricular repetidamente. Otra voz, femenina, indiferente, fría, habló con displicencia.

—Tenga la bondad de colgar. Volveremos a llamar más tarde.

Repuso el receptor en su sitio. Había andado sólo unos pasos cuando el timbre repiqueteó de nuevo.

—¿Quién?

Esta vez era una voz de hombre.

—¿Warmsley Vale, 34? Una llamada personal para la señorita Lynn Marchmont desde Londres.

—La señorita Lynn al habla.

—Un momento, por favor.

Luego oyó la misma voz, que en un tono apagado decía:

—Hable, Londres. Está usted comunicando.

Y de pronto, la voz de David.

—Lynn, ¿eres tú?

—¡David!

—Tenía precisión de hablarte.

—Di…

—Oye, Lynn. Quiero ser sincero contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que debo marcharme de Inglaterra sin pérdida de tiempo. La cosa es fácil por demás. He intentado hacer creer que no lo era para Rosaleen, sencillamente, y esto lo sabes tú mejor que nadie, porque

había algo que me retenía con fuerza en Warmsley Vale. Pero ¿para qué empeñarse en lo imposible? Ni tú ni yo hemos nacido el uno para el otro. Tú eres una mujer encantadora, Lynn. Yo…, yo tengo mucho de rufián. Lo he tenido siempre. Y no alimentes la esperanza de que quizá lograses cambiarme. Tal vez lo intentaría…, pero en balde. Me conozco. Créeme, Lynn; tu puesto está al lado de Rowley. Jamás te dará un solo día de inquietud. En cambio, a mi lado…, tu vida sería siempre un infierno.

Lynn permaneció inmóvil, sin articular palabra.

—Lynn, ¿estás ahí?

—Sí…

—¿Por qué no hablas?

—¿Qué quieres que te diga?

—Algo… Lo que sea…

¡Con qué claridad percibía a través de la distancia la excitación y el apremio que David ponía en sus palabras!

Él masculló en voz baja unas cuantas imprecaciones y estalló súbitamente, diciendo:

—¡Al diablo con todo!

Y colgó el aparato.

La señora Marchmont preguntó:

—¿Era acaso…?

—No. Se habían equivocado de número…

A continuación se dirigió escaleras arriba.

Capítulo XV

Era costumbre en la hostería de «El Ciervo» que los huéspedes fuesen llamados, a la hora por ellos designada, por el simple sistema de un fuerte golpe dado en la puerta y acompañado por las sacramentales palabras de «Las ocho y media, señor», o «Las ocho», según fuese el caso. También servían el té, si así se estipulaba previamente, que era depositado, con un ruidoso entrechocar de cubiertos y vajillas, sobre la alfombrilla colocada frente a cada una de las puertas.

En la mañana del miércoles que nos ocupa, la joven Gladys, cumpliendo su rutina, se detuvo frente al cuarto señalado con el número 5, anunció su consabido «Las ocho, señor» y dejó caer con estrépito la bandeja de servicio que llevaba entre las manos, haciendo que se derramase parte del contenido de la lechera. Después de llamar también a otros huéspedes, prosiguió con sus interrumpidos quehaceres.

Eran ya las diez cuando se dio cuenta de que el té que dejara sobre la alfombrilla del cuarto número 5 seguía intacto.

El ocupante del cuarto número 5 no era de los que acostumbraban a levantarse tarde y recordó que frente a su ventana había un bajo tejadillo que muy bien podría ser utilizado subrepticiamente por cualquiera que desease abandonar el hotel sin pasar por el doloroso proceso de tener que satisfacer el importe de su cuenta.

Pero el huésped inscrito en el registro de la posada con el nombre de Enoch Arden no debía ser de éstos. Yacía inmóvil y boca abajo en el centro mismo de la alcoba. Sin tener conocimiento alguno de medicina, dedujo Gladys, a primera vista, que aquel hombre estaba muerto.

Le miró con espantados ojos y lanzando agudos chillidos, salió disparada en busca de su ama.

—¡Señorita Lippincott…! ¡Señorita Lippincott…! —aulló bajando las escaleras de dos en dos.

Beatrice Lippincott estaba en su gabinete privado haciéndose vendar una mano por el doctor Lionel Cloade, que se volvió irritado al ver esta ruidosa intromisión.

—¡Oh, señorita…!

—¿Qué le sucede, Gladys? —preguntó Beatrice.

—El caballero del cuarto número 5, señorita… Está tumbado en el suelo…, ¡muerto!

El doctor miró primero a la muchacha y después a la asombrada señorita Lippincott.

—Esto debe ser una fantasía de esta chiquilla…

—No, doctor. Le aseguro que está muerto.

Y añadió con la fruición que produce él aporte de una noticia sensacional:

—Tiene la cabeza machacada…

—Entonces creo que lo mejor es… —dijo, mirando fijamente a la señorita Lippincott.

—Sí, doctor, vaya usted, se lo suplico. Es que no lo puedo creer…

Todos se dirigieron escaleras arriba con Gladys al frente. El doctor observó atentamente la inmóvil figura y luego se arrodilló para auscultarla.

Después miró a Beatrice. Sus modales se habían vuelto abruptos, autoritarios.

—Mejor será que telefonee usted inmediatamente a la Jefatura de Policía —dijo.

Beatrice Lippincott salió seguida por Gladys.

—¡Oh, señorita! ¿Cree usted que es un asesinato? —susurró esta última con terror.

Beatrice se alisó los rizos de su «pompadour», con experta mano, y contestó:

—Más vale que tenga usted un poco quieta esa lengua, Gladys. Mencionar la palabra asesinato antes de haber sido dictaminado así por el Juzgado, es ilegal, y puede acarrearle serias complicaciones con la policía. Además, que nada sale ganando «El Ciervo» con esa

clase de chismografías.

Y añadió con graciosa condescendencia:

—Puede usted ir a tomarse una taza de té. Creo que la necesita.

—Sí, señorita; la tomaré. Tengo el estómago revuelto. Y, de paso, traeré otra para usted.

Beatrice contestó con un silencio que equivalía a una admisión.

Capítulo XVI

El superintendente Spence miraba pensativamente, con la mesa de por medio, a Beatrice Lippincott, que estaba sentada con los labios fuertemente apretados y con aire reflexivo.

—Gracias, señorita Lippincott —dijo—. ¿Es eso todo lo que puede recordar? Haré que lo pongan en limpio para que usted lo lea, y, si es tan amable, lo firme después.

—Bien, bien; pero…, espero que no me obligarán a ir a Jefatura a declarar…

El superintendente Spence sonrió, afable.

—No creo que tengamos necesidad de llegar a ello —añadió con un dejo de falsía en la voz.

—Puede tratarse de un suicidio —argumentó Beatrice, aferrándose a la esperanza de pasar inadvertida en la investigación.

El superintendente Spence se abstuvo de decir que una lesión profunda en la parte posterior del cráneo, producida por unas pesadas tenazas de acero, difícilmente traía a la imaginación la idea de un suicidio. Se limitó a replicar en el mismo tono displicente y cortés:

—No es conveniente adelantarse a establecer conclusiones. Gracias, señorita Lippincott. Ha sido usted muy amable en venir voluntariamente a comunicarme su información.

Cuando ella hubo salido, el superintendente se puso a meditar acerca de lo que acababa de oír. Conocía al detalle la vida y milagros de Beatrice Lippincott y la cantidad de crédito que podía darse a sus palabras. Un tanto por ciento no despreciable, por una conversación genuinamente oída y bien impresa en la memoria. Un pequeño extra, por los aditamentos dimanados en la propia excitación, y otro breve extra, si cabe, por haberse cometido el

crimen precisamente en el cuarto número 5. Pero aun no dando carácter de veracidad alguna a estos «extras», lo que quedaba de la declaración era suficientemente feo y sugestivo para considerarlo como punto de partida en la tarea de reconstruir los hechos.

El superintendente Spence miró a la mesa que tenía frente a sí. Sobre ella había un reloj de pulsera con el cristal roto, un pequeño encendedor de oro con iniciales, una barrita para los labios con estuche dorado, y un par de fuertes tenazas, de las que se usan para avivar la lumbre en las chimeneas, con visibles manchas de sangre en su pesado mango.

El sargento Graves se asomó a la puerta y anunció que el señor Rowley Cloade estaba esperando. A un gesto de Spence, fue introducido en su despacho.

Si el superintendente se preciaba de conocer bien a Beatrice Lippincott, otro tanto podía decir de Rowley Cloade. Estaba seguro de que cuando éste se presentaba en la estación de policía, era porque algo sólido y escueto tendría que comunicar. Algo que a buen seguro valdría la pena de oír. Al propio tiempo, y conociendo su proverbial ingenuidad y circunspección, sabía que la conferencia se prolongaría más allá de los límites ordinariamente establecidos. Nada conseguiría con tratar de darle prisa. Sólo enojosas repeticiones de lo manifestado y la pérdida consiguiente de tiempo.

—Buenos días, señor Cloade. Encantado de verle por aquí. ¿Puede usted arrojar alguna luz sobre el problema que tenemos entre manos? Me refiero a la muerte de ese hombre que se hospedaba en «El Ciervo».

Con gran sorpresa de Spence, Rowley preguntó a su vez:

—¿Han identificado, en primer lugar, a ese sujeto?

—No —contestó lentamente Spence—. En realidad, no. Todo lo que sabemos es que estamos inscritos en el hotel con el nombre de Enoch Arden. Nada encontramos en su posesión que pudiera corroborarlo.

Rowley frunció el entrecejo.

—¿No le parece a usted… algo raro?

Aún siéndolo, consideraba el superintendente que no era Rowley la persona indicada para juzgar los méritos de las pruebas que en pro o en contra se fuesen presentando. En vez de contestar a la pregunta, le dijo con cuanta afabilidad era capaz:

—Permítame, señor Cloade, que sea yo quien haga las preguntas. Tengo entendido que ayer noche estuvo usted a ver al difunto. ¿Con qué objeto?

—¿Conoce usted a Beatrice Lippincott, superintendente? ¿La dueña de la posada?

—¡Claro que la conozco! Y —añadió éste creyendo haber encontrado un atajo que habría de abreviarle multitud de explicaciones— me ha contado ya todo cuanto sabía del caso.

Rowley suspiró como aquél a quien quitan un gran peso de encima.

—Bien. Temí, que no le gustara verse complicada en embrollos de la policía. Usted sabe lo rara que es cierta clase de gente.

El superintendente quedóse un momento pensativo y asintió con un gesto.

—Pues sí —prosiguió Rowley—; Beatrice me puso al corriente de lo que oyó aquella noche, y… no sé si a usted le sucederá lo mismo, porque al fin y al cabo no es de la familia ni le mueve en esto interés particular alguno, me pareció todo así como algo sospechoso.

El superintendente volvió a mover la cabeza en señal de conformidad. A decir verdad, compartía en su interior el sentir general de la localidad en el sentido de que la familia Cloade había recibido, con la muerte de su tío Gordon, un trato verdaderamente injusto. También la de que la viuda de Gordon no era en realidad «una señora», y su hermano sólo uno de esos perdularios que si bien encuentran múltiples aplicaciones en tiempos de guerra, han de ser tratados con toda clase de reservas en tiempo de paz.

—Creo innecesario tener que decirle, superintendente, la gran diferencia que supondría para nosotros, los Cloade, saber que el primer marido de Rosaleen vivía aún. La historia que me contó Beatrice fue la primera indicación que tuve de que tal estado de cosas pudiese ser una realidad. Ni por sueños se me hubiese ocurrido pensar una cosa así. Tenía el convencimiento de que era viuda. Fue una noticia inesperada que tardé algún tiempo en poder digerir.

Spence volvió a asentir. Le parecía ver a Rowley rumiando el asunto y dándole vueltas y más vueltas en su cabeza.

—Lo primero que pensé fue en hacérselo saber a mi tío, el

abogado.

—¿El señor Jeremy Cloade?

—El mismo. Me fui a su casa. Debían ser aproximadamente las ocho, o las ocho y cuarto. Estaban cenando y preferí esperar en el despacho, único modo de poder seguir entregado a mis cavilaciones. Finalmente llegué a la conclusión de que no estaría de más que yo hiciera primero unas cuantas diligencias preliminares. Me he convencido, superintendente, de que los abogados están todos cortados con el mismo patrón. Muy lentos, muy cautos, y han de estar completamente seguros de los hechos antes de que se decidan a dar un solo paso. La información que yo tuve había sido poco menos que de segunda mano y dudaba que a mi tío le mereciera el suficiente crédito para determinarle a actuar. Pensé que lo mejor seria irme primero a la fonda y entrevistarme con aquel sujeto.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, me fui derecho a «El Ciervo».

—¿A qué hora fue eso?

—Pues verá usted —dijo Rowley reflexionando—, debí llegar a casa de Jeremy a eso de las ocho y veinte u ocho y veinticinco… Añadamos otros cinco minutos de espera… No lo tome usted a mal si me equivoco, Spence, pero debió ser a eso de las ocho y media o nueve menos veinte.

—Siga usted, señor Cloade.

—Sabía el número del cuarto que ocupaba, Bea me lo había mencionado con anterioridad, y me fui derecho a él. Llamé y una voz me contestó: «Adelante». Entré.

Rowley se detuvo.

—Creo que no supe manejar el asunto como era debido —prosiguió—. Me figuré al entrar que de los dos era yo el más fuerte, pero pronto me convencí de lo contrario. Nuestro hombre no tenía pelo de tonto y por más que hice no conseguí obtener de él una sola admisión definitiva y precisa. Creí asustarle cuando le mencioné la palabra chantaje, pero por lo visto no conseguí sino regocijarle, pues me preguntó «si estaba yo también en el mercado». Al contestarle que yo no entendía de bajezas semejantes y que nada tenía que ocultar, me dijo con todo el cinismo que no le había entendido bien o que quizás él no se hubiese expresado con la

suficiente claridad. Que lo que él quería saber era simplemente si estaría yo interesado en comprar algo que él tenía y que a su juicio era de suma importancia para mí. «Sigo sin entender», le dije. «Que cuánto daría usted, o su familia —me aclaró— por tener una prueba definitiva de que Robert Underhay, dado por muerto en África, estaba en realidad vivo y coleando». «Y, ¿por qué hemos de dar nada?», le pregunté. Se echó a reír y me contestó: «Porque tengo otro cliente, que precisamente ha de venir esta noche, y que, por el contrario, pagará gustoso una suma considerable a cambio de una prueba positiva de la muerte de Robert Underhay». Creo que en aquel momento perdí la cabeza y con muy malos modos le dije que ninguno de mi familia estaba acostumbrado a apelar a aquella clase de sucios manejos. Si Underhay estaba vivo, me dije, fácil nos sería establecer el hecho. Me dirigía ya a la puerta cuando de nuevo oí su voz que me decía con tono sarcástico y burlón: «No olvide que nada podrá usted probar sin contar con mi cooperación».

—¿Y después?

—Creo que volví a casa bastante angustiado y pensando que no había hecho sino empeorar las cosas. Que debía haber seguido mi impulso primero y haberlo dejado todo en manos del tío Jeremy, que, como abogado, estará más acostumbrado que yo a tratar con esta clase de clientes escurridizos.

—¿A qué hora salió usted de «El Ciervo»?

—No tengo la menor idea… Espere. Debió de ser poco antes de las nueve, porque recuerdo que al salir oí el vocerío de los vendedores de diarios anunciando la edición de la noche.

—¿Mencionó Arden el nombre de la persona a quien esperaba?

—No; pero pondría la mano en el fuego, seguro de que se trataba de David Hunter. ¿Quién más podía haber sido?

—¿Dio muestra alguna de temor por la perspectiva de la visita?

—Al contrario. Parecía el hombre más tranquilo y feliz del mundo esperando la visita.

Spence señaló con un pequeño gesto las tenazas.

—¿Recuerda haber visto esas tenazas alguna vez, señor Cloade?

—No, creo que no. Cuando yo estuve en la fonda, la chimenea estaba apagada.

Frunció la frente como tratando de recordar…

—Estoy seguro —prosiguió— de que había algunos hierros en el

hogar, pero no podría precisar la clase a que pertenecían.

Y añadió:

—¿Fue con eso con lo que…?

Spence movió la cabeza afirmativamente.

—¡Qué raro! Hunter es de constitución más bien ligera, mientras que Arden es fornido y corpulento.

El superintendente interpuso con voz incolora:

—El informe médico dice que el ataque fue hecho por detrás y que los golpes dados con los pomos de las tenazas vinieron de arriba a abajo.

Rowley dijo reflexivamente:

—No cabe duda que ese Arden, o como se llame, parecía un hombre muy seguro de sí. Pero no hubiera sido yo quien le diera la espalda a un hombre a quien pretendiese estrujar, máxime si éste tenía el historial belicoso de que venía precedido Hunter. No debía ser muy cauto, que digamos.

—De haber sido cauto, estaría hoy tan vivo como lo estamos nosotros —dijo secamente el superintendente.

—¡Ojalá hubiese sido así! —añadió fervientemente Rowley—. De no haber perdido los estribos, como lo hice, quizá hubiese logrado sonsacarle alguna información. Debí haberle hecho creer que sí, que estábamos en el mercado, como él decía; pero…, no sé…, ¡me pareció tan ridícula la proposición…! ¿Cómo podíamos enfrentarnos con Rosaleen y David si, juntando todas nuestras fuerzas, escasamente podríamos llegar a levantar quinientas libras?

El superintendente tomó el encendedor de oro.

—¿Recuerda usted haber visto esto con anterioridad?

Una profunda arruga apareció en el entrecejo de Rowley.

—Creo que sí, que lo he visto en alguna parte —contestó—, pero no podría decirle dónde. Y hasta puedo decirle que no hace mucho tiempo, pero…, ¡nada! ¡Que no me acuerdo!

Spence volvió a dejarlo y tomó la barrita de labios, sacándola de su estuche.

—¿Y esto?

Rowley se sonrió.

—Esto no es de mi ramo, superintendente.

Éste se pintó con ella, ligeramente, el dorso de la mano. Luego inclinó la cabeza a un lado como estudiándolo detenidamente.

—Parece un color apropiado para una dama morena —observó.

—¡Qué cosas más raras tiene que aprender la policía! —dijo Rowley, levantándose.

—Entonces… —añadió—, ¿no pueden ustedes decirme con certeza quién es en realidad el muerto?

—¿Y usted, señor Rowley…, podría acaso?

—No. Me temo que no. Quería decir que este hombre era nuestra única clave para llegar a Underhay. Ahora que ha muerto… encontrar al otro es lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

—No olvide que habrá publicidad, señor Cloade —dijo Spence —, y que mucha de ésta aparecerá a su debido tiempo en la Prensa. Si Underhay está vivo y la noticia llega a sus oídos, cabe la esperanza de que se presente.

—Es posible —respondió Rowley con marcada duda.

—¿No lo cree usted así?

—Lo único que yo creo —dijo Rowley, con ironía— es que el primer asalto de esta pelea lo ha ganado nuestro *querido* amigo David Hunter.

—¡Quién sabe! —contestó, displicente, Spence.

Al salir Rowley, el superintendente volvió a tomar el encendedor y miró sonriente a las iniciales «D. H.» que aparecían sobre él.

—Bonito trabajo —dijo—. ¿No le parece, sargento? Poco corriente… y fácil de identificar. Comprado seguramente en Geatorex o en alguna de esas joyerías de Bond Street. ¡Lléveselo usted para investigar!

—Sí, señor.

Luego cogió el reloj de pulsera. El cristal de éste estaba machacado y las manecillas señalaban las nueve y diez minutos.

—¿Tiene el informe sobre esto? —preguntó, mirando al sargento.

—Sí, señor. Roto el muelle.

—¿Y el mecanismo de las manecillas?

—Bien.

—¿Qué es lo que cree usted que dice este reloj, sargento Graves?

—La hora exacta en que fue cometido el crimen.

—¡Ah! —replicó Spence—. Si llevase usted el tiempo que yo llevo en la policía, sospecharía usted en seguida de la autenticidad de esta prueba. Pudiera ser genuina, pero es también un antiguo

ardid. Volver las manecillas de un reloj hasta que señalen una hora determinada, romperlo después y ya tenemos probada así la coartada. Es trampa en la que no acostumbran a caer los zorros viejos. Yo sigo teniendo un criterio abierto acerca de la hora en que se cometió el crimen. El testimonio médico es: entre las ocho y las once de la noche.

El sargento Graves carraspeó para desatascar su garganta.

—Edward, el segundo jardinero de Furrowbanks, dice que vio a David Hunter salir de la casa por una puerta lateral a eso de las siete y media. Las doncellas no sabían que estuviese aquí. Le creían en Londres al lado de su hermana. Esto prueba, sin ningún género de duda, que se hallaba al menos por estos alrededores.

—Sí —contestó Spence—. Quisiera oír lo que dice Hunter acerca de sus movimientos en aquella noche.

—Parece un caso claro, señor —dijo Graves, mirando las iniciales que había en el encendedor.

—¡Hum…! —gruñó el superintendente—. Primero es preciso saber lo que significa esto.

Y señaló la barrita para los labios.

—Rodaría debajo de la cómoda, señor, y habrá estado allí durante bastante tiempo.

—He investigado este detalle —contestó Spence—, y la última vez que una mujer ocupó esta habitación fue hace tres semanas. Sé que el servicio es bastante malo en estos días pero, no al extremo de que en todo ese tiempo nadie se dignara pasar siquiera una escoba. La hostería de «El Ciervo» se distingue precisamente por su limpieza.

—No ha habido la menor insinuación de que hubiese mujer alguna mezclada en la vida de Arden.

—Lo sé —contestó el superintendente—. Eso es precisamente lo que da a esta barrita la categoría de «valor desconocido».

El sargento Graves se contuvo de decir: *Cherchez la femme*. Tenía un buen acento francés, pero no quería irritar al superintendente llamándole la atención acerca de este punto. El sargento Graves era lo que podríamos llamar «un joven circunspecto».

Capítulo XVII

El superintendente Spence contempló el Shepherd's Court, Mayfair, antes de penetrar a través de su alegre portal. Situado modestamente al lado del mercado de Shepherd, tenía un aspecto discreto, recatado y suntuoso al propio tiempo.

Dentro del edificio los pies de Spence se hundieron confortablemente en una mullida alfombra. En el vestíbulo había un amplio sofá forrado de terciopelo y frente a él una jardinera llena de floridas plantas. En el fondo un pequeño ascensor automático y a su lado una escalera que conducía a los pisos superiores. A la derecha una puerta con un rótulo que decía: «Oficina». Spence empujó la puerta de ésta y penetró en su interior. Se encontró en una pequeña habitación con un mostrador tras el cual habla una mesa, una maquinilla de escribir y dos sillas. Una de ellas estaba colocada junto a la mesa y la otra, en forma más bien decorativa, formando ángulo junto a la ventana. No parecía haber nadie en esta especie de despacho.

Viendo un timbre incrustado en el tablero de caoba del mostrador, lo oprimió sin vacilar. Como nadie parecía darse por enterado, volvió a repetir la operación. Esta vez fue más afortunado. Por la puerta situada en el fondo apareció un hombre enfundado en un brillante uniforme. Su aspecto era el de un general extranjero o posiblemente un mariscal de campo, pero su lenguaje era el de un puro londinense, y no de los más finos, precisamente.

—¿Qué desea?

—¿La señora Gordon Cloade?

—Tercer piso, señor. ¿Desea que le anuncie?

—¿Está en casa? —dijo Spence, fingiendo admiración—. Me alegro. Temí que se hubiese marchado al campo.

—No, señor; está aquí desde el sábado pasado.

—¿Y el señor David Hunter?

—El señor Hunter también está.

—¿No ha salido de Londres?

—No, señor.

—¿Estuvo aquí ayer noche?

—¡Oiga! —dijo amoscado el «mariscal de campo»—, ¿es que quiere usted saber la vida y milagros de todo el mundo?

Spence mostró su carnet. El «mariscal de campo» se desinfló como un neumático que ha sufrido un fuerte pinchazo e inmediatamente se avino a mostrarse más comunicativo.

—Perdone —añadió—. Cumplía sólo con mi obligación.

—Admitido. ¿Quiere usted contestarme ahora si Hunter estuvo aquí la noche pasada?

—Sí, señor, estuvo.

—¿Está usted seguro de que no salió?

—No podría decírselo con seguridad. Al menos nada me dijo a mí.

—¿Acostumbra usted a enterarse de las entradas y salidas de los huéspedes?

—En absoluto, no. Las señoras y los caballeros acostumbran a decirme si han de estar ausentes y me dan instrucciones acerca de las cartas o de las posibles llamadas telefónicas que pudiese haber.

—Estas llamadas, ¿se hacen a través de este teléfono de la oficina?

—No, señor. Casi todos los departamentos tienen sus propias líneas privadas. Hay uno o dos huéspedes, sin embargo, que prefieren no tenerla, y a éstos se les notifica, bajan, y contestan desde el vestíbulo en caso de llamada exterior.

—La señora Cloade es de las que tiene teléfono en sus habitaciones, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Dígame algo acerca de las comidas. ¿Se sirven aquí mismo?

—Sí, señor. Hay restaurantes en la casa, pero la señora Cloade y el señor Hunter acostumbran hacerlas fuera.

—¿Y el desayuno?

—Éste se sirve en las mismas habitaciones.

—¿Puede usted averiguar si ambos lo tomaron esta mañana?

—Creo que puedo hacerlo, preguntando a la encargada del servicio.

—Pues, bien, hágalo y dígame lo que sea cuando baje. Yo subo ahora mismo a verlos.

—Muy bien, señor.

Spence entró en el ascensor y oprimió el botón del tercer piso. Había dos puertas, una a cada lado. Spence tocó el timbre de la señalada con el número 9.

La abrió el propio David Hunter. No conocía al superintendente ni de vista; así es que preguntó con brusquedad:

—¿Qué desea?

—¿El señor Hunter?

—El mismo.

—Soy el superintendente Spence de la policía del condado de Oastshire, y deseaba hablar con usted unos instantes.

—¡Ah, perdón, superintendente! —sonrió—. Creí que era usted uno de esos latosos que vienen a molestar a las gentes.

Le condujo a un moderno y encantador saloncito. Rosaleen Cloade estaba en pie junto a la ventana.

—El superintendente Spence, Rosaleen —presentó Hunter—. Siéntese, superintendente. ¿Qué quiere usted tomar?

—Nada, muchas gracias.

Rosaleen había inclinado ligeramente la cabeza. Después se sentó de espaldas a la ventana, cruzando las piernas y con las manos entrelazadas sobre la rodilla.

—¿Un cigarrillo? —ofreció David, presentando una cajita.

—Sí, gracias.

Spence tomó uno, esperó…, observó que David introdujo la mano en uno de sus bolsillos como tratando de buscar algo, que volvió a sacarla vacía después de fruncir el entrecejo, que miró a su alrededor, que al fin encontró una caja de fósforos sobre una de las mesas y que encendió uno de los palitos apresurándose a acercarlo a su cigarrillo.

—Bien —dijo David despreocupadamente después de haber encendido a su vez el suyo—. ¿Qué tripa se les ha roto a los de Warmsley Vale? ¿Ha cogido a mi cocinera traficando en el mercado negro? La comida que nos sirve es excelente y siempre he sospechado que habría algo de siniestro en sus maquinaciones.

—No, es algo más serio que todo eso —contestó el superintendente—. Un hombre murió ayer en la posada de «El Ciervo». Quizá lo hayan leído ya en la Prensa.

—No, no lo hemos leído. ¿De qué se trata?

—De que no se cree que muriera, sino que fue muerto. Tenía la cabeza machacada como consecuencia de un fortísimo golpe.

Una mal reprimida exclamación brotó de los labios de Rosaleen. David interpuso con rapidez:

—Por favor, superintendente, no extreme el relato de los detalles. Mi hermana está delicada y no me extrañaría que se desmayase a la sola mención de la sangre.

—¡Oh, perdone! —dijo afablemente Spence—. A decir verdad, no hubo sangre, pero se trata de un asesinato. De eso no hay duda alguna.

Se detuvo. Las cejas de David se enarcaron y preguntó con toda naturalidad:

—¿Y puede saberse qué es lo que tenemos que ver nosotros con ello?

—Esperábamos que usted podría darnos alguna información acerca de ese hombre, señor Hunter.

—¿Yo?

—Tengo entendido que estuvo usted a verle el último sábado por la noche. Su nombre, o al menos el que aparece en el registro, es Enoch Arden.

—Sí, sí. Es cierto lo que usted dice.

David hablaba sin mostrar la menor perplejidad.

—Entonces, usted dirá, señor Hunter.

—Superintendente, me temo que mis informes no habrán de servirle de gran utilidad. Apenas si conozco a este hombre.

—¿Se llamaba, en realidad, Enoch Arden?

—No lo sé, pero lo dudo.

—¿Por qué fue usted a verle?

—Una de tantas cosas raras que suceden en el mundo. Me mencionó ciertos lugares, hechos de armas, gentes que me eran conocidas.

David se encogió de hombros.

—Me temo que todo era una añagaza —prosiguió— para sacarme dinero.

—¿Y se lo dio usted?

—Cinco libras. Para que no se fuera sin nada. Me convencí que había estado en la guerra.

—¿Dice usted que le mencionó gentes que le eran… conocidas?

—Sí.

—¿Sería acaso una de ellas… el capitán Robert Underhay?

El tiro pareció dar en el blanco. David se quedó rígido. Rosaleen, tras él, lanzó un contenido grito.

—¿Qué es lo que le hace suponer eso, superintendente? —preguntó David, después de unos instantes.

Su mirada era cauta, escudriñadora.

—Informaciones que he recibido —contestó el superintendente con impasibilidad.

Siguió un corto silencio. El superintendente, sin mirar, sabía que los ojos de David estaban fijos en él, estudiándole, midiéndole, ansioso de saber… Él esperaba con toda calma.

—¿Sabe usted quién era Robert Underhay, superintendente? —preguntó David.

—¿No sería mejor que usted me lo dijera?

—Robert Underhay era el primer marido de mi hermana. Murió en África hace algunos años.

—¿Está usted seguro de lo que dice, señor Hunter? —inquirió Spence, con viveza.

—Absolutamente seguro. ¿No es así, Rosaleen?

—Sí —respondió ésta rápidamente y casi sin respirar—. Murió de fiebre… malaria.

—Hay veces, señora Cloade, que circulan historias sin ningún carácter de veracidad.

Nada contestó ella a esto. Sus ojos estaban fijos en su hermano.

Después de unos momentos, se limitó a repetir:

—Robert ha muerto.

—Por información que obra en mi poder —prosiguió el superintendente—, tengo entendido que este Enoch Arden afirmaba ser amigo del difunto Robert Underhay, pero que al mismo tiempo trataba de *venderle* a usted la noticia de su posible supervivencia.

David movió la cabeza repentinamente.

—Eso es un cuento tártaro —exclamó.

—¿Entonces, admite usted definitivamente que no se mencionó

el nombre de Robert Underhay en la conversación que usted sostuvo con él?

—No —replicó con tono almibarado—; yo no he dicho que no se mencionara. Al fin y al cabo este hombre había conocido al capitán.

—No me cabe duda de que se trataba de un chantaje. ¿No lo cree usted así, señor Hunter…?

—¿Chantaje? No le comprendo, superintendente.

—¿De veras que no? Y a propósito, y como mero formulismo: ¿dónde estuvo usted ayer, digamos entre las siete y las once de la noche?

—Supóngase usted, superintendente, que, como mero formulismo también, rehúse contestar a esa pregunta.

—¿No cree usted estar comportándose como un niño en estos instantes, señor Hunter?

—Creo que no. Me molesta, me ha molestado siempre que se trate de intimidarme.

El superintendente pensó que quizá fuera eso verdad.

Había conocido, con anterioridad testigos del corte de David Hunter. Testigos que entorpecían la acción de la Justicia, no porque tuviesen nada que ocultar, sino por el mero placer de hacerlo. El simple hecho de ser preguntados acerca de sus idas y venidas era motivo suficiente para levantar en ellos un infranqueable muro de soberbia y hosquedad.

El superintendente Spence, que se preciaba de ser un hombre justo y equitativo, había venido a Shepherd's Court con el convencimiento de que David Hunter era un asesino vulgar.

Ahora ya no estaba tan seguro de ello. La misma puerilidad de su actitud le hizo despertar ciertas dudas.

Spence miró a Rosaleen Cloade. Ésta respondió con prontitud:

—David, ¿por qué no se lo dices?

Éste estalló:

—Le prohíbo terminantemente que trate de intimidar a mi hermana, ¿me entiende usted? ¿Qué le importa a usted que haya estado aquí o en Tombuctú?

Spence creyó conveniente advertirle:

—Será usted requerido a comparecer ante el Tribunal que practica el sumario y allí no tendrá usted más remedio que contestar una por una a cuantas preguntas se le hagan.

—Esperemos al sumario, entonces. Y ahora, superintendente, hágame el señaladísimo favor de marcharse de aquí.

—Muy bien, caballero.

El superintendente se levantó, imperturbable.

—Tengo que preguntar primero algo a la señora Cloade —añadió.

—No permito, por ningún concepto, que se moleste a mi hermana.

—Eso será lo que usted cree. Pero yo necesito que venga conmigo para que eche un vistazo al cadáver y vea si consigue identificarlo. Estoy en mi perfecto derecho de obligarle a hacerlo, pero le dejo a usted el de la elección del momento. Hay quien afirma que oyó al señor Arden decir que conocía a Robert Underhay; *ergo*, podía conocer también a la señora Underhay, así como ésta a él. Si su nombre no es Enoch Arden, quisiéramos saber cuál es en realidad.

Súbitamente Rosaleen se levantó de su asiento y dijo:

—No hay objeción. Iré.

Spence esperaba otro estallido de cólera por parte de David, pero se engañó.

—Muy bien, Rosaleen —interpuso sonriente—. He de confesar que este asunto ha acabado por despertar mi curiosidad. Después de todo, quién sabe si podrás ayudar a la policía dando un nombre a ese infeliz.

Spence hizo a la viuda una nueva pregunta:

—¿Ha visto usted alguna vez a ese hombre en Warmsley Vale?

Ella movió la cabeza negativamente.

—He estado en Londres desde el sábado pasado.

—Y Arden llegó allí el viernes por la noche. Tiene usted razón.

Rosaleen preguntó:

—¿Quiere usted que vayamos allá *ahora mismo*?

La sumisión infantil con que ella hizo la súplica impresionó favorablemente al superintendente. Había en su voz un tono de docilidad y complacencia que jamás hubiese esperado en la dama.

—Eso sería en extremo amable por parte de usted, señora Cloade —dijo Spence—, pero creo que cuanto antes dejemos establecidos definitivamente ciertos hechos, mejor. Lo único que siento es no poder poner a su disposición en este instante uno de los coches del

departamento.

David cruzó la habitación en dirección al teléfono.

—No se moleste… Llamaré al garaje Darmier. Ahora que, como está fuera de los límites legales, espero que usted se encargará de resolver cualquier dificultad que se presente.

—Eso no tiene importancia —dijo levantándose—. Les espero abajo.

El «mariscal de campo» estaba esperándole.

—¿Y bien?

—Ambas camas daban muestras de haber sido ocupadas durante la noche. Toallas y baños usados. Los desayunos fueron servidos en las habitaciones respectivas, a las nueve y media.

—¿No sabe usted a qué hora llegó el señor Hunter ayer por la noche?

—Eso es todo lo que puedo decirle, señor.

—¡Bueno! —se repitió mentalmente Spence—. ¡Esto es todo!

Se preguntaba si habría habido alguna reserva mental en la negativa de Hunter a contestar a sus preguntas o se trataba meramente de un alarde de complejo infantil. Debería comprender que una seria acusación gravitaba sobre su cabeza y que en vez de entorpecer la acción de la Justicia, lo mejor que podría hacer era suprimir las reticencias y contar todo lo que supiese con entera claridad.

Pocas palabras se cruzaron durante el viaje. Al llegar al depósito de cadáveres, Rosaleen Cloade estaba intensamente pálida. Sus manos temblaban como hojas agitadas por una leve brisa. David la animó hablándole con afecto casi maternal.

—Sólo es cuestión de un minuto o dos, cariño. No te alarmes, que no te pasará nada; absolutamente nada. Vete con el superintendente y yo te espero aquí. Verás un hombre sobre una losa que te parecerá dormido.

Ella asintió con un ligero movimiento de cabeza y extendió una mano, que David estrechó entre las suyas.

—Sé valiente, vidita —le dijo.

Mientras se adelantaba a lo largo de un corredor en compañía del superintendente, dijo con voz apagada:

—Usted creerá que soy terriblemente cobarde, superintendente, pero la verdad…, cuando uno ha sentido ya la sensación de verse

rodeado de cadáveres, como yo me vi en aquella noche horrible de la explosión…

—Lo comprendo, señora Cloade —contestó Spence con dulzura —. Fue una mala experiencia para usted, aquel «blitz» en que fue muerto su marido. Pero como le ha dicho bien su hermano, cobre ánimo, que sólo se trata de unos momentos.

A una señal del superintendente se descorrió el lienzo que cubría el cuerpo depositado sobre una losa de mármol y Rosaleen se encontró mirando al hombre que en vida se había designado a sí mismo con el nombre de Enoch Arden. Spence, que se había retirado prudentemente, observaba sus reacciones con la mayor atención.

Rosaleen miró al cadáver con curiosidad, y aunque sorprendida, no dio la menor señal de emoción ni de reconocimiento. Después, respetuosamente, y como correspondiendo a un hábito, hizo la señal de la cruz.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo—; pero no sé quién es este hombre, ni le he visto jamás.

Spence pensó para sí:

«O esta mujer dice la verdad, o es la actriz más consumada que he conocido».

Poco después, telefoneaba a Rowley.

—He llevado a la viuda al depósito —le contó—. Afirma definitivamente que no es Robert Underhay y que no recuerda haberle visto en su vida. Este punto queda, por lo tanto, suficientemente aclarado.

Hubo una pausa. Después Rowley preguntó:

—¿Cree usted que está suficientemente aclarado?

—En ausencia de pruebas que demostrasen lo contrario, un jurado aceptaría su declaración.

—Sí, sí…, comprendo —contestó Rowley, colgando a continuación el aparato.

Con muestras de visible preocupación cogió un listín de teléfonos. No el local, sino el de Londres. Su dedo índice recorrió metódicamente la columna señalada con la letra «P». Poco después se detuvo frente a un nombre. Había encontrado al parecer lo que buscaba.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I

Hércules Poirot doblaba con sumo cuidado el último de los periódicos que poco antes le trajera su fiel ayuda de cámara George. La información que en ellos venía era insignificante. El informe médico era de que había habido fractura de cráneo a consecuencia de fuertes golpes. El sumario judicial había sido transferido para la quincena siguiente. Se rogaba a toda persona que pudiese suministrar informes acerca de un tal Enoch Arden llegado, al parecer, recientemente de la ciudad de El Cabo, que se comunicase inmediatamente con el jefe de policía del distrito de Oatshire.

Poirot amontonó luego todos los diarios y se entregó a la meditación. Estaba interesado en el caso. Quizá le hubiese pasado inadvertido el pequeño párrafo primero a no ser por la reciente visita que le hiciera la señora de Lionel Cloade. Esta visita le había traído a la memoria también, y con toda claridad, los incidentes del día en que se refugiara en el club con motivo del ataque aéreo. Recordaba distintamente la voz del comandante Porter cuando decía: «Es probable que un tal Enoch Arden surgirá a unas mil millas de distancia o intentará rehacer de nuevo su vida». Ahora tenía una rabiosa curiosidad por saber quién era aquel Enoch Arden que había muerto de forma violenta en Warmsley Vale.

Recordó que una amistad superficial le unía al superintendente de la policía, y con algunos socios del club y el joven Mellon vivía no lejos de Warmsley Heath y conocía a Jeremy Cloade.

Fue durante los momentos en que pensaba si decidirse o no a telefonear al joven Mellon cuando entró George a anunciarle que el señor Rowley Cloade deseaba verle.

—¡Ajá! —exclamó Hércules Poirot, con satisfacción—. Hágale pasar.

Un joven de buena presencia y aspecto preocupado hizo su entrada en la habitación ocupada por aquél.

El aturdimiento de que se sintió poseído impidió encontrar el modo de iniciar la conversación.

—Bien, señor Cloade —principió Poirot, tratando de ayudarle—, ¿en qué puedo servirle?

Rowley Cloade le miraba presa de una invencible mezcla de curiosidad y recelo. Aquellos largos y poblados mostachos; aquel impecable corte de sus vestidos; aquellos níveos botines y aquellos zapatos puntiagudos eran cosas de un gusto continental que no acababa de digerir el isleño.

Poirot se regocijaba con aquella sorpresa.

—Creo que tendré que explicarle primero quién soy —empezó a hablar, arrastrando un poco las palabras—. Mi nombre nada le diría…

Poirot le interrumpió:

—Al contrario. Conozco su nombre perfectamente. Su tía, y esto no lo sabe usted, vino a verme la semana pasada.

—¿Mi tía?

Rowley quedó con la boca abierta y mirando con sorpresa a Poirot. Esto sirvió para que éste desechara la idea de que entre ambas visitas pudiese existir la más mínima relación. Por un momento le pareció extraordinaria la coincidencia de que en tan breve período de tiempo vinieran a verle dos miembros de la familia Cloade. Sin embargo, a poco de reflexionar, comprendió que no había tal coincidencia, sino una lógica sucesión de hechos derivados de una misma causa.

Y añadió en voz alta:

—Creo no haberme equivocado al decir que la señora de Lionel Cloade es su tía.

La sorpresa de Rowley subió de punto y preguntó con incredulidad:

—¿La tía Kathie? ¿No se habrá usted equivocado y habrá querido decir la señora de Jeremy Cloade?

Poirot movió la cabeza negativamente.

—¿Qué demonios vendría a buscar la tía Kathie…?

Poirot murmuró discretamente:

—Tengo entendido que vino a mí guiada por los espíritus.

—¡Atiza! —exclamó, y añadió, tratando de disculparla ante Poirot—: Le advierto que es una mujer inofensiva.

—Lo dudo.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Usted cree que hay alguien que sea completamente inofensivo?

Rowley quedó sin saber qué contestar. Poirot suspiró:

—Usted ha venido decidido a pedirme algo, ¿verdad? —sugirió correctamente este último.

El aire de preocupación volvió a aparecer en la cara de Rowley.

—Me temo que sea una larga historia lo que voy a contar…

También Poirot debió de temerlo. La impresión que había sacado de Rowley en cuanto a la brevedad, no era muy favorable. Se recostó resignado en su silla y entornó los ojos.

—Gordon Cloade era mi tío…

—Sé al detalle quién era Gordon Cloade —dijo Hércules Poirot, tratando de ayudarle a abreviar.

—Muy bien. Así no necesito seguir explicándole. Se casó unas pocas semanas antes de su muerte con una joven viuda llamada Underhay. Desde la muerte de aquél, ésta ha estado viviendo en Warmsley Vale en compañía de un hermano suyo. Todos creímos que su primer marido había muerto de fiebres en África. Ahora, sin embargo, hay razones que pueden hacer suponer lo contrario.

—¡Ah! —exclamó Poirot, incorporándose—. ¿Y qué es lo que le ha hecho suponer esto último?

Rowley describió la llegada de Enoch Arden a Warmsley Vale.

—Quizá lo haya leído usted en los periódicos —añadió.

—Sí, lo he leído todo —contestó Poirot, tratando de abreviar.

Rowley siguió con su relato. Describió la primera impresión que tuvo de este hombre, de Arden, su visita a «El Ciervo», la carta que había recibido de Beatrice Lippincott, y finalmente la conversación escuchada por ésta.

—Naturalmente —añadió Rowley—, uno no puede estar seguro de esta clase de noticias. Pudo haber oído mal, o haberlo exagerado un tanto…

—¿Se lo ha dicho ya a la policía?

—Sí, yo le aconsejé que lo hiciera.

—Hasta ahora, señor Cloade, y perdóneme, no me ha dicho

usted exactamente cuál es el objeto de su visita. ¿Quiere usted, por casualidad, que sea yo quien investigue este… asesinato, puesto que por lo que deduzco puede calificársele de esta manera?

—¡No, no, de ningún modo! —dijo Rowley—. Esto es asunto de la policía. Creo, como usted, que se trata de un asesinato. Lo que yo quiero es que averigüe quién es en realidad este hombre.

—¿Quién sospecha usted que pueda ser, señor Cloade?

—Sólo le digo que el nombre de Enoch Arden es el de un personaje de un poema de Tennyson que vuelve y se encuentra con que su mujer se ha casado con otro hombre.

—Y usted cree, por deducción, que este sujeto pudiera muy bien ser el propio Robert Underhay, ¿verdad?

—Que cabe en lo posible, al menos. He hablado repetidamente con Beatrice acerca de la conversación que oyó, pero he visto que no puede recordar con exactitud las palabras, asimismo Arden decía que Robert Underhay había caído muy bajo, que estaba mal de salud y que necesitaba dinero desesperadamente. ¿No cree usted que pudiera muy bien haber estado hablando de sí mismo? Parece también que insinuó que de aparecer Underhay en Warmsley Vale, podría ser de consecuencias funestas para el bolsillo de David Hunter.

—¿Qué prueba de identificación se presentó en el sumario?

Rowley movió suavemente la cabeza de un lado para otro.

—Ninguna concluyente. Sólo la testificación de los de la posada diciendo que se había registrado allí con el nombre de Enoch Arden.

—¿Y qué hay de sus documentos?

—No llevaba ninguno.

—¿Cómo?

Poirot se incorporó, sorprendido.

—¿Que no llevaba ninguno?

—Ninguno. Todo lo que se encontró en su posesión fueron unos cuantos pares de calcetines, una camisa, un cepillo de dientes, etc., pero no documento alguno.

—¿Ni pasaporte? ¿Ni cartas? ¿Ni siquiera una mala tarjeta?

—Nada.

—Eso es muy interesante —cedió Poirot—. Sí, muy interesante.

Rowley prosiguió:

—David Hunter, esto es, el hermano de Rosaleen, fue a visitarle

la noche siguiente a su llegada. Su historia contada a la policía es que había recibido una carta de Arden en la que le decía ser un amigo de Robert Underhay y que se encontraba en situación bastante apurada. Que a petición de su hermana había ido a verle a la posada y que le había dado un billete de cinco libras. Ésa es su historia y puede usted tener la seguridad de que se aferrará a ella. Claro que la policía tiene también sus reservas acerca de lo de la conversación oída por Beatrice.

—¿Dice David Hunter que no ha visto a ese hombre con anterioridad?

—Así dice. De todos modos, no creo que Hunter se haya encontrado jamás con Underhay.

—¿Y qué hay de Rosaleen Cloade?

—La policía le hizo ir al depósito para ver si podía identificar el cadáver.

—¿Y…?

—Después de mirarlo detenidamente, les contesto que le era desconocido.

—*Eh bien*! —dijo Poirot—. Ahí tiene usted la respuesta a su pregunta.

—¿Usted lo cree? —preguntó Rowley, bruscamente—. Pues yo no. Si el muerto es Underhay, Rosaleen no fue jamás la esposa de mi tío, y no tiene, por lo tanto, derecho ni siquiera a un céntimo de su fortuna. ¿Cree usted sinceramente que en esas circunstancias le habría reconocido?

—¿No se fía usted de ella?

—Ni de ella, ni de él.

—Se podrá encontrar, sin embargo, mucha gente que pueda decir, sin temor a equivocarse, si se trata o no de Robert Underhay.

—No lo crea usted. Y es precisamente por eso por lo que he venido a verle. Para que encuentre un solo hombre que pueda identificar a Robert Underhay. Aparentemente no tiene pariente ni amigo alguno en este país. Se trata por lo visto de un hombre bastante insociable. Pero aunque la guerra ha dispersado a las gentes, alguien ha de haber que al menos pueda reconocerle. Yo no sabría por dónde empezar, y, como agricultor, tampoco dispongo del tiempo necesario.

—¿Y por qué ha venido usted a mí, precisamente?

Rowley quedó como aturdido, sin saber qué contestar.

Poirot hizo un leve guiño con uno de los ojos y añadió:

—¿Guiado por los espíritus, quizá?

—¡No, por Dios! —contestó aterrorizado Rowley—. A decir verdad…

Se quedó titubeando unos instantes.

—Oí decir a un amigo —prosiguió— que era usted una especie de mago en esta clase de asuntos. Sé que sus honorarios son elevados y no he de negarle que nosotros andamos un poco apretados en materia de dinero, mas espero que entre todos podremos encontrar la cantidad que sea necesaria. Quiero decir, en el caso de que acepte.

Hércules Poirot dijo reflexivamente:

—Acepto, y casi puedo asegurarle que podré hacer algo en su obsequio.

Su memoria, una memoria precisa y bien definida, escudriñó el panorama de sus recuerdos. El «plomo» del club, el crujido de unos periódicos, la monótona voz.

El nombre, recordaba haber oído también el nombre, no tardaría en acudir obediente a su evocación. Si no, siempre podría recurrir a Mellon… Pero no hacía falta. Ya lo tenía. ¡Porter! ¡El comandante Porter!

Hércules Poirot se puso en pie.

—¿Quiere usted volver esta tarde, señor Cloade?

—¿Esta tarde…? No sé si podré, pero… en fin, haré un esfuerzo. No creo que pueda usted hacer nada en tan corto tiempo.

Miró a Poirot con espanto e incredulidad. Poirot habría descendido a la categoría de humano, si hubiese podido resistir la tentación de recurrir a uno de sus frecuentes alardes de espectacularidad. Como si la memoria de un glorioso predecesor llenase de pronto sus recuerdos, exclamó:

—Tengo mis métodos propios, señor Cloade.

Había acertado en la frase. La expresión de Rowley se volvió respetuosa en extremo.

—Sí…, claro…, claro…, usted debe de saberlo mejor que yo.

Poirot no tardó en aclarar sus dudas. Cuando Rowley se hubo marchado, se sentó y escribió una breve misiva. Al dársela a George, le instruyó para que la llevara al club «Coronation» y que

esperara la respuesta.

Ésta fue altamente satisfactoria. El comandante Porter mandaba sus saludos al señor Hércules Poirot y le decía que se honraría en recibirles, a él y a su amigo, en su casa de la calle Edgeway, número 78, Camden Hill, aquella misma tarde a las cinco.

A las cuatro y media apareció Rowley Cloade.

—¿Ha habido suerte, señor Poirot?

—¡Claro, señor Cloade! Ahora mismo iremos a ver a un antiguo amigo del capitán Robert Underhay.

—¿Qué…? —exclamó Rowley, abriendo la boca y mirando a Poirot con el estupor que un niño muestra al ver los prodigios que realiza un experto prestidigitador—. ¡Si es increíble! ¡No entiendo cómo haya usted podido conseguirlo en unas pocas horas!

Poirot abrió las manos como tratando de evitar los cumplidos, pero no mostró deseo alguno de revelar la simplicidad del ardid. La sorpresa de Rowley halagaba su vanidad.

Los dos salieron juntos y tomaron un taxi que les condujo a Camden Hill.

El comandante Porter habitaba el primer piso de una destartalada vivienda. Fueron recibidos por una rubicunda y alegre sirvienta que les condujo a una habitación cuadrada con largos estantes llenos de libros. Cubrían el suelo dos alfombras de atractivos colores pálidos en las que se notaban la acción dolorosa del uso y del tiempo. Poirot se fijó en que el centro había sido recientemente cubierto por un nuevo y espeso barniz que contrastaba visiblemente con el viejo y ya gastado que aparecía en los bordes. Comprendía que, hasta hacía poco, aquella habitación debía haber estado ornada con ricas alfombras por las que probablemente se habría pagado una no despreciable suma en aquellos tiempos.

Miró después al hombre que vestido con un traje de impecable corte, aunque ya un poco deslustrado, permanecía erguido junto a la chimenea. Poirot podía deducir con un simple golpe de vista que la vida que llevaba el comandante Porter, oficial retirado, no era, ni con mucho, digna de envidia. Los impuestos y el elevado coste de la vida habían mermado considerablemente los ingresos de aquellos viejos corceles de Marte. Pero había algo a lo que el comandante Porter no habría querido seguramente renunciar. A seguir pagando

su cuota en el club, pongamos por caso.

El comandante hablaba en forma espasmódica.

—Creo que no he tenido el gusto de verle antes de ahora, señor Poirot. ¿Dice usted que en el club? ¿Hace un par de años? Su nombre no me es desconocido, como es natural.

—Permítame que le presente al señor Rowley —interpuso Poirot.

El comandante movió la cabeza, espasmódicamente también, en señal de reconocimiento.

—¿Cómo está usted? —dijo—. Siento no poder ofrecerles unas copitas de jerez. Mi proveedor perdió sus existencias en uno de los «blitz». Pero tengo un poco de ginebra. Mala, por supuesto. Y cerveza. ¿Qué les parecen unos vasos de cerveza?

Aceptaron la cerveza. El comandante sacó después una caja de cigarrillos. Poirot tomó uno, que Porter se apresuró a encender.

—Sé que a usted no le interesa —dijo el comandante dirigiéndose a Rowley—. ¿Les importa que yo encienda mi pipa?

Lo hizo así, tras un penoso ejercicio de chupar y soplar.

—Bien —exclamó después de haber dado fin a toda esta serie de preliminares—. Veamos de qué se trata.

Las miradas se cruzaron alternativamente de uno a otro. Al fin rompió a hablar Poirot.

—Quizá haya leído usted en la Prensa la muerte de un hombre ocurrida en Warmsley Vale.

—Es posible, pero no lo recuerdo.

—Se llamaba Arden. Enoch Arden.

—Pues sigo sin recordar.

—Fue encontrado en la posada de «El Ciervo», con la parte posterior del cráneo machacada.

—Espere. Creo haber leído algo de eso. Ocurrió hace unos días, ¿verdad?

—Sí. Tengo aquí unas fotografías del difunto. Las recorté de unos periódicos y me temo que no sean muy claras. Lo que quisiéramos, comandante Porter, es que nos dijera si había visto alguna vez a este hombre.

Le entregó la copia menos borrosa que pudo encontrar y esperó.

El comándame la miró y frunció el entrecejo.

—Espere un momento.

El comandante cogió sus gafas, se las caló, haciéndolas descansar casi sobre la punta de la nariz y estudió detenidamente la fotografía.

—¡Dios me bendiga! —dijo—. No cabe duda que es él.

—¿Le conoce usted, comandante?

—¡Claro que le conozco! Es Underhay, Robert Underhay.

—¿Está usted completamente seguro? —preguntó Rowley con acento de triunfo en su voz.

—Claro que lo estoy. Y dispuesto a jurarlo en cualquier parte, si fuese preciso. Lo he reconocido perfectamente.

Capítulo II

Sonó el timbre del teléfono y Lynn se dirigió a contestar. Se oyó la voz de Rowley.

—¿Lynn?

—¿Rowley?

Él preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa? Hace días que no te veo.

—Ya podrás figurártelo. No paro. Unas veces con la cesta a comprar el pescado. Otras guardando fila horas y horas para conseguir un miserable pedazo de pastel. Y como remate, las faenas de casa. ¡Delicias de la tranquila vida de hogar!

—Necesito verte con urgencia. Tengo algo importante que comunicarte.

—¿Qué clase de «algo»?

—Ya te lo diré. Buenas noticias. Vente a verme a Rolland Copse. Estamos arando allí.

¿Buenas noticias? Lynn colgó el receptor. ¿Qué entendería Rowley por buenas noticias? ¿Habría vendido acaso el torete a mejor precio que el que esperaba conseguir?

No, pensó. Debía ser algo más importante que todo eso. Al llegar al lindero de Rolland Copse, Rowley abandonó el tractor y salió a su encuentro.

—¿Qué tal, Lynn?

—¡Caramba, Rowley! Te encuentro eufórico.

Él se echó a reír.

—Tengo razones para estarlo. Nuestra suerte ha cambiado, Lynn.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de haber oído mencionar a tío Jeremy el nombre

de un tal Hércules Poirot?

—¿Hércules Poirot? —Lynn frunció el entrecejo—. Sí, creo recordar algo…

—Hace de esto mucho tiempo. Durante la guerra. Estaba en esa especie de mausoleo al que llaman club y hubo un ataque aéreo.

—¿Y bien? —inquirió Lynn, con impaciencia.

—Es un tipo con unas ropas estrafalarias. No sé si es francés o belga, pero sabe lo que se trae entre las manos.

A Lynn se le entrelazaron las cejas.

—¿No es un detective o algo por el estilo?

—Exacto. ¿Te acuerdas del hombre que mataron en «El Ciervo»? No te lo conté; pero sin saber por qué, empezó a metérseme en la cabeza la idea de que aquel hombre era el primer marido de Rosaleen.

Lynn se echó a reír.

—¿Sólo porque decía llamarse Enoch Arden? ¡Qué majadería!

—¡No tan majadería, encanto! El viejo Spence se llevó a Rosaleen para que le echara un vistazo y ella aseguró y juró que aquél no era su marido.

—¿Y qué querías que te dijesen? Parece que eso es concluyente.

—Lo hubiera sido, a no ser por mí.

—¿Por ti? ¿Pues qué hiciste?

—Irme a ver a ese Hércules Poirot. Le dije que deseaba saber su opinión y le pregunté si podría encontrar a alguien que hubiese, con toda seguridad, conocido a Robert Underhay. Bueno, yo no he visto nunca a un hombre como ése. Igual que un prestidigitador saca unos conejos de un sombrero de copa, me trajo en pocas horas a un tal Porter, el mejor amigo que había tenido Robert Underhay.

Se detuvo para soltar una risita que sorprendió y desconcertó a Lynn.

—Ahora, guarda esto que vas a oír bajo el ala de tu sombrero, Lynn —prosiguió—. El superintendente me ha hecho jurar que guardaré el secreto, pero he creído conveniente que lo sepas tú también. El muerto es Robert Underhay.

—¿Qué…?

Lynn retrocedió un paso y se quedó como atontada mirando a Rowley.

—Te repito que es Robert Underhay. Porter no ha mostrado el

menor asombro de duda. Así es que, Lynn —su voz se tornó estridente por efecto de la excitación—, hemos vencido. Después de todo, hemos vencido. Hemos hecho morder el polvo a esos dos indecentes ladrones.

—¿Quiénes son esos que llamas «indecentes ladrones»?

—¿Quiénes han de ser? Hunter y su hermana. Se acabaron sus malas artes. Están barridos. El dinero de Gordon no irá ya a parar a las manos de Rosaleen, sino a las nuestras. El testamento que nuestro tío hizo antes de su matrimonio es válido, y su fortuna se dividirá entre todos. A mí me corresponde la cuarta parte. ¿Comprendes ahora? Si su primer marido vivía cuando se casó con Gordon, este segundo matrimonio no es válido.

—¿Estás…, estás seguro de lo que dices?

Por primera vez Rowley la miró fijamente un tanto perplejo.

—¡Claro que lo estoy! ¡Si todo cuanto has oído es diáfano como el cristal! Ahora todo está como debía estar. Tal como el viejo Gordon lo planeó. Todo está igual que antes de que llegaran esas dos preciosidades y se metieran donde nadie las llamaba.

Todo está igual que antes… Pero no podían borrarse con tanta facilidad, pensó Lynn, cosas que, en medio de todo, habían sucedido. Ni se podía, por un mero acto volitivo, despojárseles de su carácter de realidad. Habían sucedido.

—¿Qué crees que harán ahora? —preguntó Lynn con voz sosegada.

—¿Eh?

Ella vio que hasta aquel momento, Rowley no se había dignado prestar atención alguna a este aspecto de la cuestión.

—No lo sé —continuó—. Supongo que se volverán por donde vinieron… Por más que…

Lynn veía cómo paulatina y lentamente iba cambiando su modo de razonar.

—Sí, creo que deberíamos hacer algo por ella. Quiero decir que, al fin y al cabo, ella se casó con Gordon de buena fe, creyendo que su primer marido habría muerto. No fue culpa suya, en medio de todo. Sí, es preciso que hagamos algo; pasarle aunque sea una modesta pensión. Podemos decidirlo el primer día que nos reunamos.

—La quieres, ¿verdad?

—Si te he de hablar con sinceridad, te diré que sí —contestó él —. En cierta forma, se entiende. Es una buena mujer, y sabe distinguir una vaca de otra con sólo verlas.

—En cambio, yo no —dijo Lynn.

—¡Oh, ya aprenderás! —le replicó Rowley.

—¿Y qué se hace de David?

Rowley torció el gesto.

—¡Que se vaya al diablo! —contestó de mal talante—. En cualquier caso, no hubiera sido nunca su dinero. No es más que un parásito que se presentó de pronto y se dispuso a vivir a costa de su hermana.

—Vamos, Rowley. Tú sabes que no es verdad lo que dices. No es ningún parásito. Quizá sea un aventurero…

—Y un asesino vulgar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella sin aliento.

—¿Quién crees que mató a Underhay?

—¡No lo creo! —aulló—. ¡No lo creo!

—¡Claro que fue él quien mató a Underhay! ¿Quién si no? Él estaba aquí aquel día. Vino en el tren de las cinco y media. Yo había ido a la estación y le vi de lejos.

Lynn dijo, retadora:

—¡Se volvió a Londres la misma noche!

—¡Claro! Después de haber matado a Underhay —replicó Rowley con aire triunfal.

—No deberías lanzar estas afirmaciones, Rowley. ¿A qué hora dices que fue muerto Underhay?

—No lo sé exactamente.

Rowley pareció refrenarse un tanto y se detuvo a considerar.

—No sabremos nada en concreto hasta que se termine el sumario mañana, pero me figuro que fue entre las nueve y las diez.

—David cogió el tren de las nueve y veinte para Londres.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me encontré con él cuando corría para alcanzarlo.

—¿Y cómo sabes que consiguió cogerlo?

—Porque me telefoneó más tarde desde Londres.

Rowley se le volvió con furia.

—Oye, oye. ¿Qué quiere decir eso de telefonearte desde Londres? ¿O es que acaso yo…?

—¿Qué importa eso ahora, Rowley? Lo que he querido decir es simplemente que cogió el tren.

—Tuvo tiempo bastante para matarle y haber alcanzado el tren.

—No, si la muerte ocurrió después de las nueve.

—Bien, puede ser que ocurriera poco antes de esa hora.

En el timbre de la voz de Rowley empezaban ya a manifestarse los efectos de la duda.

Lynn entornó ahora los ojos. ¿Podría ser aquello verdad? Cuando bramando y sin aliento salió Hunter aquella tarde de entre las matas, ¿habría sido en realidad un asesino quien la estrechaba entre sus brazos? Recordaba su curiosa excitación, lo atrevido de sus modales. ¿Sería ése acaso la reacción natural que produce la comisión de un crimen? ¡Quién sabe! ¿Había alguna razón para creer que existiera un antagonismo definido entre la persona de David y la de un criminal? ¿Sería capaz de matar a sangre fría a un hombre que ningún daño le hubiese hecho, a un fantasma del pasado? ¿A un hombre cuyo único crimen fuese el de interponerse entre Rosaleen y una gran fortuna, entre David y el disfrute del dinero de su hermana?

Y murmuró:

—¿Por qué habría de matar a Underhay?

—¡Por Dios, Lynn! ¿Y lo preguntas? ¡Si acabo de decírtelo! ¡Vivo Underhay, significaría que el dinero del tío Gordon era nuestro! He de confesar, sin embargo, que Underhay trataría de plantearle un chantaje.

Esto era ya al fin una razón. David podía haber matado a un canalla. ¿Qué otro trato hubiese podido merecer un vulgar chantajista? Sí, aquello encajaba en el marco presentado por Rowley. Además, aquella prisa de David, su excitación, su forma algo feroz de hacer el amor. Y después su renunciación. «Debo marcharme de Inglaterra, sin pérdida de tiempo…». Sí, todo entraba en lo posible.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que las palabras de Rowley sonaban en sus oídos como el eco de una voz lejana que le decía:

—¿Qué te pasa, Lynn? ¿Te encuentras bien?

—¡Claro que si!

—Pues por lo que más quieras, no pongas esa cara.

Rowley se volvió a mirar a Long Willows, que se destacaba claramente al pie de la colina.

—Gracias a Dios que al fin podremos hermosear un poco todo esto. Haré que se compre nueva maquinaria, nuevos gabinetes, nuevos enseres. Quiero hacer de mi casa un lugar digno de ti.

Aquella casa había de ser un futuro hogar, pensó Lynn. Y en el alborear de un no lejano día, David se balancearía tétricamente colgado al extremo de una sebosa cuerda…

Eso pensaba.

Capítulo III

Con la cara pálida y el gesto de determinación, David tenía puestas sus manos sobre los hombros de Rosaleen.

—Te digo que todo irá bien —le decía—. Lo único que has de hacer es no perder la cabeza y seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—¿Y si te cogen, David? Tú mismo me has dicho que eso entraba en lo posible.

—Es cierto, sí; pero no podrán retenerme largo tiempo si tú sigues firme en tus declaraciones.

—Haré lo que tú me digas.

—¡Así me gusta! No lo olvides. Mantente firme en que el cadáver no es el de tu marido Robert Underhay.

—Pero me harán preguntas y me obligarán quizás a decir cosas en contra de mi voluntad.

—No tengas miedo, no te las harán. Te repito que todo está bien.

—Todo está mal, querrás decir. ¿Cómo puede estar bien que pretendamos quedarnos con un dinero que no nos pertenece? Me he pasado las noches en vela pensando en eso, y sé que Dios nos castiga por nuestra maldad.

David la miró con el ceño fruncido. Siempre había desconfiado de sus acendrados sentimientos religiosos y ahora más que nunca temía que éstos dieran al traste con todos sus planes. Sólo había una cosa que hacer.

—Escucha, Rosaleen —le dijo con dulzura—. ¿Quieres verme colgado de una cuerda?

El terror la hizo abrir desmesuradamente los ojos.

—¡Oh, David, no digas eso! ¡No podrán! —exclamó.

—Sólo hay una persona que pueda hacerlo, y esta personas eres

tú. Si tú admites sólo una vez, bien sea con un gesto, o de palabra, que el muerto pudiera ser Robert Underhay, con tus propias manos pones una soga alrededor de mi cuello. ¿Me comprendes bien?

La observación hizo su efecto. Le miró con ojos desencajados y contestó como en un gemido:

—¡Soy tan estúpida, David…!

—No, no lo eres. De todos modos, tampoco conviene que te las eches de lista. Tendrás que jurar solemnemente que el muerto no es tu marido. ¿Crees que podrás hacer eso?

Movió al cabeza afirmativamente.

—Pon cara de estúpida, si quieres. Haz ver que no entiendes bien las preguntas que te hagan. Eso no te ha de perjudicar. Pero no olvides mantenerte firme en todo cuanto te he advertido. Gaythorne estará a tu lado y te ayudará. Es un célebre criminalista y por eso he contratado sus servicios. Estará presente en el sumario e impedirá cualquier treta que intenten utilizar contigo. Y por lo que más quieras, no trates de mostrarte inteligente ni de pretender ayudarme con algo de tu propia cosecha.

—Lo haré así, David. Haré lo que tú me digas.

—Eso esperaba de ti. Cuando todo esto se haya acabado, nos iremos de aquí. Nos marcharemos al sur de Francia…, a Italia o a América si tú quieres. Mientras tanto, cuida un poco de tu salud. Déjate de perder noches devanándote los sesos. Toma esas píldoras de bromuro, o de lo que sea, que te ha recetado el doctor Cloade para dormir, alegra el espíritu, y no olvides que tenemos todavía un porvenir risueño ante nosotros.

—Ahora —dijo consultando su reloj— es hora de ir al Juzgado. La vista está señalada para las once.

Echó una detenida mirada a su alrededor. En aquella magnífica morada todo respiraba belleza, lujo, comodidad… Aromas que él había logrado aspirar con deleite durante el corto espacio de unos meses. Ahora… Tal vez esta mirada fuera su postrer adiós.

Se había encontrado de pronto en un laberinto sin salida. Pero no lo deploraba. Estaba acostumbrado a luchar.

Miró a Rosaleen e intuitivamente adivinó el interrogante impreso en su triste semblante.

—No fui yo quien le mató, Rosaleen —dijo—. Te lo juro por todos los santos que hay en tu calendario.

Capítulo IV

El sumario judicial tuvo efecto en Cornmarket. El juez instructor, señor Pebmarsh, era un hombre diminuto y minucioso, con lentes y un elevado concepto de su personalidad.

A su lado se sentaba el corpulento superintendente Spence, y en un discreto segundo término un hombre de baja estatura y aspecto de extranjero, con largos y negros mostachos. Estaba presente toda la familia Cloade: Jeremy Cloade y su esposa, Lionel Cloade con la suya, Rowley Cloade, la señora Marchmont y Lynn; todos. El comandante Porter ocupaba un asiento separado de los demás y con muestras de marcado disgusto.

El juez carraspeó unos instantes, y después de dirigir una inquisitiva mirada al Jurado, compuesto de nueve destacados residentes de la localidad, procedió a declarar abierta la instrucción del sumario.

Alguacil Peacock…

Sargento Vane…

Doctor Lionel Cloade…

—En ocasión en que atendía usted a uno de sus pacientes en la posada «El Ciervo», se acercó a usted la sirvienta Gladys Atkins, ¿verdad?

—Así fue.

—¿Qué fue lo que le explicó?

—Que el ocupante del cuarto número 5 estaba tumbado en el suelo y muerto al parecer.

—¿Y en consecuencia usted subió a la habitación mencionada?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted describirnos lo que vio allí?

El doctor Cloade hizo un sucinto relato. El cuerpo de un

hombre… la cara pegada al suelo… heridas en la parte posterior de la cabeza… y unas tenazas de las que se usan para avivar la lumbre.

—¿Era usted de la opinión de que las heridas fueron causadas por las tenazas en cuestión?

—Algunas de ellas lo eran incuestionablemente.

—¿Y que fue administrado más de un golpe?

—Sí. No hice un detallado examen, pues creí conveniente no tocar ni mover el cuerpo hasta tanto no se hubiese presentado la policía.

—Muy bien hecho. ¿Estaba vivo o muerto?

—Muerto.

—¿Cuántas horas llevaría así cuando usted llegó?

—No podría decirlo exactamente, pero deduzco que no menos de once, y posiblemente hasta trece o catorce, digamos entre las siete y media de la mañana y las diez y media de la noche precedente.

—Muchas gracias, doctor Cloade.

Después declaró el cirujano de la policía, dando una descripción completa y técnica de las lesiones. Había una fuerte contusión en la mandíbula inferior y las huellas de cuatro o cinco golpes en la base del cráneo, algunos de ellos asestados después de sobrevenir la muerte.

—¿Cree usted que hubo brutalidad y ensañamiento en la agresión?

—Positivamente.

—¿Se hubiera… necesitado una gran fuerza para descargar esos golpes?

—Fuerza totalmente… no. Las tenazas cogidas por la extremidad de la boca pueden manejarse sin dificultad, y las pesadas bolas de acero que rematan los brazos del mango herir de forma contundente. Cualquier persona de constitución débil podría haber infligido esas lesiones siempre que obrara impulsado por una fuerte excitación.

—Muchas gracias, doctor.

Siguieron detalles acerca de las condiciones en que se encontraba el cuerpo, bien nutrido, en perfecto estado de salud y de unos cuarenta y cinco años de edad. Ningún signo de enfermedad o lesión orgánica: corazón, pulmones, etcétera, todo bien.

Beatrice Lippincott presentó pruebas de la llegada del hombre a la posada. Se había inscrito como Enoch Arden, de la Ciudad de El Cabo.

—¿Presentó la víctima alguna cartilla de racionamiento o documento similar?

—No, señor.

—¿Se lo pidió usted?

—Al principio, no. No sabía el tiempo que iba a permanecer en mi casa.

—¿Y después?

—Después, sí. Él llegó el viernes y al día siguiente le dije que si pensaba continuar en la posada más de cinco días tendría que entregarme la libreta de racionamiento.

—¿Qué contestó él a eso?

—Que me la daría.

—¿Y no se la dio?

—No.

—¿No dijo, acaso, que se le hubiese perdido? ¿O que no la tenía?

—No, no. Dijo simplemente que trataría de encontrarla.

—Señorita Lippincott, ¿oyó usted en la noche del sábado alguna conversación especial?

Con un elaborado preámbulo para tratar de justificar su presencia en el cuarto número 4, Beatrice Lippincott contó su historia, secundada con astucia por el propio juez.

—Gracias. ¿Mencionó usted a alguien el tema de esta conversación?

—Sí, señor. Se lo conté al señor Rowley Cloade.

—¿Y por qué al señor Cloade?

—Creí un deber hacerlo —contestó Beatrice, poniéndose como una amapola.

Un hombre alto y delgado, el señor Gaythorne, se levantó y pidió permiso para hacer una pregunta.

—En el curso de la conversación sostenida entre el difunto y el señor David Hunter, ¿oyó usted alguna vez mencionar al primero que fuese el propio Robert Underhay?

—No.

—En realidad, hablaba de Robert Underhay como si se tratara

de una tercera persona, ¿verdad?

—Así es.

—Gracias, señor juez. Era eso lo que necesitaba saber.

Beatrice Lippincott volvió a su asiento y fue llamado Rowley Cloade.

Confirmó cuando había oído a Beatrice, y después narró la conversación tenida con el difunto.

—¿Dice usted que sus últimas palabras dirigidas a usted fueron las de: «No olvide que nada podrá usted probar sin contar con mi cooperación», y que éstas eran a su juicio una prueba de que Robert Underhay estaba todavía vivo?

—Creo que ésa era su idea. Después se echó a reír.

—¡Ah! ¿Se echó a reír? ¿Y qué finalidad cree usted que tuvieron?

—La de ver si yo me decidía a hacerle alguna oferta. Pero después lo pensé mejor…

—Lo que usted pensó después no hace al caso, señor Cloade, a no ser que haya querido usted decir que como resultado de su entrevista salió usted en busca de una persona que conociera a Robert Underhay, cosa que, naturalmente, le hubiese sido de gran utilidad. —Eso fue precisamente lo que pensé.

—¿A qué hora se separó usted del cadáver?

—Me figuro que sería a eso de las nueve menos cinco.

—¿Qué le hace suponer que fuese ésa la hora?

—Porque en el momento que salía a la calle oí las campanas de un reloj situado en un edificio vecino que daban las nueve.

—¿Mencionó el difunto la hora en que esperaba a su cliente?

—No.

—¿Y su nombre?

—Tampoco.

—¡David Hunter!

Corrió un leve murmullo entre los vecinos de Warmsley Vale congregados en la sala y que retorcían sus cuellos para conseguir echar una mirada a aquel hombre alto y delgado que con cara de pocos amigos, miraba al Jurado y al presidente en actitud de desafío.

Los preliminares fueron rápidos y concisos. El juez continuó:

—¿Fue usted a ver al difunto en la noche del sábado?

—Sí. Recibí una carta suya solicitando una pequeña ayuda y diciendo que había conocido en África al primer marido de mi hermana.

—¿Conserva usted esa carta?

—No, no suelo guardarlas.

—Usted ha oído el relato que de la conversación que usted sostuvo con el difunto ha hecho la señorita Beatrice Lippincott. ¿Es cierto lo que ella ha dicho?

—Completamente falso. La víctima habló de haber conocido a mi difunto cuñado, de que se encontraba en situación muy apurada y de la necesidad de que yo le hiciera un pequeño préstamo en la seguridad de que no tardaría en devolvérmelo.

—¿Le mencionó que Robert Underhay estuviese vivo?

David sonrió:

—Al contrario. Me dijo: «Si Robert viviese, estoy seguro que no vacilaría en ayudarme».

—Ésa es una versión completamente distinta de la que hace un momento nos contó la señorita Lippincott.

—Esas fisgonas —dijo David— acostumbran a oír sólo una parte de las conversaciones, y después todo lo embrollan con su fogosa imaginación.

Beatrice Lippincott se levantó furiosa, pero el juez la contuvo, amonestándola con severidad.

Después se volvió otra vez hacia David.

—¿Visitó usted de nuevo al difunto la noche del martes? —prosiguió.

—No, señor.

—¿No ha oído usted decir al señor Cloade que el difunto esperaba a un visitante?

—Sí, pero ¿qué razón hay para suponer que ese visitante fuera yo precisamente? Yo le había dado ya un billete de cinco libras y me pareció que era bastante. Ni siquiera había pruebas de que hubiese conocido al capitán Underhay. Y ahora, ya que viene a cuento, señor juez, quiero decirle que mi hermana, desde que heredó la cuantiosa fortuna de su marido, no ha cesado de ser el blanco de los ataques de todos los pedigüeños y sablistas de esta localidad.

Al decirlo paseó una despectiva mirada por el lugar ocupado por

los miembros de la familia Cloade.

—Señor Hunter, ¿quiere decirme dónde estuvo usted la noche del martes?

—¡Averígüenlo ustedes!

—¡Señor Hunter!

El juez dio un mazazo sobre la mesa.

—Le aconsejo que se reporte y que no conteste en esa forma a este Juzgado.

—¿Qué necesidad tengo de decir dónde estuve ni qué fue lo que hice? Tendrán tiempo de hacerme esas preguntas cuando me acusen de haber matado a ese hombre.

—Si persiste usted en esa actitud, posiblemente sea antes de lo que usted se figura. ¿Reconoce usted eso, señor Hunter?

Inclinándose hacia delante, David tomó el encendedor de oro en el que había sus iniciales. Su cara reveló una viva sorpresa.

Lo devolvió, diciendo con naturalidad:

—Sí. Es mío.

—¿Recuerda usted cuándo fue la última vez que lo tuvo en su poder?

—Lo eché de menos…

—¿Cuándo, señor Hunter? —preguntó el juez con voz suave.

Gaythorne jugueteaba nerviosamente con los botones de su americana. Fue a decir algo, pero David se le anticipó.

—Recuerdo bien que lo tenía el viernes, el viernes por la mañana. Desde luego, no he vuelto a verlo.

El señor Gaythorne se levantó.

—Con su venia, señor juez —dijo, y se volvió a Hunter—. Usted ha admitido que visitó al difunto el sábado por la tarde. ¿No es posible que se lo hubiese usted dejado olvidado en el cuarto del señor Arden?

—Sí. Es posible —contestó pausadamente David—. Lo cierto es que lo he echado de menos desde el viernes. —Y añadió—: ¿Dónde lo encontraron ustedes?

—De eso hablaremos más tarde —contestó el juez—. Puede usted sentarse, señor Hunter.

Éste se dirigió pausadamente a su silla.

—¡Comandante Porter!

Carraspeando y mascullando algo entre dientes, el comandante

Porter tomó su puesto en el estrado de los testigos. La manera cómo se humedecía los labios mostraba el estado de tensión nerviosa en que se encontraba.

—¿Es usted el señor Georges Douglas Porter, antiguo comandante del regimiento de fusileros de África?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted bien a Robert Underhay?

Con un tono de voz que recordaba el empleado en las paradas militares, fue enumerando una retahíla de fechas y lugares.

—¿Ha visto usted el cuerpo del difunto?

—Sí.

—¿Puede usted identificarlo?

—Sí. Es el cuerpo de Robert Underhay.

Un murmullo recorrió la sala.

—¿Declara usted esto positivamente y sin el menor asomo de duda?

—Lo declaro.

—¿No hay posibilidad alguna de confusión?

—Ninguna.

—Gracias, comandante Porter. ¡La señora Rosaleen Cloade!

Rosaleen se levantó y se cruzó con el comandante, que le miró con curiosidad.

—Señora Cloade, ¿fue usted requerida por la policía para ver el cadáver del difunto?

Rosaleen se estremeció.

—Sí —contestó.

—Ha declarado usted en forma concluyente que era el cadáver de un hombre completamente desconocido para usted.

—Sí, señor.

—En vista de la declaración que acaba de hacer el comandante Porter, ¿quiere usted retirar o modificar la suya?

—No.

—¿Afirma usted de nuevo que el cuerpo no era el de su marido Robert Underhay?

—No era el cuerpo de mi marido. Era el de un hombre a quien no he visto en mi vida.

—Tenga usted en cuenta, señora Cloade, que el comandante Porter acaba de afirmar, sin dejar lugar a la más insignificante

duda, que el cuerpo era el de su amigo Robert Underhay.

Rosaleen insistió con voz inexpresiva:

—Y yo digo que el comandante Porter está equivocado.

—No declara usted bajo juramento en esta sala, señora Cloade; pero es posible que tenga usted que hacerlo en breve cuando el asunto se eleve a los Tribunales superiores. ¿Está usted dispuesta a jurar que el cuerpo no es el de Robert Underhay, sino el de un hombre completamente desconocido para usted?

—Estoy dispuesta a jurarlo.

Su voz era clara y firme y sus ojos miraban sin pestañear.

El juez murmuró:

—Puede usted sentarse.

Después, desprendiéndose de los lentes, se dirigió al Jurado.

La misión de éste era definir la clase de muerte que había sobrevenido al cadáver. Sobre esto había pocas dudas. No cabía la posibilidad de accidente o suicidio. Tampoco nada que hiciera creer en el homicidio. Restaba sólo un veredicto: asesinato con premeditación y alevosía. Con respecto a la identidad del muerto, nada tampoco se había dicho en definitiva.

Habían oído decir a uno de los testigos, un hombre de intachable reputación y probidad, y a cuya palabra podía darse absoluto crédito, que el cuerpo era el de un antiguo amigo suyo, del capitán Robert Underhay. Por otra parte, la muerte de éste en África, a causa de la fiebre, había quedado aparentemente establecida a satisfacción de las autoridades locales. En contraposición a lo declarado por el comandante Porter, la viuda de Robert Underhay, también de Gordon Cloade, afirmaba positivamente que el cuerpo no era de su difunto primer marido. Éstas eran declaraciones diametralmente opuestas. Pasando por alto el asunto de la identificación tendrían que decidir asimismo si había alguna prueba que tendiese a señalar al posible culpable de dicho asesinato. Estas pruebas tendrían que ser convincentes, no sólo en cuanto al hecho, sino en cuanto al motivo y oportunidad. La persona o personas sobre las que podrían recaer sospechas tendrían que haber sido vistas en las cercanías del lugar del crimen y a la hora aproximada de su comisión. De no existir estas pruebas, lo mejor sería dictar un veredicto de «asesinato» sin mencionar nada en cuanto al culpable. Esto daría a la policía libertad para proseguir

sus pesquisas.

Después ordenó al Jurado que se retirase a deliberar.

Tardaron tres cuartos de hora para llegar a un acuerdo.

Al volver, el veredicto fue de asesinato, con premeditación y alevosía y, específicamente, en contra de la persona de David Hunter.

Capítulo V

—Me lo temía —confesó el juez, tratando de disculparse—. ¡Prejuicios de aldea! Se dejan llevar del impulso y no de la lógica.

El juez, el jefe de la policía rural, el superintendente Spence y Hércules Poirot se reunieron en consulta después del interrogatorio.

—Hizo usted cuanto pudo —dijo el jefe rural.

—Es prematuro decir nada todavía —interpuso el superintendente frunciendo el entrecejo—. Y lo malo es que, indirectamente, nos han complicado a todos en este rompecabezas.

Se volvió al juez y añadió:

—¿Conoce usted al señor Hércules Poirot? A él le debemos la presencia del comandante Porter en la sala.

—He oído hablar mucho de usted, señor Poirot —dijo el juez altamente complacido.

Poirot hizo un infructuoso esfuerzo por parecer modesto.

—El señor Poirot está interesado en el caso —adelantó Spence con una sonrisa.

—Así es —contestó Poirot—. Ya lo estaba, si cabe decirlo, antes de que ocurriera el suceso.

En contestación a las sorprendidas miradas de todos, relató el incidente ocurrido en el club y en el que, por primera vez, oyó mencionar el nombre de Robert Underhay.

—Ése es un punto adicional a las pruebas que pueda presentar Porter cuando se celebre la vista —concluyó diciendo—. Underhay, en realidad, planeó una presunta muerte, y mencionó el nombre de Enoch Arden.

—¿Cree usted que lo que haya podido decir un hombre puede constituir una prueba admisible para un juez? —murmuró el jefe local.

—Puede ser que no —contestó con aire reflexivo Poirot—, pero no me negarán ustedes que nos da un excelente punto de partida para la investigación.

—Lo que necesitamos —dijo Spence—, no son puntos de partida, sino hechos. Alguien que haya visto a David Hunter dentro o cerca de la posada de «El Ciervo», el martes por la noche.

—Creo que eso ha de sernos difícil —interpuso el policía rural frunciendo el ceño.

—En mi país no lo sería —dijo Poirot—. Siempre encontraríamos un pequeño café donde la gente iría a tomar su café de la noche, ¡pero en la provinciana Inglaterra!

Alzó las manos con cómica desesperación.

El superintendente asintió con un gesto de cabeza.

—La mitad de nuestros vecinos —convino— se meten en la taberna y allí se quedan hasta la hora de cenar. La otra mitad permanece tranquilamente en sus casas escuchando la radio. Pase usted por nuestra calle principal entre las ocho y media y las diez de la noche y no verá usted nunca ni un alma.

—¿No creen ustedes que ya contaría con ello? —insinuó el representante rural del orden.

—¡Quizá! —contestó Spence.

Su expresión no era la de un hombre completamente feliz.

Poco después salieron el juez y su esbirro y quedaron solos Spence y Poirot.

—Veo que no le gusta el caso, ¿verdad? —preguntó Poirot, mostrando simpatía por su congénere.

—Ese joven me tiene preocupado —contestó—. Es de los que no sabe uno nunca a qué carta quedarse con él. Cuando no son culpables obran como si lo fuesen, y en cambio, cuando lo son, cualquiera diría que eran unos angelitos del cielo.

—¿Usted cree que es culpable? —inquirió Hércules Poirot.

—¿Y usted? —contraatacó Spence.

Poirot extendió las manos significativamente.

—Me gustaría saber exactamente —dijo— qué cantidad de pruebas tienen ustedes contra él.

—Supongo que habla usted, no de las legales, sino de las que caben en el terreno de las probabilidades lógicas.

Poirot asintió.

—Tenemos el encendedor —dijo Spence.

—¿Dónde lo encontró usted?

—Debajo del cuerpo.

—¿Había impresiones digitales en él?

—Ninguna.

—¡Ah! —exclamó displicente Poirot.

—Sí, comprendo —dijo Spence—. Tampoco a mí me gusta ese detalle. Luego tenemos el reloj del difunto machacado y parado a las nueve y diez minutos. Esto está de perfecto acuerdo con el informe médico y con lo declarado por Rowley en el sentido de que Underhay esperaba a su cliente.

Poirot asintió.

—Todo de una claridad meridiana.

—Como usted ve, no hay nadie en Warmsley Vale que pudiera tener un motivo, a menos que, por extraña coincidencia, viviese aquí alguien, aparte de Hunter y de su hermana, que hubiese tenido contacto con Underhay en el pasado. Nunca descarto las coincidencias, pero aquí no tenemos el menor asomo de ellas. Este hombre era un extraño para todos, con la excepción de los dos hermanos.

Poirot volvió a asentir con un gesto.

—Para la familia Cloade, Robert Underhay era como una especie de gallina de los huevos de oro a la que había de conservar viva a toda costa. Un Robert Underhay, vivito y coleando, era lo que los Cloade necesitaban para repartirse una inmensa fortuna.

—Permítame, *mon ami*, que de nuevo manifieste mi más enfática aprobación por todo cuanto dice. Un Robert Underhay, vivito y coleando, es ciertamente lo que necesitaba la familia Cloade.

—Así, pues, volvemos a la conclusión de, que sólo Rosaleen o su hermano tiene un motivo plausible para cometer el delito. Rosaleen estaba en Londres. Pero David, según sabemos, estuvo en Warmsley Vale. Llegó a la estación de Warmsley Heath a las cinco y media.

—Así, pues, según usted —intercaló Poirot—, tenemos un «MOTIVO», escrito con letras mayúsculas, y además el hecho que desde las cinco y media hasta una hora no especificada, David estuvo en la localidad.

—Exactamente. Tomemos ahora la historia de Beatrice Lippincott. Yo estoy convencido de su veracidad. No cabe duda que

ella oyó cuanto dijo, aunque es posible que haya añadido algunos comentarios de su propia cosecha. Es muy humano.

—Muy humano, tiene usted razón.

—Aparte de conocer a la muchacha, la creo porque no es posible que hubiese podido inventar ciertas cosas. La existencia de Robert Underhay, pongo por caso. Así, pues, y puesto a elegir, acepto la historia de Beatrice antes que la de David Hunter.

—Y yo también. Tuve la impresión de que era una testigo veraz.

—Tenemos, además, la confirmación de sus declaraciones. ¿Por qué cree que se fueron los hermanos a Londres?

—Ésa es una de las cosas que más me interesaría saber.

—La situación económica es clara. Rosaleen Cloade hereda la fortuna de Gordon sólo en usufructo. No puede tocar el capital, con excepción, según tengo entendido, de unas mil libras esterlinas. Joyas, y todo lo demás, son suyas. ¿Qué es lo primero que hace al llegar a Londres? Coger varias de sus más valiosas alhajas y venderlas en uno de nuestros conspicuos establecimientos de la calle Bond. Por lo visto necesitaba una gran suma. ¿Para qué? Eso salta a la vista: para hacer frente a una falsa maniobra.

—¿Y usted llama a eso una prueba contra David Hunter?

—¿Y usted no?

Poirot movió la cabeza de un lado a otro.

—Prueba de que hubo chantaje, sí. Prueba de intento de cometer un asesinato, no. No puede usted admitir las dos cosas, *mon cher*. O bien nuestro hombre se disponía a pagar, o bien a matar. Las pruebas por usted presentadas son de que se disponía a pagar.

—Sí, quizá fuese así. Pero pudo también haber cambiado de opinión.

Poirot se limitó a encogerse de hombros.

—Conozco a esta clase de sujetos, señor Poirot. Son de un tipo que ha tenido gran aceptación durante la guerra. Podía esperarse de ellos cuanto coraje fuese menester, audacia y un absoluto desdén por la seguridad personal. La clase de hombres que pueden hacer frente a cualquier situación y hasta ganar la Gran Cruz de la Reina Victoria, aunque las más de las veces sea ésta una póstuma condecoración. En la guerra, un hombre como ése será un héroe. En la paz… lo más probable es que dé con sus huesos en una cárcel. Les gusta la emoción y no se avienen a caminar por el sendero recto

ni tienen respeto alguno por la sociedad ni por las vidas ajenas.

Poirot volvió a asentir con un gesto.

—Le digo —repitió el superintendente— que conozco el tipo.

Hubo unos minutos de silencio.

—*Eh bien*! —rompió al hablar, al fin, Poirot—. Estamos de acuerdo en que tenemos ya el tipo del matador. ¿Y qué más? Eso nada nos prueba todavía.

Spence le miró con curiosidad.

—Parece que se toma usted un gran interés por este caso, señor Poirot.

—Sí.

—¿Podría saber la razón?

—Francamente —dijo extendiendo las manos en la forma que le era peculiar— ni yo mismo lo sé. Quizá sea porque cuando hace dos años estaba yo sentado con un profundo malestar en el estómago, he de advertirle que aunque he procurado siempre aparentar impasibilidad no soy ningún valiente ni me han gustado nunca las «bromas» de la aviación, cuando, como digo, estaba sentado en el salón de fumar del club al que pertenecía uno de mis amigos, y me olvidaba de las bombas, y del malestar en el estómago, había un señor, el comandante Porter, contando una serie de historias a las que presté atención, por ver si así me distraía su relato altamente sugestivo e interesante. Quién sabe si algún día, pensaba, me encontraré con algo que tenga relación, más o menos directa, con lo que ahora cuenta. Y así ha ocurrido.

—Ha sucedido lo inesperado, ¿verdad?

—Al contrario —le corrigió Poirot—. Es precisamente lo esperado lo que acaba de suceder, lo que ya es en sí algo extraordinario.

—¿Usted esperaba un asesinato? —preguntó Spence con escepticismo.

—No, no. Sólo que una viuda se volviera a casar. ¿Posibilidad de que viva aún el primer marido? No sólo posibilidad, ¡sino que vive! ¿De que pudiese volver? ¡Ha vuelto! ¿De que hubiese chantaje? ¡Ha habido chantaje! ¿Posibilidad, por lo tanto, de que el chantajista fuese silenciado? *Ma foi*, ¡ha sido silenciado!

—Bien —añadió Spence, mirando suspicazmente a Poirot—. Supongo que todo esto encaja perfectamente con el tipo que yo he

mencionado. Son crímenes que se complementan. Chantaje y asesinato.

—¿Y no lo encuentra usted interesante? Ya sé que en general no lo es, pero en este caso…

Se detuvo con cómoda placidez.

—¿No ha observado usted que todo parece estar… un tanto enrevesado?

—¿Qué quiere usted decir con «enrevesado»?

—Que todo parece ocurrir, ¿cómo diría yo?, en forma bastante ilógica.

—El propio cadáver, sin ir más lejos.

Spence continuaba sin comprender.

—¿Se ha fijado usted bien en él? ¿No? Entonces vamos a otro punto. Underhay llega a la posada e inmediatamente escribe a David Hunter. Éste recibe la carta a la mañana siguiente a la hora del desayuno.

—¿Y bien? Él admite haber recibido esa carta de Enoch Arden.

—Ésa fue la primera indicación de la presencia de Underhay en Warmsley Vale, ¿no es así? ¿cuál fue la reacción de Hunter? Enviar a su hermana para Londres sin pérdida de tiempo.

—Pero eso es perfectamente comprensible —contestó Spence—. Quiere estar solo para manejar los asuntos a su manera. Temería quizá que su hermana se mostrase débil. No olvide que él es la cabeza pensante y que tenía a su hermana metida en un puño.

—Sí, sí, sobre eso no hay cuestión. Así, pues, decide mandar a Rosaleen a Londres y él se va a ver a Enoch Arden. El detalle de la conversación nos lo ha proporcionado la señorita Lippincott y lo que de ella salta a la vista, como usted bien sabe, es que Hunter no estaba seguro de si el hombre a quien hablara era o no, en realidad, Robert Underhay. Lo sospechaba, pero no lo sabía.

—¿Y qué de particular hay en ello, señor Poirot? Rosaleen Hunter se casó con Robert Underhay en la Ciudad de El Cabo y de allí se encaminaron rectamente a Nigeria. Hunter y Underhay no se encontraron jamás. Así se comprende, como usted dice muy bien, que aunque Hunter sospechase que Arden y Underhay fuesen una misma persona, no podía tener de ello una absoluta seguridad.

Poirot miró reflexivamente al superintendente.

—Así, pues, ¿nada ve usted de particular en todo lo que he

dicho?

—Ya sé dónde quiere usted ir a parar. Que por qué Underhay no admitió inmediatamente su personalidad, ¿no es eso? Creo que también tiene su explicación. Gente respetable que, por la razón que fuese, descienden a cierta clase de maquinaciones, gustan de conservar siempre las apariencias, de tener siempre a mano una puerta de escape, y usted comprende lo que quiero decir. No, no creo que eso tenga tanta importancia. Algo tiene usted que conceder al factor humano.

—Precisamente —contestó Poirot—. ¡El factor humano! Es él precisamente lo que hace interesante el caso. Estuve observando en la encuesta las caras de todos los presentes, en especial las de los Cloade, tan numerosos, tan unidos por un interés común, y tan diferentes en sus caracteres, en sus sentimientos y en su modo de pensar. Todos ellos dependientes, durante largos años, del hombre fuerte de la familia, ¡de Gordon Cloade! No quiero decir que fuesen directamente dependientes, no. Todos tenían sus medios propios de vida. Pero consciente o inconscientemente, todos *se* habían visto precisados a cobijarse bajo sus ramas. ¿Y qué sucede? Y esta pregunta se la hago a usted, superintendente. ¿Qué le pasa a la hiedra cuando se derriba el roble del cual se nutre?

—Eso ya no es de mi incumbencia —contestó Spence.

—Pues yo creo todo lo contrario. El carácter, *mon cher*, es algo que se desarrolla y se deteriora. Lo que una persona es en realidad no se sabe hasta que llega la prueba, esto es, el momento en que de uno solo depende el hecho de si ha de caer o ha de seguir manteniéndose en pie.

—No sé dónde quiere usted ir a parar, señor Poirot —Spence estaba aturdido—. De todos modos, los Cloade están ya bien, o lo estarán tan pronto como se lleven a cabo los formulismos de rigor.

Esto, le recordó Poirot, tomaría algún tiempo, naturalmente.

—Y todavía queda por debatir la declaración de Rosaleen —añadió—. Después de todo, se supone que una mujer ha de reconocer a su marido, si en realidad es él, ¿verdad?

Había inclinado la cabeza a un lado y miraba inquisitivamente al corpulento superintendente.

—¿Y no cree usted que vale la pena no reconocer a un marido si el hacerlo supone la pérdida de dos millones de libras esterlinas? —

preguntó cínicamente Spence—. Además, si no era Robert Underhay, ¿por qué le mataron?

—¡Ahí! —exclamó enfáticamente Poirot—. ¡He ahí precisamente nuestra gran incógnita!

Capítulo VI

Poirot abandonó la Comisaría de Policía profundamente preocupado. A medida que caminaba, sus pasos iban haciéndose cada vez más lentos. Al llegar a la Plaza del Mercado, se detuvo y miró a su alrededor. Allí estaba la casa del doctor Cloade con la deslustrada placa sobre la puerta, y un poco más allá la oficina de Correos. Al otro lado, la de Jeremy Cloade, y frente a Poirot, y un tanto retirada, la Iglesia Católica Romana, modesta, pero humilde violeta, comparada con el agresivo esplendor de la Santa María, que se erguía arrogante en medio de la plaza como proclamando la supremacía de la religión protestante.

Movido por un impulso, Poirot se encaminó por el sendero que conducía a la Iglesia Católica, y quitándose el sombrero penetró en su interior. Hizo una genuflexión frente al altar y se arrodilló tras una de las sillas. Sus rezos fueron interrumpidos por el sonido de unos sofocados sollozos.

Volvió la cabeza. Al otro lado del pasillo estaba arrodillada una mujer vestida con oscuro ropaje y la cara hundida en las palmas de las manos. Poco después se levantó, y con ojos enrojecidos aún por el llanto, se dirigió hacia la puerta. Poirot la siguió visiblemente interesado. Había reconocido en ella a la persona de Rosaleen Cloade. Se detuvo en el pórtico, tratando, sin duda, de recobrar su compostura, y fue allí donde Poirot se le acercó.

—¿Puedo ayudarle en algo, señora? —le preguntó con delicadeza.

No sólo no mostró sorpresa por la intromisión, sino que contestó con la simplicidad de un niño a quien domina una profunda congoja:

—No. No hay nadie que pueda ayudarme.

—Se encuentra usted en grave apuro, ¿no es así?

—Se han llevado a David… y me he quedado completamente sola. Dicen que fue él quien mató a… ¡y eso no es verdad! ¡No es verdad!

Se quedó mirando a Poirot y añadió:

—Usted estaba hoy en el juzgado, ¿no es cierto? Sí recuerdo haberle visto allí.

—Sí, estuve, y ahora me consideraré el hombre más dichoso si puedo ayudarle en algo, señora.

—Tengo miedo. David me dijo que yo estaría segura mientras él estuviese a mi lado. Pero ahora no está y… Me dijo que todos deseaban mi muerte. ¡Es horrible tener que oír estas cosas, pero que es la pura verdad!

—Vuelvo a repetirle que estoy gustosamente a su servicio, señora.

—Gracias, pero nadie puede ya ayudarme. Ni siquiera me queda el consuelo de poderme confesar. Tengo que cargar sola con todo el peso de mi maldad. Estoy dejada de la mano de Dios.

—Dios nunca abandona a sus hijos, señora —le dijo cariñosamente Poirot—. Eso lo sabe usted muy bien, hija mía.

De nuevo miró a Poirot con ojos angustiados y melancólicos.

—Tendría, primero, que confesar mis pecados… ¡Si sólo pudiese hacerlo!…

—Usted vino a la Iglesia precisamente para eso…, ¿no es así?

—Vine sólo para buscar un consuelo en la fe. ¿Pero qué consuelo puedo esperar si soy una pecadora?

—Todos somos pecadores.

—Pero tendría que arrepentirme… Tendría primero que decir…

Se volvió a tapar la cara con las manos.

—¡… las mentiras que me he visto obligada a decir!

—¿Dijo usted alguna mentira acerca de su marido? ¿Acerca de Robert Underhay? Fue éste quien en realidad fue asesinado en «El Cuervo», ¿no es cierto?

Ella se enderezó súbitamente y miró con cautela y suspicacia a Poirot.

—¡No era mi marido! —dijo con acritud—. ¡Ni siquiera se le parecía!

—¿Dice usted que el muerto no se parece a su marido?

—No —contestó ella en actitud de reto.

—Entonces, dígame, ¿cómo era su marido?

Los ojos de Rosaleen se clavaron unos instantes en los del detective. Sus facciones se endurecieron.

Y gritó:

—¡No quiero seguir hablando con usted!

Y añadiendo el dicho al hecho, se alejó a lo largo del sendero en dirección a la plaza.

Poirot no intentó seguirla. Se limitó a mover significativamente la cabeza y a sonreír con satisfacción.

—¡Ah, vamos! —dijo—. ¿Con que ésas tenemos, eh?

Y siguió lentamente por el mismo camino tomado por Rosaleen.

Al llegar a la plaza, y tras un momento de vacilación, decidió remontar la High Street hasta llegar a la posada de «El Ciervo», cuyo edificio casi lindaba con las primeras huertas de las afueras.

En la puerta de ésta se encontró a Rowley Cloade y Lynn Marchmont. Poirot miró a la muchacha con interés. Hermosa mujer, pensó. E inteligente, sin duda. No precisamente del tipo que a él le gustaban. Prefería algo más suave, más femenino. Lynn Marchmont, en su opinión, tenía un marcado sabor moderno, aunque también hubiera podido considerarla como una de las llamadas de la corte «isabelina». Mujeres que pensaban por cuenta propia, que empleaban un lenguaje bastante libre y que sólo admiraban la temeridad y la audacia en el hombre.

—Estamos muy agradecidos a usted, señor Poirot —dijo Rowley —. Me gustaría saber cómo hace usted esos juegos de manos.

«¡Y no había sido otra cosa, en realidad —pensó Poirot—, que un sencillo juego de manos que consistía en conocer una respuesta antes de que se hubiese hecho la pregunta! Comprendí que para el ingenuo Rowley la aportación de Porter, extraída a su entender poco menos que de la nada, tenía tanta importancia como los conejos que un habilidoso prestidigitador pudiese extraer del fondo de uno de sus mágicos sombreros».

Poirot no trató de aclararle el misterio. Era humano, después de todo, que un mago no revelase a un auditorio sus secretos.

—Lynn y yo le estaremos eternamente agradecidos —añadió Rowley.

Pero Lynn no parecía, a juicio de Poirot, participar de ese

entusiasmo. Había huellas de insomnio en sus ojos y un movimiento nervioso en sus dedos, que no cesaban de frotarse y entrelazarse unos con otros.

—Esto ha de poner una gran diferencia en nuestra futura vida matrimonial —dijo Rowley Cloade.

—¿Cómo lo sabes? —contestó Lynn con acritud—. Quedan todavía una infinidad de detalles por resolver.

—¿Van ustedes a casarse? ¿Cuándo?

—En junio.

—¿Y llevan ustedes mucho tiempo prometidos?

—Casi seis años —contestó Rowley—. Lynn acaba de licenciarse de las «Wrens».

—¿Está acaso prohibido casarse en las «Wrens»?

Lynn contestó brevemente:

—Estuve en el servicio de ultramar.

Poirot se dio cuenta de un súbito fruncimiento en las facciones de Rowley, que añadió a continuación:

—Será mejor que nos despidamos, Lynn. Estamos entreteniendo al señor Poirot y quizá desee prepararse para volver a la ciudad.

Poirot respondió sonriente:

—Es que no pienso volver a la ciudad.

—¿Cómo?

Rowley quedó como petrificado.

—Voy a quedarme aquí, en «El Ciervo», por unos días.

—Pero…, pero ¿por qué?

—*C'est un beau paysage* —dijo plácidamente Poirot.

—Sí, comprendo… —interpuso vacilante Rowley—. Pero… ¿no tiene usted trabajo, acaso?

—Sí, pero tengo también unos ahorritos —añadió—, y éstos me permiten no tener necesidad de ejercitarme con exceso. Puedo disponer libremente de mi tiempo y dejarme llevar por mi imaginación que, dicho sea de paso, me arrastra en estos momentos en dirección a Warmsley Vale.

Vio a Lynn Marchmont levantar la cabeza y quedársele mirando fijamente. Rowley, creyó, parecía visiblemente preocupado.

—Usted juega al *golf*, ¿verdad? —preguntó éste—. Si es así, tiene usted un magnífico hotel en Warmsley Heath. Esa fonda no es un lugar recomendable para un hombre como usted.

—Mi interés —insistió Poirot— está centrado precisamente en Warmsley Vale.

Lynn dijo entonces:

—Vámonos, Rowley.

Éste la siguió de mala gana. Al llegar a la puerta se detuvo, y retrocediendo rápidamente, se acercó de nuevo a Poirot.

—Han arrestado a David Hunter después de la encuesta —le dijo en voz baja—, ¿cree usted que está bien lo que han hecho?

—No tenían otra alternativa, mademoiselle, después de haber oído el veredicto.

—He querido decir si usted le cree culpable.

—¿Y usted, qué cree? —replicó Poirot.

La llegada de Rowley puso fin al diálogo y la cara de Lynn volvió a recuperar su impavidez.

—Adiós, señor Poirot —murmuró—. Espero que volveremos a vemos.

—Ahora lo dudo —dijo Poirot para sí.

Después, y previo convenio con la señorita Beatrice Lippincott de quedarse con uno de los cuartos, volvió a salir. Sus pies le llevaron esta vez a la casa del doctor Lionel Cloade.

—¡Oh! —exclamó la «*tía Kathie*», retrocediendo un paso al abrir la puerta—. ¡El señor Poirot!

—A su servicio, madame —Poirot se inclinó—. He venido a presentarle mis respetos.

—Ha sido usted muy amable en venir a vernos. Bien… ¿qué hace usted aquí parado? Pase y siéntese. Espere… Quitaré de aquí este libro de madame Blavatsky… ¿Una tacita de té? Le advierto que las pastas no son muy buenas. Hubiese querido ir a comprarlas a la casa Peacock, pero esa dichosa encuesta ha acabado por trastornarnos la rutina de todos los menesteres caseros, ¿no lo cree usted así?

Poirot se limitaba a admitir cuanto ella decía.

Se le había antojado que la noticia de su permanencia en Warmsley Vale no le había hecho mucha gracia a Rowley Cloade. Los modales de la «tía Kathie» tampoco parecían acomodarse al característico ritual que acompaña siempre a una bienvenida. Le miraba con aire de estar casi al borde del colapso. Inclinándose misteriosamente a su oído, murmuró unos instantes con acento de

conspiradora:

—Espero que no dirá usted nada a mi marido acerca de mi consulta sobre…, ¡vamos, sobre lo que ya usted sabe!

—Mis labios están sellados, señora.

—Quiero decir que…, que no tenía la menor idea en aquel momento de que ese trágico Robert Underhay pudiese aparecer de pronto en Warmsley Vale. Todavía me parece una coincidencia demasiado extraordinaria.

—Hubiera sido más sencillo que el «tablero de invocaciones» le hubiese guiado directamente a la posada de «El Ciervo», ¿no le parece?

La sola mención del «tablero de invocaciones» le hizo alegrar el semblante.

—La forma cómo se suceden las cosas en el mundo de los espíritus es a veces incomprensible —dijo—. Pero creo que todo ello tiene siempre una finalidad. ¿No cree usted que cuanto acontece en la vida obedece siempre a un motivo?

—¡Claro, señora! Aun el hecho de estar yo aquí sentado en estos momentos obedece a un motivo.

—¿Ah, sí? —la señora Cloade quedó un tanto perpleja—. Sí, sí, lo supongo… Estará usted aquí de paso para Londres, ¿verdad?

—No. Pienso quedarme unos cuantos días en Warmsley Vale. En la posada de «El Ciervo».

—¿En la posada de «El Ciervo»? Pero si es ahí precisamente donde… Pero, señor Poirot, ¿cree usted que es aconsejable lo que va usted a hacer?

—He sido guiado precisamente a esa posada —dijo solemnemente el detective.

—¿Guiado? ¿Qué quiere usted decir?

—Guiado por usted.

—Pero si yo nunca di a entender… quiero decir que nunca tuve idea de… ¡Es todo tan fúnebre! ¡Tan!… ¿No lo cree usted así?

Poirot movió la cabeza tristemente y con amabilidad replicó:

—He estado hablando con Rowley Cloade y la señorita Marchmont. Tengo entendido que piensa casarse dentro de poco.

La atención de la «tía Kathie» se desvió de pronto.

—Oh, Lynn! —exclamó—. ¡Lynn es una muchacha angelical! Y luego tan lista y tan ordenada. ¡Lo contrario precisamente que yo!

¡Cuánto daría por tener una muchacha como Lynn a mi lado! Merece ser feliz. Rowley, hay que reconocerlo, es un buen muchacho en toda la extensión de la palabra, pero… ¿cómo diré yo?… un poco insulso para una mujer que ha visto tanto mundo como Lynn. Rowley, como usted sabe, pasó los años de la guerra pegado a su terruño. No porque fuera un cobarde, ¡nada de eso!, sino porque es un hombre de ideas hasta cierto punto limitadas.

—Seis años de relaciones es prueba de mutuo afecto.

—¡Y que usted lo diga! Pero estas muchachas de ahora, cuando vuelven a casa, están siempre inquietas, y si da la casualidad de que se encuentran con alguien, alguien que haya llevado una vida azarosa…

—¿Como David Hunter, por ejemplo?

—Que conste que no hay nada entre ellos, ¿eh? —se apresuró a interponer la «tía Kathie»—. Absolutamente nada. Estoy segurísima de ello. Hubiera sido horrible enamorarse de un hombre que después resultase ser un asesino. ¡Oh, no, señor Poirot! No se vaya usted con la idea de que pueda existir algo entre Lynn y David. Al contrario. Estaban siempre como perro y gato. Lo que yo he querido decir es… ¡espere!, creo que es mi marido el que viene. Por favor, señor Poirot, no se olvide usted de mi advertencia: ni la más insignificante alusión a nuestra primera entrevista. Mi pobre marido sufre tanto cuando… ¡Oh, Lionel, cariño!, aquí te presento al señor Poirot, que tan habilidosamente consiguió que el comandante Porter viniese a ver el cadáver.

El doctor Cloade parecía cansado y huraño. Sus ojos, de un azul pálido y pupilas de un brillo febril, vagaban distraídamente de un objeto a otro de la habitación.

—¿Cómo está usted, señor Poirot? —dijo—. ¿De marcha ya para la ciudad?

«*Mon Dieu*! —pensó para sí—. Otro que por lo visto tiene prisa en facturarme para Londres». Y en voz alta añadió plácidamente:

—No, pienso permanecer todavía dos o tres días en «El Ciervo».

—¿En «El Ciervo»? ¿La policía, acaso, le ha pedido que se quede?

—No. Ha sido una idea completamente mía.

—¿Ah, sí?

De los ojos del doctor pareció brotar una inquisitiva mirada.

—¿No está usted satisfecho, quizás? —añadió, con interés.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso, doctor Cloade?

Gorjeando algo acerca del té, la señora Cloade abandonó la habitación.

—Usted tiene el presentimiento —añadió el doctor— de que ha habido algún error en el curso de esta encuesta, ¿verdad?

Poirot quedó sorprendido.

—Es curioso que sea usted precisamente quien lo diga —contestó—. ¿No será usted, acaso, quien participa de esa misma opinión?

—No. Quizá se trate sólo de una sensación de falta de verismo. En los libros leemos que los chantajistas suelen ser siempre vapuleados, pero… ¿ocurre eso mismo en la vida? Aparentemente, la respuesta es que sí.

—¿Hay algo, en el aspecto médico, que a su juicio no sea enteramente satisfactorio? Tenga en cuenta que mi pregunta no tiene carácter oficial.

—No, no lo creo —contesto el doctor después de meditar unos instantes.

—¿No? Pues yo sí.

Cuando quería, la voz de Poirot parecía adquirir una cualidad casi hipnótica. El doctor Cloade frunció el entrecejo y añadió con tono vacilante:

—Claro que yo no tengo experiencia en casos judiciales, y que el dictamen médico no tiene el hermetismo que muchos se figuran. Somos falibles, como también lo es la medicina. ¿Qué es un diagnóstico? Una mera suposición basada en conocimientos insuficientes y en ciertos síntomas, indefinidos las más de las veces, que nos conducen a mil variadas suposiciones. Quizá yo esté bastante acertado en diagnosticar un sarampión porque en el curso de mi vida he visto centenares de casos de esa enfermedad y conozco, casi al dedillo, la variada gama de sus signos y síntomas. Pero difícilmente encuentra usted lo que a los libros les ha dado por llamar «el caso típico» del sarampión. He tenido también otras curiosas experiencias: he visto el caso de una mujer que a punto de ser operada de apendicitis se encontró con que lo que en realidad tenía era un paratifus. También el de un niño con una afección en la piel y diagnosticado por un joven y concienzudo doctor como de un

caso grave de insuficiencia vitamínica, ¡y luego un veterinario de la localidad demuestra a su madre que todo es debido al contagio de un herpes que tiene el gato con el que el niño acostumbra a jugar! Los doctores, como todos los demás, son siempre victimas de la idea preconcebida. Aquí tenemos el caso de un hombre, obviamente asesinado, y a quien se encuentra tumbado en el suelo con unas pesadas tenazas junto a él; parecía ilógico suponer que hubiese sido golpeado con otra cosa que no hubiese sido el mencionado instrumento. Y, sin embargo, hablando en el supuesto de una completa inexperiencia en cabezas machacadas, yo hubiera sospechado algo completamente diferente, de algo no tan liso y redondo como los pomos del mango de las tenazas, de algo… ¡no sé cómo decirlo…! Algo que tuviese un borde afilado… Un ladrillo, pongo por ejemplo.

—Usted no dijo nada de eso en el sumario.

—No, porque en realidad no pasa de ser una mera suposición. Jenkins, el cirujano de la policía, quedó satisfecho y su opinión es la que cuenta en este caso. Pero ahí está la idea preconcebida: las tenazas que se encuentran al lado del cuerpo. ¿Pudieron haberse inferido las lesiones con aquella arma? Claro que sí. Pero si a usted se le hubiesen enseñado sólo las heridas y se le hubiese preguntado qué era lo que podía habérselas causado…, no sé…, creo que le habría sido difícil contestar a menos que se imaginase a dos personas distintas, una pegándole con el ladrillo y otra con las tenazas.

El doctor hizo una pausa, miró a Poirot y movió la cabeza con visibles muestras de disgusto.

—No sé qué decirle más —concluyó.

—¿No podía haberse caído contra un objeto cortante?

—Estaba boca abajo en el centro de la habitación y sobre una antigua alfombra de Axminster.

Se detuvo al oír los pasos de su esposa.

—Ahí está ya Kathie con sus brebajes —exclamó con un bufido.

«La tía Kathie» entró balanceando una bandeja totalmente cubierta de tazas y potes, medio pan y un poco de jalea, de aspecto nada recomendable, y que había que mirar con lente en el fondo de una descomunal dulcera.

—Creo que está todavía caliente —dijo levantando con cuidado

la tapa de la tetera y escudriñando en su interior para cerciorarse.

El doctor Cloade bufó de nuevo y murmuró entre dientes:

—¡Porquerías!

Y sin hacer más comentarios, abandonó la habitación.

—¡Pobre Lionel! Tiene los nervios desquiciados desde la guerra. Ha trabajado con exceso. Con tantos doctores en el frente, no tenía punto de reposo. No sé cómo está vivo siquiera. Claro que esperaba retirarse tan pronto como viniese la paz. Estaba ya todo convenido con Gordon. Su afición, ¿sabe usted?, es la Botánica, con preferencia las hierbas medicinales que empleaban en la Edad Media. Está escribiendo un libro acerca de ellas. Esperaba haber podido disfrutar de tranquilidad y haberse dedicado a las investigaciones científicas. Pero, después, cuando Gordon murió de la forma que murió… Usted sabe muy bien cómo están las cosas, señor Poirot. Todo son impuestos. El pobre no ha podido retirarse como quería, y esto ha acabado de amargarle. Es injusto, ¿no lo cree usted así? Eso de que Gordon muriera sin testar, hizo tambalear mi fe. No le vi ninguna finalidad. Me pareció todo, ¿cómo lo diré?, una equivocación.

Lanzó un profundo suspiro que pareció aliviarla un tanto.

—Pero he recibido reiteradas promesas del Más Allá: «Ten coraje y paciencia», me han dicho, «y encontrarás el modo de resolver tu situación». Y realmente, cuando el simpático comandante Porter se adelantó hoy a declarar de aquella manera tan convincente que el cadáver no era otro que el de Robert Underhay, comprendí que al fin había conseguido encontrar el modo. Es admirable, ¿verdad, señor Poirot?, cómo todo acaba por resolverse satisfactoriamente.

—Hasta el propio asesinato —murmuró Poirot.

Capítulo VII

Poirot entró pensativo en «El Ciervo», temblando ligeramente a consecuencia de una fría brisa que empezaba a soplar del Este. El vestíbulo estaba desierto. Abrió la puerta del saloncito de la derecha. En su interior se sentía un fuerte olor a humo rancio y en la chimenea ardía sólo una vacilante lumbre, así es que Poirot se dirigió de puntillas hasta la puerta del fondo señalada con el letrero de «Sólo para huéspedes». Aquí había un confortable fuego. Sentada sobre un amplio sillón y tostándose con fruición los dedos de los pies, estaba una voluminosa señora que miró a Poirot con tal ferocidad que éste decidió batirse prudentemente en retirada. Permaneció unos momentos en el vestíbulo, mirando alternativamente al vacío y encristalado cuchitril pomposamente llamado «Oficina», y a la puerta sobre la que pintado con antiguos caracteres aparecía un rótulo que decía «Salón de Café». Por experiencia ya habida en otros hoteles rurales, sabía Poirot que el único café que en estos salones se servía era el del desayuno y que aun éste estaba compuesto en una gran parte por un líquido muy claro que con gran esfuerzo imaginativo recordaba la leche. Pequeñas tazas llenas de un indefinido y turbio brebaje llamado «café negro», sólo podían tomarse en el saloncillo y el budín hervido, que eran los invariables componentes de la cena, podían obtenerse asimismo en el «Salón de Café» a las siete en punto de la tarde. Entre aquellas horas, una paz octaviana reinaba en el interior de las distintas dependencias de la posada de «El Ciervo».

Poirot subió pensativamente las escaleras. En vez de volverse hacia la izquierda, que era donde estaba situado el cuarto número 11, que él ocupaba, se volvió hacia la derecha y se detuvo frente a la puerta de la habitación señalada con el número 5. Miró a su

alrededor. Silencio y soledad. Abrió la puerta y entró. La Policía debía haber acabado con sus pesquisas, pues el suelo había sido recientemente enjabonado y barrido. No habla alfombra. La vieja «Axminster» debía hallarse sin duda en casa de algún lavandero. Mantas y sábanas estaban cuidadosamente dobladas y apiladas al pie de la cama.

Cerrando la puerta tras él, Poirot entretúvose en husmear por la habitación. Estaba limpia y totalmente desprovista de detalles que pudiesen despertar curiosidad o interés. Poirot se puso a inspeccionar los muebles, una mesa escritorio, una cómoda de antigua y excelente caoba, un armario del mismo material (posiblemente el que ocultaba la puerta de comunicación con el cuarto número 4), una cama matrimonial, de bronce, un lavabo con juego de grifos para agua caliente y fría (tributo al modernismo y a la posible falta de servicio), un grande pero incómodo butacón, dos sillas, una chimenea con repisa de mármol de un estilo «Victoria», pasado ya de moda, y provista de su correspondiente pincho y pala (compañeros sin duda de las «criminales» tenazas) y provista de un guardafuegos rectangular, también de mármol, rematada por puntiagudos vértices y afiladas y cortantes aristas.

Fue este último detalle el que más atrajo la atención de Poirot. Se agachó y humedeciendo con saliva los dedos índice y corazón, los frotó a lo largo de la aristas del vértice de la derecha. Después inspeccionó el resultado. Sus yemas aparecían cubiertas por un ligero tizne. Repitió la operación empleando los dedos de la otra mano, sobre los cantos de la parte izquierda, y esta vez el color de las yemas no experimentó la menor alteración.

—Sí —se dijo Poirot pensativamente para sus adentros—. Sí.

Echó después una mirada al lavabo. Luego se encaminó a la ventana y miró hacia fuera en busca de posibles indicios. Le llamó la atención el tejadillo de un garaje y un estrecho callejón. Un fácil acceso y escape para quien, sin ser visto, quisiera visitar el cuarto número 5. Pero análogas garantías las ofrecía la escalera. Él mismo acababa de tener la oportunidad de comprobarlo.

Volvió a salir pausadamente y cerró de nuevo la puerta, teniendo sumo cuidado de no hacer el menor ruido. Después se dirigió a su cuarto. Lo encontró demasiado frío, así es que se lanzó resueltamente escaleras abajo, abrió la puerta del saloncillo

privado, tomó otro de los desvencijados sillones que en él había y se sentó junto al fuego.

La voluminosa dama, vista de cerca, alcanzaba inconmensurables proporciones. Su pelo era de un gris acerado; un poblado bigote adornaba su labio superior y al hablar, su voz completaba el conjunto de sus siniestras entonaciones.

—Este saloncillo —dijo— está reservado para las personas que residen en el hotel.

—Precisamente. Yo soy uno de los residentes —contestó Hércules Poirot.

La anciana meditó unos instantes antes de decidirse a reanudar el ataque. Después aulló, señalándole acusadoramente con un dedo:

—Usted es un extranjero.

—No lo niego —replicó el detective.

—En mi opinión —prosiguió la anciana—, deberían ustedes marcharse.

—¿Marcharnos? ¿Dónde?

—A su país.

Y añadió *sotto voce*, como si fuese una apostilla y seguida de un sonoro resoplido:

—¡Puf…! ¡Extranjeros!

—Eso —replicó plácidamente Poirot— es un poco difícil y complicado.

—¡Difícil…! ¿Para qué se ha luchado, si no, en esta guerra? ¿No ha sido acaso para que cada cual se vuelva a su casita y se quede tranquilo en ella?

Poirot decidió no entrar en controversia con la furibunda dama. Ya había tenido ocasión de observar que cada individuo tenía por lo visto un concepto muy distinto de la cuestión «¿Para qué se habría luchado, en realidad, en esta guerra?».

Reinó un silencio que tenía mucho de hostilidad.

—¡No sé a dónde iremos a parar! —tronó la vieja—. ¡No lo sé! Mi marido murió aquí hace dieciséis años, y aquí está enterrado. Yo vengo todos los años, sin faltar uno, y me paso casi un mes en este fonducho.

—Una piadosa peregrinación —dijo cortésmente Hércules Poirot.

—Y cada año las cosas van más de mal en peor. ¡No hay

servicio! ¡La comida es detestable! ¡Picadillo a todo pasto! ¡Un bistec es un bistec, señor, de pierna o solomillo, pero nunca carne de caballo desmenuzada!

Poirot movió desconsoladamente la cabeza.

—Una de las cosas buenas que han hecho es cerrar los aeródromos —continuó la anciana—. Era una vergüenza que todos esos aviadores anduviesen de aquí para allá acompañados siempre de esas espantosas chiquillas. ¡Chiquillas, sí! No sé en qué están pensando las madres de hoy en día. Dejar corretear a sus hijas de esa manera. Y la culpa la tiene el Gobierno por obligar a las madres a trabajar en las fábricas a menos que estén criando. ¡Criando! ¡Estupideces! Cualquiera puede cuidarse de una criatura. Las niñas de pecho no andan detrás de los soldados. Las que están entre los catorce y los dieciocho, ¡ésas son las que hay que vigilar! Las que verdaderamente necesitan a sus madres. Sólo una madre sabe leer en el pensamiento de sus hijas. ¡Soldados! ¡Aviadores! Eso es lo único en que piensan. ¡Americanos! ¡Negros! ¡Gentuza polaca!

La indignación la hizo toser. Cuando se hubo repuesto, siguió con su retahíla de improperios, usando a Poirot como blanco de su furia.

—¿Por qué ponen espino artificial alrededor de sus campos? ¿Para evitar que los soldados salgan y ataquen a las muchachas? ¡Quiá! ¡Al contrario! ¡Para evitar que las chicas se lancen encima de los soldados! Locura por el macho, ¡eso es lo que tienen! Fíjese sólo en la forma cómo visten. ¡Pantalones! Hay locas que además los llevan cortos. ¡Si supieran la facha que tienen vistas por detrás!

—Estoy en todo conforme con usted, señora.

—¿Y qué es lo que llevan en la cabeza? ¿Sombreros? No. Un pedazo de tela retorcida sobre unas caras cubiertas de polvos y aceites. Otra porquería sobre los labios y las uñas. ¡No sólo las de los dedos de las manos, sino hasta las de los pies! Bien pintaditos de carmín.

La vieja se detuvo congestionada, como un globo que está a punto de estallar, y miró a Poirot como en espera de una corroboración a sus palabras. Éste se limitó a suspirar y a mover tristemente la cabeza.

—Y aun en la Iglesia —prosiguió la airada anciana—. ¿Cómo van? Descubiertas. Ni siquiera tienen el recato de tocarse con uno

de esos ridículos pañuelos que hoy tanto se llevan. Van luciendo ondulaciones permanentes en el pelo. ¿Qué digo pelo? ¿Acaso sabe hoy alguien lo que es una cabellera femenina? De joven me podía yo sentar sobre la mía.

Poirot echó una furtiva mirada a sus grisáceos mechones. Le parecía imposible que aquella fiera hubiese podido tener juventud.

—Una de esas mujerzuelas asomó por aquí las narices la otra noche —continuó impertérrita—, envuelta la cabeza con un pañuelo color naranja y, como todas, bien pintadita y empolvada. No pude por menos que quedármela mirando. Menos mal que se marchó al poco tiempo.

—No siendo, afortunadamente, ninguna de nuestras residentes —prosiguió—, ¿qué diablos vendría a hacer en el cuarto de uno de los huéspedes? Le digo a usted que es repugnante. Hablé de ello a la señorita Lippincott, pero veo que ésta es tan mala pécora como todas las demás. Pone los ojos en blanco en cuanto ve unos pantalones.

Un leve interés empezó a despertarse en la mente de Poirot.

—¿Dice usted que en el cuarto de uno de los huéspedes? —preguntó.

—Sí, señor. El número 5. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Cuándo fue eso, señora?

—El día anterior al del alboroto que hubo aquí por el asesinato de aquel hombre. Antes solíamos venir sólo las personas decentes; pero ahora…

—¿Y a qué hora del día ocurrió eso que acaba usted de contar?

—¿Cómo del día? ¡De la noche, querrá usted decir! Eran pasadas las diez. Yo subía a mi habitación, como de costumbre, a eso de las diez y cuarto, cuando veo que sale una joven del cuarto número 5, y se me queda mirando con el mayor descaro. Luego vuelve a entrar riendo y oigo claramente sus voces.

—¿También la de él?

—También la de él, que le decía furioso: «Bueno, basta; salga de aquí, niña, que me tiene ya harto». ¿Cree usted que ése es modo de hablar con una señora?

—¿Ha notificado usted eso a la policía? —preguntó Poirot.

La vieja fijó en Poirot unos ojos de basilisco y se levantó tambaleando de su silla.

—¿La policía? —exclamó con voz ronca y encorvándose ominosamente sobre la diminuta figura del detective—. ¡Jamás he tenido nada que ver con ella! ¡La policía! ¿Yo, en una oficina de esbirros de la Ley?

Temblando de rabia y con una última escalofriante mirada al detective, abandonó el saloncillo.

Poirot siguió sentado unos minutos, atusándose abstraídamente el bigote. Después se levantó y salió en busca de Beatrice Lippincott.

—Sí, sí, ya sé a quién se refiere usted, señor Poirot. A la señora Leadbetter. La viuda de Canon Leadbetter. Acostumbra a venir todos los años, pero aquí, entre usted y yo, le diré que es una pejiguera. A veces exagera la nota de la rudeza y no acaba de convencerse que vivimos en otros tiempos. Creo que ha cumplido ya los ochenta.

—¿Pero cree usted que conserva sus facultades mentales? ¿Que sabe lo que se dice?

—¡Oh, sí! Y es astuta. Más de la cuenta, en ocasiones.

—¿Qué sabe usted acerca de una joven que visitó al huésped asesinado el martes por la noche?

Beatrice se quedó atónita.

—No recuerdo de ninguna joven que viniese a visitar al hombre que usted dice en ese día —contestó—. ¿Qué señas tenía?

—Llevaba una especie de pañuelo color naranja alrededor de la cabeza y, si no me equivoco, un tanto recargada la nota del maquillaje. Estuvo hablando con Arden el martes por la noche a las diez y cuarto en la habitación número 5.

—Puede usted creerme, señor Poirot. No tengo la menor idea de cuanto me dice.

A continuación salió Poirot en busca del superintendente Spence.

Éste escuchó su historia en silencio. Después se dejó caer sobre el respaldo de su silla.

—Es curioso —dijo— que siempre tengamos que ir a parar a la vieja fórmula de «*Cherchez la femme*».

El acento francés del superintendente, quizá no tan bueno como el del sargento Graves, era su orgullo. Se levantó y atravesó la habitación. Después volvió con un objeto entre las manos. Era una

barrita de colorete con un estuche dorado de cartón.

—Teníamos con esto una indicación de que una mujer podía muy bien andar mezclada en éste asunto —dijo Spence.

Poirot tomó el adminículo y extendió delicadamente una pequeña cantidad de él en el dorso de la mano.

—Buena calidad —exclamó—. Rojo cereza oscuro. Probablemente el color indicado para una mujer morena.

—Lo mismo creo yo. Fue encontrado en el suelo del cuarto número 5. Debió de haber rodado debajo de la cómoda y posiblemente haya permanecido allí durante algún tiempo. No hemos encontrado en él impresión digital alguna. Hoy en día, como es natural, no hay la profusión de marcas de estas barritas que había antes de la guerra.

—E indudablemente, no habrá usted perdido el tiempo en hacer sus pesquisas.

Spence sonrió.

—Sí —dijo—. He hecho, como usted dice, mis pesquisas. Rosaleen Cloade usa este tipo de barritas. También Lynn Marchmont. Frances Cloade usa un tono de color más apagado. La señora de Lionel Cloade no se pinta los labios para nada. La señora Marchmont usa un malva pálido, y no creo que ni Beatrice Lippincott ni su camarera Gladys puedan permitirse el lujo de comprar una marca y calidad tan costosa como ésta.

—Veo que ha hecho un trabajo completo —insinuó Poirot.

—No del todo. Ahora parece como si un extraño se hubiese mezclado de pronto en el asunto, quizás alguna mujer que Underhay conociera en Warmsley Vale.

—¿Y que estuviese con él el martes por la noche a las diez y cuarto?

—Sí —contestó Spence.

Y añadió con un suspiro:

—Esto exonera a David Hunter.

—¿Lo cree usted?

—Sí. Su señoría, después que su abogado le hubo convencido de lo improcedente y peligroso de su actitud, se dignó al fin hacer una declaración. Aquí hay un relato de todos sus movimientos.

Poirot tomó el pulcramente, copiado «memorándum», y leyó:

«Salió de Londres para Warmsley Vale, en el tren de las cuatro y dieciséis minutos. Llegó allí a las cinco y media. Se fue a Furrowbanks caminando por el sendero».

—La razón de su venida, según él —intercaló el superintendente—, fue la de recoger ciertos objetos que había dejado olvidados, tales como documentos, cartas y un libro talonario, y ver al mismo tiempo si sus camisas habían vuelto ya de la lavandera, cosa que, dicho sea de paso, no ocurrió. Es un servicio que está imposible en estos días. Hace cuatro largas semanas que se llevaron nuestras prendas y mi mujer ha de trabajar como una negra si queremos seguir saliendo a la calle.

Después de esta humana interpelación, el superintendente volvió al itinerario seguido por David en sus movimientos.

«Salió de Furrowbanks a las 7'25 y declara que al haber perdido el tren de las 7'20 y no habiendo otro hasta las 9'20, decidió dar un largo paseo».

—¿Qué dirección tomó para dar ese paseo? —preguntó Poirot.

El superintendente consultó sus notas.

—Dijo que Down Copse, Bast Hill y Long Ridge.

—¡Oséase, una vuelta completa alrededor de la Casa Blanca!

—¡Veo que ha aprendido usted rápidamente nuestra topografía local, señor Poirot!

—No. Ha sido una mera suposición mía. No conozco en realidad los sitios que acaba de mencionar.

—¿No, de verdad? —preguntó el superintendente con un gesto de incredulidad.

—Después —continuó—, y según él, al llegar a Long Ridge se dio cuenta de que iba haciéndose tarde y que lo mejor sería dirigirse a la estación de Warmsley Heath, cortando a través de los campos. Cogió el tren por un pelo, y llegó a Victoria a las 10'45. Caminó hasta Shepherd's Court llegando allí a eso de las once. Esta declaración ha sido corroborada por la viuda de Gordon Cloade.

—¿Y qué número de confirmaciones tiene usted de los demás?

—No muchas, pero alguna hay. Rowley Cloade y otros varios le

vieron llegar a Warmsley Heath. Las criadas de Furrowbanks habían salido; él llevaba su propia llave, como es natural y no pudieron por lo visto decir otro tanto. Sin embargo, encontraron una colilla de cigarrillo en la biblioteca, lo que según tengo entendido les extrañó, así como también una cierta confusión en los cajones de los armarios donde se guarda la ropa de cama. Luego uno de los jardineros, que según parece trabaja hasta muy tarde en los invernaderos, recuerda también haberle visto. Y la señorita Marchmont le encontró en Mardon Wood cuando se dirigía la estación para coger el tren.

—¿Le vio alguien cogerlo?

—No, pero telefoneó a la señorita Marchmont desde Londres poco después de llegar, a las 11'05.

—¿Han sido comprobados dichos extremos? —preguntó Poirot.

—Sí. Hemos investigado todas las llamadas que ha habido desde aquel número. Hubo una petición de conferencia a las 11'04 para Warmsley Vale, 36. Éste es el número de los Marchmont.

—Muy interesante —murmuró Poirot—. ¡Muy, muy interesante!

Sin hacer caso de esta última observación, continuó Spence metódica y esmeradamente con su relato.

—Rowley se separó de Arden a las nueve menos cinco. Está absolutamente seguro de que no fue antes. A eso de las 9'10, Lynn Marchmont se encuentra con Hunter en Mardon Wood. Admitiendo que éste hubiese ido corriendo desde que salió de la posada de «El Ciervo», no tenía tiempo de haber ido a ver a Arden, discutir con él, matarle y llegar a Mardon a la hora que se ha mencionado. No lo hemos comprobado todavía personalmente, pero estoy seguro de que saldrá tal como le digo. Y ahora viene de nuevo la confusión. Lejos de haber sido muerto Arden a las nueve, resulta que está vivo a las diez y diez, a menos que esté soñando la vieja que usted ha mencionado. Resulta entonces que Arden fue muerto: o bien por la mujer que dejó caer la barrita para los labios, o bien por la mujer del pañuelo color naranja, o por alguien que llegara después de que ésta última hubiese salido de la posada. Y fuese quien fuese el matador, tuvo que ser también él quien, deliberadamente, puso las manecillas del reloj señalando la hora de nueve y diez.

—Suponiendo que David Hunter no se hubiese encontrado en realidad con Lynn Marchmont en un sitio tan retirado como Mardon

Wood, ¿cree usted que ese solo hecho podría empeorar su situación?

—Bastante. El tren de las 9'20 es el único que pasa por Warmsley Heath en dirección a Londres. Estaba oscureciendo. Son muchos los jugadores de *golf* que lo utilizan para regresar a la ciudad; el personal de la estación no conoce a Hunter, ni de vista. Sabemos, además, que no tomó ningún taxi en la estación de Victoria. Así, pues, no tenemos más corroboración que la palabra de su hermana para aceptar como buena su versión de la hora en que llegó a Shepherd's Court.

Poirot permanecía silencioso y Spence preguntó:

—¿En qué está usted pensando, señor Poirot?

Éste contestó como reconstruyendo la escena:

—Un largo paseo alrededor de la Casa Blanca… Un encuentro en Mardon Wood… Una llamada telefónica desde Londres… y a todo esto Lynn Marchmont y Rowley Cloade comprometidos para casarse… ¡Me gustaría saber qué es lo que hablaron aquella noche por teléfono!

—¿Está usted interesándose por la parte humana del caso? ¿A qué puede conducirle ese determinado interés?

—Siempre ha sido lo humano lo que más me ha interesado en la vida.

Capítulo VIII

Iba haciéndose tarde, pero a Poirot le quedaba aún una visita que hacer. Ésta era la de Jeremy Cloade, y a su casa se dirigió inmediatamente.

Fue conducido al despacho por una diminuta doncella de aspecto inteligente.

Al encontrarse solo, Poirot echó una inquisitiva mirada a su alrededor. Todo seco y legal, pensó. Como su propia persona. Sobre la mesa había un gran retrato de Gordon Cloade y otro bastante borroso de lord Edward Trenton a caballo. Estaba aún examinando este último cuando Jeremy Cloade hizo su aparición.

—¡Ah, perdón! —exclamó Poirot volviendo a colocar la fotografía en su sitio con cierta confusión.

—Es el padre de mi esposa —aclaró Jeremy, dejando vibrar cierta satisfacción en el tono de su voz—, con uno de sus mejores caballos llamado «Chestnut Trenton». Llegó segundo en el Derby de 1924. ¿Es usted aficionado, acaso, a las carreras?

—¡No, por Dios!

—Un deporte para el que se necesita tener una gran fortuna —añadió secamente Jeremy—. Lord Edward se arruinó en él y tuvo que irse a vivir en el extranjero. Sí, un deporte costoso.

La nota de orgullo seguía impresa en sus palabras.

Quizás él —juzgó Poirot— prefería tirar su dinero a la calle antes de invertirlo en la azarosa especulación de los hipódromos, pero no podía por menos de sentir una secreta admiración por aquellos que lo hacían. Cloade prosiguió:

—¿En qué puedo servirle, señor Poirot? Mi familia ha contraído una deuda de gratitud hacia usted por lo del hallazgo de Porter para los fines de identificación.

—Parecen todos jubilosos, ¿verdad? —preguntó Hércules Poirot.

—¡Ah! —contestó fríamente Jeremy—. Me parece un alborozo un tanto prematuro. Queda todavía mucha lana que cardar. Después de todo, la muerte de Underhay fue aceptada en África y se necesitan años para destruir una opinión oficialmente establecida. Eso sin contar que la declaración prestada por Rosaleen fue contundente y que hizo una favorable impresión tanto en el ánimo del juez como en el del Jurado.

Parecía talmente como si Jeremy Cloade tratase de obstruir todo intento de mejorar la situación.

—No me gustaría tener que verme obligado a emitir una opinión definitiva, fuese en el sentido que fuese —dijo. Y empujando unos papeles que tenía delante, con gesto displicente y cansado, añadió —: Perdone. Creo que usted quería hablarme de algo, ¿no es así?

—Iba a preguntarle, señor Cloade, si estaba usted absolutamente seguro de que su hermano no hubiese dejado testamento alguno. Subsiguiente a su casamiento, quiero decir.

Jeremy pareció sorprenderse.

—No he tenido nunca la menor idea de semejante cosa. De lo que sí estoy seguro es de que no había hecho ninguno antes de salir de Nueva York.

—Podía haber hecho uno durante los dos días que pasó en Londres.

—¿En casa de algún notario?

—O redactado por su puño y letra.

—¿Con qué testimonio?

—Con el de los tres criados que había en la casa —le recordó Poirot—. Los que murieron con él en la explosión.

—Sí, es posible; pero de todos modos, no es aventurado suponer que haya desaparecido en el derrumbamiento.

—Éste es, precisamente, el punto. Multitud de documentos que antes se creían perdidos irremisiblemente han hoy descifrarse por nuevos y complicados procedimientos. Los incinerados dentro de cajas de caudales s, pongo por caso, pero no hasta el punto de que merced a este nuevo proceso que digo, no haya podido leerse de nuevo, y con toda claridad, su contenido.

—Comprendo, señor Poirot, que su idea es interesante… ¡muy interesante!, pero no creo que tenga aplicación alguna en nuestro

caso. No sé de ninguna caja de caudales que hubiese podido haber en Sheffield Terrace. Gordon guardaba todos sus papeles de importancia en la oficina, y ningún testamento ha sido encontrado allí.

—Pero pueden hacerse indagaciones… —prosiguió obstinadamente Poirot—. En la A. R. P., por ejemplo. ¿Me da usted su autorización para hacerlas por mi cuenta?

—¡Claro que sí! Es usted muy amable al querer tomarse tales molestias. Me temo, sin embargo, que va usted a perder el tiempo. En fin…, ¡allá usted!

Y añadió casi a continuación:

—Supongo que se marchará usted a Londres inmediatamente.

Los ojos de Poirot se entornaron ligeramente. Pareció notar una especie de apremio en la forma como fueron pronunciadas estas palabras.

«¡Y dale! —pensó—. ¿Será que todos se han confabulado para quitarme del paso?».

Antes de que pudiese contestar, se abrió la puerta y entró Frances Cloade.

Dos cosas de ella impresionaron a Poirot. Una su aspecto enfermizo. Otra, su extraña semejanza con el retrato de su padre.

—El señor Hércules Poirot, que ha tenido la amabilidad de venir a vernos, querida —dijo Jeremy casi innecesariamente.

Poirot estrechó la mano que aquélla le tendía y, Jeremy le hizo un sucinto relato de la sugestión del detective acerca de la posible existencia de un testamento.

—Me parece algo improbable —replicó Frances.

—El señor Poirot se va a Londres y se ha ofrecido a hacer las diligencias a que hubiere lugar.

—El comandante Porter —explicó Poirot— era, según tengo entendido, uno de los encargados de la Defensa Pasiva.

Una curiosa expresión se reflejó en la cara de la señora Cloade.

—¿Quién es, en resumidas cuentas, el comandante Porter? —preguntó.

Poirot se encogió de hombros.

—Un oficial retirado que vivía de su pensión.

—¿Y estuvo realmente en África?

El detective la miró con curiosidad.

—Sin duda alguna, señora. ¿Por qué lo pregunta?

—No sé —contestó como abstraída en sus propios pensamientos —. Por nada. Es un hombre que me extrañó desde el primer instante que le vi.

—Lo comprendo, señora —interpuso Poirot—. Lo mismo me sucedió a mí.

Ella miró fijamente al detective y una expresión de terror se dibujó en sus pálidas facciones.

Volviéndose a su marido, le dijo:

—Jeremy, estoy preocupada por Rosaleen. Está sola en Furrowbanks y sabes lo trastornada que se ha quedado con el arresto de David. ¿Tendrías algún inconveniente en que la invitara a pasarse unos días con nosotros?

—¿Crees que eso es aconsejable, mi vida?

—Aconsejable…, no lo sé. Humano…, sí. Sabes lo desamparada que se encuentra.

—Dudo mucho que acepte tu invitación.

—Podemos probarlo.

—Bien —dijo el leguleyo con calma—. Si crees que eso te ha de hacer más feliz…

—¡Más feliz!

Las palabras cayeron de su boca con extraña amargura. Después miró suspicazmente a Poirot.

Éste murmuró con solemnidad:

—Con su venia, deseo retirarme.

Ella le acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Es verdad que se va usted a Londres?

—Sí, mañana; pero sólo por veinticuatro horas. Después volveré a la posada de «El Ciervo», donde me encontrará usted si me necesita, señora.

—¿Para qué he de necesitarle yo? —preguntó ella con acritud.

Poirot no contestó a la pregunta. Se limitó a decir:

—Estaré en «El Ciervo».

Más tarde, y de la oscuridad, brotaron unas palabras que Frances Cloade dirigía a su marido.

—No creo que ese hombre vaya a Londres por la razón que dio, ni tampoco en su historia acerca del testamento de Gordon. ¿Lo crees tú, Jeremy?

—No, Frances, no. Debe existir algún otro motivo.
—¿Qué motivo?
—No tengo la menor idea.
Y añadió Frances:
—¿Qué va a hacer, Jeremy? ¿Qué vamos a hacer?
Después de unos breves instantes respondió éste:
—Creo, Frances, que sólo nos queda un camino…

Capítulo IX

Equipado con las necesarias credenciales de Jeremy Cloade, Poirot logró obtener contestación a sus preguntas. Todas eran concluyentes. La casa había quedado totalmente destruida. El solar se había limpiado recientemente con vistas a la reconstrucción. No había habido supervivientes, con excepción de David Hunter y la señora Cloade. Los tres criados de la casa: Frederick Game, Elisabeth Game y Eileen Corrigan, habían muerto instantáneamente. Gordon salió con vida, pero murió camino del hospital sin recuperar el conocimiento. Poirot tomó nota de los nombres y direcciones de los parientes más cercanos de la servidumbre.

—Es posible —dijo— que alguno de éstos haya hecho comentarios entre sus amigos que puedan conducirnos a informaciones de las que tan faltos andamos.

El paso siguiente lo dio Poirot en dirección a la casa en que vivía el comandante Porter. Recordaba, por declaración espontánea de éste, que había sido uno de los encargados de la Defensa Pasiva y que bien pudiera ser que hubiese estado de guardia aquella noche y que supiese algo del incidente de Sheffield Terrace.

Tenía además otros motivos que le impulsaban a ir a ver al comandante Porter.

Al volver la esquina de la calle Edge, se sorprendió de ver a un policía de uniforme plantado precisamente en la escalerilla de la casa que él pretendía visitar. Un grupo de curiosos, niños en su mayoría, se agolpaban frente a la puerta. El corazón de Poirot latió con sobresalto al interpretar los signos que éstos hacían.

—No se puede entrar aquí, caballero —dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—No es usted de la casa, ¿verdad?

Poirot movió la cabeza negativamente.

—¿A quién deseaba usted ver, si puede saberse?

—A un señor a quien llaman el comandante Porter.

—¿Es usted amigo suyo?

—No, estrictamente, lo que pudiese llamarse un amigo, ¿por qué?

—Porque tengo entendido que ese caballero se ha pegado un tiro. ¡Ah! Aquí parece que viene el inspector.

La puerta se había abierto, y dos figuras aparecieron en su marco. Una era la del inspector local, y la otra la del sargento Graves, del recinto de Warmsley Vale. Éste reconoció a Poirot e hizo la presentación.

—Pase usted, señor Poirot —dijo el inspector.

Los tres volvieron a entrar en la casa.

—Recibimos una llamada telefónica —explicó el sargento Graves —, y el superintendente Spence me envió a que recogiera informes.

—¿Suicidio?

—Sí —contestó el inspector—. Un caso clarísimo. No sé si el haber declarado en la encuesta debió perturbar también su cerebro, pero tengo entendido que estaba atravesando una situación económica bastante crítica. Se mató con su propio revólver.

—¿Está permitido subir? —preguntó.

—A usted sí, no faltaba más. Acompañe usted al señor Poirot, sargento.

—Sí, señor.

Graves le condujo al primer piso. Estaba todo como Poirot lo dejara la última vez que lo vio; las desgastadas alfombras, los libros… El comandante Porter estaba sentado en el espacioso sillón. Su actitud era perfectamente natural. Su brazo derecho pendía a lo largo del cuerpo sobre la alfombra; directamente debajo de él estaba el revólver. En el ambiente flotaba todavía el acre olor de la pólvora.

—Creen que esto ocurrió hará unas dos horas —siguió explicando Graves—. Nadie oyó el disparo. La dueña de la casa estaba fuera.

Poirot contemplaba con las cejas fruncidas la inmóvil figura y la chamuscada piel que rodeaba el pequeño orificio abierto en la sien.

—¿Tiene usted alguna idea de los motivos que pudieron

impulsarle a cometer una cosa así? —preguntó el sargento.

Tenía un cierto respeto por Poirot, por la deferencia con que el superintendente siempre le trataba, pero en su fuero interno le consideraba sólo como uno de esos misteriosos charlatanes que todo lo creen saber.

Poirot le respondió como ensimismado:

—Sí…, sí. Hubo un motivo poderoso. Eso salta a la vista.

Su mirada se dirigió a una pequeña mesa que daba al lado izquierdo del comandante. Sobre ella había un sólido cenicero de cristal, una pipa y una caja de palitos fosfóricos. Nada en resumen. Sus ojos siguieron recorriendo la habitación. Después se detuvieron en un abierto «buró».

Los papeles estaban en sus correspondientes casilleros. Una pequeña carpeta con armazón de cuero ocupaba el centro de la mesa. A un lado, una bandejita de metal con una pluma y dos lápices, y al otro una caja de «clips» y un libro de sellos.

Todo en la habitación revelaba el espíritu de meticulosidad y orden de su ocupante.

Y, sin embargo, algo faltaba, pensó Poirot. ¿Qué? ¡Ah, sí…!

—¿No dejó alguna nota, o carta, para el juez?

Graves movió la cabeza negativamente y dijo:

—No. Era lo menos que podía esperarse de un ex oficial del ejército.

—¡Es curioso! —exclamó Poirot.

Era extraño, verdaderamente, que un hombre metódico como el comandante Porter no hubiese dejado siquiera una nota, pensó el detective.

—Será un golpe para los Cloade —dijo Graves—. Tendrán que buscar otro que haya conocido íntimamente a Underhay.

Y añadió después de unos momentos de vacilación:

—¿Hay algo más que desee usted ver, señor Poirot?

Éste negó con un gesto y ambos abandonaron la estancia.

En la escalera se encontraron con la dueña de la casa. Parecía gozar con su estado de agitación y no hubo necesidad de forzarla para conseguir un minucioso relato de cuanto supiese sobre lo ocurrido. Graves escurrió astutamente el bulto y dejó a Poirot que cargara solo con el chaparrón.

—No puedo respirar bien —principió diciendo la mesonera—.

Seguramente es algo del corazón. Mi padre padecía de angina de pecho y murió repentinamente al atravesar un día el mercado de Celedonia. Creí que me iba a ocurrir lo propio, cuando encontré esta tarde el cadáver del comandante. No sospeché nunca una cosa así, por más que hacía tiempo que le veía con el ánimo un tanto deprimido. Creo que por preocupaciones de dinero, y porque no comía tampoco lo suficiente para vivir. Y no es que yo no me ofreciera a ayudarle…, pero ya sabe usted cómo son estos militares retirados. Parece que ayer tuvo que ir a un pueblo de Oatshire, creo que Warmsley Vale, a declarar en un sumario judicial, y esto debió trastornarle la cabeza. Volvió con una cara que daba miedo y se pasó la noche paseándose arriba y abajo por su habitación. Se trataba de un amigo a quien habían asesinado. ¡Pobrecillo! Hoy salí como siempre a hacer mis compras y a guardar turno para lo del pescado, y cuando volví y subí a preguntarle si quería una taza de té, me lo encontré inmóvil en el sillón y con el revólver a poca distancia de la mano. Me dio un vuelco el corazón y salí disparada a llamar a la Policía. ¿Dónde va ir a parar el mundo así, pregunto yo?

—A convertirse en un lugar reservado sólo para los fuertes, señora. Los demás, créame a mi, no hacemos en él maldita falta.

Capítulo X

Eran ya pasadas las ocho cuando Poirot llegó a la fonda. Encontró una nota de Frances Cloade suplicándole que fuese a verla, cosa que hizo sin perder un momento.

Estaba esperándole en un salón en el que no había estado nunca con anterioridad. Las abiertas ventanas daban a un murado jardín con numerosos perales ya en flor. Había floreros con tulipanes sobre las mesas. El viejo mobiliario lucía dando pruebas de su constante bruñido, y los bronces del guardafuegos y utensilios de avivar la lumbre lanzaban áureos destellos.

Era, pensó Poirot, una hermosa sala.

—Hace poco dijo usted que yo le necesitaría, señor Poirot. Tenía usted razón. Tengo que hacer una confesión y creo que es usted la persona más indicada para oírla.

—Siempre es más fácil decir las cosas a personas que de antemano las conoce, señora.

—¿Usted sabe lo que yo le voy a decir?

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—¿Desde cuándo…?

Poirot se adelantó a contestar la preguntar que había quedado sin formularse.

—Desde el momento que vi la fotografía de su padre. Los rasgos fisonómicos parecen ser muy pronunciados en su familia, señora Cloade. Nadie dudaría del parentesco que existe entre él y usted. Y ese mismo parecido se encuentra entre el hombre que se presentó en Warmsley Vale bajo el nombre de Enoch Arden.

Ella suspiró. Más que suspiro parecía un doloroso quejido.

—Sí…, tiene usted razón, aunque el pobre Charles trataba de disimularlo con una poblada barba. Era mi primo, señor Poirot. El

«garbanzo negro» de la familia. No le he tratado mucho, pero recuerdo que de niños acostumbrábamos a jugar juntos. Y ahora…, ahora soy yo la causante de su muerte brutal.

Permaneció silenciosa unos momentos, que Poirot aprovechó para decir suavemente:

—¿Quiere usted contarme…?

Frances hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—Sí, es algo que no debo guardar por más tiempo dentro de mí. Estábamos desesperados por la falta de dinero. Ahí es donde mi historia empieza. Mi marido…, mi marido se vio de pronto en una grave dificultad. La peor que puede suceder a un hombre cuando se precia de tal, y sin más perspectiva que el escándalo, la deshonra y la prisión. Tenga usted presente, señor Poirot, que en el plan que yo tracé y llevé a ejecución, nada tuvo que ver mi marido. Era atrevido y sé que éste nunca hubiese dado su consentimiento. A mí, en cambio, me gusta jugar con el peligro. No tengo quizá sus escrúpulos. Permítame que le diga, primero, que acudí a Rosaleen para solicitar de ella un préstamo. No puedo decirle si de haberla encontrado a solas hubiese logrado mi propósito. Lo que sí sé es que llegó su hermano de muy mal temple, y que se burló de mí y me insultó, así lo creí al menos, innecesariamente. Esto acabó por exacerbarme y decidí no guardarles ya la menor consideración y seguir adelante con mi proyecto —Frances Cloade soltó un breve suspiro—. Antes de continuar quiero poner en su conocimiento que hace cosa de un año mi marido me contó una historia que había oído referir en el club. Según creo, estaba usted también allí y eso me evita el tener que repetirle ciertos detalles. De ella se desprendía que cabía la posibilidad de que el marido de Rosaleen estuviese vivo aún, cosa que, como usted comprenderá, le hubiese privado a ésta de todo derecho a disfrutar de la fortuna de Gordon. No pasaba, como digo, de ser una remota posibilidad, pero lo cierto es que se aferró a nuestros cerebros haciéndonos concebir la idea de buscar el modo de convertirla en realidad. Charles, mi primo, perseguido como siempre por la mala fortuna, se hallaba no lejos de aquí. Había estado en la cárcel. No era hombre de grandes prendas morales, pero se había portado como un héroe en la guerra. Le hice la proposición. Se trataba de un chantaje, ¡a qué negarlo!, y creí que lo peor que nos hubiese podido ocurrir era que David Hunter no se

decidiese a caer en la trampa. No tenía temor alguno a la denuncia, porque sé que pájaros como ése no acostumbran a recurrir a la policía.

Su voz se hizo más dura.

—Todo parecía salir a pedir de boca. David picó el anzuelo. Charles, como es natural, no podía representar en absoluto su papel de «Robert Underhay». Rosaleen podía desenmascararle en cualquier momento. Afortunadamente la marcha de ésta a Londres dejó a Charles libre, dispuesto a llevar las diez mil libras el martes último cuando…

Su voz se quebró.

—Debíamos haber supuesto que David era un hombre peligroso. Lo cierto es que el pobre Charles ha muerto y que ya nunca más se borrará de mí la idea de que fui yo quien en realidad le asesinó.

Bajó lentamente la cabeza *y* calló.

—¿Fue usted también —preguntó Poirot— quien indujo al comandante Porter a que identificara a su primo como «Robert Underhay»?

—¡No! ¡Se lo juro! ¡Eso no! Nadie más sorprendida que yo cuando vimos que el comandante Porter declaraba que Charles, ¡Charles!, era Robert Underhay. No podía dar crédito a mis oídos. Aun hoy no acabo de comprender los motivos que pudieran impulsarle a mentir.

—Alguien debió haber ido a ver al comandante Porter, y le convenció, o le sobornó, para que declarara que aquél era el cadáver del capitán Underhay. ¿No lo cree usted así?

—Pero yo, no. Ni creo que tampoco Jeremy. Ninguno de los dos podíamos dar un paso semejante. ¡Casi me atrevo a esperar que eso le parecerá algo completamente absurdo! ¿Cree usted que porque no me detuve ante la idea del chantaje, tampoco me detendría ante el fraude? En mi concepto media un abismo entre ambas acciones. En conciencia, nos correspondía una parte de la fortuna de Gordon y estaba decidida a hacer prevalecer nuestros derechos fuese como fuese, ¡a las buenas o a las malas! Pero de eso a fabricar pruebas para despojar a Rosaleen de lo que en justicia pudiese corresponderle… ¡Oh, no, no, señor Poirot! ¡Yo no sería capaz de una cosa así! ¡Créame, se lo suplico!

—Habré de admitir, al menos —dijo pausadamente Poirot—,

que cada cual tiene su modo peculiar de pecar. La creo, señora.

Después la miró con fijeza.

—¿Sabe usted, señora Cloade, que el comandante Porter se ha pegado un tiro esta misma tarde?

Frances se echó hacia atrás con un gesto de terror en la mirada.

—¡Oh, no, señor Poirot! ¡No!

—Sí, señora. El comandante Porter, como usted ve, era *au fond* una buena persona. Estaba económicamente con el agua al cuello y cuando la ocasión se presentó, no pudo resistir la tentación de aprovecharla. Como muchos, creería que el derecho a la vida era una plena justificación moral para gran parte de sus actos. Debía tener en su mente un serio prejuicio contra la mujer con quien se casara su amigo Underhay. Consideraba que el trato que había dado a éste dejaba mucho que desear. Y ahora, esta pequeña vampiresa sin entrañas se había casado con un millonario y logrado su fortuna con grave detrimento de los intereses de todos sus familiares. Había llegado la ocasión de poder poner unas cuantas chinitas en su camino, bien merecidas por cierto, y no quiso desaprovecharla, máxime cuando esto podría redundar en su propio beneficio. Cuando los Cloade recuperaran sus derechos, pensaría, él no dejaría de tener su parte… Sí, comprendo, la tentación. Pero como muchos de su tipo, carecía de imaginación. Se mostró abatido, muy abatido, en la encuesta. Cualquiera podía notarlo. En plazo no muy lejano tendría que volver a repetir la mentira, y esta vez bajo juramento. No sólo eso; un hombre había sido arrestado y acusado de asesinato, y la identificación del cadáver podía constituir una prueba poderosa en que poder sustentarse su acusación. Se fue a su casa, meditó fríamente la situación y escogió el único camino que a su juicio le quedaba por seguir.

—¿Dice usted que se pegó un tiro?

—Sí.

Frances murmuró.

—¿Y no dijo quién… quién?

Poirot movió la cabeza lentamente de un lado para otro.

—Tenía su código de honor. No había ninguna referencia en cuanto a la persona que podía haberle instigado a cometer un perjurio.

Mientras hablaba no cesó de observar a Frances. Hubo un

instante en que pareció ver en ella como un destello de alivio o de relajamiento en la tensión. De todos modos, pensó, hubiese sido lo más natural.

Ella se levantó y dirigióse a la ventana.

—Así, pues, volvemos a estar donde estábamos —dijo.

Poirot se afanaba por adivinar lo que bullía en el cerebro de aquella mujer.

Capítulo XI

A la mañana siguiente el superintendente Spence empleaba las mismas palabras que Frances se pusiera en la boca:

—Así, pues, volvemos a estar donde estábamos —dijo, acompañándolas con un profundo suspiro—. Tenemos que saber quién es en realidad Enoch Arden. Es preciso.

—Eso puedo decírselo yo, superintendente —respondió Poirot.

—¿Usted?

—Sí, se llama Charles Trenton.

—¿Charles Trenton?

El superintendente lanzó un agudo silbido.

—¡Uno de los Trenton! —continuó—. Casi apostaría a que fue la señora de Jeremy Cloade la que le indujo a representar ese papel. Claro que esto sería un poco difícil de probar. Conque Charles Trenton, ¿eh? Ese hombre me trae algunos recuerdos a la memoria.

—Es posible. Tiene antecedentes penales —asintió Poirot.

—Lo que yo me figuré. Petardista de hotel, si mal no recuerdo. Acostumbraba a hospedarse en el Ritz. Después procedía a comprarse toda clase de joyas y artículos de lujo. ¿Quién habría de sospechar de un hombre con un flamante «Rolls Royce» a la puerta? Sus talones eran aceptados sin discusión. ¡Además su porte y sus modales! Solía continuar con sus correrías durante cosa de una semana, y cuando ya las sospechas empezaban a agudizarse, nuevas amistades, y desaparecía como por arte de encantamiento… ¿Charles Trenton? ¡Hum…!

Y contemplando a Poirot, añadió:

—Hay que reconocer que es usted un genio descifrando charadas.

—¿Qué tal va usted en su caso contra David Hunter?

—Hemos tenido que soltarle. Sabemos que hubo una mujer con Arden aquella noche. No sólo porque lo dijera esa vieja estrafalaria que usted mencionó, sino porque Jimmy Pierce, que se retiraba a su casa, después de tomar unas cuantas copas, poco después de las diez, vio a una mujer salir de la posada de «El Ciervo» y dirigirse a la cabina telefónica que hay frente a la estación de Correos. Dijo que era una mujer a quien no conocía y que con toda seguridad residía en «El Ciervo». «Un pichón londinense», así fue como la calificó.

—¿Estaba cerca de ella?

—Sí. Chaquetilla de mezclilla, pantalones, un pañuelo naranja alrededor de la cabeza y una cara que parecía un cuadro pintado al óleo. Coincide con la descripción de la vieja.

—Sí, así, parece.

Poirot frunció el entrecejo.

—Bueno —preguntó Spence—. ¿Quién era, de dónde venía y adónde iba? Usted conoce nuestro servicio de trenes. A las 9,20 y 10,30 pasan los dos últimos. Uno para Londres y el otro en dirección contraria. ¿Podía acaso esa mujer haber estado dando vueltas por el pueblo durante toda la noche y haber tomado, sin ser vista el de las 6,18 de la mañana? ¿Tenía algún automóvil? ¿Se marcharía andando? Hemos investigado todas las posibilidades sin obtener el menor resultado.

—¿Qué hay del tren de las 6,18?

—Va siempre abarrotado de hombres, en su inmensa mayoría. De haberlo tomado, alguien se hubiese dado cuenta de su presencia, en especial tratándose de un tipo de mujer tan extravagante. Dudo que viniese y saliese en coche porque un automóvil no dejaría de llamar la atención en Warmsley Vale en estos tiempos. No tengo más remedio que reconocer que nos hallamos completamente despistados.

—¿Nadie recuerda haber visto un coche vagar por estos alrededores?

—Sólo el del doctor Cloade que salió a visitar un paciente en Middingham. De haberse tratado de otro y ocupado por una forastera, no habría faltado quien hubiese podido darnos toda clase de informes.

—¿Y por qué dice usted «una forastera»? —preguntó

pausadamente Poirot—. Un hombre ligeramente bebido y a cien yardas de distancia difícilmente hubiese reconocido a una persona de la villa con quien tuviese gran intimidad, máxime si ésta iba vestida en forma que no fuese la habitual en ella.

Spence le echó una mirada interrogadora.

—¿Podía ese Pierce haber reconocido a Lynn Marchmont, pongo por caso? —añadió aquél.

—Lynn Marchmont estaba en la Casa Blanca con su madre a la hora en que hablamos.

—¿Está usted seguro?

—La señora de Lionel Cloade, la del doctor, dijo que habló con ella por teléfono a eso de las diez y diez. Rosaleen Cloade estaba en Londres. A la señora de Jeremy… ¡Caramba! ¡A ésta nunca se la ha visto con pantalones ni con potingues en la cara! Además, no tiene nada de joven.

—¡Oh, *mon cher*! —Poirot se incorporó ligeramente para hablar —. En una noche oscura, y en una calle débilmente iluminada, es difícil adivinar los años de una cara que se encuentra transfigurada bajo la máscara del maquillaje.

—Oiga usted, Poirot —dijo Spence—. ¿Quiere usted decirme de una vez qué es lo que pretende insinuar?

El detective volvió a recostarse y cerró perezosamente los ojos.

—Unos pantalones, una chaqueta de mezclilla, un pañuelo para envolverse la cabeza, una cantidad considerable de pintura, y luego una barrita de labios que cae y rueda bajo la cómoda. Todo muy sugestivo.

—Lo menos que usted se figura es que es el oráculo de Delfos —gruñó el superintendente—. No es que yo sepa qué es eso del oráculo de Delfos, pero Graves dice saberlo y veo que de poco le ha servido en su carrera policíaca. ¿Tiene usted alguna otra declaración *críptica* que hacer, señor Poirot?

—Le dije ya —contestó éste— que el caso era incongruente por demás. Como ejemplo mencioné que el propio cadáver era en sí un rompecabezas. Al menos, si lo considerábamos como el de Underhay. Underhay era, según descripciones, un hombre un tanto excéntrico y caballeroso, chapado a la antigua y apegado a la tradición. El hombre que se hospedaba en «El Ciervo» era un chantajista, carecía de caballerosidad, no era ni reaccionario ni

anticuado, ni podía observarse en sus costumbres excentricidad alguna. No podía ser, por tanto, Underhay. Lo interesante es que, aun siendo así, Porter lo identificara como el tal Robert Underhay.

—¿Y por eso fue a ver a la mujer de Jeremy?

—No. Fue el extraordinario parecido que encontré entre ambos. Por lo visto el perfil es un sello distintivo de la familia Trenton. Permitiéndome un pequeño juego de palabras diré que, como *Charles Trenton*, el cadáver encajaba perfectamente en este rompecabezas. Pero quedan aún varias preguntas por hacer. ¿Cómo es que David Hunter, temerario y violento como todos sabemos, se dejara intimidar tan fácilmente por un chantajista vulgar? Otro, pues, que al parecer actuaba fuera de su papel. Después tenemos a Rosaleen Cloade. Su comportamiento en general es incomprensible, pero hay algo en particular ahí que me llama poderosamente la atención. ¿Por qué ese miedo constante? ¿Por qué ha de creer que por el mero hecho de que su hermano no esté a su lado para protegerla, haya de sucederle algo? Debe haber una razón. Y su temor no es precisamente el de perder su fortuna, no; es algo peor que todo eso. Es miedo a perder su propia vida.

—¡Por Dios, señor Poirot, no irá usted a decirme que…!

—No olvidemos, Spence, que, como acaba usted de decir, volvemos a estar donde estábamos. Mejor dicho, que son los Cloade los que vuelven a estar donde estaban. Robert Underhay murió en África y la vida de Rosaleen Cloade es el obstáculo que se levanta entre ellos y la posesión de la fortuna del viejo Gordon.

—Yo sólo digo lo siguiente. Rosaleen Cloade tiene hoy veintiséis años, y aunque de mente un tanto inestable es fuerte y goza de una excelente salud. Puede perfectamente llegar a los setenta, y aun a los ochenta si me apura. ¿No cree usted, superintendente, que cuarenta y cuatro años son muchos años de espera?

Capítulo XII

Acababa de salir de la Comisaría de Policía cuando vio a la «tía Kathie» que, presurosa y con un montón de bolsos de compra en la mano, se dirigía hacia él.

—¡Es horrible lo que acabo de oír de Porter! —dijo casi sin aliento al llegar a su lado—. No puedo por menos de creer que su concepto de la vida debió ser completamente materialista. ¡Claro! ¿Qué podía esperarse de un soldadote? Tengo entendido que pasó muchos años en la India, pero me temo que no sacaría ningún provecho de las oportunidades espirituales que allí encontraría. Todo se habría reducido a *pukkas*[6], a *chota hazris*[7] y a *tiffins*[8]. ¡Y pensar que podía haber llegado a sentarse como un *chela*[9] a los pies de alguno de los *gurús*[10]! ¡Qué pena, señor Poirot, haber perdido una oportunidad así!

La «tía Kathie» movió tristemente la cabeza, y al hacerlo debió aflojar la presión de sus manos, pues se abrió uno de los bolsos dejando caer unas prosaicas postas de bacalao que Poirot se apresuró a recoger del suelo. En su agitación la «tía Kathie» dejó resbalar un segundo bolso, de donde saltó una lata de dorado jarabe que inició una alegre carrera a lo largo de la pronunciada pendiente de la High Street, recorriendo un buen trecho.

—¡Oh, gracias, señor Poirot! —dijo, tomando el bacalao.

El detective había salido corriendo tras la fugitiva lata.

—¡Qué atolondrada soy! —añadió al llegar aquél—. Pero créame que la noticia es como para descomponer a cualquiera. Ese desgraciado… sí, es pegajoso, pero no quisiera ensuciar su pañuelo. Gracias de todos modos, señor Poirot. Como decía, la verdadera vida es lo que llamamos muerte, y viceversa muerte es lo que llamamos vida. No me sorprendería ver el cuerpo astral de alguno

de mis amigos que ya están en el Más Allá. A lo mejor se cruza usted con cualquiera de ellos en la calle. Sin ir más lejos, la otra noche…

—Permítame… —interrumpió Poirot empujando el bacalao que amenazaba con desbordarse de nuevo—. ¿Decía usted que…?

—Hablaba de los cuerpos astrales. Pedí, como usted sabe, dos monedas de a penique, porque yo sólo tenía en mi monedero de las de a medio penique. Ya me pareció en aquel momento que la cara que tenía delante me era familiar, sólo que no conseguí colocarla en su sitio, como si dijéramos. Ni aun ahora lo consigo, pero estoy segura de que era alguien que había roto ya sus lazos terrenales. Es admirable la forma en que son enviados, aunque sólo sea para darnos unos peniques y ayudarnos a que podamos hacer una llamada telefónica. Pero… ¿en qué estoy pensando? ¡Mire usted la cola que hay en Peacock! Con seguridad que deben estar repartiendo crema o panecillos vieneses. ¡Dios quiera que no llegue tarde!

La señora de Lionel Cloade atravesó apresuradamente la calle y se incorporó a la fila de mujeres que con cara torva esperaban armadas de paciencia a la puerta de la tienda del repostero.

Poirot siguió calle abaje. No se volvió en dirección a la posada, sino que encaminó sus pasos hacia la parte en que se hallaba la Casa Blanca.

Tenía ansias de hablar con Lynn Marchmont y sospechaba que ésta participaría también de un deseo análogo con respecto a él.

Hacía una hermosa mañana. Una de esas templadas y espléndidas mañanas de primavera que el propio verano envidiaría.

Poirot abandonó la carretera real. Vio el sendero que pasando por Long Willows le conduciría a Furrowbanks. Era el camino que Charles Trenton habría seguido sin duda el día anterior a su muerte. Colina abajo se había encontrado con Rosaleen Cloade, que marchaba en dirección contraria. No la había reconocido, cosa natural no siendo Robert Underhay, ni ella a él por la misma razón. Pero ella juró, al ser requerida a ver el cadáver, que no había visto a aquel hombre en su vida. ¿Lo dijo acaso temerosa de que su reconocimiento pudiese haberle traído alguna molesta complicación? ¿O es que sumergida quizás en profundos pensamientos no se dignara siquiera levantar la vista al hombre que

en aquel momento pasaba por su lado? Si así fue, ¿cuál sería la causa de su abstracción? ¿Rowley Cloade?

Poirot se desvió por la vereda privada que llegaba hasta la Casa Blanca. El jardín de ésta ofrecía un aspecto encantador. Tenía arbustos, ébanos de Europa, y en el centro un retorcido y frondoso manzano. Bajo él, acostada en una cómoda silla plegable de lona, estaba Lynn Marchmont.

Ésta se incorporó súbitamente al oír la voz de Poirot que con tono grave le dio los consabidos «Buenos días».

—Me ha asustado usted, señor Poirot. No lo oí llegar. ¿Conque sigue usted aquí, en Warmsley Vale?

—Sí. Así parece.

—¿Y por qué?

Poirot se encogió de hombros.

—Éste es un agradable rincón que invita a descansar y yo quiero descansar, aunque sólo sea unos días.

—Me alegro de que así sea.

—¿No me pregunta usted, como el resto de su familia, cuándo me vuelvo a Londres, y espera ansiosa la respuesta?

—¿Está seguro de que ellos quieren que se marche de aquí?

—Así lo dan a entender al menos.

—Pues yo no.

—Me lo figuro. ¿Y puede saberse por qué, mademoiselle?

—Porque me parece que aún no está usted del todo satisfecho. Me refiero a que no cree usted en la culpabilidad de David Hunter.

—¿Tanto desea usted su inocencia?

Vio un ligero tinte rosa abrirse paso a través de su bronceada piel.

—Naturalmente. No me gusta ver a un hombre ahorcado por actos que no cometió.

—¡Sí, sí, naturalmente!

—La policía tiene prejuicio contra él por la forma en que él los trata. Eso es lo malo de David. Parece que se complace en hostigar a todo el mundo.

—La policía no le es tan hostil como usted se figura, señora Marchmont. El prejuicio estaba en la mente de los que constituían el Jurado. Rehusaron hacer caso a las advertencias del juez. Fallaron en su contra y la policía no tuvo más alternativa que la de

arrestarle. Pero puedo decirle, sin temor a equivocarme, que están muy lejos de estar satisfechos con el cargo que se ha hecho en contra de Hunter.

Ella preguntó con afán:

—¿Cree usted que le pondrán en libertad?

Poirot hizo un gesto de duda.

—¿Quién cree usted que lo hizo, señor Poirot?

—Había una mujer aquella noche en «El Ciervo» —contestó evasivamente el detective.

—Acabaré por no entender nada —exclamó Lynn, desesperada —. Cuando creíamos que aquel hombre era Robert Underhay, todo parecía ir como una seda. ¿Por qué dijo el comandante Porter que era Robert Underhay, no siéndolo? ¿Por qué se suicidó después? Ahora resulta que volvemos a estar donde estábamos.

—¡Es usted la tercera persona a quien oigo decir esas mismas palabras!

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendida.

Y añadió:

—¿Y usted qué hace a todo esto, señor Poirot?

—¿Yo? Hablar a la gente. Eso es todo.

—¿Pero no les hace usted preguntas acerca del crimen?

Poirot movió negativamente la cabeza.

—No, me limito a… ¿cómo le diré…? a recoger chismografías.

—¿Y eso le sirve de algo?

—A veces sí. Se sorprendería usted de lo que en pocas semanas he logrado saber acerca de las vidas y milagros de muchos residentes en Warmsley Vale. Sé por dónde acostumbra a ir la gente, las personas con quienes se encuentran y, a veces, hasta lo que llegan a hablar. Por ejemplo, sé que nuestro Enoch Arden tomó el sendero para la villa pasando por Furrowbanks deteniéndose allí para hacer unas preguntas, y que no llevaba más equipaje que una voluminosa mochila sobre las espaldas. Sé que Rosaleen Cloade pasó una hora con Rowley en la granja y que aquélla, contrariando a su tristeza habitual, se había sentido muy feliz.

—Sí, ya me lo contó Rowley. Me dijo que parecía una niña a quien se le hubiese dado una vacación.

—¡Bien! Conque dijo eso, ¿eh?

Poirot se detuvo y luego prosiguió:

—Sí, me he enterado de una infinidad de cosas. De los apuros que pasan algunas personas, entre ellas usted y su madre.

—Lo nuestro no es ningún secreto —dijo Lynn—. Todos hemos tratado de obtener dinero de Rosaleen. Es eso a lo que usted se refiere, ¿verdad?

—No fue eso lo que dije.

—¡Pues es verdad! Y supongo que también habrá usted oído cosas acerca de mí, de Rowley y de David.

—¿Es cierto que va usted a casarse con Rowley Cloade?

—¿Yo? Daría cualquier cosa por saberlo… Eso era precisamente lo que trataba de decidir el día que, inesperadamente, me encontré con David junto al bosquecillo. En mi cabeza bullía esa constante pregunta. ¿Me casaré? Hasta el humo de la chimenea de un tren que en aquel momento cruzaba por el valle parecía querer burlarse de mí, formando en el cielo un gigantesco signo de interrogación.

La cara de Poirot adquirió una curiosa expresión que Lynn interpretó equivocadamente.

—¿Pero no comprende usted, señor Poirot, lo difícil que es para mí resolver esta situación? No se trata ahora de David, no. Se trata de mí. Yo he cambiado. He estado ausente tres años, casi cuatro, y al volver me encuentro con que no soy la misma que era al partir. Las gentes que vuelven a lo suyo han cambiado y han de reacomodarse si esperan que todo torne a su normalidad. ¡No es posible salir, vivir otra vida… y no cambiar!

—Está usted equivocada —le dijo Poirot—. La tragedia de la vida es precisamente que nadie quiere cambiar.

Ella se le quedó mirando sin acertar a comprender sus palabras. Él insistió.

—No le quepa a usted duda de que es como yo le digo… ¿Por qué se fue usted, en primer lugar?

—¿Por qué? ¡Qué sé yo! Me fui a la «Wrens» a prestar servicio.

—Sí, sí, ¿pero por qué precisamente a la «Wrens»? Usted estaba comprometida a casarse con Rowley. Estaba usted enamorada de él. ¿No podía usted haberse quedado aquí y haber trabajado en Warmsley Vale?

—Claro que sí. Pero yo quería otra cosa…

—Ya lo sé. Lo que usted quería era marcharse. Simplemente marcharse, ver mundo, cambiar de vida… Huir de Rowley Cloade,

en una palabra. ¡Y ahora está usted inquieta, impaciente, porque persiste en usted la idea de alejarse de aquí!

—Cuando estaba en Oriente, suspiraba por volver a mi casa —gritó Lynn, tratando de defenderse.

—¡Sí, sí, buscando siempre un lugar distinto a aquél en que uno se halla! Y eso le seguirá ocurriendo constantemente. Usted quiso forjar en su mente un tipo de Lynn Marchmont ansiosa de volver a su hogar, y el retrato que le salió no ha respondido a la realidad porque la Lynn Marchmont que usted imaginó no era la real, sino la Lynn Marchmont que usted en el fondo hubiera querido ser.

—¿Así, pues, según usted, no estaré nunca satisfecha en ninguna parte?

—No he dicho tanto. Pero sí le digo que si usted se marchó, fue porque estaba descontenta de su compromiso con Rowley, como sigue estándolo en la actualidad.

Lynn cortó unas briznas de hierbas y se puso a masticarlas, distraída.

—Tiene algo de mefistofélica su ciencia de saber leer en el corazón humano, señor Poirot.

—Es mi *métier*, señorita —contestó modestamente el detective, y volviendo a su tono anterior, añadió:

—Pero queda aún otra verdad que por lo visto no está usted dispuesta a admitir.

—Se refiere usted a David Hunter, ¿verdad? —preguntó Lynn fogosamente—. ¿Usted cree que estoy enamorada de David?

—Sólo usted puede contestar a esa pregunta —murmuró discretamente Poirot.

—Ni siquiera yo puedo contestarla. Hay algo en David que me repele…, pero algo también que me atrae.

Quedó silenciosa unos momentos y después añadió:

—Estuve hablando ayer con el que fue su general. Se había enterado del arresto de David y se presentó inmediatamente dispuesto a ayudarle en cuanto pudiese. Me contó cosas verdaderamente temerarias de David, asegurándome que era el soldado más valiente que había tenido bajo su mando. Sin embargo, señor Poirot, y a pesar de todas sus alabanzas, tuve la impresión de que en su interior no estaba muy seguro de que David no fuese capaz de cometer un delito así.

—¿Y usted no está segura, tampoco?

Lynn dibujó en su cara una patética sonrisa.

—No. ¿Cree usted que puede amarse a un hombre en quien no pueda depositar una mujer su confianza?

—Desgraciadamente, sí.

—No he sido nunca leal con David, precisamente por esta razón. He dado siempre crédito a multitud de habladurías que han ocurrido por el pueblo en el sentido de que David no era en realidad David Hunter, sino un mero amigo de Rosaleen, y me sentí avergonzada, al oír decir al general que había conocido a David de niño en la verde Irlanda.

—*C'est épatant*! —exclamó Poirot— la facilidad con que la gente toma el rábano por las hojas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Simplemente lo que he dicho —contestó—. Dígame: ¿recibió usted una llamada telefónica de la señora Cloade, me refiero a la esposa del doctor, la noche en que se cometió el asesinato?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Nada importante. Un embrollo que se había armado con algunas de sus cuentas.

—¿Sabe usted si habló desde su propia casa?

—No, porque el teléfono estaba estropeado. Tuvo que valerse de uno público.

—¿A las diez?

—Algo así.

—¡Algo así! —repitió Poirot, pensativo.

Y luego dijo, procurando dulcificar un poco el tono de su voz:

—Ésa no fue la única llamada que tuvo usted aquella noche, ¿verdad?

—No —contestó secamente Lynn.

—David Hunter llamó desde Londres, ¿verdad?

—Si.

—Supongo que también querrá usted saber lo que dijo.

—Sí, aunque comprendo que no me asiste derecho alguno para…

—No se preocupe —le atajó Lynn—. Se lo diré con gusto. Me dijo que se marchaba para no volver. Que no era un hombre digno

de mí y que nada en el mundo, ni aun yo, podía hacerle cambiar.

—Y como era posible que esto fuese verdad, no le debió hacer mucha gracia la noticia, ¿verdad? —preguntó Poirot con acento de picardía.

—Espero que cumpla su palabra, si sale absuelto, por supuesto, y que ambos se marchen para América o donde sea, de una vez y para siempre. Será el modo de que dejemos de pensar en ellos y de que aprendamos a resolver, sin ayuda de nadie, nuestras propias dificultades. ¡De que cese de una vez nuestra malquerencia!

—¿Malquerencia?

—Sí. La sentí por primera vez la noche de la fiesta en casa de la tía Kathie. Quise atribuirla a mi reciente llegada y a que quizá perdurase en mí aquella especie de aversión que sentía por todo cuanto me rodeaba. Pero no. Vi que era un sentimiento del que participaban todos los de mi familia por igual. Malquerencia… por Rosaleen. Deseos de verla muerta. ¡Es horrible, lo sé, sentir una cosa así por una persona que, al fin y al cabo, no nos ha hecho ningún mal!

—Su muerte, en medio de todo, es lo único que podría beneficiar a todos ustedes —dijo Poirot con un tono de voz frívolo y práctico a la vez.

—¿Económicamente, quiere usted decir? Su simple presencia en estos contornos nos ha hecho más daño que el que pudiera usted imaginar. No es bueno envidiar a nadie, tener que mendigar sus favores, sentir repugnancia por ella… Allí la tiene usted ahora en Furrowbanks, sola. Parece un espectro, muerta de terror, parece… ¡oh…! parece que vaya a perder la razón. ¡Pero no quiere nuestra ayuda! La de ninguno de nosotros. *Mamy* le pidió que viniese a vivir en nuestra casa. Tía Frances la invitó a ir a la suya. Hasta tía Kathie se ofreció a hacerle compañía en Furrowbanks… ¡Pero es inútil! No quiere aceptar nada de nosotros. Ni siquiera ha querido ver al general Conroy. Creo que ahora está enferma, como consecuencia de sus angustias y de su miedo, claro está; pero aquí nos tiene usted sin poder hacer nada por ella.

—¿Lo ha intentado usted? ¿Usted, personalmente?

—Sí —contestó Lynn—. Estuve ayer a verla y le pregunté si podía ayudarle en algo. Me miró y de pronto se puso a temblar y a llorar como una desesperada. «Usted menos que nadie», exclamó

señalándome temerosamente con el dedo. Supongo que es David quien le ha aconsejado que se quede en Furrowbanks. Rowley le llevó mantequilla y huevos de Long Willows. Es por lo visto el único de la familia a quien tolera. Le dio las gracias y le dijo que era muy amable. Y hay que reconocer que Rowley lo ha sido siempre con ella.

—Hay siempre gentes —dijo Poirot— por las que uno siente sin darse cuenta una profunda simpatía, casi diría piedad.

Sin terminar la frase, se puso súbitamente en pie.

—Señorita, es preciso que vayamos a Furrowbanks —exclamó.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—Si está usted dispuesta a ser generosa y comprensiva…

—Lo estoy —contestó Lynn sin vacilar—. No le quepa duda que lo estoy.

Capítulo XIII

Tardaron sólo cinco minutos en llegar a Furrowbanks. La vereda del extenso jardín de la casa serpenteaba por un declive cuidadosamente bordeado por una espesa hilera de rododendros. Gordon Cloade no había economizado trabajo ni dinero alguno para convertir a Furrowbanks en un verdadero rincón de ensueño. La doncella que salió a responder a su llamada quedó sorprendida al verlos y manifestó su duda sobre la posibilidad de que pudiesen ver a la señora Cloade. La señora, dijo, no se había levantado todavía. Sin embargo, les condujo a la sala, y se fue escaleras arriba con el mensaje de Poirot.

Éste miró a su alrededor. Estaba haciendo un estudio comparativo entre esta sala y la que poseía Frances Cloade, tan íntima y tan en consonancia esta última con el carácter de su dueña. La sala de Furrowbanks era estrictamente impersonal, sólo hablaba de lujo, asociado, no obstante, a un impecable buen gusto. Gordon Cloade sólo se había cuidado de que todo lo que hubiese en la habitación fuese de la mejor calidad y de indiscutible valor artístico. No había en ella signo alguno de selectividad, o de inclinación personal de su ocupante. Rosaleen Cloade no había estampado en el lugar muestras de su capricho o individualidad.

Había vivido en Furrowbanks con el mismo despego hacia cuanto le rodeara que hubiese mostrado un turista cualquiera alojado en un hotel como el Ritz o el Savoy.

—Me gustaría saber —pensó Poirot— si las otras…

Lynn rompió la cadena de sus pensamientos preguntándole qué pensaba y qué era lo que le hacía parecer tan preocupado.

—El fruto del pecado, señorita, dicen que es la muerte. Aunque veo que, a veces, es también el lujo y el bienestar. ¿Pero valdrá

esto, en realidad, la pena de desviar el curso de una vida? ¿De…?

Cortó sus razonamientos al ver a la doncella que, olvidando toda su compostura, bajaba las escaleras con cara de terror y entraba en la sala balbuceando ininteligiblemente unas palabras.

—¡Oh, señora Marchmont! ¡Oh, caballero…! La señorita… arriba… creo que está muy mal. No habla. No he podido despertarla… ¡Y tiene las manos muy frías!

Poirot giró sobre sus talones y salió precipitadamente de la habitación seguido de la doncella y Lynn, y subió las escaleras y entró en un cuarto con la puerta abierta que aquélla señaló y que cerró cuidadosamente tras de sí tan pronto como todos estuvieron en su interior.

Era un espacioso y elegante dormitorio. El sol entraba a torrentes por una de las ventanas iluminando unas artísticas alfombras que cubrían casi totalmente el suelo.

Sobre una cama de madera yacía Rosaleen, dormida al parecer. Su cabeza estaba ligeramente inclinada sobre la almohada y unas largas y oscuras pestañas parecían acariciar suavemente sus mejillas. Una de sus manos estrujaba con fuerza un pañuelo y en su cara, en general, había una expresión de placidez de niño que se queda dormido tras un prolongado llanto.

Poirot cogió una de sus manos con objeto de tomarle el pulso. Estaba fría como el hielo.

—Debe de llevar así ya unas horas —le dijo a Lynn—. Murió seguramente mientras dormía.

—¡Oh, señor! ¿Y qué cree usted que debemos hacer ahora? —exclamó la doncella, rompiendo a sollozar.

—¿Quién era su doctor?

—El tío Lionel —respondió Lynn.

—Telefonee inmediatamente al doctor Cloade —dijo Poirot a la doncella.

Salió ésta con los ojos aún llenos de lágrimas y Poirot empezó a inspeccionar la habitación. Había una pequeña cajita de cartón sobre la mesilla de noche con la siguiente inscripción: «Para tomar una en el momento de acostarse». Abrió la caja envolviéndola primero con un pañuelo. En su interior quedaban aún tres sellos. Se dirigió después a la chimenea y luego a una mesita escritorio. La silla había sido empujada a un lado. Sobre aquélla había una

carpeta abierta y en ella una hoja de papel emborronada con una serie de garabatos que recordaban la escritura de un niño de pocos años. Decía así:

«No sé qué hacer… No puedo seguir así por más tiempo… He sido tan mala… Tengo que confesarlo todo a alguien y recuperar la tranquilidad… Empezaré diciendo que no fue nunca mi idea hacer mal a nadie. No sabía siquiera lo que iba a ocurrir. Debo ponerlo todo por escrito…».

Las palabras terminaban con una línea parecida a un prolongado guión. La pluma seguía donde seguramente había sido abandonada. Poirot volvió a releer el contenido del papel mientras Lynn, al lado de la cama, seguía contemplando a la muerta.

De pronto la puerta se abrió con estrépito y David Hunter entró jadeante en la habitación.

—¡David! —exclamó Lynn—. ¡Te han soltado al fin! ¡No sabes cuánto me alegro!

Sin hacer caso de sus palabras, la apartó con brusquedad y se inclinó sobre la pálida figura de Rosaleen.

—¡Rosa! Rosaleen… —gritó.

Tocó su mano yerta y después se volvió a Lynn con ojos encendidos por la cólera.

—¡Por fin la habéis matado! ¿verdad? —dijo, acentuando deliberadamente sus palabras—. ¡Por fin os habéis desembarazado de su carga! Primero lo hicisteis conmigo tratando de enviarme a la horca con una serie de pruebas muy hábilmente preparadas y ahora, entre todos, habéis conseguido también eliminarla a ella. ¿O acaso ha sido la obra de uno solo? ¡No me importa quién! ¡Lo cierto es que la habéis matado! ¡Queríais su cochino dinero, ya lo tenéis! ¡Ya sois ricos, pandilla asquerosa de asesinos! No fuisteis capaces de matarla mientras estuve a su lado, pero al verla sola e indefensa comprendisteis que había llegado vuestra oportunidad… ¡y supisteis aprovecharla!

Se detuvo unos instantes y añadió con voz baja y temblorosa:

—¡Asesinos!

—¡No, David! —gritó Lynn—. Estás en un error. No hay ninguno de nosotros que sea capaz de una bajeza semejante.

—Uno de vosotros la mató, Lynn Marchmont. ¡Lo sabes tan bien como yo!

—Te lo juro, David. Te lo juro que no hay uno solo de mi familia que sea capaz de una cosa así.

La fiereza de su mirada pareció atenuarse un tanteo.

—Quizá no hayas sido tú, Lynn…

—No digas quizá. ¡No he sido yo, David, te lo juro!

Hércules Poirot se adelantó unos pasos y tosió significativamente. David se volvió hacia él.

—Creo —dijo Poirot— que exagera usted un poco la nota de su dramatismo. ¿Por qué saltar a la conclusión de que su hermana fue asesinada?

—¿Quiere usted decir que no lo fue? ¿Llama usted a esto —dijo señalando el cuerpo que yacía sobre la cama— una muerte natural? Rosaleen sufría de los nervios, pero tenía una constitución envidiable.

—Ayer noche —añadió Poirot— estuvo aquí escribiendo antes de acostarse…

David se dirigió a la mesa y se inclinó sobre la hoja de papel.

—No lo toque —le advirtió Poirot.

David leyó lo escrito.

Después levantó la cabeza y dijo, mirando inquisitivamente a Poirot.

—¿Está usted sugiriendo, por casualidad, la idea de suicidio? ¿Por qué había de suicidarse Rosaleen?

La voz que respondió a esta pregunta no fue la del detective. Fue la del superintendente Spence, cuya voluminosa figura acababa de dibujarse en el marco de la puerta.

—Supongamos que la señora Cloade no estuviese en Londres el martes, como usted dijo, sino en Warmsley Vale. Supongamos también que había ido a visitar al hombre que trató de hacerle un chantaje. Y supongamos por fin, que en un acceso de furor lo matase.

David le miró con ojos congestionados por la cólera.

—Mi hermana estuvo en Londres el martes por la noche y allí la encontré yo a las once.

—Sí —replicó Spence—. Eso es lo que usted dice, señor Hunter. Y estoy seguro que usted se aferrará como una sanguijuela a su

historia. Pero eso no quiere decir que los demás estemos obligados a admitirla. De todos modos —dijo señalando al cuerpo exánime de Rosaleen—, nada se puede hacer. Este caso ya no podría encomendarse a los Tribunales de Justicia.

Capítulo XIV

—No admitirá nunca —decía Spence, mirando a Poirot que estaba sentado frente a él, mesa por medio, en su oficina de la Comisaría de Policía—, aunque me consta que lo sabe, que fue ella quien le mató. Resulta curioso la mucha atención que hemos dado a su coartada y lo poco que hemos dado en cambio a la de ella. Sin embargo, no tenemos corroboración alguna de Rosaleen de que se hallara aquella noche en su pisito de Londres, con la excepción de la palabra de él. Sabíamos por el curso del proceso que sólo había dos personas que tuviesen motivos para desear la muerte de Arden: David Hunter y su hermana Rosaleen. Y yo, como un tonto, pensaba sólo en él y sin preocuparme en lo más mínimo por ella. El hecho es que parecía una infeliz hasta si cabe un poco trastornada, y quizás eso explique en parte mi equivocación. Probablemente David Hunter se apresuró a facturarla para Londres por esa misma razón. Quizá comprendiera lo peligroso que hubiese sido dejarla a solas siquiera un solo minuto. Y otra cosa curiosa. No es la primera vez que la he visto pasearse con una chaqueta de hilo color naranja y aun con combinación de chaqueta, boina y un pañuelo del mismo color. Y, sin embargo, cuando la señora Leadbetter describió a la joven que ella vio, con la cabeza envuelta en un pañuelo color naranja, no se me ocurrió ni por pienso que ésta pudiese ser la señora de Gordon Cloade. Hasta creo que en aquel momento no debió estar en sus cabales y que no fue, por lo tanto, completamente responsable de sus actos. La forma cómo se describió la escena de la iglesia demuestra que no tenía la conciencia muy limpia.

—No la tenía en realidad —contestó Hércules Poirot.

Spence prosiguió pensativamente:

—Debió de atacar a Arden en un momento de frenesí. Supongo que él no tendría la menor noción de lo que podría ocurrirle, ni tomaría precaución alguna ante una mujer tan insignificante.

Rumió por unos instantes en silencio y añadió:

—Hay otra cosa también que me gustaría saber. ¿Quién fue el que instigó a Porter a mentir de aquella manera? Usted dice que no fue la señora Jeremy Cloade, pero yo le apostaría a que lo fue.

—No —replicó Poirot—. No fue la señora de Jeremy Cloade. Ella misma me lo aseguró y yo la creo. Yo también he sido un tanto estúpido en ese punto. Debía haberlo sabido mucho antes. Fue el mismo Porter quien me lo dijo.

—¿Que Porter se lo dijo?

—Indirectamente, como es natural. Ni siquiera se dio cuenta de lo que hizo.

—Bien, ¿qué fue?

Poirot inclinó cómicamente la cabeza.

—¿Me permite primero, que le haga dos preguntas?

El superintendente quedó sorprendido.

—Haga usted las que quiera —contestó.

—Esos sellos para dormir que había en la cajita encontrada sobre la mesilla de noche, ¿qué son?

La sorpresa del superintendente subió de punto.

—¿Ésos? Nada. Son inofensivos. Bromuro. Para calmar los nervios. Tomaba uno cada noche. Los analizamos, como usted comprenderá, y nada había en ellos de particular.

—¿Quién los recetó?

—El doctor Cloade.

—¿Cuándo los prescribió?

—Oh, hace ya algún tiempo.

—¿Qué veneno fue el que la mató?

—No tenemos todavía el informe, pero no creo que haya mucha duda acerca de ello. Morfina, y en dosis bastante fuerte.

—¿Se encontró alguna morfina en su poder?

Spence miró curiosamente a su interlocutor.

—No. ¿Por qué lo pregunta, señor Poirot?

—Pasaré ahora a mi segunda pregunta —contestó evasivamente —. David Hunter solicitó una conferencia telefónica con Lynn Marchmont, desde Londres, a las once y cinco de la noche del

martes. Usted dice que comprobaron desde el departamento de Shepherd's Court. ¿Hubo otras llamadas de fuera?

—Una. A las diez y cuarto. También desde Warmsley Vale. Se hizo desde la cabina de uno de los teléfonos públicos.

—¡Ah, vamos!

Poirot quedó pensativo unos instantes.

—Bueno, ¿qué más quiere usted saber, señor Poirot?

—¿Contestaron a esta última llamada que usted dice? La encargada de la central, quiero decir, ¿obtuvo respuesta del número de Londres?

—Ya sé a dónde va usted a parar —dijo pausadamente Spence —. Debió haber alguien en el piso. No podía ser David Hunter porque a esa hora él estaría todavía en el tren. Así, pues, es posible que fuese Rosaleen Cloade. Y si es así Rosaleen no podía haber estado en «El Ciervo» cinco minutos antes. Lo que usted quiere dar a entender, señor Poirot, es que la mujer del pañuelo de color naranja no pudo haber sido en modo alguno Rosaleen Cloade y que, por lo tanto, tampoco pudo ser ella quien matara a Arden. Pero entonces, ¿por qué se suicidó?

—La respuesta a eso es muy sencilla —respondió Poirot—. No hubo tal suicidio. Rosaleen Cloade fue asesinada.

—¿Quéééé…?

—Asesinada, fría y premeditadamente.

—¿Pero quién mató a Arden? Hemos descartado a David.

—Tampoco fue David.

—¿Y ahora elimina usted a Rosaleen? Que me emplumen si lo entiendo. David y Rosaleen son los únicos sobre los que puede recaer la sospecha de tener un motivo.

—Sí —replicó Poirot—. Un motivo. Fue esto precisamente lo que nos despistó. Si A tiene un motivo para matar a C y B lo tiene para matar a D, ¿cree usted que hay lógica en suponer que A matará a D, B y C?

Spence lanzó un gruñido.

—Un momento… un momento, señor Poirot, porque no he acabado todavía de comprender lo que ha querido usted decir con esas «Aes», esas «Bes» y esas «Ces».

—Es un poco complicado —dijo Poirot—. Muy complicado, porque, como usted ve, tiene usted aquí dos clases completamente

diferentes de crimen, y por consecuencia tiene que haber, debe haber, dos tipos, también diferentes de criminal. Introduzcamos el Primer Asesino y a continuación el Segundo Asesino.

—Por favor, señor Poirot, no me acote usted a Shakespeare —gruñó el superintendente—. Esto no es un drama del tiempo de la reina Isabel.

—Al contrario. Es completamente «shakesperiano». Tiene todas las emociones, emociones humanas, en que Shakespeare se hubiese deleitado: celos, odios, acción rápida y apasionada… «Hay una marea en la vida de los hombres cuya pleamar puede conducirnos a la fortuna…». Alguien parece haberse atenido al sentido de esos versos, superintendente. Asir a su paso a la oportunidad, y utilizarla en beneficio propio, eso ha sido logrado, triunfalmente por cierto, ¿y he de añadir que bajo sus propias narices?

Spence se frotó con rabia su apéndice nasal.

—¡Por lo que usted más quiera, señor Poirot —gritó exasperado —, dígame, si es posible, qué es lo que quiere usted dar a entender con todo este embrollo!

—Seré claro, límpido como el cristal. Aquí tenemos tres muertos, ¿no es así? Supongo que en esto estará usted conforme. ¿Sí o no?

Spence le echó una mirada de basilisco.

—¡Claro que estoy conforme…! No me saldrá usted con el cuento de que uno de los tres está todavía vivo.

—No, no —dijo Poirot—. Están muertos. Pero contésteme a esto: ¿cómo murieron? ¿Cómo, digamos, clasificaría usted sus muertes…?

—Con respecto a eso, usted ya conoce mis puntos de vista, señor Poirot. Un asesinato y dos suicidios. Pero según acaba usted de decir, el último suicidio no es un suicidio. ¿Qué es, pues? ¿Otro asesinato?

—Según mis deducciones —respondió el detective—, ha habido un suicidio, un accidente y un asesinato.

—¿Accidente? ¿Quiere usted decir que la señora Gordon Cloade se envenenó accidentalmente? ¿O que fuese accidental el tiro que se disparó el comandante Porter?

—No —contestó Poirot—. El accidente fue la muerte de Charles Trenton, conocido también por el nombre de Enoch Arden.

—¿Accidente llama usted a eso? —estalló el superintendente—.

¡Accidente! ¿Un asesinato claro como la luz, en que la cabeza de un hombre ha sido machacada a fuerza de golpes, y le llama usted accidente?

Sin dejarse impresionar por la agresividad del superintendente, Poirot respondió con calma:

—Al decir accidente, he querido significar que no hubo intención de matar.

—¿Ningún intento de matar, cuando un cráneo ha quedado reducido materialmente a un estado de pulpa? ¿Quiere usted dar a entender que fue atacado por un lunático?

—Eso es algo que se aproxima a la verdad, aunque no en el sentido que usted le quiere dar.

—La señora de Gordon es la única que tiene la cabeza un poco trastornada en nuestro caso. Claro que también la señora de Lionel Cloade está como un cencerro, pero nunca se ha mostrado violenta. En cuanto a la señora de Jeremy, ni hablar. Es la sensatez y el equilibrio en persona. Y a propósito. ¿Dice usted que no fue la señora de Jeremy Cloade quien sobornó al comandante Porter?

—No. Yo sé quién fue. Como ya he dicho, fue el propio Porter quien involuntariamente me lo hizo saber. Una simple observación… ¡hubiera merecido que me apalearan por no haberme dado cuenta a tiempo!

—¿Y después fue su lunático ABC quien asesinó a Rosaleen?

La voz de Spence iba haciéndose cada vez más escéptica.

Poirot movió la cabeza enérgicamente.

—En modo alguno. Aquí es donde hace mutis nuestro Primer Asesino y entra el Segundo. Éste es un crimen completamente diferente. No hay en él pasión ni arrebato. Es el asesinato frío, premeditado, yo le aseguro que poco he de valer o he de ver a ese asesino balanceándose en el extremo de una cuerda.

Se puso en pie mientras hablaba y se encaminó en dirección a la puerta.

—¡Eh! —gritó Spence—. Tiene usted que darme todavía algunos nombres.

—No. Dentro de muy poco podré satisfacer su curiosidad. Tengo primero que recibir una carta de allende el mar.

—No me venga usted hablando como uno de esos que echan la buenaventura… ¡Eh, Poirot!

Éste había desaparecido.

Atravesó la plaza y se fue directamente a casa del doctor Cloade.

Fue la señora Cloade quien abrió la puerta y, como siempre, dio un respingo al ver a Poirot. Éste no perdió el tiempo en inútiles cumplidos.

—Señora —dijo—. Tengo que hablar con usted.

—Claro, claro. Tenga la bondad de pasar. No había terminado aún la limpieza, pero en fin…

—Quiero preguntarle algo. ¿Cuánto tiempo hace que su marido es un devoto de la morfina?

La «tía Kathie» rompió instantáneamente a llorar.

—¡Dios mío! Yo creí que nadie llegaría a enterarse… Principió durante la guerra. ¡Estaba tan cansado y sufría además, de una neuralgia tan terrible…! Hace ya algún tiempo que está tratando de rebajar la dosis… y lo ha conseguido. Eso es lo que le hace parecer tan irritable algunas veces.

—Ésa es una de las razones por las que necesita dinero, ¿verdad?

—Supongo que sí, ¡oh, por Dios, señor Poirot! Me ha prometido muy solemnemente que muy pronto se pondrá en cura.

—Cálmese, señora, y contésteme a una última pregunta. La noche que usted telefoneó a la señorita Marchmont salió a hacerlo desde la cabina pública que hay frente a la oficina de Correos, ¿no es así? ¿Encontró usted a alguien en la plaza aquella noche?

—¡Oh, no, señor Poirot, a nadie!

—Pero tengo entendido que hubo usted de pedir dos piezas de penique, pues sólo tenía usted en su bolso de las de medio penique.

—¡Ah, sí! Tuve que pedírselas a la mujer que en aquel momento salía también de la caseta.

—¿Qué aspecto tenía esa mujer?

—No sé cómo decírselo. A mí me pareció una especie de cupletista. No sé si sabrá usted lo que quiero decir. Llevaba un pañuelo color naranja alrededor de la cabeza. Lo raro es que yo tengo la seguridad de haber visto aquella persona en alguna otra parte. La cara me era familiar. Posiblemente fuese algún enviado del Más Allá. Pero por más esfuerzos que hice, no pude acordarme de dónde y cómo había conocido a aquella mujer.

—Muchas gracias, señora —dijo despidiéndose Hércules Poirot.

Capítulo XV

Lynn salió de la casa y quedóse mirando al cielo. Había tomado una determinación, se dijo, y era preciso no andarse con titubeos. Echó una ojeada a su alrededor y pensó: «Significa dar el adiós a todo esto, a mi mundo, o a mi modo de vivir».

Porque no se hacía ilusiones. La vida de David sería un azar, una aventura, que lo mismo podía salir bien que mal. Él mismo se lo había advertido…

Por teléfono, la noche del asesinato.

Y en cambio ahora, sólo pocas horas antes, le había dicho:

—Quería desaparecer de tu vida. Era un loco en pensar siquiera que podía marcharme sin ti. Iremos a Londres y nos casaremos con una licencia especial… ¡Oh, sí! Todo antes que permitir que sigas titubeando. Hay raíces que te mantienen atada aquí y que es preciso que yo rompa de una vez.

Y después había añadido:

—Se lo diremos a Rowley cuando ya seas la señora de David Hunter. Creo que entonces será mejor, ¿no te parece?

Pero el que nada contestara en aquel momento no era prueba de que diera su conformidad. No. Debía ir personalmente a comunicárselo a Rowley.

Y casi automáticamente, se puso en camino en dirección a la casa de éste.

Empezaban a notarse los primeros síntomas de la tormenta que se avecinaba, cuando Lynn llamó a la puerta de Long Willows. Abrió el propio Rowley, que quedó sorprendido al verla.

—¿Qué tal, Lynn? ¿Por qué no me has avisado que vendrías? Podía haber salido.

—Quiero hablar contigo, Rowley.

Éste se echó a un lado para dejarla pasar y ambos se dirigieron a la cocina, donde sobre una mesa, se veían aún los restos de la cena.

—Estoy pensando instalar una cocina eléctrica —dijo Rowley— para evitar incomodidades. También, un nuevo fregadero de acero.

Ella le interrumpió:

—No hagas planes, Rowley.

—¿Te refieres a que esa pobre chiquilla no ha sido enterrada todavía? No creo que eso tenga nada que ver conmigo… quiero decir con nosotros.

Lynn contuvo el aliento.

—No, Rowley. Ya no existe ese «nosotros» entre los dos. Era precisamente lo que venía a decirte.

Él se quedó mirando sin pestañear mientras de la boca de Lynn, lenta, pero decididamente, brotaban estas palabras:

—Voy a casarme con David Hunter, Rowley…

No sabía, en concreto, qué reacción podía esperar de él, qué protestas o quizás una pasajera explosión de cólera. Ni por pienso se le ocurrió que Rowley pudiera tomárselo como lo tomó.

Se la quedó mirando durante un minuto o dos. Después se dirigió a la chimenea y avivó el fuego. Por fin se volvió a ella y habló como sumergido en una profunda abstracción.

—A ver, a ver… vamos a aclarar esto. Dices que vas a casarte con David Hunter, ¿por qué?

—Porque le quiero.

—No es verdad. Tú me quieres a mí.

—No, Rowley. Te quise, eso sí, hasta el momento de partir a la guerra. Pero han pasado cuatro años desde entonces… y he cambiado. Los dos hemos cambiado.

—Estás equivocada —dijo él con calma—. Yo no he cambiado.

—Bueno, quizá no hayas cambiado mucho.

—Nada. Tampoco he tenido oportunidad para ello. Aquí me he limitado a trabajar como una bestia. No me he lanzado en ningún paracaídas, ni he asaltado costas durante la noche, ni he apuñalado a hombres al amparo de la oscuridad.

—¡Rowley…!

—¡No he estado en la guerra! ¡No he peleado! He llevado una vida relativamente tranquila y sosegada. ¡Dichoso Rowley! Pero como marido, ¡te sentirías avergonzada de mí!

—¡No, Rowley, no es eso!

—¡Sí lo es!

Se había acercado a ella. Su cuello iba congestionándose por momentos. Las venas de las sienes y la frente, abultadas, parecían querer dar un estallido. Y aquella mirada le recordaba la de un toro furioso que un día se cruzara con ella en el campo.

—Ten calma, Lynn y escúchame, porque quizá sea ésta la última vez que lo hagas. Yo he perdido por ti la oportunidad de haber podido luchar por mi país. He visto partir a mi mejor amigo para enterarme poco después de su muerte. He visto a mi novia, ¡a mi novia!, ¿lo oyes bien?, vestirse de uniforme y marcharse al servicio de ultramar. Yo sólo he sido: «El hombre Que Ella Dejó Tras sí». ¿Comprendes ahora mi tormento, Lynn? Mi vida, ya triste, la convertiste en un infierno desde tu llegada. Desde la noche aquella de la fiesta en casa de tía Kathie en que vi el arrobamiento con que mirabas a David. Pero si él ha creído que va a poseerte, pronto le haré ver lo lamentable de su error. No serás nunca suya, ¿me entiendes? Nunca. O mía, o de nadie.

—¡Rowley!

Lynn se había levantado y retrocedía paso a paso. Estaba aterrorizada. Quien ahora tenía ante sí no era el Rowley que ella conociera, sino una bestia embrutecida por la rabia y los celos.

—He matado ya a dos personas —dijo ominosamente Rowley—, ¿crees que titubearé en hacerlo con una tercera?

Estaba ya al lado de ella, con las manos alrededor de su cuello.

—Ya no puedo más, Lynn…

Sus dedos presionaban con fuerza… Los objetos parecían girar en confuso torbellino… Luego una oscuridad cada vez más profunda.

Y de pronto una tos. Una tos significativa y artificial.

Rowley se contuvo y dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo. El cuerpo de Lynn, libre de las potentes tenazas que la mantenían en pie… se desplomó sin sentido.

Ya en el interior, pero a poca distancia de la puerta, estaba la figura de Poirot.

—Espero —dijo— que no soy inoportuno. Llamé, como es natural… Vi que nadie contestaba… y me tomé la libertad de entrar. ¿Estaban, quizá, muy ocupados?

Hubo un momento en que el aire estuvo tenso y cargado de electricidad. Rowley le miró fijamente. Por un momento pareció como si fuera a lanzarse sobre el detective. Después cambió de opinión y dijo con voz seca e inexpresiva:

—Ha llegado usted… en el momento preciso.

Capítulo XVI

En una atmósfera saturada de malevolencia y odio inyectó Poirot una pequeña dosis de la suya de comprensión y afecto.

—¿Hay agua hirviendo en la marmita? —inquirió.

—Sí —contestó Rowley, atontado aún.

—Entonces… ¿sería usted tan amable de hacerme una taza de café…? O de té, si es más cómodo…

Hércules Poirot sacó un pañuelo limpio de uno de sus bolsillos, lo empapó con agua fría, lo exprimió y se acercó a Lynn.

—Déjeme usted que le ponga esto alrededor del cuello, mademoiselle. Tengo también un imperdible. ¡Ajajá! Esto le aliviará bastante el dolor.

Hablando todavía con dificultad, Lynn dio las gracias. La cocina de Long Willows… la presencia en ella de Poirot…, todo le parecía un sueño. Se sentía horriblemente mal. Consiguiendo ponerse en pie, y ayudada por Poirot, llegó hasta una de las sillas, donde se sentó. Poirot preguntó:

—¿Está ya el café?

—Sí —contestó Rowley.

Lo trajo. Poirot sirvió una taza, que se apresuró a ofrecer a Lynn.

—Óigame —dijo Rowley—. Creo que no se ha dado usted perfecta cuenta de lo que ha ocurrido aquí. He intentado estrangular a Lynn.

—¡Tché, tché, tché…! —respondió Poirot, con sonidos inarticulados encaminados al parecer a reprochar sólo el mal gusto demostrado por Rowley en su incomprensible atentado.

—Tengo dos muertes sobre mi conciencia —prosiguió Rowley—. La suya hubiese sido la tercera, de no haber llegado usted.

—Bebamos el café —interpuso evasivamente Poirot—, y no

hablemos de muertes. No es conversación agradable para la señorita Lynn.

Ésta bebió el suyo con dificultad. Estaba fuerte y caliente, lo cual contribuyó a aliviarle un tanto los dolores que sentía.

—Se encuentra usted mejor, ¿verdad? —preguntó Hércules Poirot.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien. Entonces podemos hablar, y al decir *podemos*, he querido decir que no soy el único que va a hacer uso de la palabra.

—Perdone que sea yo el que empiece —dijo gravemente Rowley —. ¿Sabe usted, acaso, que fui yo quien mató a Charles Trenton?

—Sí —respondió Poirot—. Hace algún tiempo que lo sé.

La puerta se abrió de pronto. Era David Hunter.

—¡Lynn! —exclamó—. Nada me dijiste de que…

Se detuvo como aturdido mirando alternativamente a cada uno de los presentes.

—Otra taza —pidió Poirot.

Rowley sacó una del aparador. La tomó Poirot, y una vez llena, se la entregó a David.

—Siéntese —dijo a éste—. Beberemos tranquilamente nuestros cafés, y después escuchen todos la conferencia que, en materia de crimen, va a darles en estos momentos Hércules Poirot.

Echó una mirada a su alrededor y sonrió complacido.

Lynn pensó para sí:

«Esto es algo fantástico. Algo así como una pesadilla».

Todos parecían estar sometidos al influjo de aquel hombre estrafalario sin más distintivo personal que sus largos mostachos. Allí estaban sentados obedientemente, Rowley, el matador; Lynn, la víctima, y David, su adorado; todos con sus respectivas tazas de café en la mano.

—¿Qué es lo que causa el crimen? —requirió retóricamente Hércules Poirot—. Aunque no lo parezca, esta pregunta envuelve un problema de difícil solución. ¿Qué estímulos se necesitan para cometerlo? ¿Qué innatas predisposiciones es preciso tener? ¿Son todos, acaso, capaces de él, de alguna forma de crimen, al menos? ¿Y qué sucede, esto es lo que yo me he venido preguntando desde el comienzo, qué sucede cuando gente que ha estado resguardada siempre contra todos los riesgos de la vida, pierde de pronto esa

protección?

«Estoy hablando, como ustedes comprenderán, de los Cloade. Sólo hay uno de ellos aquí presente, y esto me permite hablar con mayor libertad. Este problema me ha fascinado desde el principio. Aquí tenemos el caso de una familia entera a la que las circunstancias han impedido desenvolverse por sus propios medios. Aunque cada miembro de ella tiene su propio *modus vivendi* o su profesión, no han podido escaparse nunca a la acción de esa especie de sombra protectora. Jamás han experimentado ansia o temor. Han vivido en perpetua seguridad, seguridad a mi juicio artificial y falta de naturalidad.

Suspiró y continuó diciendo:

—Lo que yo quiero decirles es que no hay modo de conocer el carácter humano hasta que no llega el momento de la prueba. Para la mayor parte, ésta viene a esa edad asaz temprano en que el hombre se ve obligado a mantenerse en pie, valiéndose de su propio esfuerzo, a enfrentarse con toda clase de peligros y de dificultades y a emplear sus propios medios de defensa. Rectos unos, equivocados otros, nos indican la calidad del frágil barro de que estamos hechos.

Dio un respiro de sosiego y prosiguió:

—Pero los Cloade no tuvieron oportunidad de conocer sus flaquezas hasta el preciso momento de verse desposeídos de esta protección, y obligados, casi sin preparación alguna, a hacer frente a la adversidad. Una cosa, sólo una cosa, se alzaba entre ellos y la recuperación de su seguridad anterior, y ésta era la vida de Rosaleen Cloade. Tengo la absoluta seguridad de que ni un solo Cloade habrá dejado de pensar, aunque sólo haya sido por una fracción de segundo: «Si Rosaleen muriese…».

Lynn se estremeció. Poirot se detuvo, como si quisiera darles tiempo para meditar serenamente la significación de sus palabras. Después prosiguió:

—El pensamiento de la muerte, mejor dicho, de su muerte, pasó por las mentes de todos, de esto estoy en lo cierto. Pero hubo alguien que al de la muerte, asociara también el pensamiento del asesinato y hasta el de sentirse *capaz* de llevarlo a la práctica.

Sin la menor alteración en su voz, se volvió a Rowley y le preguntó sin rodeos:

—¿Pensó usted alguna vez en matarla?

—Sí —respondió aquél sin vacilar—. El día en que se presentó en la granja. Estábamos solos, y tentado estuve de hacerlo. ¡Me hubiera sido tan fácil…! Parecía tierna y sentimental, y bonita como las terneras que yo acostumbro a enviar al mercado. También éstas lo son y sin embargo, no dejamos de sacrificarlas. Me extrañaba que no se mostrase ese temor que siempre parecía acompañarla. De haber podido leer en mi pensamiento cuando me acerqué a darle lumbre valiéndome de su propio encendedor, quizá lo hubiera tenido y aquella vez sí que con verdadero fundamento.

—Supongo que ese encendedor que acaba usted de mencionar se lo dejó ella olvidado en su casa. Así se comprende que más tarde se encontrase en su poder.

Rowley asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—No sé por qué no la maté —añadió—. Con lo fácil que me hubiese sido simular un accidente o algo por el estilo.

—Porque no era su tipo de crimen —explicó Poirot—. Ésa es la razón. El hombre a quien usted mató, lo mató en un acceso de furia, sin querer siquiera hacerlo, por lo que presumo.

—En eso no se equivoca. Le pegué un puñetazo en la mandíbula y fue a dar la cabeza contra el borde del guardafuegos de mármol de la chimenea. Quedé aterrado cuando me convencí de que estaba muerto.

De pronto echó una sorprendida mirada a Poirot.

—¿Cómo se enteró usted de eso? —exclamó.

—Creo —respondió Poirot— que he podido reconstruir la escena con relativa precisión. De todos modos, corríjame si me equivoco. Usted fue a la fonda de «El Ciervo» aquella noche, ¿verdad?, y Beatrice Lippincott le contó los detalles de la conversación sostenida en el cuarto número 5. A continuación se dirigió, como ya ha declarado, a casa de su tío Jeremy, que, como abogado, podía darle algún consejo sobre la situación. Algo le debió ocurrir allí para que de pronto se decidiese a renunciar a sus planes de consulta. Yo sé en qué consistió ese algo. Usted vio un retrato…

Rowley asintió.

—Sí, estaba sobre la mesa. Lo miré y al punto comprendí el por qué la cara de aquel hombre me había sido desde el primer momento tan familiar. Esto me hizo caer en que quizá Jeremy y Frances habían utilizado alguno de sus parientes para conseguir

extraer dinero de Rosaleen. La ira me hizo que todo lo viera rojo ante mí. Me fui derecho al cuarto número 5 de la posada y le dije a aquel hombre que era un impostor. Él se echó a reír y me dijo que de todos modos David iría aquella noche a entregar el dinero. Volvieron a nublárseme los ojos al verme traicionado por elementos de mi propia familia. Le dije que era un marrano y le pegué. Lo demás ya no me hace falta repetirlo.

Hubo una pequeña pausa, pasada la cual añadió Hércules Poirot:

—¿Y qué más?

—Ah, ¿lo del encendedor? Debió caérseme del bolsillo. Lo llevaba conmigo con objeto de devolvérselo a Rosaleen en la primera oportunidad que tuviese. A juzgar por las iniciales D. H. que había sobre él, más que a Rosaleen parecía pertenecer a David. Desde aquella fiesta en casa de tía Kathie, comprendía que…, ¿pero a qué hablar de esto ahora? Sólo sé que hubo momentos en que creí que iba a volverme loco. Todavía tengo mis dudas de si lo estoy o no, en realidad. Primero la partida de Johnny…, después la guerra. Hay cosas de las que no puedo hablar sin temor a perder la razón. Después Lynn, y este hombre. Arrastré el cuerpo de aquel individuo hasta el centro de la habitación y lo puse boca abajo. Después cogí las tenazas y… bueno, ¿para qué más detalles? Procuré limpiar todas las huellas de mis dedos, limpié el guardafuegos y machaqué el reloj de pulsera después de haber colocado sus manecillas señalando a las nueve y diez. Le quité la tarjeta de racionamiento y todos los papeles que llevaba consigo por temor a que éstos pudieran identificarle. Después salí convencido de que con lo hecho y la historia de Beatrice, no sería difícil que las sospechas recayeran sobre David. Sería mi coartada.

—Y después —añadió Poirot— vino usted a mí. Fue una bonita comedia, ¿verdad?, esa que usted representó pidiéndome que buscara gente que conociese a Underhay. Ya se me alcanzaba que Jeremy Cloade habría repetido a su familia todo cuanto oyera de boca de Porter. Durante cerca de dos años, han estado ustedes alimentando la secreta esperanza de que tarde o temprano acabaría por aparecer Robert Underhay. Esta idea fue la que ejerció una poderosa influencia en las manipulaciones espiritistas de la señora de Lionel Cloade, inconscientemente quizá, pero que sirvieron para provocar un incidente, muy significativo y revelador por cierto.

Poirot dio una mirada al vacío y siguió:

—*Eh bien*!, aquí es donde llega el momento en que empiezan a volverse las tornas. Hasta aquí yo no había hecho sino el papel de tonto, cosa por la cual hube de felicitarme después. Sí, allí en el cuarto de Porter, éste me ofrece un cigarrillo y dice después, dirigiéndose a usted: «Usted no fuma, ¿verdad?».

«¿Cómo sabía él que usted no fumaba, cuando se suponía que era aquélla la primera vez que se encontraban? Fui un imbécil al no haberme dado cuenta en aquel preciso momento de que algo debió de haberse convenido ya previamente entre ustedes y él. ¡Por eso parecía tan nervioso aquella mañana! ¡Y yo, como un bobalicón, llevando al comandante Porter a identificar el cuerpo de *Robert Underhay*! ¡Muy divertido! ¿No les parece? ¿Pero a quién creen ustedes que le ha llegado ahora el turno de reírse?

Dirigió una mirada de enfado a todos los presentes y prosiguió:

—El comandante Porter debía tener todavía ciertos escrúpulos de conciencia y no le pareció bien declarar bajo juramento en una causa por asesinato contra David Hunter en que la culpabilidad del procesado iba a depender grandemente de la identificación del cadáver del asesinado.

—Me escribió comunicándome su intención de retirarse de todo este asunto —dijo pausadamente Rowley—. ¿No comprendía, el muy imbécil, que no estábamos ya a tiempo de retroceder? Me decía en su carta que prefería suicidarse a declarar en falso en un caso de asesinato y quise visitarle de nuevo para ver si encontraba el modo de introducirle un poco de sentido común en aquella mollera. La puerta de la casa estaba abierta. Subí… y ya saben ustedes con lo que me encontré. No puedo describir la sensación que yo experimenté en aquellos momentos. Me creí ya doblemente asesino… ¡Si hubiese esperado sólo unas horas…! ¡Si al menos se hubiese decidido a escucharme…!

—¿No recogió usted ningún papel, por casualidad?

—Sí. Una nota para el juez. Decía simplemente que era falso cuanto había declarado en la encuesta y que el cadáver no era el de Robert Underhay. La destruí después de leerla.

Rowley pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Todo lo ocurrido me parece una horrible pesadilla! —dijo con desaliento—. Había empezado algo, y no tuve más remedio que

seguir adelante. Buscaba dos cosas, recuperar mi dinero para no perder a Lynn… y encontrar el modo de hacer desaparecer a Hunter. De pronto, no sé cómo, las cartas parecieron volverse a favor de éste. No sé qué historia de una mujer, una mujer que al decir de alguien habló con Arden después de la hora en que, en principio se fijó como la presunta de su muerte. Esto es algo que todavía no he podido comprender. ¿Qué mujer? ¿Cómo pudo nadie hablar con Arden después de muerto?

—Es que no ha habido nunca tal mujer —replicó Hércules Poirot.

—Pero, señor Poirot —exclamó Lynn—, ¿no recuerda usted lo dicho por la vieja? Ella la vio. Y la oyó.

—Sí, ella vio y oyó. ¿Pero a quién? Vio a alguien en pantalones, con una chaqueta de mezclilla, la cabeza envuelta en una especie de turbante color naranja, una cara casi oculta bajo un espeso maquillaje, y todo, además, a la luz de unas mortecinas lámparas, y oyó una voz de hombre que al volver a entrar otra vez «aquella pécora» en el cuarto número 5, decía: «Lárguese usted de aquí, niña». Todo muy ingenioso, ¿verdad, señor Hunter? —dijo volviéndose plácidamente a David.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó éste con aspereza.

—Es a usted a quien voy a contar ahora una pequeña historia. Usted fue a la posada de «El Ciervo» a eso de las nueve de la noche. No fue usted a matar, sino a pagar. ¿Qué es lo que usted se encuentra? Que el hombre que ha tratado de extraer por malas artes su dinero está tendido en el suelo, víctima al parecer de una particularísima forma de atentado. Su mente es muy rápida, señor Hunter, y al punto comprende que se halla usted en un inminente peligro. Nadie le ha visto entrar, así lo cree, y su primera idea es salir cuanto antes, coger el tren de las 9,20 para Londres, y jurar, si preciso fuera, no haber estado un solo momento por las cercanías de Warmsley Vale. Pero para poder alcanzar dicho tren, le es preciso correr a través de los campos y al hacerlo se encuentra usted inesperadamente con Lynn Marchmont. Desde allí ve el humo de la locomotora en el valle y se da cuenta de la inutilidad de su intento. También ella lo ha visto, y cuando usted le dice que son las nueve y cuarto, ella acepta su declaración sin vacilar.

»Para dejar en ella la impresión de que usted ha conseguido

alcanzar el tren, apela usted a un ingenioso ardid, aunque en realidad admitiendo que habría de trazar un nuevo plan si trataba de desviar las sospechas que forzosamente habrían de recaer sobre usted. Después se dirige usted a Furrowbanks, entra usted silenciosamente en la casa valiéndose de su propia llave, procede usted a caracterizarse en forma un tanto teatral valiéndose de las prendas y pinturas de su hermana, y sale sin olvidar llevarse consigo una de sus barritas para los labios.

«Vuelve usted a la posada a una hora apropiada, consigue usted atraer la atención de la vieja que está sentada en el saloncillo de residentes, y cuyas peculiaridades son harto conocidas de todos los frecuentadores de «El Ciervo». Luego sube usted al cuarto número 5. Sale usted al pasillo cuando oye usted que aquélla se dispone a retirarse a sus habitaciones, hace que le vea de nuevo, y luego vuelve usted a entrar rápidamente diciendo en voz alta, como si fuera Arden quien hablara: «¡Haga el favor de largarse de aquí, niña!».

Poirot se detuvo.

—Muy ingenioso, ¿verdad? —recalcó.

—¿Es eso verdad, David? —gritó Lynn—. ¡Responde!

Éste se echó a reír y contestó:

—Sí, mujer. Y conste que no lo hice del todo mal. Hubieras visto la cara que puso aquel esperpento de vieja.

—¿Pero cómo puede ser que estés aquí a las diez y me telefonees desde Londres a las once?

—Las explicaciones corren a cargo del señor Poirot —observó—. Del hombre que todo lo sabe. ¿Puede usted decirnos cómo lo hice?

—Muy fácil —respondió aquél—. Usted llamó a su hermana a Londres desde una de las garitas públicas y le dio ciertas instrucciones específicas. A las once y cuatro minutos exactamente, ella pide una conferencia con el número 34 de Warmsley Vale. Cuando la señorita Marchmont acude al aparato, la empleada de la central registra la llamada y añade sin duda las consabidas palabras de «Llamada de Londres», «Habla Londres», o algo por el estilo.

Lynn asintió.

—En aquel momento Rosaleen cuelga su aparato. Usted —dijo volviéndose a David— anota cuidadosamente la hora, llama al número 34, ve que éste contesta, aprieta el botón A, dice «Le llaman

de Londres» con voz ligeramente desfigurada, y a continuación empieza a hablar. El lapso de un minuto o dos en las llamadas telefónicas de estos tiempos no es extraño y, así exactamente, debió de comprenderlo Lynn.

Ésta dijo con toda calma:

—¿De modo que fue por eso precisamente por lo que me llamaste?

El tono de frialdad con que pronunció estas palabras desconcertó a David, que volviéndose a Poirot hizo un ademán de rendición.

—Veo que efectivamente lo sabe usted todo y que es inútil seguir tratando de engañarle. He de confesar que tuve miedo y que hube de devanarme los sesos buscando una solución a aquel conflicto. Después de telefonear a Lynn, caminé cinco millas hasta Desleby y allí tomé el primer tren que pasó para Londres. Pude entrar en el piso sin ser visto por nadie y a tiempo para desarreglar un poco la cama y tomar el desayuno junto con Rosaleen. No me pasó nunca por la cabeza que la policía hubiese podido sospechar de ella. Ni, como es natural, tampoco de nadie en particular. Sólo Rosaleen y yo podríamos haber tenido un motivo para matar a Arden.

—En eso precisamente —interpuso Poirot— es en lo que ha estribado nuestra gran dificultad. En la cuestión del motivo. Usted y su hermana lo tenían para matar a Arden, como toda la familia Cloade, para hacer lo propio con Rosaleen.

David replicó con acritud:

—Entonces insiste usted en que fue asesinato y no suicidio.

—¡Claro! Se trata de un crimen cuidadosamente premeditado y planeado. Alguien sustituyó por morfina el polvo que había en uno de los sellos que ella tomaba para poder dormir.

—¿Morfina? —exclamó David, frunciendo el entrecejo—. No querrá usted dar a entender que fuese Lionel Cloade quien…

—¡Oh, no! —dijo Poirot—. Meditándolo bien, cualquiera de los Cloade podía haber hecho la sustitución. La tía Kathie tiene acceso constantemente al botiquín de su marido. Rowley estuvo en Furrowbanks llevando huevos y leche. También estuvieron la señora Marchmont y el señor Jeremy Cloade. Y aun Lynn Marchmont si no me equivoco. Y todos, y cada uno de ellos, sin excepción, tenían un motivo.

—Lynn no lo tenía —aulló David.

—Dice usted que todos teníamos nuestro motivo… —dijo pensativamente Lynn.

—Sí —prosiguió Poirot—. Eso era precisamente lo que hacía el caso difícil. David Hunter y Rosaleen Cloade tenían un motivo para haber matado a Arden, y sin embargo, ninguno de los dos lo hizo. Ustedes los Cloade, en cambio, tenían motivos para matar a Rosaleen, y tampoco lo hicieron. Todo, pues, ha ocurrido como yo decía, al revés. Rosaleen Cloade ha sido asesinada por el hombre que más tenía que perder con su muerte.

Volvió ligeramente la cabeza *y* anunció:

—Usted fue quien la mató, señor Hunter…

—¿Yo? —exclamó sarcásticamente el aludido—. ¿Y quiere usted decirme por qué regla de tres iba yo a matar a mi propia hermana?

—Por la sencilla razón de que no lo era. Rosaleen Cloade murió en aquel bombardeo de Londres, hará aproximadamente unos dos años. La mujer a quien usted mató era una chica irlandesa llamada Eileen Corrigan, cuya fotografía acabo de recibir hoy por correo.

Añadiendo la acción a la palabra, extrajo un retrato de uno de sus bolsillos. Con la celeridad del rayo David se apoderó de él y salió disparado cerrando tras de sí la puerta con estrépito. Rowley no perdió tiempo en seguirle pisándole los talones.

Quedaron solos Lynn y Poirot.

—¡No es verdad! ¡No puede ser verdad! —gritó ésta, brillándole unas lágrimas en las pupilas.

—Sí, lo es. Usted sólo quiso ver la mitad de la verdad cuando en su mente empezó a germinar la duda de que en realidad fuese su hermana. Admítalo y verá con qué facilidad encajan las piezas de éste, al parecer, complicado rompecabezas. Esta Rosaleen era una católica (la esposa de Underhay no lo era), con la conciencia turbada por el remordimiento y enamorada como una tonta de David. Imagínese por un momento lo que por la cabeza de éste debió pasar aquella noche del «blitz» al ver a su hermana muerta, a Gordon Cloade agonizando… toda una vida de regalo y comodidades que se desvanecían en un instante. Luego ve a la muchacha, más o menos de la misma edad que Rosaleen, la única superviviente con excepción de su persona, y sólo inconsciente a causa de la explosión. No hay duda que ha debido hacerle el amor

con anterioridad, como tampoco de que podrá, con tacto, someterla fácilmente a su voluntad. Debe de haber tenido un gran partido entre las mujeres —añadió secamente Poirot, sin mirar a Lynn, que se sonrojó súbitamente—. Es un oportunista que no desprecia modo alguno de conseguir la fortuna, e identifica a la criada como a su propia hermana. Cuando ésta vuelve en sí, se lo encuentra al lado de la cama. Un poco de adulación sirve para que ella acepte, sin esfuerzo, su nuevo papel en la vida.

»Pero imagínese su consternación al ver llegar la primera carta que Trenton escribe desde la posada. Hacía ya tiempo que en mi fuero interno venía haciéndome esta pregunta: "¿Será acaso Hunter del tipo de hombres que se dejan amilanar fácilmente por un chantajista vulgar?". Por un lado parecía sospechar que el hombre que trataba de "sablearle" fuese en realidad Robert Underhay. ¿Pero a qué continuar con la sospecha cuando su propia hermana habría podido sacarle de la duda sin temor a equivocarse? ¿Y por qué mandarla precipitadamente a Londres sin darle tiempo siquiera a echar un vistazo a aquel hombre? Sólo podía existir una razón. El temor de que, de ser Underhay, fuese él quien la viera a ella y descubriese el engaño. Sólo había una solución. Pagar y preparar la rápida huida.

»Pero de pronto el misterioso chantajista es hallado muerto en sus habitaciones y el comandante Porter identifica el cadáver como el del capitán Robert Underhay. Nunca en su vida se ha encontrado David Hunter en situación más apurada. Y lo que es aún peor: la muchacha empieza a resquebrajarse. Algo empieza a remorderle en la conciencia y da muestras de peligrosa debilidad. Tarde o temprano acabará por hacer una confesión que hará que David acabe por dar con sus huesos en la cárcel. Por otra parte, las exigencias amorosas de aquélla son cada día más apremiantes y molestas. Él se había enamorado de usted y decide terminarlas de una vez. ¿Cómo? Eliminando a Eileen. Sustituye por morfina los polvos que ha prescrito el doctor Cloade y se los hace tomar sugiriéndole cuantos temores puedan despertar en ella la sola mención del nombre de los Cloade. No recaerá sospecha alguna sobre David Hunter, pensó, ya que la muerte de su hermana habría de traer como consecuencia lógica la pérdida de su propio bienestar.

»Era ésta su carta de triunfo: la falta de motivo. Como ya le dije, este caso ha estado lleno desde su principio de paradojas y contradicciones.

Se abrió la puerta y entró el superintendente Spence.

—*Eh bien*? —preguntó con ansia Poirot.

—Ya está encerrado —contestó aquél.

—¿Dijo algo… algo? —inquirió Lynn con voz apagada.

—Nada. Que había pasado muy buenos ratos y que para lo que le había costado, no podía quejarse.

—Es curioso —añadió el superintendente— cómo acaban por hablar, y siempre en el momento más oportuno. Y no es que yo no se lo advirtiera, pero me contestó: «Déjese de monsergas. Soy un jugador y sé cuándo he perdido la última apuesta».

Poirot murmuró:

—«Hay una marea en la vida de los hombres cuya pleamar puede conducirlos a la fortuna…». Sí, unas veces la marea sube… pero otras baja…, y esta última puede transportarnos de nuevo al mar.

Capítulo XVII

Fue un domingo por la mañana cuando Rowley Cloade, contestando a una llamada en la puerta de su granja, se encontró cara a cara con Lynn.

—¡Lynn! —exclamó sorprendido.

—¿Puedo entrar, Rowley?

Se echó hacia atrás para que pasara y juntos se dirigieron a la cocina. Había estado en la iglesia y lucía un sencillo sombrero. Pausadamente, con aire casi de ritual, levantó los brazos, se lo quitó y lo puso sobre la repisa de la ventana.

—Vuelvo a mi casa, Rowley.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Sólo lo que has oído. Que he vuelto a mi casa. Mi casa es ésta, contigo. He sido una loca en no haberlo sabido antes, en no haber comprendido que había llegado ya el momento de poner fin a todas mis locuras. ¿Comprendes ahora, Rowley? ¡Mi casa está aquí!

—No sabes lo que dices, Lynn. Recuerda que he intentado matarte…

—Lo sé —dijo pasando una mano alrededor de su cuello y frotándoselo suavemente—. Fue precisamente en aquel momento cuando me di cuenta de todo lo ciega que había sido.

—Vuelvo a repetirte que no te comprendo.

—No seas estúpido, Rowley. Siempre fue mi idea casarme contigo. Después, nos distanciamos. Me parecías tan sumiso, tan… tan manso, que pensé que la vida a tu lado sería de una monotonía insoportable. Me infatué con David porque me pareció peligroso y atrayente, y si te he de decir la verdad, por el conocimiento que demostraba tener de la mujer. Pero nada de esto fue real. Cuando me cogiste del cuello y me dijiste que de no ser tuya tampoco lo

sería de otro, fue cuando comprendí la verdad de tus palabras. Me sentí tuya, Rowley. Desgraciadamente parecía ya tarde para comprenderlo… cuando acertó a presentarse Hércules Poirot, salvándote de que consumaras un crimen que te hubiera arruinado material y moralmente para todo el resto de tu vida. Tú eres mi hombre, querido Rowley.

Éste movió la cabeza repetidas veces.

—Eso es imposible, Lynn. He matado dos hombres, los he asesinado…

—¡Paparruchas! —gritó Lynn—. ¡No te sientas melodramático! Si tienes una pelea con un hombrachón, le pegas, cae y se da con la cabeza contra el borde de un guardafuegos, ¿cómo vas a llamar a eso un asesinato?

—Homicidio, al menos, y éste se paga con prisión.

—Es posible. Pero si es así yo estaré en la puerta de la cárcel esperándote.

—Además, tenemos el caso de Porter. Yo soy, moralmente, el responsable de su muerte.

—Eso no es cierto. Tenía años suficientes para haber rechazado, si hubiera querido, tu proposición. Nadie puede culpar a otro de errores que él haya cometido con ojos bien abiertos. Tú le sugieres algo que no es ciertamente honroso, eso hay que admitirlo, y que él acepta. Luego se arrepiente y escoge el suicidio como único medio de escapar a la situación que sólo su debilidad de carácter había creado. ¿De dónde sacas que puedas tú ser responsable de su muerte?

Rowley siguió moviendo obstinadamente la cabeza.

—No, no, no. Tú no puedes casarte con un posible candidato a la horca.

—¿Pero qué locuras estás diciendo? Si eso fuese verdad, hace tiempo que habrías tenido un policía pegado a ti como la sombra al cuerpo.

—Pero ¿y el homicidio…? ¿Y el soborno de Porter…?

—¿Qué es lo que te hace suponer que la policía se figure algo de lo que acabas de decir?

—Ese Poirot, al menos, lo sabe.

—Poirot no es ningún policía. Yo te diré lo que éste cree. Desde el momento en que sabe que David Hunter estuvo en Warmsley

Vale aquella noche, sospecha que fue él quien mató, no solamente a Arden, sino también a Rosaleen. No le acusarán del primero, en parte por creerlo innecesario, y en parte porque no se puede juzgar a una persona dos veces por el mismo delito. Pero mientras sospechen de él, no se preocuparán de buscar por otra parte.

—Pero ese Poirot…

—Poirot aseguró a Spence que se trataba de un accidente y éste se rió en sus barbas. No temas que salga ni una sola palabra de sus labios. Poirot es un verdadero encanto de hombre.

—No, Lynn, no puedo permitir que corras ese riesgo. Además…, ¿cómo te diré…? He perdido la confianza en mí, y ya no podrás nunca considerarte segura a mi lado.

—Quizá no. Pero te quiero, Rowley; veo lo mucho que has sufrido, y si te he de ser franca, tampoco he tenido nunca gran apego a eso que tú llamas seguridad.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con *Miss* Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el*

Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] *Poona*: Capital del distrito del mismo nombre en Deccan, India. Cuartel general del ejército inglés de bombay. (*N del T.*) <<

[2] Ritos de magia muy frecuentes en las tribus africanas. < <

[3] Hombres dotados, al decir, de la extraña facultad de poder hacer trabajar a los muertos. < <

[4] *Women's Royal Naval Service*. Servicio Femenino de la Armada Real. *(N. del T.)* <<

[5] *W.A.A.F.*: *Women's Auxiliary Air Force*. Cuerpo Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas. *(N. del T.)* < <

[6] *W.A.A.F.*: *Pukkas*: genuino, real: por extensión darse importancia.
< <

[7] *W.A.A.F.*: *Chota hazris*: desayuno temprano. < <

[8] *W.A.A.F.*: *Tiffins*: comida ligera. < <

[9] *W.A.A.F.*: *Chela*: discípulo de un gurú. < <

[10] *W.A.A.F.*: *Gurú*: instructor espiritual. < <